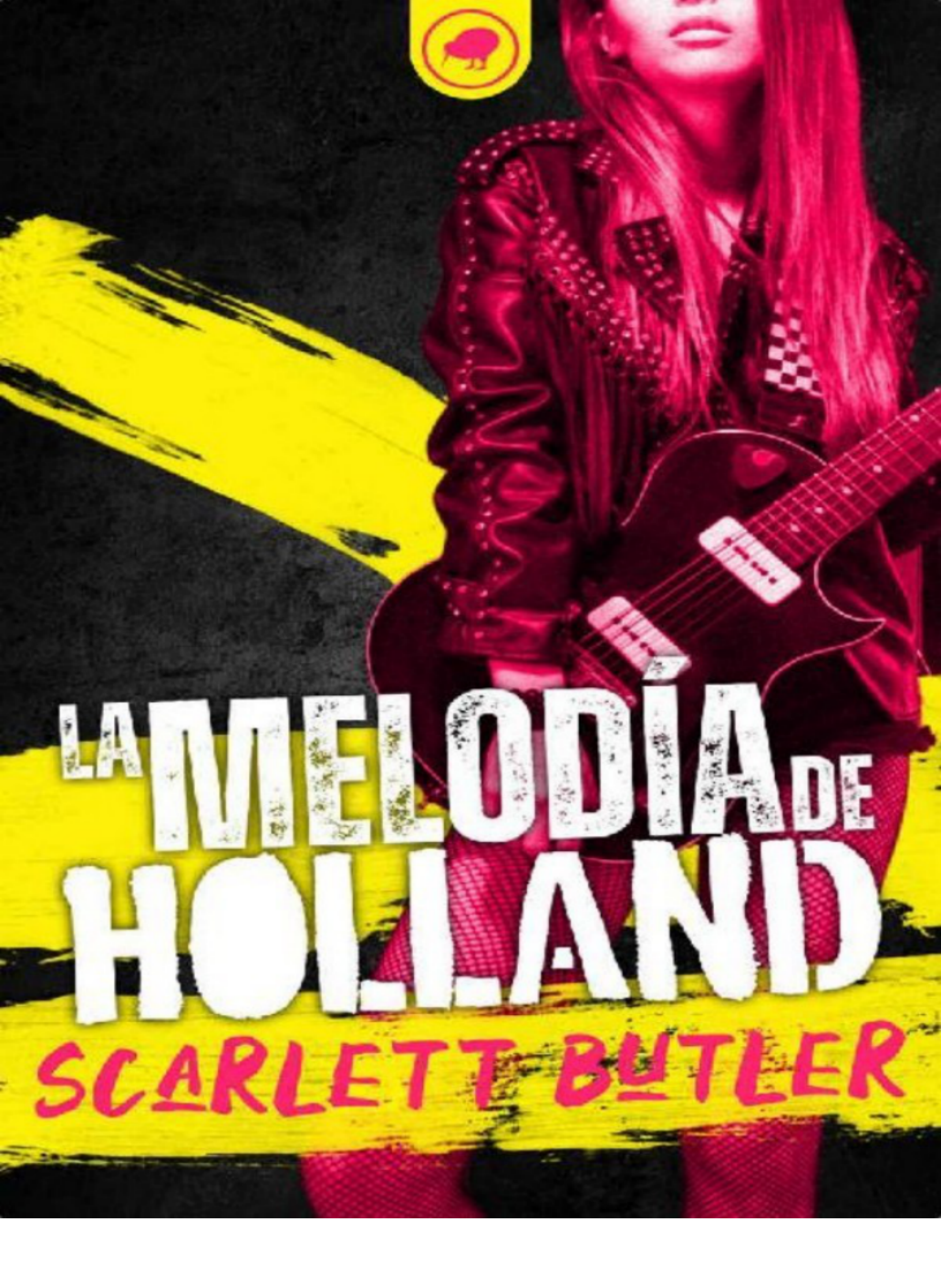
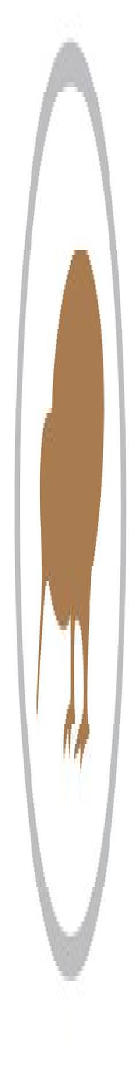

LA MELODÍA DE
HOLLAND
SCARLETT BUTLER

Copyright

EDICIONES KIWI, 2021
info@edicioneskiwi.com
www.edicioneskiwi.com
Editado por Ediciones Kiwi S.L.





Primera edición, noviembre 2021

Corrección: Paola C. Álvarez

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

«Jamás, en toda la vida, olvidaré tu presencia. Me acogiste destrozada y me devolviste entera, íntegra».

Frida Kahlo

«Todas las cosas que me parecen hermosas tienen una oscuridad sobre ellos».

Paloma Faith

«La verdad es como un espejo, puedes arreglarlo si está roto, pero aún puedes ver la grieta en su reflejo».

Lady Gaga

PRÓLOGO

¿Sabéis esa sensación de aborrecerte a ti misma? ¿Esa maldita sensación de odiarte, de no ser capaz de mirarte al espejo, de no saber por qué coño sigues viva y por qué demonios una sobredosis aún no te ha llevado del puto infierno en el que vives? Pues ese es mi día a día desde hace años. Vivir de esa manera, atormentándote a ti misma, sumiéndote poco a poco en el infierno, es la peor de las torturas. Convivir con alguien a quien no quieres, al que ni siquiera soportas, es la peor de las pesadillas. Y pasa un día y otro y nada te hace aliviar esa carga emocional que llevas a cuestas, ese peso que se cierne sobre ti, cual espada de Damocles, sin saber si hoy será el día en el que te atreverás a hacerlo y desaparecerás de la faz de la tierra para siempre.

Sentir cada noche al cerrar los ojos que muerta es como mejor estarías, sin agobiar más a tu madre, a tus amigos, sin recibir las críticas que te marcan el alma, sin sufrir el dolor de respirar cada segundo… Desaparecer, ese era mi sueño cada vez que me metía una raya de coca en el baño de una discoteca de lujo en Manhattan, cuando dejaba que un tío que apenas conocía me follara como quisiera, cuando sorteaba los coches en pleno atasco a primera hora de la mañana bastante borracha y colocada… Llega el día que tu mundo se derrumba, no porque hagas una de estas locuras y el destino por fin te ponga en tu sitio, sino porque el detalle más ínfimo detona tu vida y te estalla en toda la cara. Ese es el día que las inseguridades que te han acompañado toda tu vida, los miedos a decepcionar más a la gente, las críticas ponzoñosas, el dolor y la tristeza acaban contigo y el mundo cede sobre tus pies.

Pero, antes de todo eso, el rayo de esperanza, la creencia de pensar que puedes dejar todo eso atrás, que puedes avanzar y ser de una vez por todas feliz, aunque en tu pequeño universo esa palabra tenga un significado completamente diferente al del resto de habitantes del planeta, aparece. Y, por un instante que crees eterno, piensas que puedes conseguirlo, que puedes dejar de ser esa niña insegura y llena de miedos y dolor, que puedes demostrar a los que jamás te comprendieron que eres capaz de salir de ahí y ser la chica que alguna vez soñaste ser. Ese rayo de esperanza tenía nombre propio, qué lástima que la esperanza sea tan frágil y se desvanezca delante de tus ojos, siendo tú misma la que acabe destrozando no

solo tu vida, sino la de él también.

Repaso mentalmente mi vida, esa que, dicen, aparece por delante de tus ojos en un instante y, sin preocuparme demasiado acerca de qué me encontraré al otro lado cuando todo esto acabe, pido perdón a mi familia, mis amigos, a la banda…, pero, sobre todo, imagino esa carta imaginaria que habría deseado escribirle.

Lamento tanto haber destruido su vida, cuánto me duele saber que a partir de ahora deberá seguir solo adelante, avanzar, crecer, madurar, enamorarse de nuevo, crear su propia familia, conseguir sus sueños… Mientras yo me hundo más y más en la oscuridad. Oigo un pitido, gritos y sollozos; y después, por fin, la nada.

1. EL FIN

Liam:

Lo he intentado, a conciencia, he deseado salir, escapar, volver a ser la persona que te mereces, pero he fracasado. Sé que piensas que soy una cobarde, aunque no me lo digas, que no he tenido el suficiente coraje ni el valor, ese que a ti te sobra, porque para estar con alguien como yo se necesita ser muy valiente. Pero la realidad es que estoy rota, podrida, enferma… Muchas veces te dije que saldría de esto, por ti, por mí, por nuestro futuro. Y sé que lo he hecho mal, que he tratado de alejarte de mi vida, que me odiaras, me repudiaras y te dieses la oportunidad con esa mujer que anda por ahí esperándote. A ella le diría tantas cosas, pero me queda poco tiempo ya. Le explicaría cómo sonríes cuando tocas las cuerdas de la Harley Benton, cómo cobijas a la gente bajo los abrazos que te encanta dar, cómo eres responsable y, cuando te comprometes con alguien, luchas hasta el final, incluso cuando te quedas sin fuerzas. Tantas veces he escuchado eso de «el amor lo puede todo» que se me revuelven las tripas, porque no es verdad. Y no es que no fuera suficiente, es que a mí no me bastó porque estoy destrozada, inservible.

Quizá no entiendas esto que te digo, yo misma a veces no me comprendo. No me merezco tu perdón ni tus lágrimas, ni siquiera que me despidas. Y sé que es mucho pedir, pero quisiera que me recordaras en mis momentos de lucidez, en esos días que viajábamos en tu moto conociendo lugares nuevos, en esas locuras que cometíamos locos de felicidad al sentir al otro al lado, en esos instantes en los que tocabas el piano y yo me unía a ti, acariciando tu pelo y tu cuello, observándote, rozando las teclas contigo… Ya no me aferraré más a ti como si tú pudieras salvarme, porque nadie puede. Ya no te arrastraré más al infierno y te haré quedarte a ver cómo me desintegro sin remedio. Percibo el camino que me queda por recorrer, y a ese no puedes acompañarme.

Adiós, Liam, mi bastón, mi amigo, mi cómplice, mi Lindell particular, mi sueño, mi amante, mi aliento… todo mi ser. Aunque no tenga derecho, te pido perdón. Siempre te voy a llevar dentro, llenando esos espacios rotos y vacíos en la piel. Siempre estuviste ahí. Te amaré con el alma toda la eternidad,

Holland

2. RESACA

Unos ronquidos la obligaron a abrir los ojos, y sintió el peso de un cuerpo sobre ella. Entre la neblina de la resaca consiguió vislumbrar una pierna y un brazo encima de ella. Abrió y cerró los ojos un par de veces y se los restregó, tratando de enfocar la imagen que tenía junto a ella. «Mierda, mierda, mierda», el baboso de anoche que no la dejaba en paz en la fiesta le estaba sobando la teta izquierda. Sigilosamente, se separó y salió de la cama. Sin poder enroscarse la sábana alrededor del cuerpo, el frío de la habitación la hizo sentirse vulnerable por primera vez desde que llegó a esa sórdida *suite*. Eso solía ocurrir cuando estaba sobria y era consciente de los tremendos errores que cometía, como el de acostarse con tipos como aquel. Rebuscó por el cuarto la ropa y se la puso con avidez, saliendo de allí cuanto antes.

Al cerrar con cuidado la puerta de la habitación, salió al saloncito de la *suite*. Sean estaba espatarrado sobre el sofá con Will tumbado a su lado boca abajo. Botellas de vodka y *whisky* llenaban el ambiente de la habitación con su olor. Cerca de la ventana, había dos chicas en ropa interior, abrazadas. No se quería imaginar la fiesta que se tuvieron que dar esos dos anoche, aunque no creía que fuera muy diferente de la suya propia. Buscó el bolso y las botas Dolce & Gabanna, y abandonó la *suite* con ellas en la mano.

En el *hall* encendió un cigarrillo tras la mirada reprobatoria del gerente, pero, como sabía perfectamente quién era, no le quedó más narices que contenerse. «Chúpate esa», el aire de autosuficiencia se reflejaba en su cara con la sonrisa dibujada en los labios por tener ese poder. Esa autosuficiencia, siempre producto de las resacas, ya que ella era mucho más tímida que eso y le daba pavor crear un conflicto con nadie, pero ya se sabe que el alcohol da un poder especial.

Se fumó el cigarro, observando a la gente llegar con las maletas: parejas agarradas de la mano que no se despegaban ni con agua caliente, familias enteras con niños berreando desde primera hora de la mañana y señoras de alto *standing* con el botones siguiéndolas con sus maletas.

—¿Quieres apagar el puto cigarrillo? ¡Y baja los pies de esa mesa de cientos de dólares! —Los gritos de Marcus retumbaban en su cabeza y le hacían desear un par de aspirinas y un café bien cargado.

Apagó el cigarrillo en el cenicero y, antes de poder bajar los pies, lo hizo él, sentándose a su lado—. Supongo que los chicos estarán arriba, borrachos como cubas, y tendré que sacar a alguna chica de la *suite*.

Se encogió de hombros, pues no tenía ni idea a quién se tiraron anoche ni tampoco se quedó a verles la cara. Fue a abrir la boca para decirle que quizá a quien tendría que sacar de la habitación sería a un tío de metro ochenta bastante lapa, pero Marcus la conocía muy bien a esas alturas.

—Mejor será que me ocupe de las niñas y el tío con el que seguro te fuiste a la cama. Espera aquí sin moverte. —La amenazó con el dedo y el metro noventa y ochenta kilos de peso avanzó hacia el ascensor.

Volvió a subir los pies a la mesa y se recostó en el mullido sillón. Podría quedarse dormida de un momento a otro, pero el niño que no paraba de berrear decidió que no era momento de siestas. Aun así, cerró los ojos y se los tapó con el brazo, buscando una postura cómoda.

—¿Qué mierda se supone que es esto? ¿Es que no sabes hacer nada a derechas? No sé cómo puedes ser tan tonta. —La niña de ocho años sostenía la pajarita de papel con manos temblorosas antes de que ella la cogiera con sus manos y la rompiera en pedazos. La niñita se mordía los labios, tratando de evitar el llanto, pero era inevitable y las lágrimas resbalaban por sus mejillas ante la risa maléfica de ella…

—Despierta, Hol. —Dio un salto en el sillón, despertándose de una de las pesadillas recurrentes que la perseguían cada día. Marcus estaba frente a ella, observándola, preocupado, sabía lo que le pasaba, pero ella negaba con la cabeza. Will y Sean estaban detrás de él, bostezando y estirándose.

—Vamos, muñeca, me muero de hambre. Te invito a un café mientras me cuentas qué tal anoche el «señor babas». —Sean le dio la mano y se levantó, sonriéndole por sus comentarios sarcásticos. Marcus y Will les siguieron hasta la cafetería de enfrente del hotel, donde desayunaban escuchando las marranadas que esos dos hicieron anoche con las dos chicas. Marcus no dejó de poner los ojos en blanco y regañarlos para que madurasen de una vez. «Puedes esperar sentado», le dieron ganas de decirle, pero, si intervenía,

también iría a por ella y era demasiado temprano para empezar una discursiva sobre la vida, por lo que optó por beberse el café en silencio.

Dos horas más tarde, estaba en casa, acariciando a Zeppelin, su gato, tumbada en el sofá con una jaqueca del quince. De vez en cuando se amodorraba y se quedaba dormida. Su vecino decidió a eso de las siete de la tarde que era suficiente cuando empezó a poner a toda pastilla los éxitos de AC/DC, que no era que no le gustasen, pero, joder, que algunos no habían descansado nada en toda la jodida noche. El móvil vibró en la mesa y, al acercarse a por él, Zep saltó al suelo. Lo abrió y vio un mensaje de Poppy, una de sus mejores amigas.

¿Cómo fue anoche el concierto? Sé que siempre tenéis fiestas y que debes estar cayéndote de sueño y cansancio por las esquinas, pero el cabrón de Martin se ha largado y estoy más jodida que una yonqui.

Al leer el mensaje de su amiga, le hizo gracia la elección de palabras: yonqui y jodida. Menos mal que por lo menos se reía, ignoró tal comparación y la llamó al momento.

—Deja de llorar, Poppy. —Oír a su mejor amiga desgañitarse y sollozar entre frases inconexas no era el plan que la esperaba para una tarde de domingo con la resaca del siglo. Mejor sería quedar con ella, ya que al menos así podría darle algún abrazo para consolarla mientras celebraba por dentro que se hubiera deshecho del incompetente de Martin. Dios, ¡es que no lo soportaba! Parecía ser la última en darse cuenta de lo gilipollas que era, siempre decidiendo por su amiga, prohibiéndole ir a según qué sitios y juntarse con cierta gente, entre ellos, ella misma.

Media hora más tarde, se encontraba en casa de su amiga, esperando que Jocelyn y Mathew llegasen. No la pudo convencer para que se levantara de la cama, así que allí estaban las dos, repanchigadas entre almohadones blancos y una colcha de flores que por poco le dio urticaria. Y es que su amiga era tan diferente a Holland, a ella le encantaban los decorados con estampaciones floreadas, animalitos y corazones.

«Vomitivo».

El timbre de la puerta sonó y salió a atenderlo porque parecía que su amiga con llorar tenía más que de sobra. A los pocos minutos, llegaron los amigos: Jocelyn, con una botella de cava y Mathew, con otra de vino tinto. Las penas con alcohol son menos, que se solía decir, y ellos lo cumplían al pie de la letra siempre.

Al llegar la medianoche, estaban los cuatro tirados en el suelo del salón, brindando entre copas de champán y vino, sin hacer ascos a

nada, recordando cómo se conocieron, cómo Jocelyn y Mathew se acostaron estando borrachos en una de las fiestas de la discográfica hasta que Poppy volvió a hablar de lo «maravilloso» que era Martin y lo mucho que deseaba que volviese. Como siguiera así, la que iba a querer que volviera sería ella, pero para darle la paliza de su vida por ser tan cabrón.

—Poppy, no te merecía y lo sabes —dijo Jocelyn, alzando su copa de champán antes de darle un trago. A su amiga nunca le gustó su actitud con él, de hecho, tuvieron más de un encontronazo por su culpa, pero, maldita sea, no veía lo que el grupo de amigos que la adoraban. Estaba completamente cegada, enamorada y atontada. Mathew entró por suerte a la carga, apoyando la versión de la morena.

—Jocelyn tiene razón y mira que no me gusta dárosla porque os venís muy arriba y no hay quien os soporte. —La mencionada le tiró un cojín del sofá y Mathew lo esquivó como pudo. La cantidad de alcohol en sangre iba subiendo y eran poco conscientes de sus actos.

—¿Por qué no mejor hablamos de otra cosa? No sé, por ejemplo, de qué tal fue anoche el concierto, Holland. ¿A cuántos tíos te llevaste a la cama y cómo fue? —Le sacó el dedo corazón a su amigo, pero las otras dos se sumaron al interrogatorio, obligándola a musitar algunas breves respuestas.

—El concierto, al parecer, estuvo sensacional. Hoy ha salido en las noticias, llenasteis el estadio —comentó Poppy, olvidándose un poco de su propia pena, dándole una tregua al resto.

—Como siempre que se celebra el *Summer Stage* —quitó hierro al asunto, aunque sus amigos sabían de sobra del éxito internacional del grupo.

—¿Y Josh? Fue su último concierto, ¿verdad? ¿Se ha largado ya? —Fulminó con la mirada a Jocelyn al escuchar su pregunta. Eso era de lo último que le apetecía hablar, pero entonces se dio cuenta por qué el tío baboso acabó en su cama. Era la última noche que daban un concierto con Josh. Ese mismo día se largaba de sus vidas para siempre, de la de la cantante en concreto. De repente, comenzó a recordar cuando terminaron el concierto el beso que le dio delante de miles de personas y del enfado que reflejaba su cara.

También se acordó de la bronca monumental que tuvieron en el *backstage*, acabando en el camerino, aunque esta no acabó como las otras, en sexo desenfrenado y sudoroso.

Su último cartucho fue ponerlo celoso con el «babas». Así fue cómo acabó en su cama. Por supuesto, no pensaba contarles nada de eso a ellos o empezarían a psicoanalizarla una vez más. Bastante

había tenido ya con los psicólogos a los que había ido a lo largo de su vida como para soportar de nuevo más charlas y chorradas. Por desgracia, no le habían servido de gran ayuda.

—Sí que se ha marchado. —Mathew rompió el tenso silencio en el que se sumieron mientras ella recordaba la noche anterior. Las tres lo miraron, esperando una respuesta que no tardó en llegar—. Josh es mi amigo y me escribió desde el aeropuerto para despedirse. No me mires así, Hol, ya sabes lo que él significa para mí.

Se levantó tan deprisa que se desestabilizó y creyó que se iba a caer, pero tenía tanta furia rugiendo en su interior que se sostuvo de alguna manera. ¿Su amigo? ¡Pero ella era su novia hasta que decidió dejarla!

—Vete a la mierda, Mathew. Tú sabes lo importante que es él en mi vida y ha decidido marcharse, claro, según *tu amigo,* es lo mejor para mí. Es un cobarde y un ser rastrero. Jamás creo que pueda perdonarle el abandono al que me ha sometido. ¡Es un maldito hijo de puta! —estalló en gritos y, sin ser plenamente consciente de lo que hacía, cogió la copa de champán que se estaba tomando y la tiró contra el mueble de Poppy. No era suficiente, agarró la botella de vino e hizo lo mismo, pero, antes de poder coger alguna otra cosa, Mathew se levantó y la agarró desde atrás, pegando su pecho a su espalda.

—Cálmate, ya está, shhh… —Pasó de la rabia al llanto en un milisegundo.

Tras expulsar varios chillidos que la estaban asfixiando, Poppy y Jocelyn desaparecieron de su radio de acción y Holland se dejó caer en el sofá junto a Mathew, su mejor amigo, el que mejor la entendía y el que siempre luchaba por verla feliz.

Lunes por la mañana, con la cabeza embotada. Tras el episodio de histeria que protagonizó en casa de Poppy, compadecía a sus pobres amigos por soportarla. Después de que Mathew la sujetara para que no empezase a hacer ninguna tontería más y Jocelyn le diera un tranquilizante, durmió en la cama de su amiga durante horas. No recordaba si la trajeron a casa después o si había sido esa misma mañana, a veces tenía lagunas y no recordaba bien qué hacía. No sabía qué haría sin esos tres. Los Cuatro Mosqueteros, como les puso una noche de borrachera Poppy en la que se quitaban los babosos de

encima unos a otros, peleándose con medio local. Aunque, a decir verdad, Mathew fue el único medio sobrio que evitó que las tres chicas no se metieran en más follones.

Él era su mejor amigo, a pesar de convertirse en el mejor amigo de su exnovio, ese que se largó dejando colgada a la banda y, aun así, a pesar de ser amigo de Josh, lo seguía queriendo. Siempre había estado en sus grandes crisis, soportando lo que le dijera y aguantando estoicamente toda la mierda que salía por su boca en esos momentos. Le dio mucha pena que su noche de pasión desenfrenada, como lo explicaba Jocelyn, con su amiga no cuajara porque cada vez que ella lo miraba, se veía claramente que estaba hasta el tuétano por ese chico. Y aunque Jocelyn fuera de flor en flor, picoteando y entrando y saliendo con unos y otros, estaba convencida de que, si Mathew un día le decía ven, ella lo dejaría todo.

Sonaron unos golpes en la puerta y se arrastró, literalmente, desde la cama a abrir la puerta. Marcus estaba al otro lado con un café de Starbucks y una sonrisa de buena mañana. Se apartó a un lado y entró en su *loft*.

—Loca, ya puedes estar bien despierta, que en tres horas llega el nuevo guitarrista y te quiero más que espabilada. —Dejó el café en la mesa mientras comenzaba a mirar la Blackberry, tecleando con velocidad pasmosa. Al instante, le sonó y se movió por el salón, descolgando el aparato. Miró los papeles que tenía sobre la mesa con las referencias sobre el nuevo guitarrista mientras se bebía el café. El chico en cuestión no es que hubiera tocado con grandes artistas ni en ningún grupo precisamente, entonces, ¿por qué coño iba a tocar en su banda? Sospechaba de algún enchufe, quizá era el futuro yerno de Marcus, aunque Becky era aún una adolescente inmadura y a ella le parecía que la chica tenía otros gustos.

Marcus terminó de hablar por teléfono y le reprochó que se hubiera bebido su café.

—Pues no haberlo dejado en mi mesa —le contestó mientras seguía mirando los papeles que hojeó con la información del nuevo integrante. Su mánager odiaba que le cotilleasen las cosas, pero ya la conocía bastante bien, así que, seguramente, supo que lo iba a hacer.

—¿Y quién coño es este Liam? Aquí pone que es guitarrista experto, pero no leo ninguna recomendación ni proyectos en los que haya participado. ¿De dónde ha salido este tío y por qué va a tocar con nosotros? —Zeppelin se subió a la mesa, crispando los nervios de Marcus, que no soportaba que le llevase la contraria en temas del grupo.

—No parecía que tuvieras mucha queja hace dos meses cuando te enseñé la maqueta que hizo el chico, ¿o es que ibas colocada y borracha y ya no lo recuerdas? —Le enseñó el dedo corazón más cabreada que una mona. No soportaba que le echase en cara esas cosas cuando, precisamente, él era de los pocos que conocía su historia—. Lo siento, es que a veces no hay quien te aguante.

—No me aguanto ni yo, tranquilo. —Vino a darle un abrazo, pero lo frenó en seco con la mano. ¿Por qué hay tíos a los que les encantan esos gestos románticos? Zeppelin siguió revoloteando por la mesa y, antes de que le saliera un sarpullido a Marcus, lo cogió, dejándolo en el suelo.

—No te preocupes, Hol. He hablado con gente que lo conoce y lo ha visto tocar en directo, ese tío es un *crack* con la guitarra Harley Benton. Te aseguro que es bueno. —Marcus le vendía al chico como si fuera el próximo dios del *rock*. El pobre se volvió loco para encontrar a un guitarrista antes de que Josh se marchara.

Le daría una oportunidad, pero una. Cuando se trataba del grupo, era la más estricta de todos, la más perfeccionista. Ese grupo era toda su vida. Dejó a su mánager en el salón mientras se fue a duchar y a vestir para recibir al nuevo guitarrista, aunque, sinceramente, ya lo tenía metido entre ceja y ceja, y, al ser el sustituto de Josh, no lo podía ni ver aun sin haberlo conocido.

—Te espero abajo en veinte minutos.

Caminó como un autómata, derecha al baño a ducharse para aparentar estar decente en el primer encuentro con este tal Liam; iba a sustituir a Josh, realmente, iba a hacerlo.

Su mente sabía que no debía hacerlo, pero no podía evitarlo. Necesitaba una vez más que le dijera todo lo que llevaba diciéndole meses, simplemente, escuchar su voz una vez más.

—¿Diga? —Oír su voz se convirtió en un dolor agudo que no la dejaba respirar—. ¿Diga? —Su respiración resonaba a cada segundo—. Holland, ¿eres tú? —Su nombre en sus labios…—. Voy a colgar si no me contestas.

—Josh…

—Hol, no te hagas esto. No tenemos nada que hablar. Será mejor que cuelgue.

—Claro, huye, sé un cobarde y no te quedes a enfrentarte a lo jodido, a lo malo. Nunca pensé que serías capaz de hacerme algo así.

—¡Joder, Holland! ¿Lo estás diciendo en serio? No puedo creer que seas tan jodidamente egoísta. ¡Acaso no te he ayudado durante años! ¿No te he cuidado? Nada de eso cuenta, por lo que veo. —Se detuvo un instante para tomar aire—. Hol, no lo soporto más. Si sigo

a tu lado, vas a destruirme. ¿No lo entiendes? ¿Alguna vez te has enamorado de una persona a quien, hagas lo que hagas, jamás vas a impresionar? Eso es lo que llevo años ocultando, autoconvenciéndome de que en algún momento haré algo que sea tan magnífico para ti, que sea suficiente para que salgas de ese hoyo que tú misma te has cavado. Pero nunca llega, y no puedo permanecer más ahí, viendo cómo te destruyes y acabas contigo misma. No me pidas que sea testigo de tu autodestrucción. — Iba a gritarle que era un maldito cabrón asustado y un niñato que no la había querido en su puta vida cuando colgó.

Miró el móvil con la herida del pecho abriéndose más y más. No lo soportó, lanzó el teléfono contra la pared, rompiéndose en mil pedazos, como llevaba su alma media vida. Pero no apaciguaba su dolor lo bastante. Tiró la estantería del baño, lanzando todo al suelo para después seguir con los productos del lavabo, convirtiendo el cuarto de baño en una batalla campal. Y tras unos segundos destruyendo todo a su paso, el reflejo que le devolvía su imagen la odiaba y no quería que la mirase. Agarró el bote de jabón de cerámica y golpeó su imagen. Le gritó y quiso que desapareciese, hasta que consiguió que se rompiera en tantos fragmentos que algunos apenas se distinguían. Agitada por el ataque de ira, se dejó caer hasta el suelo y cubrió su mano con la otra, que derramaba sangre por los golpes.

—¡Holland! —El mánager nuevamente llegó tras uno de esos momentos en los que la ira se había adueñado de ella—. Pero, peque, ¿qué te has hecho? —Cubrió su mano sangrante con algo, aunque seguía con la mirada perdida, en otro sitio. Solo pensaba en todo lo que Josh había decidido arrebatarle con su marcha, y el socavón se hacía un poco más grande.

3. CONOCIENDO A LA ESTRELLA DE ROCK

«No va a pasar nada, relájate, inspira, espira, inspira…». ¿A quién narices le valía esa mierda de la relajación? Yo era incapaz de estar tranquilo antes de coger un vuelo, y más si era transoceánico. Me sudaban las manos mientras esperaba en la puerta de embarque. Miré en el teléfono las fotos de mis dos pequeñas y recordé la despedida tan tierna a su tío, el músico. Ojalá pudiera llevármelas conmigo allá donde fuera. Llamaron, por fin, para mi vuelo y, haciendo acopio de coraje, me levanté para dirigirme a la fila que en apenas un nanosegundo se convirtió en la cola de las rebajas. ¿De dónde coño había salido tanta gente? Era igual, traté de pensar en cosas bonitas como decía mi hermana, pero ni aun así. Ya en el avión, localizado mi asiento, me acomodé lo mejor que pude. Me concentré en lo que estaba por venir, aún no podía creerme que fuese a ser el guitarrista del grupo de moda del momento. Joder, si hasta hacía nada era solo un fan de ellos. Todavía recordaba la llamada de Marcus proponiéndome hacer una prueba de sonido para la banda.

Las azafatas empezaron a explicar lo que debíamos hacer si aquello se iba a pique. No sé si era la mejor manera de animarse a volar, aunque al menos podía recrearme en las piernas de la azafata rubia que tenía a escasos metros. Me mantenía la mirada mientras explicaba dónde se encontraba el chaleco y qué había que hacer con él en caso de hundimiento, aunque me parecía que a la chica no le importaría que fuera yo el que se hundiera en ella. «Voy a ser un buen chico», quizá le pidiese su número y, cuando aterrizase en Los Ángeles, ya veríamos qué sucedería. El vuelo lo pasé leyendo sobre el grupo, su recorrido musical, las giras, los conciertos… Observé a los miembros del grupo y me llamó la atención la cantante, Holland Simmons Evans. Siempre que veía alguna imagen suya me preguntaba qué ocultaría esa chica bajo esa mirada desafiante. Sin duda, debía ser un hueso duro de roer, menos mal que me encantaban los retos…

—Bien, Liam, estos son Sean y Will, el bajista y el batería. —Los chicos me saludaron con la mano y me sentí un poco avergonzado de dársela completamente sudada. No me extrañó que el batería se la limpiase disimuladamente en el pantalón. «Un comienzo cojonudo», pensé al sentarnos los cuatro en torno a una mesa en la oficina de la discográfica—. Bien, chico, hemos pensado en hacer algunas pruebas con los muchachos antes de que ingreses oficialmente en la banda. ¿Qué te parece si pasamos al estudio?

Una hora después, estábamos sudados dando lo mejor de cada uno. El sonido de esos tíos era brutal, joder, podría morirme en ese instante y sería feliz.

Hicimos una pequeña pausa para beber agua en la que Marcus, el mánager, entró en el estudio para hablar conmigo y me felicitó por el estupendo trabajo que estaba haciendo. Era la entrevista de trabajo más surrealista que había hecho, nunca antes me habían pedido estar tanto rato tocando con la banda, pero la cantante no había aparecido aún. ¿Sería normal? Seguimos tras la pausa otra media hora más, ensayando la misma canción, el nuevo *single* del grupo, cuando una chica pelirroja con un gorro cubriéndole parte de la cabeza entró como un ciclón en el estudio. Los chicos pararon de tocar y la observaron en silencio. El tipo de sonido y Marcus dieron la señal y la pelirroja se agarró al micrófono con los ojos cerrados, moviendo la cabeza de arriba abajo. En el solo de Sean y mío, la chica parecía poseída por el demonio y, sin soltarse de él, se movió, bailando y negando con la cabeza sin parar. Al llegar al final de la canción, me miró de reojo mientras seguía cantando, agarrada con ambas manos al micrófono. Parte del pelo le cubría la cara y no podía verla bien.

Seguimos abducidos por el sonido hasta finalizar la canción, sumidos en ese momento de éxtasis. Respiramos agitados y entonces la chica salió del estudio, dejando la puerta abierta.

—¿Contento? —Oí que le dijo a Marcus y, tal cual llegó, se largó.

—¡Holland! ¡Mueve tu culo aquí ahora mismo! —El mánager de la banda se levantó de la silla del control y salió corriendo tras la cantante.

Miré a los otros dos integrantes, que apenas se inmutaron. Siguieron entreteniéndose con la guitarra y la batería, haciendo un dúo como si nada. Yo me quité la guitarra y la dejé sobre el pie,

agarré un botellín de agua y le eché un buen trago. Los gritos entre la cantante y el mánager llegaron hasta nosotros, ya que la puerta del estudio se había quedado abierta tras la espantada de la chica.

—¿Qué coño crees que haces? Vuelve ahí dentro y ensaya con el grupo. Liam ha llegado hoy y debes ensayar con tu grupo.

—Ya he ensayado una canción, con eso tienes material suficiente para ver si el chico cuadra o no. No tengo más tiempo por hoy. —De nuevo, gritos ensordecieron el ambiente.

Miré de reojo al guitarrista y al batería, pero seguían a lo suyo. Esto debía ser lo más natural, por lo que veía. Unos minutos después, se hizo el silencio y el mánager regresó con cara de pocos amigos. Le hizo una señal al técnico de sonido, que nos indicó que siguiéramos con el ensayo, pero… ¿sin la cantante del grupo? Volví a colgarme la guitarra y seguí a los chicos, volviendo a sentir la energía fluir a través de mis venas, emocionándome con la magia que estábamos creando en ese estudio de grabación.

El taxi la llevó de vuelta a casa tras hacer lo que Marcus le había pedido. No debería enfadarse con ella, pues le pidió que cantara con el nuevo guitarrista y eso hizo, pero al ver su cara roja de ira al irse, le dio que iba a tener más problemas. El señor del taxi la dejó en casa quince minutos después y se encontró en el portal con Poppy.

—¿Hoy no tenías ensayo? ¡Hol! ¿Qué te ha pasado? —Oyó que le preguntaba mientras abría la puerta, mirándole la mano. Se giró, sonriéndole, y negó con la cabeza al sentir la vibración del móvil en el bolsillo. Sin duda sabía de sobra de quién se trataba, pero prefirió ignorarlo.

Le contó por encima que era un ataque de rabia más, a lo que ella le contestó con una mirada llena de pena que no podía soportar. Con un gesto de cabeza, le indicó a su amiga que siguiera su camino al cubo de basura mientras la esperaba, con el pie sujetando la puerta. Subieron al piso y allí le contó lo que había hecho desde que Marcus llegó a su *loft* a buscarla. No le pareció tan divertido como a ella y la regañó por portarse así.

—Vamos, ni que hubiera matado a alguien. Marcus ha contratado al chavalín ese sin apenas consultarme. ¡Que se joda! —Zeppelin siguió revoloteando por la terraza, a la que salieron a disfrutar del día soleado.

—Holland, tienes que madurar y ser adulta de una vez. Tu mánager tiene la paciencia de un santo. Me haces eso a mí y te mato. —Se puso las gafas de sol para ocultarse del mundo a la vez que encendía un cigarrillo, sentada sobre una de las sillas de la amplia terraza, alzando los pies sobre la barandilla. En el fondo, sabía que llevaba toda la razón y hasta sentía pena por Marcus. Él siempre se había portado con ella como su padre hizo antes de fallecer. Recordar momentos tristes la hizo sentirse melancólica y sabía cuál era el siguiente paso.

—Ya me he llevado un rapapolvo por parte de Marcus y, seguramente, vuelva a la carga en breve. De hecho, mira. —Le mostró el móvil, que no cesaba de recibir llamadas perdidas de él. Lo dejó sobre la mesa y siguió fumando como si nada.

—Qué huevos tienes. —Zeppelin, de un salto, se subió sobre su amiga, que lo acarició, apaciguándose—. Bueno, y ese nuevo guitarrista, ¿qué tal es?

—A decir verdad, apenas me he dado cuenta. Musicalmente sonaba bien, aunque con una sola canción no puedo asegurarlo, y físicamente parece que es un tío bastante cañón.

—¡Uhh, fabuloso! Ya sabes que un clavo saca a otro clavo, cielo. —Le guiñó un ojo, paseando su mano por el lomo de Zep, que no paraba de ronronear. Frunció el ceño, mirándola un instante antes de apartarle la mirada, en parte, aún molesta por las heridas de la mano. Después de lo de Josh, no le quedaban ganas de meterse en nada con nadie, mucho menos con un integrante de su propio grupo. Con haberse equivocado una vez tenía más que suficiente.

—Pues haces bien, los hombres dan asco, aunque…

—Aunque, ¿qué?

—«De un amante insignificante, uno se deshace cambiando las sábanas, pero de un amor, uno solo se libra tirando el colchón y estrenando uno nuevo. Uno que aguante, al fin, solo nuestro propio peso» —le dijo su amiga en tono místico.

—¿Y eso a qué viene?

—Lo dijo una periodista a la que sigo por Instagram.

—Pues me parece una soberana estupidez. ¿Tú te crees que Josh ha sido solo un amante?

—Es que quizás hayas magnificado esa relación, que tenía más toxicidad que los alrededores de Chernobyl, si me lo permites —le respondió Poppy, molestándola.

—Vete a la mierda.

—Venga, Hol, es cierto. A veces sufrimos un poquito cuando vemos a esa persona que se va con su maleta y sabemos que va a

regresar, pero hay otras ocasiones en las que vemos que no va a volver y, cuando reflexionamos, nos damos cuenta de que es un alivio, que dejaremos de estar en el mundo gris y negro para entrar en el de colores. El tiempo lo pone todo en su lugar. Solo necesitas eso. —El monólogo filosófico de su amiga la dejó algo noqueada.

—Y Martin, de los dos, ¿qué tipo es?

Los siguientes treinta minutos fueron un monólogo por parte de su amiga de los asquerosos que eran los tíos y de que exclusivamente valían para una sola cosa. La dejó desahogarse, aunque presentía que en cuanto se cruzara un hombre que le prometiera la luna volvería a creer en el género masculino.

—Coge el maldito teléfono antes de que lo lance por la terraza. —Poppy no aguantaba la irritante y deprimente melodía que no paraba de salir del móvil desde que llegaron a casa. Sonreía más con los ojos que con la boca, pero al llevar las gafas apenas se notaba. Su amiga resopló y terminó cediendo cuando se levantó con Zeppelin, marchándose al interior del apartamento.

—Dime.

—¡Mueve tu culo *ipso facto*! Te juro, Holland, que, si no apareces en el estudio inmediatamente, olvídate de que siga siendo vuestro mánager. —Ya lo había torturado suficiente. Acabó la llamada y se despidió de su amiga, que volvía a su casa para comer antes de irse al trabajo.

Se apoyó en el marco de la puerta del estudio y observó a Will y Sean juguetear con sus instrumentos. Estaban creando música; primero, uno golpeaba la batería con las baquetas, asintiendo con la cabeza, cerrando y abriendo los ojos, para después darle paso al bajista, que se marcaba un solo alucinante. Qué buenos eran los tíos. Eran presumidos y les encantaba hacer este tipo de cosas en presencia de *fans* locas o de gente ante la que querían presumir. Buscó con la mirada al nuevo, pero no estaba por ningún sitio.

—Vaya, gracias por honrarnos con tu presencia. —Un cabreado Marcus le dio la bienvenida y le hizo una sencilla reverencia para enfadarlo aún más. La vena del cuello que le latía cuando estaba furioso parecía estar a punto de explotar. Fue buena chica y entró en el estudio de grabación.

—Hey, ¿a quién queréis impresionar? No veo a ninguna chica por aquí rondando, ¿o acaso es que por fin os habéis declarado el uno al otro? —Sus compañeros de grupo se rieron de ella, sacándole el dedo Will y alborotándole el pelo Sean en uno de sus abrazos de colega. Era increíble la conexión tan especial que tenía con aquel par de dos. Podrían tacharlos de pervertidos que se pasaban el día chuleándose

ante las *groupies* y se divertían con ellas sin importarles una mierda sus sentimientos, pero en el fondo eran dos tíos muy legales.

—A ver, cuando acabéis con vuestras tonterías de grupo de *rock* de los 80, prestadme atención. —Marcus se sentó en el sillón del estudio con la carpeta de las giras, donde se leía el nombre del grupo. Sean se acomodó en un lado del suelo mientras que Will regresó a su taburete delante de la batería. El bajista tiró de ella y se acomodó bajo su brazo en el suelo—. Bien, tenemos que hablar del *tour*. Tras la inminente salida de Josh de la banda, vamos a contrarreloj y…

—¿Por qué no lo obligaste a quedarse? Si tan mal vamos de tiempo, debería al menos haber hecho esta gira. —«Seguro que habría conseguido retenerlo a mi lado con todas mis artimañas».

—Ese no es el tema que nos ocupa, Holland, céntrate. —Sean se apretó más a ella mientras se hacía sentir protegida en su abrazo—. Bien, como iba diciendo, Liam se ha incorporado afortunadamente con bastante celeridad y ya está trabajando muy duro para aprenderse todas las canciones. Creo que, con suerte, en un par de meses podremos estar iniciando la gira.

—El *tour* comienza en un mes, no dentro de dos. —Se incorporó, molesta por haber cambiado de planes sin consultarles cuando las estrellas eran ellos.

—Holland, ¿en serio crees que ese pobre chico puede aprenderse más de veinte canciones en menos de un mes? ¡Joder, no pongas las cosas más difíciles! —Sean volvió a tirar de ella, haciendo ese sonidito apenas audible que la calmaba como a los bebés.

—Entonces, en dos meses estaremos viajando por la costa este, ¿no, Marcus? —preguntó Will mientras Sean la arrullaba en su abrazo e iba manteniendo a raya la rabia que pugnaba por salir a flote y montar la de Dios. Y lo más gracioso era que realmente no había dicho nada que la provocara, pero así era ella y aquellas eran sus reacciones: inesperadas y agresivas.

—Efectivamente, Will. Primero, empezaremos en Maine y el recorrido a seguir es Massachusetts, Boston, Rhode Island, Connecticut, New Jersey, Virginia, Carolina del Norte y Sur, para acabar en Nueva York.

—¿Eso es todo? —Volvió a removerse, aunque esta vez Sean la mantuvo aferrada a él.

—Sí, Holland, eso es todo. Por el momento, es mejor que hagamos una gira de estas características y ya veremos qué pasa luego. —Si algo odiaba de los temas de la banda era que Marcus se creyera con la potestad para tomar ese tipo de decisiones. Si algo era

importante para la cantante, eran los *fans*, ellos eran los que los habían colocado en el puesto en el que llevaban años, los que hacían colas de horas para conseguir una entrada o una mejor posición en un concierto, y le jodía darles menos de lo que se merecían.

—Estoy completamente de acuerdo con Marcus, no está mal para empezar, Hol —dijo Sean sin mirarla mientras Will asentía con la cabeza, girando las baquetas en sus manos. No tuvo más remedio que callarse en ese momento sobre la gira.

—De acuerdo —musitó a regañadientes.

Estuvieron mirando los nuevos arreglos a las nuevas versiones de sus éxitos legendarios, esos que los habían catapultado a la fama hacía ya seis años. El guitarrista recién incorporado al grupo no volvió a honrarlos con su presencia y todos parecían estar bien con eso.

—Y el nuevo chico, ¿qué tal es? ¿Ya os habéis enamorado de él como Marcus?

—Hol, no seas mala, es buen chaval. Se le ve que tiene muchas ganas. Ya ves, debe estar en su casa ensayando sin parar. Lo tiene bien jodido —contestó Will, algo ofendido.

Apenas tuvo tiempo de réplica cuando su teléfono comenzó a vibrar y a sonar en su mochila. Al mirar la pantalla, sintió como le hundían un puño en el estómago, no tenía demasiadas ganas de recibir esa llamada, pero, si no respondía, sería su ruina. Se alejó de los chicos para poder hacerlo.

—Hola.

—¿Eso es lo único que me vas a decir? Pensaba que venías a casa a comer conmigo hoy, ¿dónde estás? —El tono de su voz la irritaba de tal manera que podía cambiar su buen humor en un instante.

—Estoy ensayando con los chicos. Tenemos la gira dentro de poco y no podemos permitirnos faltar a los ensayos. —Si ella hubiera sabido su actuación hacía algunas horas, esas frases suyas le habrían sonado a sorna.

—Se suponía que íbamos a comer juntas hoy en el restaurante que han inaugurado en el centro y del que todo el mundo habla. ¿Acaso vuestro relaciones públicas no sabe cómo hacer su trabajo?

—Mamá, si no quieres nada más, tengo que dejarte. Aún hay mucho que hacer aquí. —Y lo que menos deseaba era seguir al teléfono escuchando nuevos reproches o quejas.

Estaba agotada, para variar.

—Está bien, sigue jugando con tu grupo de perdedores, pero este sábado tienes que asistir a la cena que damos en casa. Es muy importante que acudas, ¿me has entendido? —Exhaló un gran

suspiro antes de asegurarle que allí estaría, aunque ya se encargaría ella de que algún autobús la atropellara para no tener que ir. Guardó el móvil en el bolsillo trasero del pantalón y se permitió estar cabizbaja unos minutos antes de regresar con el grupo.

—Hol…, ¿todo bien? —Sean, que era más espabilado de lo que aparentaba ser, le rozaba la nuca con cariño mientras se preocupaba por su lamentable estado.

Con los ojos cansados y brillantes, su cara era fiel reflejo de la mierda que se sentía en ese momento. Pero entonces hizo lo que siempre hacía, fingir. Aparentar que todo estaba bien, que era la misma roca dura de siempre hasta que no aguantase más con toda esa puta presión y se viniera abajo, a ser posible, en alguna clínica donde la mantuvieran alejada de sus peores enemigos, entre ellos, su «querida» madre.

4. ENSAYANDO

Después de ensayar día y noche unos días, se dijo a sí misma que se había portado demasiado bien y dejó de ir a los ensayos. Apenas cruzó un par de frases con el chico nuevo. Sabía de sobra que no era su culpa, pero lo odiaba por estar allí, pues eso le recordaba que estaba sustituyendo a Josh. Ese del que no había vuelto a tener noticias desde la última vez que lo había llamado, y no por falta de ganas. Volvió a telefonearlo en repetidas ocasiones, pero había cambiado el número de teléfono, el malnacido.

—Hey, Holland. —Mathew le revolvió el pelo al verla en la terraza de su apartamento.

Le dirigió una mirada helada por aquel gesto y, sobre todo, por apoyar al jodido Josh a marcharse.

—Ha cambiado el número de teléfono. ¿En serio, Mathew? ¿Eso era necesario?

—Hol, no empieces…

—Es que sigo sin entenderlo, Matt. ¿Tanto asco le doy? —Tiró de la sudadera, sintiendo la repulsión que Josh debía llevar años sintiendo, soportándola mientras la besaba, mientras se abrazaban y le suplicaba que le hiciese el amor.

—Joder, Holland, deja de decir gilipolleces. —Matt se acercó para tratar de consolarla, pero en ese momento no soportaba que nadie la tocase. Echó unos pasos hacia atrás con la cabeza cabizbaja y él comprendió que no podía dejarlo acercarse más—. Sabes de sobra lo mucho que te ha querido Josh, se ha desvivido por ti siempre, te ha admirado hasta la extenuación, pero, cariño, estás en una espiral tan autodestructiva que tuvo miedo a que lo arrastrases contigo.

Las palabras de Mathew siempre le provocaban dolor y no porque su amigo deseara hacerle daño, sino porque Holland sabía que eran totalmente ciertas. Sabía perfectamente dónde se encontraba y que todo era por su culpa, que estaba en su cabeza, en su interior, pero, por más que quería, era incapaz de salir de ahí. Ni psicólogos, ni psiquiatras, ni terapeutas, ni nadie en el mundo podían conseguir que saliese de ahí. Y en esos momentos tan jodidos solo quería olvidar todo, el dolor, los recuerdos, el amor…

Fingió de nuevo que se encontraba bien, mantuvo una conversación más o menos fluida con Mathew, haciéndolo creer que poco a poco lo superaría y se deshizo de él al cabo de un rato.

Entonces se metió en su habitación con la música de *The Doors* inundando el espacio mientras una raya de cocaína la llevaba a otro estado, a ese en el que deseaba perderse para siempre.

Volvió a la consciencia gracias al atardecer que asomaba por su ventana. Estaba tan jodida tras la charla con Matt que ni siquiera había bajado la persiana. Se había acostumbrado a dormir con luz y con ruidos a su alrededor, más si estaba drogada. Zeppelin abrió la puerta entornada y se subió a la cama. Lo acarició mientras no dejaba de ronronear y removerse, agradecido. Se levantó con él en brazos y fue hasta la terraza para sentarse a ver cómo atardecía sobre Los Ángeles. Zep decidió que prefería darse una vuelta por la terraza. Ella cogió el paquete de tabaco que había dejado sobre la mesa, encendió un cigarro y se quedó allí parada, viendo cómo el sol se escondía en el horizonte con esos tonos anaranjados que lo iluminaban todo. A veces se quedaba absorta viendo el amanecer o atardeceres como aquel, era lo único que conseguían evadirla de todo, le despejaban la mente, dejándola en blanco y entonces, respiraba, sentía paz.

El teléfono sonó y lo miró. Era un mensaje de Marcus, recordándole que esa noche, más bien en una hora, debía estar en una fiesta con la banda. Fue al baño y, tras mirarse en el espejo, no supo cómo iba a hacer que aquella cara con el rímel corrido y los ojos rojos pudiera estar presentable en ese corto espacio de tiempo. Resopló, aburrida, antes de darse una ducha. Se lavó la cara, se puso mil cremas de las que Poppy le daba muestras, ya que trabajaba en una perfumería, pues ella no era capaz de comprar aquellas mamarrachadas, y se adecentó el pelo.

—Nena. —Sean la llamó quince minutos antes de llegar a la fiesta para recordarle que debía asistir sin falta.

—¿Qué pasa?

—Dime que vas a ir. Marcus está muy pesado y no deja de agobiarme. Es la presentación del nuevo chico y aprovecharemos para hablar de la gira, el disco, ya sabes…

—Lo sé. No te preocupes, estoy casi lista —contestó, eligiendo los tacones que iba a llevar.

—Vale, nena. En cinco minutos llegamos a tu casa, ¿*OK*? —Colgó para terminar de arreglarse y, justo cuando se estaba aplicando la barra de labios, llamaron al timbre. Se subió a los tacones y cogió el bolso que había dejado en la cama con todo lo necesario en su interior.

—Vaya, por suerte contamos con tu presencia. Cuando se trata de una buena fiesta, no fallas, ¿eh? —El comentario mordaz de Marcus

era lógico. Lo había dejado colgado en el ensayo con el nuevo guitarrista y estaba cabreado. Le sonrió y saludó a sus compañeros, pero no había ni rastro del nuevo.

—¡Guau! Nena, ¿y ese pelo? —Holland giraba la cabeza a ambos lados, poniendo morritos, alardeando del pelo a colores que se había puesto para aquella noche.

—Los tíos te van a devorar con los ojos como, por cierto, hace el nuevo guitarrista —soltó aquel comentario mordaz Sean.

—Hablando del rey de Roma, ¿dónde narices está?

—Llega directamente allí —dijo Will, encogiéndose de hombros.

—Pues sí que empieza bien yendo a su puta bola —musitó Holland.

—No hables de ir a tu bola… —dijo el mánager, mirando por la ventana.

Llegaron al local exclusivo de Los Ángeles donde se celebraba la fiesta. Nada más bajar del coche, miles de *flashes* los cegaron. Sean la rodeó con su brazo, provocando de nuevo los rumores de que había algo entre ellos. Casi al entrar por la puerta, tiró de su mano y la besó en la boca. La líder del grupo se rio junto a Will, que iba detrás. Millones de *clics* sonaron en ese momento para captar la instantánea.

—¿Cuándo dejaréis de ser unos inmaduros? —murmuró Marcus, que odiaba aquel tipo de numeritos.

Ya en el interior había una multitud de personas esperándolos. Fueron hacia el *photocall* para posar. Ella fue directa, saludando efusivamente y mirando a todas las cámaras que los llamaban. Un olor nuevo la hizo dejar de prestar atención, miró a su derecha y ahí estaba el nuevo integrante del grupo, pegado a la cantante. Él la miró, sonriendo, y volvió su vista a los *flashes*, que buscaban la nueva imagen de *Dead Souls*.

—¡Holland! ¡Holland! ¿Qué hay de los rumores que dicen que Josh se marchó porque habéis roto? —Los reporteros comenzaron a asediarlos con las preguntas y de quinientas apenas cien eran sobre música.

No soportaba aquel tipo de prensa. Parecía que les interesaba más sus vidas amorosas que la música que hacían.

—¿Y qué hay de cierto en el rumor de que Sean y tú sois pareja? —El chico, que estaba su lado, se rio y le dio un beso en la frente, avivando más aquellos chismes.

Marcus los llevó hasta el escenario que prepararon para que cantasen un par de canciones. Los chicos cogieron los instrumentos mientras ella se preparaba para cantar. No pudo evitar mirar al nuevo de reojo. Estaba concentrado, afinando la guitarra.

—Hol, ¿lista? —Will le preguntó si estaba ya preparada y dejó de mirar al nuevo.

Asintiendo con la cabeza, agarró el micro y comenzó el espectáculo. Luces de varios colores iluminaban el escenario con la música sonando, acordes de guitarra que hicieron que los gritos aumentasen, aplausos al unísono…

Holland se sentía tranquila y segura como en ningún sitio. El escenario era donde podía ser ella al cien por cien y se olvidaba de todo lo malo que la rodeaba. La gente del público cantaba con ella, ponía los dedos en forma de cuernos en el aire, chillando enfervorecida. Y esa era la mejor versión de ella, la que Josh soñaba con que algún día pudiera ser en todas las facetas de su vida.

El guitarrista, que había dejado el grupo por su propia salud mental, veía el concierto a lo lejos. Marcus le rogó que asistiera a verlo, aunque fuera en la distancia, para valorar al chico que lo sustituía. Era musicalmente correcto y se había acoplado muy bien a los compañeros.

—Tengo que irme ya, mi vuelo sale dentro de poco. Como te he dicho, el chico cuadrará bien. Seguro que les va genial —le dijo, apagando el cigarrillo que se estaba consumiendo como la vida de la chica pelirroja que cantaba en el escenario, pletórica.

—Pero no será lo mismo sin ti.

—Mírala, la música es su refugio —musitó Josh.

—No tenías que haber abandonado —le dijo Marcus a su espalda. Josh se tensó y se giró con la cara desencajada.

—Tú has visto lo que se está haciendo. No puedo seguir siendo testigo. —El mánager le palmeó en el hombro y el exguitarrista del grupo salió de allí, sintiendo que se dejaba un pedazo de su corazón con aquel grupo.

5. FIESTAS

—Ahora mismo se lleva mucho el pop de chicas adolescentes —dijo uno de los productores a los que Marcus solía invitar a las fiestas postconcierto y a los que la obligaba a conocer y charlar con ellos por muy pedantes que fueran. Lo detestaba, pero había prometido portarse un poco mejor y, después de todos los disgustos que le daba al pobre, se merecía algo de paz.

—Pues entonces no te habrá gustado nuestro concierto —dijo la chica del pelo a colores antes de darle un trago a su tercera bebida aquella noche. Marcus la fulminó con la mirada, ya que se suponía que debía parecer amable. La cogió del brazo y se despidieron de aquel grupito de tíos estirados.

—¿Es que no puedes comportarte una puta noche? No creo que te esté pidiendo demasiado, maldita sea.

—Hey, chicos. —Will se acercó con Sean y el chico nuevo, pues así era como aún lo llamaba. Sostenía una botella de agua. ¿En serio, agua?

—Tío, has estado de puta madre —le dijo el batería antes de chocarle la mano. El nuevo guitarrista le dio las gracias y empezaron a hablar de sostenidos, bemoles e historias propias de músicos locos por aquello que llevaban bajo la piel: la adicción a la música.

—Joder, yo, cuando lo he escuchado tocar, creo que he tenido un orgasmo. Como si se me colaran bajo la piel esos acordes, macho —apuntilló Sean.

—Si queréis, os pido una habitación. —Los chicos estallaron en carcajadas, pues ya iban algo ebrios mientras que el nuevo la miraba fijamente.

No quería reconocerlo, pero llevaba años en eso de la música y el chaval era bueno. En algún momento del concierto, un escalofrío la había recorrido al escucharlo tocar y eso jamás le había sucedido, ni siquiera con Josh. Era mágico, como si las notas bailasen en el aire, llegando hasta ella. Tampoco era muy mayor, pero se lo veía experimentado y, además, estaba buenísimo, eso había que reconocerlo. Esa fue la primera noche que se fijó bien en Liam. Tenía la piel dorada y el pelo rubio. Llevaba varios anillos en las manos y tenía bastantes tatuajes por los brazos y la parte del pecho que asomaba por la camiseta de manga corta que llevaba.

—Has estado fantástica —fue lo primero que le dijo en algo

parecido a una conversación.

—Lo sé —musitó, presa de su egocentrismo.

—Un gran concierto, a decir verdad, la gente estaba entregada.

—Y ahora voy yo a que me entreguen algo más… —Will vio a un pibón a unos metros y decidió ir a por ella junto a su querido e inseparable Sean, dejándolos solos.

—Marcus parece un buen mánager.

—Sin duda lo es, para mí es como mi padre —dijo, algo emocionada, quizá por el alcohol que empezaba a recorrer sus venas.

—Se nota que te cuida mucho. —Comenzó a sentirse incómoda por hablar de su intimidad con un completo desconocido y no podía olvidársele que, si él estaba allí, era porque Josh la había dejado.

—Holland, ven, que quiero que conozcas a alguien. —Bufó, cansada, consiguiendo que el chico nuevo se riera. Arrastró los pies, dejándose llevar por el mánager, que, como le había dicho al nuevo guitarrista, era lo más parecido a un padre tras haber perdido al suyo.

No era muy dada a demostrar sus sentimientos y a veces le pesaba que Marcus no supiera lo mucho que significaba para ella. Tener a alguien en tu vida que te sujete cuando estás al borde de caer al abismo era de personas afortunadas, y Holland lo era. Se tragó el mal humor, sonrió y habló con las personas que quiso Marcus, comportándose como él deseaba y sin rechistar.

No volvió a ver a Sean ni a Will, por lo que imaginó que encontraron algunas chicas y se irían a disfrutar del éxito del concierto a algún hotel cercano. El chico nuevo, sin embargo, se quedó por allí toda la noche y lo vio hablar con unos y otros, incluso muchas chicas se le acercaban, pero no parecía muy interesado. Quizá tendría una chica que lo esperaba en casa, pero lo que la llamó más la atención fue que no bebió nada de alcohol en toda la noche, a diferencia de ella, que se bebía hasta el agua de los floreros, como solía decirse.

—Vamos, Hol, te llevo a casa y así me aseguro de que no te enredas en ningún escándalo. —Marcus se volvió a despedirse de unos productores mientras ella asentía con la cabeza como una niña buena.

—¿Ya te vas a casa?

—Eso parece, chico nuevo —comentó más ebria que sobria, riéndose.

—¿Chico nuevo? Me llamo Liam… —No supo por qué se revolvió el pelo rubio sin parar de sonreír. Parecía un niño tímido defendiéndose, era muy tierno.

—Por ahora eres chico nuevo, no pidas más —respondió, algo trabada. El guitarrista, que había triunfado esa noche por primera vez siendo parte de los *Dead Souls*, sonrió.

La respiración se me cortó cuando Holland me miró fijamente, llamándome «chico nuevo». Era preciosa, apenas la había podido ver en los ensayos y esa noche en el concierto brillaba. Se la veía realmente cómoda, aunque no solía sonreír abiertamente mucho. Por eso, cuando al final de la noche, cuando todos se habían ido, pude acercarme a charlar algo con ella y la vi reírse, me relajé un poco.

—De verdad quería repetirte que has estado fenomenal en el escenario. Siento decirlo, pero antes de incorporarme a la banda no os conocía y es increíble la energía que tenéis todos y lo que producís.

—Gracias —dijo, sentándose en un escalón, pues comenzaba a marearse a juzgar por el vaivén de su cuerpo. Me senté a su lado—. Cuando me toca salir a cantar, siento que es el mejor momento. A veces cierro los ojos esos segundos antes de empezar, con el telón bajado, mientras oyes la euforia de los *fans* al otro lado. Me abandono a la música, a ese poder que tiene sobre mí. Cuando canto, me dejo llevar por cada nota, lo doy todo, me entrego, perdiéndome en ese momento, siento la calidez del público y me duele un poco menos vivir.

Me dejó completamente desconcertado. Conté hasta diez y, con esos segundos, me di cuenta cuánto deseaba poder llevar años cerca de ella, pues a través de sus palabras podía palparse un gran dolor, aunque no podía imaginar aquella noche cuál era. Era una chica con muchas sombras, pero, a pesar de ello, deseaba conocerlas todas y poder darles algo de luz.

6. MI QUERIDA MADRE

Muchas noches tenía pesadillas y no conseguía conciliar el sueño más que algunas horas. Lo peor era que de día a veces también le pasaba cuando algunos recuerdos venían a su mente, sobre todo, el día que tenía que acudir a casa de su madre después de escaquearse varias veces.

¿Se puede saber qué estás comiendo? ¡Una hamburguesa! ¿Sabes la de calorías y grasas saturadas que lleva eso? Dámela, desde luego no sé cómo tu padre te consiente tanto. Si no es porque yo estoy pendiente… ¿Quieres ser una vaca? Nadie les da oportunidades a chicas gordas. Si de veras quieres cantar, ya puedes esforzarte en cuidarte y en trabajar. ¿A qué hora es el concierto en el conservatorio? Ya puedes trabajar bien estos días porque mis amigas van a asistir y no quiero que me pongas en vergüenza. ¿Me has oído, Holland?

Sonó el despertador, poniendo fin a esa pesadilla, una de tantas. Zeppelin se había subido a la cama, buscando mimos. Lo acarició el rato en el que miraba en los periódicos las críticas del primer concierto con el que despegaba la gira. Tocaron el timbre de casa y tuvo que arrastrarse con el tremendo dolor de cabeza que le martilleaba, sobre todo, en las sienes. Era su amigo Mathew. A veces venía con sus amigas a los conciertos o a las fiestas que daban, pero, casualidades de la vida, ninguno de ellos pudo asistir la noche pasada.

—Uhh, debió ser una fiesta tremenda —dijo nada más verla.

Le sacó el dedo corazón y salió a la terraza a tirarse sobre una de las sillas. Cogió un cigarro que tenía sobre la mesa y lo encendió.

—¿Acaso has desayunado algo? —Le mostró el pitillo y chascó la lengua—. Eso no es un buen desayuno, es mierda, básicamente. Toma, te he traído un café y un bollo de canela, tus preferidos. —Miró de rojo aquel redondo dulce que le encantaba y que su padre le compraba muchas veces a escondidas de su propia madre. Tomó el café y dejó el bollo, pues después de la pesadilla que había tenido no le apetecía. Mathew se sentó a su lado, observándola.

—No me apetece más que el café.

—¿Estás bien? —No lo estaba, nunca podría estarlo—. La fiesta

fue todo un éxito por lo que he podido leer hoy en las redes. Felicidades. Dicen que sonasteis genial.

—Y vosotros os lo perdisteis, mamones. —Se echó a reír, agarrando a Zeppelin, que era muy mimoso y le daba igual que le acariciase ella o cualquier ser vivo.

—Ya sabes que no podíamos, nunca nos solemos perder la primera vez que inauguráis el disco, pero las chicas tenían cena de trabajo y yo tampoco podía.

—Es cierto, las chicas tenían esa cena, pero ¿tú? ¿Qué demonios tenías que hacer tú anoche? —Se removió inquieto en la silla sin mirarla a la cara, señal inequívoca de cuando mentía.

—Tenía mucho trabajo.

—Matt, mírame. —Acariciaba a Zep, diciéndole qué quería sin atreverse a mirarla.

—Estaba trabajando, Hol. Punto final.

—Me estás mintiendo, te conozco…

—Holland, no seas neurótica —estalló, molesto, levantándose con Zeppelin.

—¿Qué hiciste ayer, Mathew? Nunca nos mentimos y no me llames neurótica —le rogó. Él suspiró y supo la tormenta que se avecinaba, pero su amiga llevaba razón.

—Estuve con Josh. —Se hizo un silencio tenso.

—¿Cómo que estuviste con él? —acertó a decir Holland tras unos segundos.

—Estuvo en la parte del concierto anoche por petición de Marcus, que quería que viera al chaval nuevo tocar con vosotros, y después vino a casa a cenar antes de coger el vuelo. —Empezó a sentirse mareada, pero, aun así, se levantó y se dirigió al salón. Deambuló por él, sintiendo como le daba un ataque de ansiedad.

—No me lo puedo creer…

—Hol, cálmate. —Se giró hacia él con la cara llena de rabia.

—¡Que me calme! Joder, Matt, de todos, pensaba que eras el último que me traicionaría de esta manera.

—¿Traicionarte? No nos confundamos, Hol, los dos sois mis amigos. Se ha ido muy lejos y quería despedirse. ¿Querías que le dijera que no y que se fuera a tomar por culo? —respondió, enfadado.

—¡Pues que no se hubiera marchado, joder! Que no me hubiera abandonado cuando las cosas se ponen feas. ¡No es justo!

—Tú lo has dicho, no es nada justo, pero para él. Cuando una persona te quiere y trata de ayudarte, pero no te dejas ayudar, no puede quedarse a tu lado viéndote hundirte, y Josh ya no lo

soportaba más. Ten algo de empatía con él, Hol.

Estalló, rompiendo cosas. Su casa estaba en continuo proceso de decoración, pues con esos arranques de rabia destrozaba el mobiliario y lo que pillara por el camino.

—¡Vete con él si tanto lo defiendes! ¡Y sal de mi casa ya! —Mathew forcejeó con ella, lo arañó y le pegó con todas sus fuerzas, aunque era fuerte y se zafó de sus ataques.

Chilló llena de ira, de dolor y de miedo por quedarse sola una vez más.

—Cálmate, shhh, shhh… —Poco a poco se dejó tranquilizar y pasó del enfado al llanto, rompiéndose una vez más.

Se pasó el resto del día dormitando. Matt se quedó con Holland, obligándola a alimentarse y dándole alguna pastilla que la tranquilizara, aunque a él no le hacía mucha gracia. Sin embargo, el médico le tenía recetado unos tranquilizantes para situaciones como esas donde perdía el control.

Una alarma en el móvil la devolvió a la realidad una vez que Mathew se fue a su casa cuando la vio más calmada. Al apagar el sonido del teléfono, se horrorizó, pues era el aviso de que esa noche debía acudir a la cena en casa de su madre. Resopló y optó por llamarla para cancelar la visita, pero aquello no le traería más que problemas, gritos e insultos. Finalmente, se dio una ducha y se vistió con vaqueros y una camiseta de las más normales que tenía, aunque, llevara lo que llevara, la madre la criticaría.

—Señorita Holland, un placer verla —fue el saludo de Robert, el mayordomo de la casa. Tras abrirle la puerta, le dio un abrazo, algo terrible para la dueña de la casa, pues separaba muy bien dónde estaba el servicio y dónde los señores de la casa. Elitista que era ella.

—Rob, qué alegría verte. ¿Qué tal la familia?

—Todo bien, señorita. Gracias por preguntar.

—¿Y mi madre?

—Arriba, en su habitación, debe estar a punto de bajar, pues ya ha llegado toda la gente. —Se detuvo en seco.

—¿Gente? ¿Qué gente?

—Los invitados de su madre, señorita. —Dejó de nuevo en la mesa de entrada el porta velas, traído de algún país exótico en uno de los múltiples viajes que solía hacer su madre y que no reconocía,

pues sería de alguno de sus últimos viajes.

—¿Invitados? Pensaba que era una cena con ella y mi hermana.

—¡Holland! —Su hermanita pequeña venía del jardín en bañador con la toalla colgada al hombro.

—Faith. —Se lanzó a sus brazos, aún húmeda por haberse bañado, y se refugió en su pecho como hacía desde que era un bebé.

—¡Faith Schuller Dokens! ¿Cuántas veces te he dicho que no se pasa por el salón cuando vuelves de la piscina? ¿Y estas horas te parecen decentes para estar en el agua? Ve inmediatamente a tu habitación a cambiarte. —Y allí estaba su querida madre, al pie de la escalera de mármol, soltando su «amor» hacia su hija pequeña.

—Sí, madre —musitó su hermana, cabizbaja, yendo a la otra escalera, la que usaba el servicio, pues, efectivamente, la señora de la casa era muy clasista y, cuando se mudó a aquella mansión, hizo construirla para que pudieran acceder al piso de arriba por otra zona el servicio. Como en aquel momento; si Faith podía mojar el suelo, debía subir por ella y no por la de mármol.

Bajó las escaleras con su acostumbrada elegancia, pisando fuerte con los tacones que jamás se quitaba, incluso cuando se ponía el camisón y la bata a juego, siempre se subía a unas zapatillas de estar por casa con tacones.

—Ya era hora —fue lo primero que le dijo antes de darle un beso con la mejilla en la suya; ni siquiera posaba los labios. Le tocó la camiseta con disgusto y se puso en jarras—. Holland Marie Evans Dokens, ¿cuántas veces tengo que pedirte que, cuando vengas a esta casa, te vistas en consecuencia y no como una vagabunda? ¿Y ese pelo de colorines?

Caminó hacia el primero de los salones, que se encontraba a la derecha según entrabas por la puerta. Allí, se encontró con su marido, un santo para estar con aquella mujer tan odiosa.

—Holland, qué alegría verte. —Le dio un abrazo y la besó en la cabeza, como siempre hacía. Reconocía que el día que lo conoció no le gustó la idea de que alguien sustituyera a su padre, al que adoraba y que por desgracia falleció siendo muy pequeña. Sin embargo, Duke siempre estuvo ahí para ella y le dio un gran regalo: su hermanita pequeña Faith.

—¿Cómo te va? —Dejó el libro en la repisa de la chimenea antes de hablar con Hol.

—Genial, los negocios van bien, como siempre, y tu hermana cada día haciéndose más mayor —dijo con algo de pena.

—Bueno, aún queda mucho para que siga en casa, no te preocupes. —Se encogió de hombros.

—Sí, pero los años pasan tan rápido. —Le dio en el brazo, sonriéndole—. Y ahora cuéntame lo de la gira. Ya veo que habéis arrancado con fuerza. El concierto de anoche fue un exitazo, según he podido saber. Ya no me dejas escuchar tus canciones en primicia, estoy celoso. —Duke siempre fue su gran fan y creer en ella siempre le dio alas para arriesgarse en el mundo de la música.

—Dejad de hablar de tonterías y poned vuestra mejor cara para mis invitados. —No pudo responder a su padrastro, pues para su madre sus sueños siempre habían sido un capricho y una tremenda gilipollez.

—Sobre eso…, pensaba que iba a ser una cena familiar y no una gran fiesta de las tuyas. —Se la quedó mirando con esos ojos que podían helarte la sangre.

—¿Gran fiesta? ¿Crees que me vestiría así si lo fuera? Es solo una reunión con unos amigos. Arriba en el armario de tu hermana tienes alguna ropa de la que te compré para cuando vienes a casa.

—No voy a cambiarme, me gusta mi ropa —dijo, molesta, retándola.

—Holland Marie, esta es mi casa y harás lo que te diga. —Cuando la llamaba por sus dos nombres, las cosas iban muy mal, pero no podía dejarla seguir manipulándola y debía encontrar fuerzas para enfrentarse a ella.

—Vamos, Martha, es su estilo y debes respetarla. Ya no es una niña y no vive contigo.

—Desde luego que no lo es, aunque siga comportándose como una. —Salió de allí, por suerte, y Duke le dio un abrazo por detrás, reconfortándola, aunque esas palabras de odio de su madre siempre la afectaban.

Faith apareció en el salón con la ropa que su madre elegía para ella. Parecía un pastelito con tantas flores y lacitos, pero no se quejaba. Le dio otro abrazo y después se fundió con su padre.

—Ya he encargado tu último CD —dijo en un susurro.

—No tienes por qué comprarlo, renacuaja. Yo misma te lo traeré en cuanto Marcus me traiga algunas copias. —Se encogió de hombros, mirándola como nadie lo hacía, orgullosa de su hermana mayor. Y esa mirada a veces rompía a Holland, porque para ella era perfecta cuando ni siquiera se acercaba al filo de esa definición.

Por suerte, la cena fue más rápida de lo que creía. Los amigos de su madre eran tan estirados y pijos como ella, pero no estaban muy al día de quién era su hija mayor, por lo que no tuvo que justificar nada de su vida. Sí es cierto que la miraron algo sorprendidos al ver la ropa que llevaba y el pelo de colores, pero hizo caso omiso a

aquellas miradas.

—Ha sido un placer disfrutar de esta velada con ustedes, si me disculpan, mañana trabajo. —Se levantó de la mesa nada más acabar el postre.

—Oh, no sabíamos que trabajabas —dijo una de las amigas de su querida madre, tan anticuada como ella con collares de perlas.

—Claro, si no, ¿cómo me voy a ganar la vida? —Su madre la fulminó con la mirada y se levantó para evitar lo que venía a continuación.

—¿Y a qué te dedicas? Tu madre es muy hermética respecto a ti. De hecho, yo hasta he llegado a pensar que no teníais buena relación. —Hubiera sido la mejor oportunidad para dejarla en evidencia, pero no era capaz de hacer algo así. No se atrevía por mucho daño que su progenitora fuera capaz de infligirle.

—Otro día os lo cuenta, que ahora debe irse, ¿verdad, hija? —Asintió y se despidió de todos. La anfitriona de la velada la acompañó hasta la puerta—. ¿Por qué siempre tienes que ser tan desagradable con mis invitados?

—¿Perdona? Solo he contestado a una pregunta que me han hecho. La que debería avergonzarse eres tú por sentir esa vergüenza por tu hija —estalló.

—No tengo ganas de discutir, Holland. —La besó en la mejilla y, en cuanto traspasó el umbral, cerró la puerta sin volverse atrás.

Estaba lloviendo y había ido en taxi a casa de su madre porque hacía años que no conducía. Se sacó la licencia más por necesidad que por placer y, cuando se convirtió en una estrella de *rock*, no necesitó más hacerlo, pues siempre había alguien que la llevaba de un lugar a otro. Sacó el móvil y llamó a un taxi mientras tuvo que esperar bajo la lluvia, de hecho, le gustaba hacerlo. Sentir como toda esa agua se llevaba momentáneamente todo el dolor que la ahogaba, purificando su alma, que estaba perdida en el abismo, donde caía más profundo cada día.

7. LA MÚSICA ES MI MOTOR

Era verano, aunque en Los Ángeles no solían notarse en exceso los cambios de estación. Se levantó temprano, presa del insomnio y de las pesadillas que poblaban sus sueños.

Salió a la terraza y se asomó a la barandilla. Desde pequeña había vivido en urbanizaciones, por lo que apenas veías movimiento en las calles. Por eso, cuando pudo comprarse una casa propia, se decidió por un apartamento en el centro de la ciudad.

Estar en la terraza y ver el trasiego de los coches, a la gente paseando, patinando, los neones, las tiendas repletas…, aunque también optó por aquel apartamento porque su madre lo detestaba.

Resultaba curiosa la vida. Como solía decirse, podíamos estar bien acompañados y sentirnos solos, y eso lo había experimentado muchas veces, pero, cuando llegó Josh, sintió que eso desaparecía. Durante un tiempo no percibió que le escociera tanto el veneno de su madre porque se sentía protegida y arropada por él. Uno de los múltiples psicólogos a los que había acudido le dijo que aquello era dependencia, algo tóxico y dañino. Holland lo mandó a la mierda y se embaucó en una vida caótica con él hasta que decidió dejarla. Le estaba costando mucho asimilarlo, pero poco a poco iba comprendiendo sus motivos. Ella iba cuesta abajo y sin frenos, había perdido el control.

El mundo de la música era complicado y, a pesar de tener a Marcus como mánager, se adentró en cosas que nunca debían haberse cruzado en su vida. Zeppelin se enroscó en sus piernas y lo cogió, acariciándole el lomo mientras miraba la calle. En una esquina cercana, vio a un músico con la guitarra colgada al hombro, colocando el micrófono y disponiéndose a cantar.

Aquello le recordó la primera vez que te subes a un escenario o que cantas de cara al público. Son de esos momentos que siempre se te quedan grabados, que te enseñan algo. Hol se subió a un escenario en un *pub* pequeñito justo la noche en que conoció a Marcus. Solían decir que lo suyo fue llegar y besar el santo, pues la primera noche que cantaba para gente, su mánager la descubrió. Con apenas dos canciones que había compuesto su pequeña alma adolescente torturada, consiguió captar su atención y, al acabar, mientras guardaba la guitarra en su funda, se acercó a ella y hablaron de todo menos de un contrato musical. Fue impactante, la mejor noche de su

vida y no solo por su conversación, sino por las emociones al ver la cara del público, su aplauso…

Después de esa mágica noche, todo fue hacia arriba. Marcus le presentó a sus compañeros Sean, Will y Josh. Grabaron un par de canciones para ver cómo funcionaban y, sobre todo, cómo sonaban, y fue una puta locura. Las reproducciones se dispararon, las revistas dedicadas a la música les pedían entrevistas y hacían sesiones de fotos casi a diario e incluso les pidieron hacer una gira, la primera gira.

El día que se vio por primera vez en un anuncio en la televisión casi se murió de la vergüenza a la vez que le hizo muchísima ilusión. Y durante todo aquel proceso, a las únicas personas que tuvo a su lado fueron Duke y Faith. Su madre se oponía todo lo que podía, pero ya era mayor de edad y no podía prohibírselo. Sin embargo, no dejaba aparte su veneno y sus malas intenciones para con su primogénita y continuó machacándola y haciéndola sentir que no valía nada.

Su primer disco fue tan exitoso como la gira que hicieron, arriesgándose a viajar a otros condados. Cada noche que se iba a la cama, sentía miedo, como si estuviera viviendo un sueño y fuera a despertarse en algún momento. Algunas veces sufría crisis de ansiedad, le faltaba el aire y sus compañeros de banda eran geniales, pues la ayudaban todo lo que podían. No quería reconocer que se acercó al mundo turbio de las drogas y el sexo sin control por no saber gestionar su ansiedad, aunque en parte así fue. Y la noche en una fiesta, cuando le ofrecieron una raya de cocaína, no se lo pensó y, momentáneamente, se relajó sin saber que aquello fue el principio del fin.

—Creo que es la primera vez que llegas puntual a un ensayo. —Sean se burló de su compañera, que le respondió sacándole el dedo corazón. Estaba sentado en el sofá del estudio con Will a su lado, tarareando, pero ni rastro del chico nuevo.

—¿Y Marcus?

—Tienes una reunión, pero vendrá dentro de un rato. Vamos preparando todo para ensayar, tíos —dijo Will.

—Falta el nuevo, no se lo ve muy puntual para ser sus primeros días —ironizó.

—Me había dejado mi guitarra en casa y no puedo tocar sin ella. —Se giró y lo vio entrar, acelerado, como si hubiera venido corriendo.

—Aquí hay muchas, será por guitarras.

—No como esta —fue lo único que dijo sin mirarla.

Fue hasta su posición, al igual que los demás, y comenzaron a ensayar una canción melódica del último álbum, que compuso una noche de melancolía en la que el dolor la rompía tanto por dentro que necesitaba echarlo fuera, y esa era la mejor manera de hacerlo.

Dos horas más tardes, sudados y satisfechos, dejaron de cantar. Marcus estaba más excitado que nunca, en parte por su asistencia y por no quejarse en todo el ensayo. Les estuvo contando cosas de la gira, estadios a los que irían, las ciudades, los hoteles, que les llegarían los billetes en unos días… Era real, la gira estaba ya allí y Holland la temía más que nunca. Siempre que se iba de gira algo sucedía. En la primera gira, se enamoró de Josh y cayó en la tentación del alcohol y las drogas. Desde entonces, cada vez que salían de gira, la espiral de destrucción se activaba. Era como si no consiguiera estar atada al mundo real y se descontrolaba.

—Bien, chicos, tengo que irme a casa a ver si llego a recoger a mi niña de su clase de *ballet*. Mañana más. —Su mánager se despidió de todos y le rozó con los nudillos la mejilla.

—Holland, ¿te hace irnos a tomar unas birras? —le preguntó Will, y por mucho que le encantara estar con ellos, ese día estaba más triste de lo habitual, así que frunció la nariz y negó con la cabeza.

—¿Todo bien, pequeña? —quiso saber Sean, rodeándola con su brazo.

—Sí, es solo que hoy me apetece quedarme en casa con Zep. —La besó en la cabeza y se fue con su amigo camino a quemar los bares de Los Ángeles.

El chico nuevo se entretuvo recogiendo, así que se quedaron solos en el estudio. Lo observó de reojo y se sorprendió del mimo con el que trataba su guitarra, esa que fue a recoger porque no podía tocar con otra.

—¿Qué tiene de especial esa Linton? —le preguntó, mirando la funda donde la había guardado.

—Fue la primera que me regalaron mis padres. Pensarás que soy un sentimental, pero para mí ese tipo de cosas tienen importancia.

—Yo no he dicho eso —dijo a la defensiva.

—¿Tú no tienes un objeto preferido o algo que creas que te da suerte? —Se acercó a él y se levantó la camiseta, dejando el ombligo

a la vista. Rozó ese tatuaje con los dedos y él se agachó un poco para verlo—. ¿Un tatuaje?

—Es el tatuaje de mi primera púa, que me regaló alguien muy importante. Yo era apenas una cría. —Se incorporó, sonriendo de medio lado.

—¿Y por qué no quedarte simplemente la púa? ¿Por qué llevarla en la piel?

—¿Me lo dices tú? —bromeó, pues él llevaba más tatuajes que cualquier persona a la que había podido conocer; por los brazos, las manos y, por lo poco que asomaba por el cuello de la camiseta, el pecho también estaría dibujado—. Por desgracia, la púa la perdí. —Se sentó en el sofá, recordando cómo su padre le regaló aquella púa cuando supo que la apasionaba la música, mucho antes de saber que deseaba dedicarse a eso.

También recordó como la tiró su madre años después cuando su padre ya había fallecido, dándole a entender que aquel sueño de la música era absurdo.

—Te has puesto triste —dijo el chico nuevo, sentándose a su lado.

Mantuvo la vista fija un largo rato, permaneciendo en silencio hasta que Liam fue a por su guitarra y empezó a acariciar las cuerdas, creando una melodía armoniosa que la fue relajando.

Empezó a cantar y no pudo dejar de mirarlo, absorta, disfrutando de aquella canción que hablaba de que las cosas irían bien, aunque en ese instante no lo pensara, que intentaba creerlo, pero que aquel no era el día para hacerlo. Fue hasta la funda de la guitarra y sacó un papel viejo doblado en cuatro partes: la letra de esa canción. La tomó entre sus manos como si fuera un tesoro, pues por experiencia propia sabía que el papel donde garabateas la letra de una canción lo era.

El chico nuevo la animó a cantarla con él y, tras acoplarse uno al otro durante un corto espacio de tiempo, la melodía empezó a sonar de distinta forma con la letra incorporada. Cuando a veces entonaba una canción por primera vez, sentía que se transportaba a otra dimensión, a ese lugar donde nada ni nadie podía dañarla. La hacía suya y sentía como recorría cada poro de su piel, erizándole el vello. Solo le sucedía con las letras que ella misma escribía. Esa fue la primera vez que le sucedió con una canción escrita por otra persona.

Al terminar de cantar, Liam acarició un par de segundos las cuerdas y la música se evaporó en el estudio de grabación. Habían creado magia y, sin darse cuenta, una conexión que comenzaría a fraguarse desde aquel día.

—Es preciosa —fue lo único que acertó a decir con el nudo en la garganta, mirando al vacío.

—Gracias, Holland. —Él también estaba emocionado.

—Es increíble —dijo, levantándose para marcharse.

—¿El qué?

—Como la música tiene ese poder curativo que alivia hasta la cicatriz más profunda del alma —musitó con los ojos acuosos.

—Se nota que la música es tu motor —comentó él, sonriéndole y se le escapó un suspiro al sentir como alguien desde hacía años era capaz de ver a través de ella.

8. COMPLEJOS Y TRAUMAS

—Ya lo sé, Marcus, pero es que es buenísima y, si él quisiera, estoy convencida de que sería un temazo… No, no, yo no pienso decírselo… Tú eres el mánager y el que habla con el productor musical, ¡mueve el culo! —Desde aquel día que cantaron esa canción Liam y Holland, estaba obsesionada con ella y tenía que estar en el álbum nuevo, aunque Marcus pensaba que ya era muy tarde para incluirla. No dejaba de insistirle que fuera un *bonus track*, pero el productor era un tío bastante estricto y rígido, por no llamarlo idiota.

—Pero vamos a ver, Holland, díselo tú a Liam. Lo primero es contar con el permiso del autor. No te va a comer. —Una semana había transcurrido desde que la cantaron en el estudio y apenas habían cruzado palabras. Por vivir un instante precioso no iba a ceder, ya que seguía molesta porque hubiera venido a ocupar el sitio de su exnovio.

—Tú fuiste quien lo trajiste al grupo, habla con él. —No daba su brazo a torcer.

—Hol, él no tiene culpa de sustituir a Josh, únicamente, hace su trabajo y creo que bastante bien. —En eso llevaba razón, no podía negar que el chico tenía talento, pero le costaba separar una cosa de la otra. Le colgó. Por suerte, estaba acostumbrado a sus cambios de humor y no volvió a telefonearla.

Se encerró en su estudio de grabación que tenía en casa y, sin poder sacarse la canción de la cabeza, estuvo pensando en ella, cantándola con la guitarra, tratando de recordar bien los acordes, las notas. No sabría decir por qué, pero aquellas letras tenían un efecto relajante sobre ella.

—Hola, Poppy.

—¿Te hace si me paso por tu casa y comemos juntas?

—Eso suena perfecto —respondió, aunque en el fondo hubiera deseado estar encerrada en el estudio, sola.

Media hora más tarde llegó a casa. Las horas pasaban sin darse cuenta cuando estaba concentrada en la música y había llegado el mediodía. Su amiga de pelo rizado y melena corta llegó con su eterna sonrisa, esa que desapareció un tiempo por el gilipollas de Martin, que la dejó de la noche a la mañana sin dar explicaciones.

—He traído comida china. —En la mesa del salón empezó a abrir

los paquetes y sacó de la bolsa unas cuantas galletas de la suerte—. Abre una.

—«No dejes las cosas en manos de otros, hazlo tú mismo».

—Buen mensaje, a ver yo. «Después de la lluvia, sale el sol». —Abrió mucho los ojos antes de comerse la galleta.

—Y ahora me dirás que ha acertado de lleno, como cada vez que te comes una de estas —bromeó.

—¡Pero, claro, Hol! Llevo hecha mierda semanas, eso puede interpretarse por la lluvia, pero ahora estoy mucho mejor, así que eso es el sol. —La aplaudió, riéndose de su optimismo.

—Lo que tú digas, Poppy. —Le sacó la lengua y siguió comiendo. Ella apenas probó bocado, pues cuando se pasaba horas muertas en el estudio, se sentía tan llena de música que no había sitio para nada más.

—Mira esta: «Hoy estás en el camino a cumplir tu sueño». ¿Será dejar de tener ganas de comer algún día? —le dijo, apenada. Poppy era una de sus mejores amigas, la conocía desde el instituto. Era una de las pocas que realmente sabía todo sobre ella. Holland, la chica guapa y delgada, a la que todos envidiaban a pesar de tener una vida de mierda, y Poppy, la chica gordita con un humor extraordinario, pero en quien nadie se fijaba por su aspecto físico. A pesar de una adolescencia algo jodida, era una chica extraordinaria.

—Deja de decir tonterías. —Se encogió de hombros mientras comía fideos chinos.

—Te preguntaría cuál es tu sueño, pero ya lo has cumplido —le dijo muy segura.

—¿Crees que ya lo he cumplido? —Asintió.

—Cantar. —Hol se echó a reír.

—Sin duda fue mi gran sueño desde pequeña. Es algo insuperable cuando estás en un escenario, aunque sea uno pequeño, y puedes expresar todo lo que sientes por dentro a través de la música.

—¿Ves?

—Pero lo que de verdad me gustaría es vivir sin dolor —dijo antes de beber un trago de refresco. Poppy dejó de comer y la miró fijamente, pues sabía perfectamente a qué se refería.

—Creo que vivir sin que nada nos duela no es factible ni por asomo. La vida es sufrimiento, Hol.

—Entonces, me conformo con un nivel un poco menor. —Muchos psicólogos le dijeron que, hasta que ella misma no se aceptara, era imposible superar todos los miedos y traumas que la acosaban. Ella les hacía ver que el dolor nacía del odio de su madre hacia ella, aunque para ellos era su forma de quererla.

Poppy puso su mano sobre la de Holland y se miraron unos segundos, hablándose con la mirada, como habían hecho desde el instituto. Con pocas personas había sentido esa conexión tan especial, esa amistad que permanecería inquebrantable pasase lo que pasase.

—Pues el mío sería ser feliz viéndome en el espejo.

—Poppy…

—Ya sé lo que vas a decirme, no lo hagas. Mi autoestima flaquea a veces y más cuando un tío como Martin me llama «vaca» antes de dejarme. Sé que eso no debe afectarme, que lo importante es respetarse y quererse una misma, pero nunca te dicen que hacerlo sea sencillo. —Si hubiese tenido al subnormal de su ex delante, lo habría machacado.

—Eres una tía grande —le dijo, y ella se rio, tomándoselo como si se lo dijera por su peso—. Sabes a qué me refiero.

—Lo sé, Hol. —Se apretaron la mano con fuerza y dejaron la intensidad para hablar del álbum, la gira que comenzaría en unas semanas, su trabajo de secretaria que detestaba y terminaron bebiendo esa tarde en el salón, recordando los tiempos de adolescencia en los que hacían el tonto sin importarles nada más.

—Mañana iré a casa de mi madre a despedirme de ellos antes de iniciar la gira. Vamos a estar un mes recorriendo varios lugares y quiero estar un rato con Faith.

—Hol, ¿tendrás cuidado? —Miró a su amiga, el temor reflejado en sus ojos.

—Haré lo que pueda, ya lo sabes. —Cada vez que se iba de gira, algo más se rompía dentro de ella y las consecuencias no tardaban en aparecer. Hasta el momento, había conseguido tapar más o menos para la prensa los desbarajustes de su frenética y alocada vida, pero eso no duraría siempre. Una vez llegaron a ingresarla en el hospital. Por suerte, con el nombre de otra persona y no trascendió. Ella también tenía miedo a las giras, aunque no podía negarse a ellas. Era demasiado trabajo, agotamiento, alcohol en exceso, drogas para sobrellevarlo todo, autolesiones, odiándose por dejarse llevar por todo eso… La total y absoluta destrucción.

Ya casi de noche se despidió de su querida amiga. Se dieron un abrazo largo y fuerte antes de irse. Siempre que se iba de gira, hacían una cena en casa con Mathew, Jocelyn y ella, pero aquella vez no tenía pensado hacerlo. Los avisaría de que se había marchado una vez que estuviera en el aeropuerto.

—Recuerda que está en nuestras manos cumplir nuestros sueños, nosotras controlamos nuestro destino.

—¿Tú también con las frases positivas tan de moda? —Se rio.

—Ya sabes a qué me refiero, Hol. —Le dio un beso sonoro en la mejilla y se fue.

Volvió al sofá con Zep en sus brazos. Le dio vueltas a esa frase que le dijo Poppy antes de salir de casa y deseó que fuera cierta, o que al menos tuviera la suficiente fuerza algún día para hacerla realidad.

9. CAMBIO DE SINGLE

—Estamos preparados para lanzar ya el sencillo del disco, chicos. —Aquella mañana tenían reunión con el productor para hablar del álbum. La líder de la banda seguía empeñada en cambiar el sencillo, aunque le costara pelear por ello—. Tiene mucha fuerza y ritmo, y yo creo que… ¿Sí, Holland? —Alzó la mano, pidiendo permiso para hablar. Will y Sean estaban a su derecha, con Marcus en el extremo, y Liam se había sentado a su izquierda. Lo miró, seria, un instante y se lanzó sin siquiera consultárselo, arriesgándose a que se negase.

—Quiero que cambiemos el sencillo. —Todos la miraron, sorprendidos, y su mánager se llevó la mano a la frente sin creerse que se hubiera atrevido a hacer la proposición.

—¿Cambiarlo? Ya lo tienen varias emisoras de radio, Holland. No podemos hacer eso. Bueno, como iba diciendo… —Volvió a levantar la mano.

—No has escuchado la canción que te propongo. Te aseguro, Christopher, que tiene más fuerza que cualquier otra del álbum. —Se echó hacia atrás en su silla, reclinándose con el ceño fruncido.

—¿No está en el álbum? —Negó con la cabeza—. O sea, ¿que no solo me propones cambiar de sencillo a días previos de lanzarlo, sino que, además, es una canción que no está incluida en el disco?

—Acertaste —bromeó.

—¿Se puede saber qué es esto, Marcus? —Eran buenos amigos y, cuando lo sacaba de sus casillas, su mánager intercedía. Ella lo miró y esa mirada tan llena de seguridad debió ser lo que lo hizo creer en ella. Si seguía en aquel mundo de la música, en parte era por su gran fe en la chica del pelo de colores.

—Escúchala, confío en Holland. —El productor resopló, pero hizo un gesto con la mano, dándole paso.

—En realidad no es mía. Es de Liam.

—Lo sabía —susurró él.

—¿Por qué no pasamos al estudio y te la enseñamos? —propuso.

Christopher se levantó y abrió la puerta con enfado mientras sus compañeros la miraban, perplejos. Marcus salió con Will y Sean y ella se quedó rezagada con el chico nuevo, dueño de la canción, con quien ni siquiera había hablado antes ni le había pedido permiso.

—Una cosa antes de que empecéis, Holland —le dijo Christopher, apuntándola con el dedo—. Estamos dispuestos a rescindir vuestro

contrato si no cumples con esta gira.

—No te preocupes, que no habrá ningún problema —respondió ella, más bien expresando un deseo en voz alta.

—Está bien, espero que así sea. —Ella se giró hacia el guitarrista nuevo.

—Liam… —Pero en vez de verlo molesto, solo vio una sonrisa en su rostro.

—Cantémosla como el otro día. —Le ofreció su mano y, aunque dudó si agarrarse a ella, algo le dijo que podía confiar en él. Estrechó la suya con la de él y se le escapó un suspiro como el otro día cuando cantaron juntos. Se soltó rápido y fue andando, con sus viejas deportivas negras pisando con firmeza, al estudio de grabación donde todos los esperaban, expectantes.

Él cogió su Linton y empezó a tocar unos acordes antes de comenzar. Holland estaba a su lado, sentada en un taburete alto, aferrada al micrófono. Lo puso a la altura adecuada y, cuando él estuvo dispuesto, comenzaron a cantar. Esa vez no fue como la anterior, pues se miraban entonando la canción y a ratos cerraba ella los ojos, sintiendo como cada frase la iba destrozando poco a poco. Quizá no era muy comprensible, pero las canciones que le rompían en pedazos el corazón eran las que más éxito tenían. Liam lo presentía porque trataba de captar su atención moviéndose. Entonces lo miraba y con los ojos le decía que continuase, que estaba bien.

—*Pero no es hoy…* —cantaba, rasgando el gran silencio que los rodeaba, como si el resto los mirase con sumo respeto, dejándolos sentir la canción, como si estuvieran solos—. *No estoy preparada…*

Liam tocó los últimos acordes y entonces reinó el más absoluto de los silencios. Cuando terminaron de cantar, se mantuvieron la mirada con el pulso acelerado. Habían creado una atmósfera mágica, inquebrantable. Entonces él dejó la guitarra y Christopher irrumpió en aplausos. Se giró a mirarlos y estaban todos con la boca abierta.

—¿Cómo no me habéis hablado antes de esta puta maravilla? Chico, eres un *crack* —le dijo al nuevo guitarrista, que sonrió, contenido.

—Cuando Holland tiene una corazonada, siempre hay que hacerle caso —respondió Marcus, mirándola con orgullo. Will y Sean fueron hacia ellos mientras mánager y productor hablaban, y se abrazaron, aplastándola a la vez que felicitaban a Liam por semejante composición.

Comenzaron a grabarla todo el grupo a los pocos días y, en apenas dos semanas, se vendieron seiscientas mil copias, debutando número uno en todas las emisoras de radio. Su premonición o

corazonada, según Marcus, fue más que acertada, aunque, si hubo algo que la marcó, fue aquel día que cantaron la canción para convencer a Christopher.

Cuando se fue con Marcus a hablar sobre la gira, y mientras Will y Sean salieron a por unos cafés, se acercó a Liam.

—Gracias por no negarte.

—Somos un equipo, Holland —le dijo. En cierto modo, ahí fue cuando empezó a arrepentirse de tratarlo mal cuando no se lo merecía, pues no lo conocía.

—Aun así, es tu canción y estás en todo tu derecho de no querer compartirla. Gracias, de verdad —le dijo muy agradecida. Estaba recogiendo su guitarra sin mirarla, asintiendo con la cabeza—. ¿Puedo preguntarte algo?

—Dime.

—¿Cuándo la compusiste o para quién? —preguntó con un hilo de voz, todavía emocionada por la letra. Liam se detuvo y entonces la miró.

—Hace años. Para mi hermano.

—Pues debe gustarle mucho. —A él se le llenaron los ojos de un brillo especial.

—Solía gustarle. Murió hace unos años. —Se sintió como una idiota por recordarle algo tan doloroso.

—Lo siento, Liam. —Asintió con la cabeza, ocultando su mirada y, cuando se limpió los ojos, volvió a mirarla.

—Todos estamos un poco rotos, Holland. —Cogió la guitarra y se fue de aquel estudio donde habían vivido un momento importante con la misma canción dos veces.

Se sentó en el sofá cuando vio que se había dejado el papel con la letra, doblado por la mitad. Lo cogió para guardarlo cuando vio algo escrito por detrás. «Quiero creerte», y lo firmaba un chico llamado Mike. Supuso que era el hermano de Liam y le pareció de una generosidad increíble que aquella canción que tanto significaba para él la hubiera regalado sin más. No conocía al chico nuevo y aún se resistía a hacerlo, aunque no cabía duda de que tenía el corazón tan roto como ella.

10. SENTIR LA DECEPCIÓN

—¡Holland! —Los ojitos de Faith se iluminaban cada vez que la veía y ella sentía hacerse pequeñita, pues no era ni por asomo ningún modelo a seguir.

—Hola, pequeñita. —Se dieron un abrazo y se metieron en el refugio de su habitación, ese que crearon un día estando ella en casa todavía. Su hermana tenía cinco años y estaba triste porque su padre se tuvo que ir a trabajar a Asia. Para variar, su madre le dijo que se acostumbrase a vivir sin sus padres porque un día faltarían, y la pobre niña se quedó horrorizada al escucharla. Entonces, para animarla, decidió crear ese espacio en un lado de su cuarto. Consistía en unos almohadones en el suelo y una tela transparente *beige* que caía desde el techo, tapando la zona de las almohadas. En la pared, pusieron dibujos y fotografías y por la noche encendían unas luces blancas que colgaban de un extremo anclado en la pared. Allí podía sentirse segura y arropada, tenía todo lo que le daba confianza en aquel reducido espacio.

—Te he traído una nueva foto para colgarla —le dijo, enseñándole la instantánea que se tomaron un mes atrás cuando se habían ido de vacaciones a California junto a Duke. No recordaba la última vez en la que su madre fuera con ellos unos días de descanso. Según ella, le daban jaqueca y las veces que se había ido con todos apenas salía de su habitación o del *spa* del hotel.

—¡Qué chula! —Se la quitó de las manos, emocionada.

Estuvieron en aquel refugio buena parte de la mañana, recordando las ocasiones en las que habían ido de vacaciones juntas: cuando la vio por primera vez cantar en un concierto, cuando aún vivía con ella e iba a su habitación a que le contase cuentos y se dormía en su cama…

—La nueva canción es muy bonita —le dijo, llena de orgullo.

—Gracias, pequeñita. Siempre es muy importante tu opinión —se rio.

—Ni que fuera yo un crítico de esos.

—Eres mi mejor crítico —respondió.

—Cuando sea más mayor, iré contigo a las giras y tendremos la misma habitación.

—Ojalá pudieras venir conmigo. —Se incorporó, apoyándose sobre el codo derecho.

—Claro que voy a hacerlo y así estaré con alguien a quien le importe. —El tono triste de su voz le heló el corazón.

—¿Cómo que estarás con alguien a quien le importes? Tú le importas a mucha gente. —Se encogió de hombros, apenada.

—No a todos. A mamá no siempre le gusta lo que hago y nunca la desobedezco.

—A veces, mamá tiene muchas cosas en la cabeza y se le olvida estar un poco más atenta a otras —la justificó, y no por defenderla, sino porque le recordaba a su propio sufrimiento cuando tenía su edad y veía que su madre no se preocupaba por ella como las madres de sus amigas.

—No sé…

—Además, tienes un padre que te adora, ¿o no? —le dijo, haciéndole cosquillas para hacerla reír. Faith se removió a carcajada limpia, asintiendo.

—Te vas de gira, ¿verdad?

—Sí, pequeñita. En unas semanas.

—No me gusta cuando te marchas… Aparte de querer estar contigo en la misma habitación, no quiero que vuelvas como siempre. —La miró sin comprenderla.

—¿A qué te refieres?

—Sé que, cuando regresas, estás unos días como encerrada sin salir y oí a mamá hablar con papá una vez que estuviste en el hospital… —Se le cayó el mundo a los pies. No fue capaz de mirarla, aunque de reojo pudo vislumbrar que ella tampoco se atrevió a hacerlo. Y una vez más no fue valiente. Se levantó y se fue.

—Bueno, pequeñita, cuídate mucho. Nos veremos en un mes. —Cuando estaba llegando a la puerta, Faith la llamó.

—Hol. —Se giró y vio su preciosa cara llena de orgullo con algo de preocupación—. Acuérdate de que a ti también hay gente que te quiere. —Le sonrió con las ganas de llorar latiéndole en el pecho.

—¿Ya te vas? —Escuchó a su espalda la voz autoritaria de su querida madre.

—Sí, salgo de gira dentro de poco. —Ella resopló, riéndose son sarna.

—Intenta volver de una pieza y no llamar tanto la atención. Un día de estos, Marcus no podrá ocultarlo y todo el mundo sabrá quién es en realidad Holland, la gran estrella de *rock*.

—¿Y quién es, según tú? —quiso saber.

—Una cantante que no supo aceptar su éxito y se refugió en el alcohol y las drogas, matándose poco a poco —escupió su veneno.

—Qué poco sabes sobre mí —fue lo único que consiguió decir.

Ella sonrió y giró sus tacones, alejándose sin mirar atrás.

Por la tarde quiso meterse en el estudio a grabar, pero no fue capaz. La decepción en la voz de su hermana pequeña junto a los reproches constantes de su madre la hicieron flaquear y se drogó. Por desgracia, eso no fue suficiente y se quitó los pantalones junto a la camiseta, dando tirones y quedándose en ropa interior. Fue hasta la cocina a trompicones, dado el efecto de la cocaína, y cogió un cuchillo. Se sentó en el suelo y empezó a hacerse pequeños cortes en los muslos, viendo cómo la sangre empezaba a fluir mientras lloraba sin consuelo. No derramaba lágrimas por el dolor, pues las cicatrices en las piernas de las lesiones que ella misma se provocaba eran señal de que no era la primera vez que lo hacía. Soportaba ese dolor, pues era mucho más llevadero que el veneno de su madre o la decepción en los ojos de Faith. Se tumbó sobre el frío suelo de la cocina, dejando que los cortes sangrasen. Y entonces comprendió por qué alguien como Josh se había alejado, porque era alguien dañino. Imaginaba verlo hacerse eso y no poder nada, como mil veces le pasó a él, y la impotencia y la rabia la dominaban. Entendió que no se puede estar al lado de alguien que se mata día a día, pues es demasiado doloroso ver cómo se apaga de forma voluntaria. Dio un grito antes de seguir llorando sin contención, echando todo el dolor que la quemaba por dentro, sintiendo como la vida se le escapaba entre los dedos y no podía hacer nada por regresar a ella.

11. MAÑANA

El tiempo era algo muy variable, relativo, diría. Cuando eras pequeña, el tiempo pasaba muy deprisa y apenas te daba tiempo a darte cuenta de cada momento que transcurría. Sin embargo, cuando eras adulto, muchas veces el tiempo se sucedía lento o, al menos, esa era su sensación. Así se sentiría Faith, viviendo una vida poco complicada, con todas las comodidades de una vida de lujo gracias a los empleos de sus padres y con todo el amor de su padre y el suyo.

Y al igual que el tiempo era tan variable, el universo tendía a ser misterioso. Una vez le dijeron que solía equilibrar las cosas buenas con las malas, pero Holland siempre discrepaba. En su vida las malas ganaban a las buenas por goleada. Por suerte, tenía una muy buena, y esa era su hermanita pequeña. Por eso, cuando vio esa preocupación en sus ojos por irse de gira, se le rompió el corazón. Se prometió a sí misma que haría todo lo posible por no volver como lo hacía de cada gira.

La semana siguiente comenzaba la gira en el Staples Center de Los Ángeles. No importaban los años que llevara en el mundo de la música, pues siempre sentía los nervios en la boca del estómago días antes de empezar una gira. Se entregaba en cuerpo y alma en el escenario, se debía a toda esa gente que coreaba su nombre y se desgañitaba cantando y aplaudiendo. El proceso de grabación era otra cosa. Era algo íntimo, hacia dentro, se encerraba en su estudio, en su apartamento, a componer durante meses y su banda la respetaba bastante. A veces consentía que fueran a casa y los dejaba entrar en su mundo. Por suerte, llevaban ya años juntos y la comprendían, sabían cómo tratarla. Por desgracia, el chico nuevo aún no lo hacía y se quejaba por no poder unirse al tándem.

—¿Qué haces aquí?

—No vengo por gusto. Marcus me ha exigido que viniera para que grabemos la canción los dos —le dijo Liam, sorprendiéndola en la puerta de su apartamento. Le cerró la puerta en las narices y llamó al mánager a pedirle explicaciones.

—¡Se puede saber por qué le dices que venga a mi casa! Los chicos no están… No, ¿y por qué? ¡No! ¡Pues ahí se va a quedar! —Y le colgó.

Volvió a la puerta y ahí seguía su nuevo compañero del grupo. Dio la vuelta y se encerró en su estudio horas y horas, pensando que

Liam se había marchado. A la hora de comer, llamaron a la puerta porque había pedido una *pizza*, ya que no era muy buena cocinera, y se le abrieron los ojos como platos al ver a Liam tirado en el suelo junto a su adorada guitarra. El repartidor lo miró con temor, pensando que se trataría de algún mendigo que se había colado en el edificio.

—No me puedo creer que lleves ahí horas —musitó, dejándole la puerta abierta. Se fue a la cocina a comer, esperando a que el nuevo guitarrista entrase.

—¿Puedo pasar? —le preguntó en el umbral de la cocina.

Lo miró mientras comía un pedazo de *pizza* cuatro quesos y asintió. Arrastró los pies hasta un taburete y colocó su guitarra a un lado. Cogió un plato y le puso un trozo de *pizza* para que se uniera a ella en la comida. No esperaba que estuviese en el descansillo de su apartamento durante horas y se sentía mal por ello.

—¿Ahora me ofreces comida?

—No comas si no te apetece.

—Hombre, después de tenerme cuatro horas esperando fuera de tu casa, pensaba que ya no ibas a invitarme a entrar —dijo, molesto, y con razón.

—Tampoco soy tan mala. —Él levantó la ceja, mirándola con recelo. Tomó el trozo de *pizza* y se la comió sin mirarla, observando la cocina. La chica del pelo a colores tardó dos segundos en tragarse lo que tenía en el plato, pues no le gustaba mucho que la gente la viera comer.

Se fue al estudio y se quedó allí, revisando canciones y mirando los últimos arreglos que los chicos le habían mandado. Llamaron a la puerta, que dejó algo entreabierta en señal de paz, y la abrió del todo sin dejar de mirar el ordenador que tenía delante de ella.

Liam entró con su guitarra y se sentó a su espalda.

—Bien, vamos a empezar y, así, cuanto antes te vayas, mejor —le dijo, buscando la letra de la canción que le había mandado Will.

—Pues empezamos bien… —murmuró. Hizo oídos sordos y se concentró en lo importante.

—A ver, chico nuevo…

—Pensaba que ya habíamos pasado esa barrera y me llamabas por mi nombre. —Lo miró muy seria.

—¿Perdona?

—El otro día, cuando estábamos hablando sobre cambiar el *single*, me llamaste por mi nombre y me gustó mucho. —No sabía decir por qué, pero a veces aquel chico la miraba con tanta intensidad que se sonrojaba.

—¿Podemos centrarnos en lo importante? —contestó, resguardándose tras su muralla defensiva. Él asintió con una sonrisa y comenzaron a hablar de la canción.

Liam había dejado demostrado más que de sobra que era muy profesional. Desde que llegó se adaptó perfectamente al ritmo del grupo, se aprendió las canciones en un tiempo récord y había cedido una parte seguramente muy importante para él. Eso le recordó que había guardado la canción de su puño y letra y era hora de devolvérsela.

—Yo creo que ha quedado genial, Holland —le dijo una vez acabaron, horas después, de grabarla.

Salió del estudio y fue a su habitación a por el papel viejo y doblado donde se había vaciado para hablar a su hermano. Cuando regresó, ya había recogido sus cosas y estaba listo para irse. En el umbral del estudio, le enseñó el papel y él la miró, asombrado.

—Pensaba que la había perdido. —Con sumo cuidado, la recogió y se la guardó en el bolsillo trasero del pantalón.

—Te la dejaste en el estudio hace unos días.

—Ya… —Le daba vueltas a los anillos que tenía en la mano, quizá sería un tic nervioso. Se encaminó a la puerta con la guitarra colgada al hombro y no pudo evitar hablar.

—¿Mike era tu hermano? —Se paró al oír ese nombre y no supo por qué, pero se arrepintió de haberlo nombrado. Se dio la vuelta para mirarla y asintió.

—Así es. —Sacó el papel del bolsillo y lo abrió exactamente por donde estaba garabateado ese nombre.

—Siento mucho que lo perdieras.

—Gracias, Hol. —La pilló desprevenida que la llamase así, pero esbozó algo similar a una sonrisa.

—Seguro que la canción le gustó a pesar de… todo.

—Mañana, como dice la canción, era lo que siempre le pedía. Que hubiese un mañana y que confiase que lo iba a haber.

Reinó un incómodo silencio. No se conocían lo suficiente para acercarse a él y abrazarlo, habría sido extraño. Se limitó a mirarlo, respetando ese silencio en el que estaría digiriendo muchas emociones que le dolían. Conocía bien esa mirada perdida en el horizonte.

—En fin…, nos vemos. Encárgate de hacerle llegar eso a los chicos y a Marcus. Seguro que les encanta.

—A mí también me gusta que me llames Hol —dijo de pronto. Ladeó la sonrisa y asintió con la cabeza antes de marcharse. Fue detrás de él, acompañándolo a la puerta para cerrarla una vez

hubiera salido del apartamento.

—Gracias por la *pizza*.

—Siento haberte dejado fuera tanto tiempo.

—Gracias por haberme dejado entrar finalmente. —Se encogió de hombros y le abrió la puerta—. Hasta mañana, Hol.

—¿Sabes qué, Liam? —Se detuvo en medio del umbral, mirándola—. Tienes razón, todos estamos un poco rotos.

No le contestó, suspiró y se fue sin decir nada más.

12. COMENZANDO LA GIRA

La noche del concierto que inauguraba la gira, sus amigos tampoco pudieron asistir y a ella se le resquebrajó un poco el corazón, aunque, como solía hacer, se ponía la coraza cubriéndose con ella. La idea era no crear una despedida a lo grande como hacían normalmente, pero al menos que asistieran a ese concierto le habría gustado.

Mathew era abogado y su bufete muchas veces lo mandaba fuera de la ciudad a llevar algunos juicios. Por desgracia, esa semana llevaba fuera todos los días y aún no había terminado con el dichoso juicio, así que no pudo asistir. Poppy, por el contrario, tenía el cumpleaños de su sobrino, que hacía un año, y la familia había decidido celebrarlo el fin de semana entero en la residencia de verano familiar. También lo entendió, aunque le fastidió. Y Jocelyn estaba al cuidado de su madre, que estaba enferma y se turnaba con su hermano. La mala suerte fue que ese finde le tocaba encargarse y, a pesar de llamarla para desearle lo mejor, no pudo volver a verla antes de irse un mes a recorrer el país.

Por la mañana fueron a hacer la prueba de sonido y la impresionó la calma de Liam. Esperaba verlo nervioso o ansioso y demostró ser muy profesional. Apenas cruzaron palabras desde que se fue de su apartamento. Will debió haber salido la noche anterior, porque estaba más empanado que de costumbre. Sean trataba de disimular, pero su mánager, que no era nada tonto, se dio cuenta y le echó una buena charla en el *backstage*.

Cuando empezaron la prueba, se entretuvo mientras los chicos se preparaban, respondiendo a algunos mensajes, entre ellos de Faith y sus amigos, explicándole por qué no iban a poder asistir a su primer concierto y millones de disculpas más. Salió la última al escenario, por lo que estuvo desde detrás, observándolos, y su mirada se fue directa a Liam. Llevaba unas Vans blancas, pantalón vaquero negro, camiseta blanca holgada y el pelo alborotado a un lado. Estando en Los Ángeles las temperaturas no solían ser muy frías y más en verano. Pensó que tenía ese aspecto de estrella del *rock* que volvía locas a las *fans*: el tipo alto, con pelo revuelto, tatuado, sonriente, irresistible.

Empezaron a sonar las notas en su guitarra, con dureza. Conocía perfectamente ese ritmo, pues era una de las primeras canciones que

compuso para ese álbum. La batería se unió junto al bajo, llevando el ritmo, creando a su alrededor una melodía. Salió al centro del escenario y agarró el micrófono con fuerza, comenzando a cantar. Se apretaba el auricular de tapón que amplificaba el sonido y así hacía una señal con el pulgar para que los técnicos de sonido subiesen o bajasen el volumen.

Cuando terminaron, fue a casa a recoger la maleta que tenía ya preparada y se dio un baño antes de regresar al estadio para prepararse para el concierto de apertura de la gira. No le gustaba mirarse al espejo. Llevaba años sin hacerlo, pero tenía ojos en la cara y era inevitable verse el cuerpo desnudo. Según le decían los psicólogos, estaba más delgada de lo que su mente enferma creía. Las cicatrices de las lesiones que se llevaba provocando durante años eran rugosas, a excepción de las últimas, que aún no habían comenzado a cicatrizar. Al salir del baño, se vistió con la ropa para el concierto que había elegido junto a su estilista y una furgoneta la recogió antes de pasar a por los demás.

—Caray, ¡qué maleta tan pequeñita, chico! —dijo Sean a Liam cuando se subió en la última parada antes de llegar al Staples Center de Los Ángeles.

—¿Cuánto espacio necesitas? —dijo él, poniéndose el cinturón.

—Sobre todo, para los condones —respondieron al unísono Will y Sean, que únicamente pensaban en una cosa. Eran un par de inmaduros, pero adorables. Todos se rieron y siguieron en silencio camino al estadio. Al llegar, fueron directos cada uno a su camerino a esperar que llegase la hora del gran espectáculo. Lilly, su estilista, llegó una hora más tarde para ayudarla a prepararse junto a Susan, la peluquera y maquilladora.

No le gustaba tener a mucha gente alrededor, así que, tras años en aquel mundillo, Marcus se había adaptado a sus necesidades.

—Nena, con los *outfits* que hemos seleccionado, vas a estar grandiosa en esta gira. —Susan se reía, oyéndola mientras abría su maletín de maquillaje y buscaba las paletas de colores para esa noche.

—Esta vez tendrás la maleta aquí, Su, ¿verdad? —le preguntó—. Salimos directos en cuanto terminemos hoy el concierto.

—Sí, no seáis perras y no me recordéis lo que pasó la última vez. Vosotras sabéis como es esto y, cuando estás enamorada, es importante compartir momentos con tu pareja.

—¿A quién quieres engañar? —murmuró Lilly—. Para ti, enamorarse es follar a los cinco minutos, y te recuerdo que dejaste a aquel pobre chico nada más volver de la gira.

Susan le lanzó un pincel que Lilly esquivó y recogió entre carcajadas. A Holland la hacían sentir bien con sus chistes y comentarios mordaces. No tenían una relación muy estrecha, pero eran algo parecido a amigas en el mundo de la música.

—¿Estamos listos? —Marcus entró en su camerino quince minutos antes de comenzar el concierto y se quedó de piedra al verla. Susan se había empeñado en probar nuevos maquillajes y aquel era entre gótico y princesa por la mezcla de colores rosáceos y negros. El pelo, que llevaba teñido a varios colores, parecía una fantasía. Lilly, por su parte, había elegido para aquella noche un *look* acorde al maquillaje. Unas mayas a rayas rojas y negras con las deportivas negras, un tutú rosa, camiseta de tirantes negra y una corbata del mismo color a la maya. Bastante extravagante, sí, pero era la esencia de Holland.

—Estás fantástica. —Le dio un beso en la mejilla y, tras dar las gracias a sus chicas, salió de su mano camino al escenario.

—Hey, chica arcoíris. —Oyó una voz conocida a su espalda y se giró, perpleja.

—¿Jocelyn? No puede ser… —Sus tres amigos estaban allí, como siempre. Se lanzaron a abrazarse con las quejas de Susan detrás, para que no le arruinaran el estilismo, mientras Lilly sonreía, emocionada.

—Pero ¿qué hacéis aquí?

—Queríamos darte una sorpresa y por eso te hemos engañado —reconoció Poppy.

—Sois lo peor… ¡Os quiero! —fue lo último que le dejaron decir antes de llevársela casi en volandas, pues era la hora de arrasar en el escenario.

Los chicos ya estaban en el escenario con el telón cerrado y el griterío los hacía saber que el estadio debía estar lleno. Decidieron abrir aquella noche con la canción de Liam, a pesar de que Christopher se quejara incansablemente por parecerle algo arriesgado, pero ella tenía el presentimiento de que iba a ser el pistoletazo de salida de una gran noche.

Fue directa hasta el micrófono con la guitarra al hombro sin mirar a sus compañeros, pues esos segundos antes de comenzar le provocaban inseguridad hacerlo, y lo agarró con firmeza. Le trajeron un taburete para tocar durante la canción, como lo había pedido. A su lado, de pronto vio que llegaba Liam, se sentó en otro taburete y la miró, diciéndole muchas cosas con la mirada. Por primera vez antes de empezar un concierto, sentía como la seguridad recorría sus venas, y el artífice fue el chico nuevo.

Comenzaron a sonar los primeros acordes y golpes de batería y el

telón se levantó con un gran estruendo. No cabía un alma más. *Flashes* se dispararon por todas partes, iluminando el oscuro estadio. Se escuchaba al público gritar, cantar y aplaudir, todo a la vez. Se aferró a la guitarra, arrancándole notas junto a la de Liam, y su voz grave y ronca se unía a la suya en ocasiones, creando una melodía excepcional, preciosa. ¿Llegó a emocionarse? Sí. ¿Lamentó llorar delante de miles de personas? No, jamás. Con aquella gente que no conocía personalmente nunca podía avergonzarse de nada porque la apoyaban hiciera lo que hiciera. Cuando acariciaron la cuerda de la guitarra en el último acorde, se miraron y sonrieron. No hubo palabras necesarias. Se retiró a su marca, el lugar donde solía posicionarse un músico, y se llevaron su taburete y el de ella velozmente.

Las canciones se sucedían una tras otra, con energía y con fuerza, alternando algunas con muchísimo ritmo y otras más lentas, como aquella primera que abrió el concierto, siendo un éxito total a juzgar por los vítores y los aplausos. En el descanso, las chicas estaban emocionadas, viendo el concierto detrás del escenario. Marcus la pilló antes de llegar al camerino para cambiarse y ver unos milisegundos a sus amigos.

—El comienzo ha sido explosivo. La química con Liam ha sido brutal. —Le dio las gracias y, corriendo, llegaron al camerino para poder refrescarse un poco y cambiarse con un *outfit* mucho más roquero.

—¿Os está gustando?

—A mí lo que me gusta es el tipo nuevo. Dios santo, ¡es un cañón! —gritó Poppy, algo bebida.

—Lo estás haciendo genial, Hol —confesó Mat, y Jocelyn asintió, bebiendo por la pajita la cola que se estaba tomando.

Siguieron dándolo todo en el concierto para su público, que estaba entregado. Hicieron un par de bises para contentar a los *fans*, que rogaban que lo hicieran y, cuando las luces se apagaron y se cerró el telón, bajaron del escenario, sudados, pero completamente satisfechos con la sonrisa en los labios.

—¡Conciertazo, tíos! —dijo Will, chocando las palmas de las manos con todo el equipo, incluida la líder de la banda.

Rápidamente, comentó el concierto con sus amigos y se despidió de ellos, agradeciéndoles una vez más que la hubieran mentido vilmente y hubieran asistido a su primer concierto.

Se dio una ducha y se cambió de ropa para poder irse al aeropuerto a coger el avión para San Francisco. En el avión les darían de cenar, ya que iban muy ajustados de tiempo y no podían

cenar como en otras ocasiones tranquilamente en un restaurante. Al salir con la furgoneta, cientos de *flashes* los deslumbraron. Suerte que llevaba las gafas de sol, pues después de casi dos horas con tantos cambios de luz te quedabas cegado por un rato. Los *fans* también se agolpaban, esperando, aunque fuera por una simple señal con la mano.

Ya en el avión los chicos no dejaban de tararear canciones mientras cenaban. Marcus no se despegaba del teléfono, recibiendo informes del concierto y las chicas comentaban lo contentas que estaban de poder viajar a San Francisco por primera vez. Liam estaba en su asiento, degustando la cena en silencio. Cuando se levantó Hol camino al baño, se sentó a su lado un instante.

—¿Te ha gustado? —le preguntó. Dejó la comida a un lado y, tras limpiarse con la servilleta y tragar, la miró, sonriéndole con los ojos.

—Ha sido brutal.

—Lo ha sido, tienes talento, ¿sabes? —No le contestó. Simplemente, apretó los dientes y suspiró. Se levantó, decidida a marcharse, algo incómoda, por cierto.

—Quien tiene un gran talento eres tú. De hecho, diría que tienes un don especial —musitó. Se giró para responderle, pero se estaba poniendo los cascos inalámbricos y optó por ir al baño sin hablar con él.

Si le hubiera contestado, le habría dicho que lo sabía. Llevaban años diciéndoselo, sobre todo, gente entendida del mundo de la música. Lo que poca gente sabía era que aquello que no paraban de decirle le daba un pánico terrible, pues no sabía controlar ese don.

13. COMPRENDIENDO MUCHAS COSAS

Los conciertos en San Francisco, Sacramento y Washington tuvieron la misma repercusión que el de Los Ángeles. Poco a poco me iba adaptando a los chicos y funcionábamos mejor. Holland se comía el escenario con apenas pisarlo.

Nuestra casi nula relación fluía a ratos, a diferencia de la que tenía con Will y Sean, que ya me habían acogido como a uno más de la banda. El lleno absoluto de cada noche me seguía apabullando, yo, que no estaba acostumbrado más que a los *pubs* de pueblos pequeños. También me impresionaba que muchas veces no se escuchaba la voz de la líder del grupo, ya que miles de personas coreaban las letras al unísono y se solapaban. Conocía muy poco a la chica que lideraba a los *Dead Souls*, únicamente, veía lo que dejaba mostrar, que era la estrella, la líder, una diosa en el escenario.

Compartir con ella los momentos de la que era mi canción habían sido impresionantes. Desde el primer día que se la enseñé y se enamoró de ella hasta aquel día en su apartamento, donde me cerró la puerta en las narices y no me di por vencido, esperando a que me abriese. Era un gran misterio, pero algo me decía, quizá un sexto sentido, que había mucho más tras la imagen de la cantante de aquella banda de *rock*. No solía comer con nosotros y tampoco hacía mucha vida con el resto. Nos alojábamos en hoteles bastantes buenos, pero no podíamos disfrutar mucho nuestra estancia en ellos, ya que no parábamos de viajar. Tras el concierto en Las Vegas, noté un bajón en ella. Se la veía cansada y más pálida de lo normal.

—Tienes que comer más. —Oí que le decía Marcus en susurros a la mañana siguiente. Holland, sin embargo, no desayunó gran cosa y se volvió a la habitación a descansar antes de la rueda de prensa que teníamos esa tarde.

—Solo necesita descansar un poco más, jefe —le dijo Will, bebiéndose el café bien cargado.

—Relajarse y estar tranquila —confirmó Sean. No entendí qué demonios sucedió, que nuestro mánager salió disparado. Miré a los chicos, que siguieron hablando sin inmutarse. Ni Holland ni Marcus aparecieron el resto de la mañana. Yo aproveché para tomar un baño en la piscina mientras los chicos subieron a sus habitaciones con dos

chicas que vi la noche anterior subir a sus respectivas habitaciones.

Preparado ya para la rueda de prensa, vi a los chicos despedir a las chicas entre besos con lengua, escandalosos, agarrándoles el trasero a aquellas dos mujeres que parecían modelos. Holland llegó después del brazo de Marcus. Parecía que la sostenía, como si la llevase en volandas.

—La próxima vez que vuestra cantante se vaya a «relajar», me lo decís antes de llegar tarde. Ni siquiera Lilly ha conseguido disimular —dijo, enfadado, señalando su cara. La verdad es que tenía peor aspecto que ese día por la mañana—. Sois unos inmaduros los dos y así no la ayudáis, joder.

—Estoy… bien —carraspeó la chica, que iba sujeta por el mánager.

—No os enrolléis, respuestas cortas y concisas, a ver si conseguimos salir cuanto antes de esa rueda de prensa. —Nos encaminó hacia la sala de prensa del hotel y llegamos en orden de uno en uno. Marcus la soltó para que anduviese por sí misma, pero casi se cayó, así que disimulé, cogiéndola por los hombros en señal de compadreo.

Estuve muy pendiente de ella en todo momento, aunque no tenía la menor idea de qué iba aquello. En alguna ocasión se trabó, por lo que yo me reía, tratando de llamar la atención, y metía baza para que los periodistas dirigieran su atención hacia mí.

—Muy bien, chicos, suficiente. Gracias a todos. —Salimos de la sala de prensa con los periodistas, que no dejaron de hacer fotos y seguían haciendo preguntas.

—¿Qué hay de cierto en los rumores de ruptura con el anterior guitarrista? ¿Es cierto que se fue por ese motivo? —preguntó una periodista entrometida y Holland se giró hacia la mujer con la mirada llena de tristeza.

—Nada de preguntas personales —pidió Marcus, saliendo de allí atropelladamente, llevándola en volandas.

Subimos a las habitaciones y yo me quedé preocupado por el estado de Holland. No conseguí quedarme dentro de la misma, así que salí a buscar a los chicos. Llamé a la puerta y tardaron poco en abrirme.

—Hey, Liam, ¿qué pasa, tío? —me animó a entrar, dándome en el hombro, y así lo hice.

—¿Quieres un cigarrillo? —me ofreció Sean, que estaba sentado sobre la cama. Negué con la cabeza y me acerqué a la ventana, que daba a la zona de piscinas.

—Oíd, chicos, no quiero pecar de cotilla, pero ¿se puede saber

qué coño ha pasado con Holland hoy?

—Nuestra chica es… complicada. Tiene problemas —comentó Will defendiéndola.

—Bien…, pero ¿le pasa mucho? Porque no creo que sea buena imagen para el grupo. —Sean se vino hacia mí con cara de pocos amigos y por un segundo pensé que me iba a pegar.

—Es mucho más que una imagen, ¿sabes? Es como nuestra hermana, es familia.

—Pues, a juzgar por las palabras de Marcus, no cuidáis muy bien de vuestra familia —dije sin pensar, llevándome un puñetazo de Sean sin poder evitarlo.

—¡Qué coño haces, tío! —le dijo su compañero de aventuras. Se acercó a ver cómo estaba y la sangre que me salía del labio le contestó por sí sola.

—¡Se está metiendo con Hol! ¡No se te ocurra hacerle nada! ¡Déjala! ¡Nosotros nos encargamos! —Tiró el pitillo al suelo enmoquetado y salió dando un sonoro portazo.

—Tío, ten cuidado con lo que dices. Es muy temperamental y protegemos mucho a nuestra chica, ¿lo entiendes? —me dijo muy calmado. Yo asentí y salí camino a mi habitación en busca de un poco de hielo, rogando porque no se me hinchara el labio.

—¡Eh! ¡Liam! —«Mierda», pensé. Mi nuevo mánager me llamaba y, si me veía el labio de aquella manera, se iba a liar. Por desgracia, no tuve escapatoria.

—¿Sí? —pregunté, dándole la espalda. Él llegó hasta mí y me giró, cogiéndome de un lado de la espalda.

—Pero ¿¡qué demonios!? ¿Tú también eres como ellos? No me jodas, que creía que eras el maduro de este grupo de locos. —Me agarró por el hombro, llevándome a su habitación. Al entrar, me sacudió la oscuridad que reinaba en su *suite*.

—¿Tienes por ahí un poco de hielo? —consulté. Se fue hasta su nevera y cogió unos cuantos cubitos, enrollándolos en una toalla que cogió del baño.

—Toma, ¿me puedes contar qué demonios ha sucedido? Es que no puedo dejaros un solo minuto solos, maldita sea —refunfuñó.

—Solamente he preguntado qué le había pasado hoy a Holland porque la he visto muy rara y Sean me ha malinterpretado y me ha pegado —contesté, poniéndome el hielo sobre el labio malherido.

—Cuando lo pille, lo mato —maldijo—. En cuanto a Hol, es una chica compleja.

—Eso ya me lo han dicho, pero creo que, si pertenezco a esta banda, me merezco saber qué sucede a mi alrededor.

—Siéntate. —Me ofreció la silla que estaba a su lado, en la mesa que tenía en el centro de la sala, y obedecí—. Holland tiene un gran talento. Creo que eso no es ningún misterio para nadie.

—Evidentemente —dije, apretándome el hielo en el labio.

—Pero arrastra muchos problemas, entre ellos, las drogas. Cuando tiene demasiada tensión y le puede el estrés, toma alguna sustancia.

—¿Por eso saliste corriendo antes de empezar la rueda de prensa? —Asintió, tragando con dificultad.

—Las giras la alteran mucho y hay que… controlarla.

—¿Cómo es que nadie en la rueda de prensa preguntó sobre este tipo de cosas? —Se levantó y se puso un *whisky* en un vaso con hielo. Tras bebérselo de un trago, siguió hablando.

—No sé cómo demonios lo he hecho todos estos años, pero he conseguido ir tapando sus problemas. Pocos periodistas son los que están al tanto, pero he logrado que no lo aireen.

—Joder…

—Seguramente, debía habértelo contado antes de ingresar en la banda. Ahora necesito que seas mis oídos y mis ojos. Will y Sean están demasiado implicados con ella, pero tú apenas la conoces. Yo no voy a poder estar toda la gira con vosotros por negocios que tengo que atender.

—¿Quieres que haga de niñera? —Volvió a echarse otro *whisky* y se lo bebió de golpe. Allí bebía casi todo el mundo.

—Es como mi hija, jamás la abandonaría, pero tengo otros trabajos que atender. Necesito que estés pendiente de ella y la cuides. Ya no te lo pido como tu mánager, sino como una persona desesperada que te pide un favor personal, ¿lo harás?

No tuve tiempo de responder cuando la puerta de la izquierda que daba a la estancia donde estaba la cama se abrió y apareció Holland. Estaba mucho más demacrada y somnolienta.

—Eh, pequeña, vuelve a la cama. Descansa. —El mánager, que parecía un armario por su altura y corpulencia, parecía un hombre débil y preocupado al verla. La cantante aceptó su abrazo mientras la mecía lentamente en un vaivén de lado a lado.

—¿Liam? ¿Qué haces aquí? —preguntó, mirándome con la tez pálida.

—Nada, he venido a tratar unos asuntos con el jefe. Ya me marcho. —Y salí de allí con aquellos dos, que parecían padre e hija, se quedaran de pie abrazados y en silencio.

14. COYOACÁN

Santa Fe fue la siguiente parada tras Arizona. Marcus se fue la noche anterior para tratar otros asuntos en Los Ángeles; aunque no se libró de su sermón, fue buena y lo escuchó en silencio, asintiendo. Las cosas no mejoraron desde el episodio de Las Vegas y, después de cada concierto, se encerraba a beber hasta que prácticamente amanecía. Las resacas del día siguiente eran terribles, sobre todo, cuando tenía que lidiar con ruedas de prensa o entrevistas con diferentes emisoras de radio y revistas de música. Una de esas mañanas, Liam se sentó a su lado en la sala vip antes de dar una entrevista a una prestigiosa publicación sobre el mundo de la música.

—Creo que no deberías beber tanto. —Le ofreció una botella de agua y un par de pastillas—. ¿Aspirinas?

—Gracias. —Se las tomó y volvieron a quedarse en silencio.

—Deberías descansar un poco más y, sobre todo, alimentarte.

—Por descansar no te apures que, cuando me muera, ya lo haré y, en cuanto a la comida, no es asunto tuyo —contestó, frunciendo el ceño, incómoda.

—Hay métodos mejores para relajarse. —No paraba de insistir en darle conversación.

—Parece que no pillas que el silencio es mi forma de decirte que te vayas a la mierda. — El guitarrista se levantó para servirse un café y le dio otro a ella.

—Te preguntaría si confías en mí, pero, como apenas me conoces, no lo voy a hacer. — Brindó con su café al aire, agradeciéndole el gesto.

—Tenemos una entrevista por delante —dijo al final, levantándose.

—Tengo el permiso de Marcus para tomarnos un día libre antes de seguir con la gira.

—No me ha dicho nada —le dijo bruscamente, mirándolo muy sorprendida.

—Y me ha dado permiso para que cojamos un coche y hagamos una pequeña excursión que nos haga olvidarnos un poco de tanto trabajo.

—¿Quién? ¿Tú y yo?

—Te va a encantar. —Dejó el café y fue hasta la puerta.

—Pero yo…

—Y a tus chicos también les parece una gran idea. De hecho, seguro que ellos ya tienen sus propios planes. —Le guiñó un ojo y salió de la sala, triunfal.

Una entrevista tras otra durante tres horas fue suficiente para volver a dejarle claro que estaba más que agotada. No volvió a dirigirle la palabra más que para lo estrictamente profesional y, por fin, cuando todo acabó, volvieron al hotel.

—Bien, pequeña, mañana te vas de excursión, al parecer —le dijo Will, agarrándola de la mano.

—No sé quién coño te ha dicho semejante idiotez —dijo casi chillando para que Liam, que venía por detrás, lo oyera—, pero mañana pienso quedarme en mi habitación todo el santo día. Y tú, que seguramente ya habrás quedado con alguna chica que esté loca por ti, ya puedes tener cuidado.

—¿A qué viene eso? Siempre lo tengo.

—No vayas a dejar niños en cada estado de la gira —bromeó.

—Estoy de acuerdo contigo en que es una soberana gilipollez. ¿Tomarnos un día de descanso, ahora, en plena gira? —mencionó Sean mientras fumaba.

—*Touché* —respondió.

—Te recojo mañana a las diez —le susurró Liam al pasar por su lado.

Quizá fue tenerlo tan cerca, la voz ronca susurrándole al oído o el alcohol que había ingerido antes de las entrevistas, que sintió flotar mariposas en el estómago, como solían decir los románticos.

Llegó la mañana siguiente y no tuvo necesidad de ponerse el despertador. Por desgracia no dejaban de aporrear la puerta, así que se arrastró hasta ella con los ojos medio cerrados. No podía creer que de veras el chico nuevo estuviera al otro lado con una sonrisa en los labios.

—¿No estás preparada? —Le sacó el dedo corazón y trató de cerrar la puerta, pero Liam puso el pie, evitándolo.

—¿Qué?

—Prepárate, que nos vamos.

—¿No me oíste ayer cuando te dije que pasaras de mí? —Llevaba una pequeña mochila negra, de donde sacó su móvil. Se lo enseñó y la impactó ver una conversación con Marcus en la que le agradecía lo de aquella extraña excursión y, en el caso de negarse, le pedía que le mostrase dicha conversación. No podía decir que no porque se lo chivaría y entonces le volvería a caer otro sermón.

Se dio la vuelta, quitándose la camiseta que llevaba puesta, quedándose solo con las bragas. Por suerte, por detrás no se veían las

lesiones que llevaba años haciéndose y quería incomodarlo.

—¿Me da tiempo a darme una ducha?

—Claro… —carraspeó, cerrando la puerta.

Media hora más tarde, con el pelo mojado y ropa cómoda oscura, estaba lista para la absurda excursión que tenía que realizar para callar un par de bocas, al menos. Fue hasta su habitación y, tras mucho llamar, se cansó. No estaba allí, así que, ya que estaba vestida decidió dar una vuelta por Santa Fe.

—Chsss, chsss. Te estaba esperando. —Lo oyó decir al bajar las escaleras, ya casi en el *hall*.

—Pensaba que te habías olvidado de esta gilipollez.

—Vamos, seguro que te va a encantar. —Lo siguió a regañadientes, mirando el móvil oculta bajo las gafas de sol y la gorra.

Se subieron a un coche descapotable en la puerta, donde Liam cogió las llaves de un aparcacoches de los que trabajaban en hoteles como esos.

—¿Y este coche?

—Lo he alquilado. —Se puso el cinturón, resignada.

Tardaron unos veinticinco minutos en llegar al destino, aunque no hablaron durante el trayecto. Había aceptado ir con él, pero no se lo iba a poner fácil, pues no estaba para nada de acuerdo en aquel secuestro en toda regla.

—Ya estamos —dijo.

—¿Coyoacán? —murmuró al leer el cartel de entrada a la ciudad.

—Vamos, Hol. Tenemos mucho que ver. —Se bajó del vehículo sin esperarla y ella lo hizo después, entre insultos que él ignoró.

—¿Se puede saber qué hacemos aquí?

—Disfrutar, gastar la vida. —Se quedó petrificada al escucharlo hablar de esa manera.

Liam echó a andar con la mochila al hombro y ella no tuvo más remedio que acelerar su paso para alcanzarlo. Llegaron a un parque que recordaba mucho a los jardines de Japón.

—Qué maravilla —susurró en un sonido apenas audible.

—¿Has estado en Japón? —le preguntó él. Ella afirmó con la cabeza mientras se adentraban en aquella fantasía de lugar.

—Cuando hemos estado de gira un par de veces, pero nunca nos da tiempo a visitar los lugares a los que vamos por trabajo. —Él chascó la lengua y Holland lo miró.

—Pues eso va a cambiar —dijo el guitarrista, acercándose a ella.

El parque, cuya temática los transportó al país del sol naciente, era el espacio ideal para descansar y alejarse del estrés diario. Los

cerezos, las construcciones de estilo asiático y el tranquilo riachuelo encantaban los sentidos de los visitantes sin lugar a dudas.

—Me fascina el contraste de la estética japonesa con la estética occidental. ¿Lo ves? — Estaba inmerso en aquella visita visual y la cantante poco a poco se estaba dejando llevar.

—Sin duda es un lugar muy hermoso.

—Quédate ahí parada, pero sin mirarme, que me he traído una cámara de fotos y voy a hacerte una.

—No, Liam. Ya bastante me hacen a diario por mi trabajo. No me gustan. —Él bajó entonces el aparato y se lo dio a ella para que le hiciera las instantáneas a él. A cada pose ponía caras más absurdas y ella terminó por reírse sin darse cuenta.

Continuaron su periplo por aquel pueblecito con encanto, hasta que llegaron a un lugar que le llamó la atención por un par de estatuas ubicadas en un banco. La mujer estaba sentada mientras que el hombre permanecía a su lado, de pie. Se detuvo frente a ambas estatuas, sintiéndose sobrecogida por el aspecto de ella. Parecía diminuta, pero, al mismo, tiempo irradiaba fuerza y seguridad por su pose en el banco. Señaló con el dedo, abriendo la boca, sorprendida.

—¿Quiénes son?

—¿No los conoces? Son Frida Kahlo y su esposo, Diego Rivera. Los dos pintores mexicanos más importantes.

—Te lo vuelvo a repetir, ¿quiénes son? —Se estaba impacientando, aparte de sentirse tonta por no conocerlos a juzgar por la mirada de Liam.

—Vamos a visitar La Casa Azul y allí lo entenderás todo —fue su única respuesta.

Caminaron largo rato hasta que llegaron a aquel lugar, las paredes azules de la fachada no dejaban lugar a dudas. Entraron después de pagar las entradas y, a pesar de toda la muchedumbre que se encontraba allí concentrada, nadie la reconoció, lo cual era algo nuevo y reconfortante. Poder ser ella sin que nadie la estuviera observando.

—Este sitio es conocido como el museo de Frida Kahlo, lugar donde nació, creció y murió. En 1958, cuatro años después de su muerte, fue convertido en museo —le iba explicando Liam mientras deambulaban por las distintas estancias de la casa museo—. Aquí se albergan los objetos más personales de la pareja, como esos lápices de colores para pintar —le dijo, señalando un bote con pinturas que parecían antiguas.

—Es impresionante.

—La casa era muy afrancesada, de las del estilo en la época que

se construyó. El padre de Frida trabajaba como fotógrafo para el gobierno y con sus ingresos mandó construir esta casa. Cuando Diego, su marido, vino a la casa con Frida, mandó construir la otra zona donde está el jardín porque tenía miedo a que lo matasen los estalinistas que lo perseguían. —Holland estaba con la boca abierta al descubrir que su compañero de banda tenía tanta información.

—Pareces una enciclopedia o un guía turístico. —Él se rio antes de proseguir su relato.

—Frida escogió pintar las paredes de azul y los suelos de amarillo porque cada color representaba un significado para la artista.

—Demasiado color para mi gusto.

—En su casa el color no pasa desapercibido y es más un símbolo que simple decoración —prosiguió contándole—. Con seis años, diagnosticaron a Frida poliomielitis y permaneció encerrada entre estas paredes.

—Pobrecilla.

—Y eso no fue lo peor. Durante su vida, sufrió mucho dolor físico que reflejó en sus obras artísticas.

—¿Y cómo se conocieron? Los dos eran pintores, ¿no? —Él asintió.

—Así es. Frida le pidió a Diego que hiciera una valoración de su obra y él se quedó maravillado.

—Y se enamoraron.

—Fue un flechazo como tal, pero, antes de llegar a eso, déjame contarte más sufrimientos de ella.

—Genial… —ironizó.

—En 1925 viajaba con su novio en un tranvía y tuvieron un accidente. Estuvo largas temporadas postrada en la cama y por aquí, seguro, encontramos cuadros de aquella época. —Siguieron andando y descubrieron algunos cuadros donde se reflejaba aquel dolor.

—Qué vida más terrible…, al menos, tenía a Diego.

—No siempre estuvieron juntos, pues ambos se fueron infieles con otros y llegó un punto en el que se separaron.

—Tiene pinta de relación un poco tóxica. —Él asintió.

—En 1940 volvieron a casarse y en 1954 murió con cuarenta y cuatro años.

—Dios mío…, qué joven. —Empezó a sentirse mareada tras la impresión de lo que le estaba contando. Sentía demasiadas similitudes con aquella pintora desconocida.

—¿Estás bien? —le preguntó Liam, y ella asintió, mintiéndole.

—¿De qué murió?

—De una embolia pulmonar. Siempre tuvo muchos problemas de

salud derivados de aquel terrible accidente.

—«Jamás, en toda la vida, olvidaré tu presencia. Me acogiste destrozada y me devolviste entera, íntegra» —leyó Holland esa frase grabada en una de las paredes que hacía referencia sin duda a su historia de amor con Diego.

—Cuando ella murió, él dijo que ese fue el peor día de su vida porque vio demasiado tarde que lo mejor de su vida era su amor por ella. Así es como nos ocurre a todos, ¿no crees?

—¿A qué te refieres?

—A que no nos damos cuenta de lo que tenemos hasta que lo perdemos. —Liam la miró muy serio, en una esquina del jardín de la casa. Ella no pudo aguantar esa mirada que comenzaba a caldearle la sangre en las venas porque ella no estaba dispuesta a enamorarse, muchos menos de alguien que trabajara con ella. Después de Josh, no volvería a cometer semejante error.

—¿Cómo es que sabes tanto de estos pintores mexicanos?

—Mi madre es mexicana. Nació aquí y esta es su cultura. Me ha contado infinidad de veces historias de estas dos personas que se amaron tanto que ni siquiera la muerte pudo separarlos demasiado. De hecho, Diego falleció cuatro años más tarde de la muerte de Frida por una insuficiencia cardíaca.

—Es un lugar mágico, muy inspirador, lleno de color que se asocia a vida, aunque fuera tan atropellada —comentó Holland, saliendo de la casa.

—«Quisiera darte todo lo que nunca hubieras tenido y, ni así, sabrías la maravilla que es poder quererte» —recitó el guitarrista en voz alta. Ella se dio media vuelta tras escuchar la frase y se quedó en silencio, mirándolo.

—Debió de ser un gran amor, de esos que no existen más que en los libros.

—Pues sucedió y su esencia permanece viva aquí —le dijo, señalando la casa.

Se pusieron de nuevo en marcha y llegaron hasta un bar donde comieron algo, aunque ella realmente mareó más la comida que otra cosa. Por la tarde, pasearon sin visitar ningún lugar más, simplemente, disfrutaron de las calles, de la gente, de los colores que decían tanto sin hablar… Cuando llegaron al hotel, Liam devolvió las llaves al aparcacoches y anduvieron hasta sus respectivas habitaciones.

—Bueno…, gracias por todo —dijo ella, entre tímida y vergonzosa, admitiendo que a pesar de no desear ir había sido un gran día.

—Ha sido un placer, me has permitido tener un poco más cerca a mi madre, que tengo lejos y a la que echo de menos. —Ella asintió, apretando los labios—. Hol, toma.

La chica se giró y vio que le entregaba un libro con Frida en la portada. Le dio la vuelta y, en la contraportada, leyó en la sinopsis que trataba de la vida de la famosa y aclamada pintora mexicana. Volvió a mirarlo y le preguntó:

—¿Y esto?

—Para que recuerdes que hay mujeres que, a pesar de todo el sufrimiento que llevan a cuestas, brillan con excelencia. —Y, tras decirle, eso se fue a su habitación.

15. SEAN

A la mañana siguiente, salieron camino al nuevo destino en la gira: Denver. Will estuvo en su habitación con sus palos de batería, haciendo percusiones y repasando algunas canciones, mientras que Sean estuvo con una morena despampanante, según el batería.

—¿Y tú no estuviste con él?

—No tenía ganas.

—¿Y eso? —Le extrañó mucho, pues ambos eran como uña y carne.

—Quería ponerse hasta arriba de coca y disfrutar con esa tía, pero yo no tenía muchas ganas.

—¿Está todo bien, Will? —Asintió con la cabeza, rodeándola con el brazo.

—Y tu excursión, ¿cómo fue?

—Bastante guay —respondió, recordando lo bien que lo había pasado y cuánto la había marcado conocer datos sobre la vida de la pintora mexicana.

—¡Colegas! —Irrumpió en el comedor Sean con la cara muy demacrada y sudando.

—¿Sean?

—¡Hollie! ¡Cuánto te eché de menos ayer! —La levantó del abrazo que le dio y ella se retiró con mala cara.

—Apestas y vas colocado.

—Joder, tío, ¿desde ayer vas así? —Se encogió de hombros, arrasando con el bufet libre del comedor. Menos mal que lo habían cerrado para ellos, porque estaba dando la nota.

—Buenos días, grupo —dijo Liam, llegando con su sonrisa triunfadora. Holland evitó mirarlo y cogió un poco de fruta para pasar el día.

—¡El gran guitarrista de los *Dead Souls*! —dijo el bajo, chillando, mientras engullía bollos y fruta sin control.

—¿Va todo bien? —Liam presentía que algo no marchaba.

—Por supuesto, desde que tú has llegado, todo va de puta madre. A todos les encantas, tus canciones lo petan y te llevas a la cantante del grupo a hacer excursioncitas privadas.

—¿Tienes algún problema conmigo? Ni siquiera me conoces, Sean.

—Que te jodan, guaperas. —Le sacó el dedo corazón y Hol lo

contuvo, pues iba directo a devolverle el golpe que le dio días atrás.

—No está bien, creo que está drogado —murmuró ella.

—Perfecto. A mediodía cogemos un avión y vamos a volar con un tío que va hasta las cejas —se quejó, malhumorado.

Holland se llevó su plato de fruta a una mesa alejada de Will y Sean mientras el primero le estaba echando una bronca monumental, a juzgar por los aspavientos que hacía. Liam se sentó en la misma mesa con la líder del grupo, degustando su café y alguna tostada con mantequilla.

—No sé cómo los soportas…

—Son mi familia y a veces las familias cometen errores —le dijo ella, meneando la fruta de un lado a otro.

—Hay errores y errores, Hol.

—Bueno, venga, vamos a ensayar antes de irnos al aeropuerto porque esta noche llegamos con la hora justa y no nos dará tiempo a ensayar mucho. Chicos —dijo, dirigiéndose a los compañeros de la otra mesa, lejana—, os esperamos en el salón de actos para tocar un par de canciones.

No les dio tiempo a reaccionar cuando el chico nuevo y la cantante desaparecieron por la puerta del comedor camino al salón de actos. Los estuvieron esperando más de media hora hasta que, finalmente, aparecieron.

—Sean, ¿puedes centrarte de una puta vez? —rezongó Holland, harta de que no hiciera más que cometer fallos en las canciones.

—Ya va, chica, relax. —Cerró los ojos, apretando la mandíbula, cabreada, y respirando hondo para no liarla, pues sabía que actuaba así debido al efecto de las drogas.

—Esto suena fatal, es una mierda como una casa —maldijo la cantante del grupo de *rock*.

—Tranquila, lo arreglaremos. —Hol resoplaba, indignada, a pesar de los intentos del guitarrista por calmarla.

Will se enfadó también, dándole una patada a un amplificador y lanzando los palos de su batería contra el suelo.

—No te pongas así, tío —añadió Sean, cabreando todavía más a Will, que se fue para él como un loco. Lo agarró por el cuello y lo empujó contra la pared.

—¡Chicos, no! —gritó Holland, yendo hacia ellos, pero Liam fue más rápido y la parapetó tras él.

—Dejad de hacer el gilipollas de una maldita vez. Will, suéltalo. Sean, vete a tu habitación y haznos el favor a todos de no meterte nada más en el cuerpo.

Se alejó con Holland de allí, que no hacía más que buscar la

mirada perdida de su amigo Sean. Jamás lo había visto así y estaba realmente preocupada y angustiada por él. Algo le había sucedido para comportarse así. Podía colocarse para pasarse una buena fiesta, según decía él, pero nunca ponía el trabajo en riesgo.

Recogieron todo y subieron a sus habitaciones a terminar las maletas y salir para el aeropuerto. Cuando llegaron a la furgoneta que los llevaba hasta allí, el chico drogado tenía mejor aspecto. Will, el mismo que lo había cogido del cuello más cabreado que un mono, se había ido con él a ayudarlo a recoger y a recomponerse. No hablaron durante el trayecto ni en el viaje en avión. Cuando llegaron a Denver, miles de *fans* se agolpaban en la puerta de llegadas con carteles, camisetas con su nombre y chillando como si llegara un salvador. Todos se cubrían con gafas de sol, saludaron y casi iban en volandas, protegidos por el cuerpo de seguridad del aeropuerto de aquella ciudad donde pasarían apenas esa noche.

Lilly y Susan se afanaban en poner guapa a la líder del grupo, aunque ella estaba más en otro sitio que en aquella sala donde la maquillaban y vestían. No había tenido valor suficiente para ir a ver a Sean y él tampoco se encontraba con el aplomo necesario para hacerlo. Will estaba más tranquilo cuando se reunieron todos en el *backstage* minutos antes de comenzar el espectáculo.

—¿Estás bien? —Se acercó Liam a ella para asegurarse de que todo marchaba sobre ruedas. Ella asintió y se aferró al micrófono de mano que sostenía en la mano derecha.

—Chicos, a vuestros puestos —les dijeron, y cada uno enfiló su camino al escenario. Holland pasó por el lado de Sean y este la miró con vergüenza, aunque no se dirigieron la palabra.

El concierto fue genial, con la energía vibrante, latiendo en el aire, y un público entregado. No tuvieron demasiados errores y pudieron salir airosos. Dieron un par de bises más y bajaron del escenario, rodeados de gente que les aplaudía y los felicitaba por la gran actuación.

—Has estado genial, como siempre —fue lo primero que le dijo Sean.

—Gracias… —respondió, pero no pudo seguir la charla, ya que él salió disparado con Will camino a un *pub* a tomarse unas cervezas para celebrarlo.

—Holland —Liam la llamó y ella fue hasta donde estaba él.

—Ha estado muy bien —comentó ella.

—Menos mal, por un momento pensé que iba a ser un puto desastre.

—Yo también, a decir verdad —respondió con sinceridad.

—¿Me acompañas? —Y no necesitó preguntarle adónde.

Hacía apenas unas semanas, entre ir con él o sus amigos, lo tenía claro. Sin embargo, estaba empezando a sentir que Liam era la calma que ella necesitaba y sus amigos eran caos y destrucción.

Subieron a la azotea del hotel, donde se sentaron en un par de muretes desde donde se veía toda la ciudad, llena de contrastes de luz. Permanecieron en silencio, apenas roto por algunos cláxones de automóviles o voces de vecinos cercanos que disfrutaban de la noche veraniega.

—No conozco a Sean, pero creo que es una mala influencia en la banda.

—Ya te he dicho que la gente a veces comete errores. Nunca lo había visto así. Con su trabajo siempre es muy responsable. No sé qué demonios le ha pasado por la cabeza para llegar colocado de esa forma —dijo, sintiendo como la bilis le subía al estómago, recordando todas las veces que ella misma se había drogado tanto como él para enterrar en su interior un dolor latente.

—No sé, Hol… —Ella se levantó porque no quería seguir hablando sobre ello, aunque necesitaba cerrarle la boca.

—La gente tiene problemas, problemas serios. Liam, a veces solo ves que la única salida es esa. Una salida temporal, sí, pero te hace olvidar por un rato quién eres y lo jodido que estás. —Y lo dejó en la vacía azotea sin tiempo a responderle.

Cuando llegó a su habitación, se encontró con Sean, que parecía bastante centrado y sobrio.

—Sean…

—Siento lo sucedido, Hol. No te mereces nada de esto, perdóname.

—Pero ¿por qué lo has hecho? —El chico suspiró, apartando la vista de ella.

—No soporto verte cerca del tío nuevo, que parece Don Perfecto. Tú siempre has sido nuestra y ver cómo te alejas me duele como si me rasgaran el alma —confesó.

—Nunca he pretendido alejarme, pero, para ser sincera, él no es como nosotros. Me templa, pero vosotros sois como yo y quizá no necesite eso más. —Entró en su habitación, pues ver los ojos de Sean emocionados por lo que le acababa de soltar era demasiado.

Le había hecho daño, pero quizá era ya hora de que alguien empezase a decirles a cada uno de ellos la verdad de cómo se estaban hundiendo.

16. LA MAGIA DEL PRIMER BESO

El concierto en Nebraska fue bestial. Lo dieron todo y mucho más. Sean estuvo algo alejado de Holland, aunque volvía poco a poco a su humor habitual con Will y el resto del equipo que los acompañaba para preparar todo el soporte técnico. La líder del grupo quiso hacer más canciones acústicas después de ver cómo reaccionaba el público ante ese tipo de música y en aquel mismo concierto la gente estaba como en trance, escuchándolos. Ovacionaban después de terminar cada una de las canciones, como despertando de un letargo. Liam tampoco se comunicó mucho con ella tras las últimas palabras de la azotea, pues se dio cuenta de que le había hecho daño y era lo que menos deseaba. Desde que la vio tan hundida antes de la rueda de prensa en la que descubrió parte del pastel, sentía ganas de protegerla y de cuidarla, a pesar de los malos modos de la joven cantante, que no eran otra cosa que la coraza que se ponía para autoprotegerse.

Tras el concierto en Nebraska, viajaron hasta Austin, pensando que no podía ser más insuperable que el último, pero se equivocaron. La puesta en escena se superaba cada día. Los técnicos realizaban un gran trabajo que a veces no era tan reconocido como el del propio grupo de *rock*. El ritmo no bajó tampoco en aquel concierto y volvieron a dar lo mejor todos y cada uno de ellos. La pesadilla del concierto en Denver se quedó como un borroso recuerdo.

Esa misma noche, Holland recibió un mensaje de su madre, como siempre, hiriente, donde la criticaba, precisamente, por aquel horrible concierto en el que Sean estaba descentrado, y volvió a sentirse pequeñita, humillada, como si no valiera nada. A las tantas de la madrugada, fue hasta la habitación de Sean, pues sabía que él siempre tenía cocaína. Solo necesitaba olvidarse un poco del dolor que le provocaban las palabras de su madre. Escapar un poco de tanta presión. Llamó a la puerta y tardó un poco en abrirle.

—¿Hol? —preguntó el chico, adormilado.

—¿Puedo pasar? —Él se retiró de la puerta, dejándola pasar. Se sentó en su cama y él se quedó de pie, esperando que le dijera a qué había acudido a su habitación tan tarde.

—¿Y bien? ¿Vas a decirme a qué vienes a las cuatro de la mañana

a verme?

—Necesito un poco —murmuró ella, mirando al suelo. Sean seguía muy serio, pues seguía herido por las últimas palabras de ella.

—¿No me dijiste que no necesitabas más ser como nosotros y que el chico nuevo es quien de verdad te ayuda?

—¿Tienes o no? —estalló, molesta.

El chico fue hasta el baño y volvió con un paquete pequeño de plástico con un polvo blanco en su interior.

—Aquí tienes. —Se lo dio y ella lo tomó con rapidez. Fue al baño a esnifar un par de rayas y, tras hacerlo, volvió a la cama, donde se tumbó. Sean se tumbó a su lado, abrazándola en silencio.

Al día siguiente, se arrastró hasta su habitación para darse una ducha, pero apenas pudo mantenerse en pie. Le costaba estar despierta, pues había estado hablando con Sean varias horas y los efectos de la cocaína aún permanecían en su sangre. No bajó a desayunar. Por eso no le extrañó cuando Liam apareció en su puerta, buscándola.

—¿Holland? Tienes un aspecto horrible —le confesó nada más abrirle la puerta con la toalla alrededor del cuerpo, mojado aún por la ducha.

—¿Qué quieres? —preguntó, yéndose hacia el interior del baño.

—No has bajado a desayunar y tenemos que ensayar. ¿Se puede saber qué te pasa?

—No entiendo por qué no puedes dejarme en paz de una puta vez —respondió desde el baño mientras se secaba. Él estaba al otro lado de la puerta, preocupado.

—¿Qué demonios hiciste anoche? ¿Te colocaste? —Salió del baño con una camiseta que le llegaba cerca de las rodillas y el pelo suelto, empapado.

—A ti qué te importa. Déjame sola. —Anduvo hasta la cama, donde se sentó a peinarse con tranquilidad, con la mirada perdida. Liam suspiró y se acercó, sigiloso, hasta ella.

—Solo quiero ayudarte, Hol.

—¡Que me dejes sola de una puta vez! ¡Vete! —Liam dio un paso atrás, sorprendido por sus gritos—. Lo siento, no quiero chillarte, pero necesito paz, que todo pare por un momento, joder.

—No pasa nada —la excusó él. Holland lo miró.

—¿Por qué no me gritas?

—Porque no quiero, ¿de qué va a servir que te chille yo también si no es para ponerte de peor humor?

—¿De verdad eres tan perfecto como aparentas? —preguntó ella. Él se sonrió y cogió el cepillo de sus manos para peinarla él mismo

desde atrás, sentado en la cama.

—Estoy muy lejos de serlo, solo quiero que te relajes.

—Sería mejor que me odiases, me gritaras y no me soportaras. —Exhaló un suspiro tras decir eso.

—Pues yo no soy así, Hol.

—Es lo que me merezco —terminó por decir. Liam le dio la vuelta, tomándola por los hombros para que prestase atención a lo que quería decirle.

—Nunca digas eso, Holland. Nadie se merece que lo odien o que le chillen porque tengas un mal día.

—Si solo fuera un mal día…

El chico nuevo, como ella aún seguía llamándolo, terminó de cepillarle el pelo y ella sonrió, sintiendo como la tranquilidad que irradiaba él entraba en su cuerpo y comenzaba a sentirse algo mejor.

—¿Lista para cantar? —Ella se encogió de hombros y Liam tiró de ella, abrazándola, aún sentados en la cama.

Era algo muy difícil de explicar, pero en sus brazos se sentía reconfortada. Cerró los ojos, disfrutando de su abrazo, aspirando su olor, algo parecido a la menta. Holland se separó unos centímetros de él y, sin pensárselo dos veces, juntó sus labios a los suyos. A él lo pilló desprevenido, pero no se apartó. Seguía teniéndola abrazada. Fue un beso diferente, no fue mejor que otros, pero tampoco fue peor. Fue de esos besos intensos, nuevos, especiales, de los que quieres guardarte para recordarlo cuando el momento sea duro.

Holland se separó a los segundos, pensando que él le iba a montar una escena, diciéndole que quería ser su amigo, cuidarla y apoyarla, pero no besarla. Sin embargo, se sorprendió mucho cuando lo que vio en el semblante de Liam fue su sonrisa, la eterna, esa en la que enseñaba sus perfectos dientes blancos y en la que sonreía con la mirada. Se levantó y salió de la habitación sin mediar palabra. Hol se quedó en la cama con las piernas cruzadas unos minutos hasta que se llevó un par de dedos a la boca, rememorando el beso que se habían dado e, instintivamente, sonrió. Aquel beso le dio fuerzas para vestirse y acudir al ensayo antes de volar de nuevo hacia un nuevo destino de la gira.

17. CUANDO LAS COSAS SE DESCONTROLAN

El *show* que dieron en Austin fue bueno, estuvo bien, pero se notó que Holland no se encontraba bien. La gira comenzaba a pasarle factura y, por mucho que Marcus se preocupara por ella en la distancia o que Liam anduviese pendiente de ella, era muy difícil controlarla. Sean no era una buena influencia en su vida, pero era un gran amigo o, al menos, era lo que no paraba de decir de él y de Will. Este último tenía mucha más contención que el bajo, que era un juerguista aficionado al alcohol y las drogas sin ningún tipo de remordimiento.

Después de aquel beso que se dieron en la habitación de ella, no volvieron a pasar mucho tiempo juntos a solas. Liam no quiso darle importancia, ya que ella aún estaba bajo los efectos de la droga de la noche previa y ella tampoco quería pensar en que había sido algo importante. Sin embargo, cuando se miraban o se rozaban de manera fortuita, sus corazones decían otra cosa. No los escuchaban, los habían cerrado con varias llaves para no dejarlos opinar.

Tras ese concierto, la líder de *Dead Souls* volvió a salir de fiesta con los chicos, Lilly y Susan. El chico nuevo no tuvo tiempo de retenerla, pues estaba contestando a unas preguntas de los periodistas a la salida del *show*. Los vio alejarse entre risas y vítores y ella ni siquiera se giró para decirle adiós. Estuvo toda la noche preocupado, sin poder dormir, deseando que regresaran de la salvaje noche que, seguro, estaban experimentando.

Cerca de las nueve de la mañana, oyó en el pasillo jaleo y se asomó con sigilo, abriendo la puerta. El grupo, que salió de fiesta horas antes, volvía haciendo un gran estruendo. Estaban frenéticos, cantaban y chillaban sin control. Liam estaba convencido de que ella seguía drogándose e incluso que estaba aumentando la dosis, pero no podía demostrarlo, pues no la había visto hacerlo delante de él. Sin embargo, no era estúpido y, aparte de saber algo del tema de las drogas, había estado buscando información sobre ello.

Holland estaba enferma, tenía un problema y toda aquella gente que la rodeaba no la ayudaba en absoluto. A veces, deseaba poder separarla de ellos y que, simplemente, se relacionase con él y los técnicos del grupo, que eran personas tan sanas y normales como él.

Quedaban cuatro conciertos más para cerrar la gira. A lo mejor era, simplemente, una recaída y podría mejorar todo cuando volviesen a Los Ángeles, aunque también cabía la posibilidad de que aquella recaída no fuera el final, sino continuar con una enfermedad que no sería capaz de superar nunca.

Chicago, siguiente parada de la gira. Holland extrañaba a sus amigos, pero lo que más la sorprendía era que echaba mucho de menos a Liam. El chico nuevo no se acercaba a ella desde hacía varios días y ella tenía miedo de hacerlo por un posible rechazo. La imagen que tenía construida de sí misma era completamente errónea y pensaba que no merecía el amor de las personas que la querían. Estaba cansada, demasiado. Ensayaron todo el día hasta casi la hora del *show*. No soportaba el agotamiento, en parte, producto de la escasa ingesta de alimentos. Cuando llegó la hora de salir a cantar, se olvidó de todo aquello, incluso su propio cuerpo almacenaba cantidad suficiente para sobreponerse y dar lo mejor de sí misma. Volvió a salir con los chicos de fiesta, pero esa vez regresó sola antes de tiempo. Iba bastante borracha y colocada, por lo que, lo siguiente que hizo, nunca supo decir si se debió a un deseo interno suyo, o al efecto de todo lo que llevaba en el cuerpo.

—¿Holland? —respondió un somnoliento Liam al abrirle la puerta.

Ella se lanzó a sus labios, empujándolo hacia el interior de la habitación. Sus manos se perdieron por su espalda desnuda, agarrándolo con fuerza. El chico nuevo tardó en reaccionar, pero, en cuanto pudo, lo hizo.

—¿Qué pasa, Hol?

—Quítate esto —le dijo, tirando de la cinturilla del pantalón y entonces él vio que tenía las pupilas dilatadas. No era la chica sensible con la que a veces había conversado y con la que se rio en aquella excursión en México. Era la peor versión de sí misma, presa del efecto de las drogas.

—Estás colocada —le dijo, apartándola con cuidado.

Ella se empezó a restregar las manos, nerviosa, y a mirar a todos lados mientras negaba con la cabeza.

—Solo quería sentir algo de amor, de cariño, y pensé que quizá tú…

A Liam se le partió el corazón al verla y escucharla. Dio un par de pasos hacia ella, agarró sus manos y la obligó a mirarlo.

—Esta no es la mejor forma, Hol. —Eso la enfadó y se separó de él con brusquedad.

—¿No soy suficiente para ti? Porque, cuando te besé, no te vi

apartarte si en realidad te doy asco.

—Deja de decir tonterías, ven aquí. —Intentó abrazarla, pero ella se negaba, luchando con él.

—¡Dilo! ¡Te doy asco! ¡Ten valor y suéltalo!

—Holland, para, vas a acabar haciéndote daño.

—Eso llevo haciéndolo años —musitó, parándose en seco.

Liam aguardó unos segundos para ver si del estado de enfado pasaba al tranquilo, pues ahí era cuando podría abrazarla y llevarla a la cama para intentar que durmiese un poco, y así lo hizo. La chica se dejó llevar y se tumbó a su lado en la cama.

—Con él fue soez y asqueroso…

—¿Con quién, Hol?

—Con el chico con el que me he liado en el baño del *pub*. No dejaba de decirme cosas vulgares mientras me penetraba y, cuando ha terminado, se ha largado sin mirarme —dijo ella, rompiendo el corazón de Liam. La abrazó con más fuerza, conteniendo las lágrimas.

—Shhh, shhh… Duerme un poco.

En cuestión de minutos, se quedó dormida mientras él no dejaba de acariciarle el pelo y susurrarle una canción lenta de esas que parecen más bien nanas. Liam estaba perdido, no sabía qué hacer para ayudarla. Alejarla de Will y Sean sería lo primordial, pero todavía les quedaban algunos conciertos y no podría hacerlo. Entonces, se le ocurrió que, quizá, llamar a Marcus sería una opción, pero aquel hombre, paternal con Holland, estaba a miles de kilómetros de ella y poco podría hacer. No tenía más remedio que acompañarla a esas fiestas salvajes para cuidar de ella, a pesar de sus amigos, que se negarían en rotundo, pues no se llevaban demasiado bien fuera del escenario. A pesar incluso de la propia Holland, que, cuando no estuviera bajo los efectos de ninguna droga, volvería a apartarse de él.

18. UN FINAL PRECIPITADO

El concierto en Nueva York parecía ser uno de los más importantes de la gira por ser la ciudad que era. Holland se encerró en su habitación, sola, desde la última noche que acudió a ver a Liam. Se sentía avergonzada y no era capaz de mirar a la cara al guitarrista, que era la revolución de los *fans* del grupo. No era de extrañar, porque era un chico guapísimo que tocaba genial y era siempre muy amable y agradable con todo el mundo. Cuando tenían que ensayar, se ponía las gafas de sol y no cruzaba palabras con casi nadie, por mucho que lo intentara el resto que la rodeaba. Se concentraba en hacer su trabajo lo mejor posible, pues la música era lo único que la salvaba de hundirse más y más.

—Los agudos se escuchan fatal. ¿Podemos hacer algo con eso? —se quejó en el ensayo de Nueva York.

—Nos ponemos a ello —dijo un técnico.

Siguieron con el ensayo, pero ella cada vez se alteraba más.

—¿Qué coño os pasa hoy? ¿No veis que los graves tampoco están sonando como deberían?

—La que no suena bien eres tú —soltó Will finalmente. Holland se giró hacia él con cara de cabreo máximo.

—¿Perdona?

—Cálmate, Hol. Los técnicos lo están haciendo bien, pero tú estás… alterada —confirmó Sean. Liam, por otro lado, permanecía en silencio sin meterse.

—Vete a la mierda —respondió al batería, yéndose del escenario.

Se encerró en el escenario, de donde no quiso salir para seguir ensayando. Llegada la hora del *show*, salió acompañada de Lilly y Susan, que le daban los últimos retoques mientras andaba hacia el escenario. Un técnico le dio el micrófono de mano y fue entonces cuando el resto del grupo pasó por delante de ella y pudieron ver lo ojerosa y pálida que estaba; a pesar de llevar maquillaje, se le notaban los ojos hinchados.

—Espera, espera, espera… —dijo Liam, dándose la vuelta—. ¿Qué cambio es este? —Will y Sean se acercaron hasta él y vieron que Holland había cambiado la primera canción por otra.

—Esta no es la primera, es la quinta —dijo Sean—. ¿Ahora haces modificaciones sin contárnoslo?

—La líder del grupo soy yo —respondió con autosuficiencia.

—Que te jodan —le dijo Sean, subiendo la escalera, superenfadado con ella.

No hizo caso a su actitud ni a las miradas reprobatorias de Will y Liam. Este último, solamente, chascó la lengua y suspiró, andando hacia la escalera que los llevaría al escenario.

El estadio se llenó con sus notas agudas, con esa primera canción con la que ella misma quiso comenzar al ritmo de los golpes del batería. El bajista se unió a ellos y Liam también con su guitarra. Fue un comienzo espectacular, pero según iba sucediéndose el concierto, Holland fue perdiendo facultades y fuerzas. Alguna vez pareció que se iba a desplomar en el escenario, pero por suerte tenía el taburete cerca al que agarrarse. La palidez fue avanzando y le costaba seguir el ritmo de la música. Cuando hicieron el descanso y salió hacia el *backstage*, casi se cayó al suelo. Por suerte, Liam andaba cerca y pudo sostenerla en sus brazos.

—¡Holland! —chillaron varios al unísono. Ella se recuperó y se irguió por sí misma.

—Ya está, ya está —comentó. Susan y Lilly la llevaron al camerino en volandas y se encerraron a petición de la cantante varios minutos.

—No podemos volver a salir.

—¿Y no acabamos el concierto, subnormal? —Sean increpó a Liam, que fue hacia él y lo agarró de la camiseta con un coro de personas chillándoles, tratando de separarlos.

—Como le pase algo, te vas a enterar, hijo de puta.

—¡Socorro! ¡Es Holland! —Todos se giraron hacia la voz de Lilly, que salió del camerino, gritando. A Liam le faltó tiempo para echar a correr. Cuando entró en el camerino, la vio tirada en el suelo, convulsionando. En pocos segundos, llegaron los servicios sanitarios del estadio, alejándolo de ella, que no dejaba de moverse en el suelo.

Todo sucedió deprisa, la tumbaron en una camilla, con un técnico sanitario intentando traerla de vuelta del mundo de la inconsciencia, cuando salieron disparados de allí camino al hospital. Will los siguió corriendo, con Liam pisándole los talones, mientras Sean se quedó impactado con las chicas, que no paraban de llorar.

—No podéis venir en la ambulancia —dijo uno de los médicos, cerrando las puertas. El sonido de la ambulancia sonó como un eco varios minutos, con ellos mirando cómo se alejaba del recinto.

—Que no se muera, por favor —musitó el batería, conteniendo las lágrimas.

19. LA PROPUESTA

Los chicos esperaron pacientemente en la sala de espera del hospital donde habían llevado a su chica, la líder de *Dead Souls*. Tuvieron que salir a explicar que se encontraba indispuesta, pero los medios de comunicación congregados en el estadio ya habían hecho fotografías a la ambulancia saliendo disparada, así que no tardarían en sacar a la luz la realidad. Liam telefoneó a Marcus en cuanto llegaron al centro hospitalario para contarle todo lo sucedido, y el mánager salió directo al aeropuerto para coger un avión y llegar hasta ellos.

—¿Familiares de Holland Evans? —Corrieron hasta el médico, al que le dijeron que eran sus compañeros de banda.

—¿Cómo se encuentra? —La voz apenas le salía del cuerpo a Will.

—Estable, la cantidad de cocaína que ha tomado ha podido llegar a ser mortal, pero hemos llegado a tiempo. Estará ingresada un tiempo. —Todos asintieron, preguntando si podían pasar a verla.

—¿Podemos pasar, aunque sea de uno en uno? —quiso saber Sean, que se sentía muy responsable de su estado, pues era quien la proveía de las sustancias.

—Ha pedido ver a Liam, ¿quién es? —El chico, sorprendido, dio un paso adelante y siguió al doctor, que lo llevó al interior de la habitación.

Cerró la puerta tras él y se acercó despacio, creyendo que estaba dormida. Tenía en el brazo una vía puesta con un gotero y miraba por la ventana la oscuridad de la ciudad de Nueva York. El guitarrista se sentó en el borde de la cama y, con mucha suavidad, le rozó el brazo. Ella se giró hacia él con los ojos llenos de lágrimas.

—Lo siento… —fue lo único que pudo decir antes de ponerse a llorar como una niña.

Liam la abrazó mientras ella no dejaba de sollozar, empapándole la camiseta, que aún llevaba puesta del concierto.

—Shhh, tranquila.

—Deberías estar fuera de aquí, pero has entrado porque yo te he llamado —le dijo.

—Me hubiera quedado todo el tiempo necesario hasta poder verte, Hol —le respondió de una manera tan dulce que solo consiguió que ella sollozara más fuerte.

—Ojalá me muriese y se acabara todo.

—No digas eso, lo arreglaremos.

Le acariciaba el pelo, suelto, mientras ella temblaba, llorando en sus brazos. Con los ojos cerrados, se aferraba a Liam como si le fuera la vida en ello. El guitarrista tragaba saliva, aguantando las ganas de llorar al verla así, tan rota, tan desprotegida y hundida.

El médico volvió a entrar, temiendo romper aquella imagen de esas dos personas abrazadas con lágrimas en los ojos.

—Holland, tenemos que hablar —dijo el doctor mientras ella asentía, aún abrazada al chico nuevo—. Tienes que ingresar en una clínica para tratar tus problemas —terminó por decir.

—Pero aún tenemos que acabar la gira. Nos quedan un par de *shows*, no podemos… — Miró a Liam, que negó con la cabeza.

—Hablaré con Marcus. De hecho, viene de camino. —La desesperación asomó a los ojos de la chica, pues lo peor que podía pasarle había sucedido y no se refería a su sobredosis, sino a decepcionar a su mánager, que era como su padre.

—Yo no… no quiero ingresar en ningún sitio. Ya lo hecho otras veces, pero no ha servido de nada —se lamentó.

—Doctor, ¿puedo hablar con usted un momento fuera? —pidió Liam.

Salieron de la habitación, dejándola descansar, pues necesitaba dormir varias horas seguidas. Will y Sean se acercaron a él al verlo salir y le preguntaron por su compañera. Los tranquilizó y, entre el médico y él, los instaron a irse al hotel, pues la cantante debía descansar y no recibir más visitas por esa noche.

—Al ver la negativa de Holland, ¿cree que podría retirarse a algún sitio tranquilo alejado de todo, donde pueda descansar?

—Necesita terapia.

—Lo sé, pero, como ella misma dice, ya ha ingresado más veces, ha recibido terapia, y no ha surtido efecto porque no ha conseguido mantenerse limpia.

—¿En qué está usted pensando? —Y aunque *a priori* era una verdadera locura, fue lo único que se le ocurrió en ese instante.

—Mi familia vive en un rancho bastante alejado de la ciudad y de todo lo que pueda influenciarla. Quizá podríamos probar a irnos allí una temporada, aunque no pueda recibir terapia. —El médico no lo tenía del todo claro, pero no podía forzar a la paciente a hacer nada contra su voluntad, así que lo dejó en sus manos.

Liam regresó a la habitación, pero Holland ya estaba completamente dormida. Miró su móvil porque tenía un mensaje de Marcus, avisándolo de su llegada al día siguiente sobre las once de la

mañana. Le puso un *OK* y después buscó el teléfono que necesitaba para preparar todo.

—¿Mamá?

Marcus llegó al día siguiente. Tenía aspecto bastante cansado y ojeroso, pues, seguramente, no había dormido en toda la noche en el viaje en avión. Charló con Liam unos segundos antes de ver a Holland y fue con quien pagó todo.

—No sé cómo se os ha ido tanto de las manos, joder. ¿Dónde están Will y Sean?

—Los mandé al hotel a descansar para que ella estuviera tranquila. Ha dormido toda la noche —dijo, bostezando, sin hacer apreciación a su regañina.

—Y tú no has dormido una puta mierda —resopló—. Gracias por quedarte con mi chica, a partir de aquí me ocupo yo. Vete a dormir.

Entró en la habitación de la chica y él se fue a dormir algo, pues estaba exhausto después del *show* y todo lo ocurrido más tarde. Al llegar al hotel, se dio una ducha y se metió en la cama, consiguiendo descansar unas cuatro horas hasta que él mismo se desveló. Se levantó y se vistió rápidamente para volver al centro hospitalario para hablar con Marcus de su plan.

—¡Liam! —El batería se acercó a él en el *hall* del hotel con cara de haber dormido poco.

—Will.

—¿Y Hol?

—Está bien, Marcus está con ella y yo salgo para allí ahora mismo —le respondió con un café en vaso de plástico que había conseguido en la cafetería.

—¿Marcus ha venido? Joder, nos va a matar —fue lo único que acertó a decir.

—¿Y Sean? —El batería se encogió de hombros, queriendo decir que no tenía ni idea.

Cogieron un taxi que los llevó al Monte Sinaí, donde estaba ingresada su compañera de banda. Marcus estaba en el pasillo en el momento en que llegaron, resolviendo asuntos pendientes con la gira que había quedado descolgada casi al término de la misma. Al ver a Will, se le encendieron los ojos y el chico comenzó a sudar, ya que conocía bien a su mánager, y estaba muy cabreado.

—¿Cómo está? —quiso saber el guitarrista.

—Está despierta, tranquila. —Miró de soslayo al batería, que estaba inquieto, pues sabía que tenía que darle explicaciones.

El chico nuevo asintió y entró sin vacilar. Marcus entonces se guardó el teléfono en el bolsillo y comenzó a echar toda la rabia que llevaba contenida desde que Liam lo telefoneó para explicarle lo sucedido.

—¡Se puede saber qué coño tienes en el cerebro! ¿Tú sabes lo que ha podido pasarle? ¡Podría haber muerto!

—Lo sé…

—Es que no sé qué tenéis en la cabeza Sean y tú, maldita sea. ¿Y dónde demonios está él? —Will se encogió de hombros.

—No soy su sombra.

—Estáis como una puta cabra los dos. Si no fuerais tan buenos, os echaba a la puta calle y buscaba a otros que os sustituyeran. —Sonó el móvil y fue lo que salvó al pobre chico de seguir soportando la charla de su mánager, que se fue de allí. El chico resopló y se sentó en una de las sillas a esperar antes de ver a Holland, una vez que se hubiera calmado.

Mientras tanto, Liam había entrado en la habitación a ver a la líder del grupo. Se la encontró sentada en la cama, mirando por la ventana, maravillándose del soleado día.

Había conversado un poco con Marcus, aunque más bien emitió monosílabos y dejó que él fuera quien llevase la conversación. Oyó abrirse la puerta y suspiró, pues de nuevo volvería a la carga a regañarla con dulces palabras, y comenzaba a agobiarse.

—¿Liam? —dijo, asombrada al verlo sentarse junto a ella en la cama.

—¿Cómo te encuentras hoy? —Guardó silencio, pues, sobre todo, se sentía avergonzada.

El móvil de él vibró en el bolsillo y lo sacó para ver que era un mensaje de su madre. Ella miró de reojo, pero no le dio tiempo a ver quién era, pues el chico volvió a guardarlo con celeridad.

—¿Qué tal con Marcus?

—Está muy enojado y a la vez preocupado.

—Se le nota, para él eres más que una representada. —Ella asentía, dibujando una media sonrisa.

—Sí, mucho más. —La rodeó con el brazo y ella acabó por apoyar la cabeza en su hombro. No entendía por qué, pero con él siempre sentía esa paz que la relajaba.

—Bueno, ya tengo el comunicado para la prensa —dijo el mánager, entrando sin saber que estaba Liam dentro—. Ah, chico…,

no sabía que estabas aquí.

Se levantó, separándose de ella y acercándose a Marcus.

—Gracias por venir, Liam —le dijo ella, agradecida.

—La verdad es que estoy aquí porque tengo una propuesta que hacerte.

—¿Cómo es eso? —quiso saber el representante.

—El médico le dijo ayer que necesita ingresar en un centro para recuperarse, pero ella misma contestó que eso no le ha servido en otras ocasiones. —Holland seguía mirando por la ventana, escuchando todo.

—Por eso no te preocupes, que ya me encargo yo. —Ella suspiró y, tras mirarla, el guitarrista se lanzó a soltar lo que llevaba planeando desde la noche anterior.

—De eso se trata, precisamente, Marcus. Quiero encargarme yo —respondió con contundencia.

—Explícate.

—Ayer hablé con el doctor y me dijo que bajo nuestra responsabilidad podríamos probar otra modalidad. Mi familia vive en un rancho en un pueblo cerca de Jalisco y he pensado en llevármela allí una temporada. —Hol no podía creer lo que acababa de escuchar, le hacía mucha ilusión.

—Se te ha ido la cabeza por completo. Lo que necesita es terapia, que la controlen y la cuiden.

—Yo puedo encargarme de cuidarla, de hecho, quiero hacerlo. —Marcus negaba con la cabeza, cruzado de brazos.

—He dicho que no y es mi última palabra.

—Algo tendrá que decir ella.

—No.

—En efecto, algo tendré que decir yo —terminó por hablar la chica, que aún se sentía muy débil. Se levantó, apoyándose en la cama, y, sin mirar al chico nuevo, se dirigió a su representante, que era mucho más que eso—. Siempre me has cuidado y has estado ahí para mí, pero ahora necesito probar algo que no sea un hospital. Sé que no lo entenderás, pero déjame que vaya con Liam —le dijo casi rogando.

—Holland, no sabes lo que dices. He hablado con los productores y…

—Me la sudan lo que digan. Por favor. —Terminó por sentarse, pues no tenía fuerzas suficientes para estar de pie.

—No sabes lo que estás haciendo…

—Bueno, pues si tengo que equivocarme, lo haré, ¿qué más da un fallo más?

—¿Es esta tu última palabra? —Ella asintió y el representante, en parte dolido por no poder ayudarla él mismo, salió de la habitación.

—¿Estás seguro? —le preguntó, mirando por la ventana. El guitarrista se sentó de nuevo con ella.

—Completamente. —Ella se giró, quedando su rostro cerca del suyo.

—Estoy muy destrozada, no es solo lo de las drogas. —Él posó su mano sobre la de ella, que descansaba sobre la pierna de la chica. La vía en la mano era bastante impactante, tan menuda y con esa aguja ahí.

—No importa, Hol.

Ella agarró la mano y entrelazaron los dedos sin dejar de observar por la ventana. Quizá esa vez sí funcionara. Quizá aquella vez sí tuviera una oportunidad. Así lo soñó, pero no siempre lo que soñamos se cumple, por desgracia.

20. EL DOLOR DE SEAN

Mathew, Poppy y Jocelyn llamaron a su amiga en cuanto vieron en las noticias el extraño suceso que llevó a la banda más aclamada de Estados Unidos a cancelar el resto de la gira. Se asustaron, pues cada vez que se iba con el grupo a viajar de estado en estado, algo malo le sucedía.

—No puedo creer que no nos hayas llamado —se quejó el primero de los amigos.

—Apenas he tenido tiempo, Mat. Llevo una semana en el hospital muy complicada.

—Ya… ¿y mañana te dan el alta?

—Así es. Necesito pedirte un favor, dime que lo harás.

—Lo intentaré —respondió el amigo, aún molesto.

—Cuida a Faith y no dejes que se entere de lo que realmente me ha sucedido. Eso… la destrozaría. —El chico no dudó en hacer todo lo posible.

—Dime adónde vas a ir ahora, ¿en qué clínica te ingresan esta vez? —preguntó, distraído, con la normalidad que el particular caso de Holland suponía, aunque a ella le doliese.

—No voy a ir a ninguna, me marcho a otro sitio.

—¿Qué sitio es ese?

—No voy a decíroslo —fue su única respuesta.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Mathew, por favor. Voy a estar en un lugar tranquilo donde podré descansar. No me preguntes más y encárgate de mi hermana. —A su amigo no le gustó aquella petición después de no querer compartir el lugar al que se retiraba, pero respetó su decisión.

La conversación con Poppy y Jocelyn fue similar. Las chicas estaban igual de preocupadas que el amigo, pero, por más que insistieron, no lograron que les dijera adónde se dirigía o con quién. Confiaban en ella, aunque, cuando estaba tan enferma, se les ponía la piel de gallina, le daba miedo que tomase alguna mala decisión. Matt no se quedó conforme y habló con Marcus, que le explicó el plan que había elegido tomar su amiga. Le pareció extraño, pero, tras hablarlo con las chicas, quedaron en darle un voto de confianza.

Will volvió varios días a visitar a su compañera y amiga, pero Sean, por el contrario, apenas apareció. Holland lo llamó varias veces, pero no obtuvo respuesta en ninguna de ellas. Le daba pena

tener que irse el tiempo que fuera a la casa de los padres de Liam y no poder despedirse de su amigo.

—¿Sabes lo que le pasa a Sean? —le preguntó una tarde al batería cuando fue a verla.

—Apenas nos habla. Marcus nos ha mandado ya los billetes de avión y solo lo veo entrar y salir del hotel con alguna tía, pero no ha hecho siquiera las maletas.

—Cuídalo, Will. Él también necesita mucha ayuda, solo que aún no lo ha admitido.

—¿Interrumpo? —preguntó Marcus al entrar ese día en la habitación de ella.

—Para nada, yo ya me voy. El avión sale mañana y tengo que empaquetar aún algunas cosas. Hol, cuídate muchísimo y, cualquier cosa que necesites, no dudes en llamarme, ¿vale? —Se abrazaron, teniendo cuidado con las vías que tenía puestas la chica en ambos brazos, y a ella una lágrima le surcó la mejilla.

—Mañana te dan el alta finalmente, peque. —Ella asintió.

—Liam ya tiene casi todas mis cosas empaquetadas, solo faltan las cosas de aquí, de este tiempo en el hospital.

—Perfecto —murmuró.

—Siéntate conmigo —le pidió ella a lo que él accedió.

—¿Me prometes que vas a cuidarte?

—Haré todo lo posible, pero algo me dice que tu chico nuevo no dejará que me descuide —bromeó.

—Eso espero…

—Sé que no apruebas esto que voy a hacer, pero necesito que lo entiendas, que lo respetes y que me apoyes en esto.

—Peque, yo siempre te apoyaré en todo lo que decidas. Solo es que tengo miedo a que sea un error demasiado grande enmendar —suspiró, cabizbajo.

—Confía en mí. —La besó en la cabeza y exhaló el aire.

—Perdón… —interrumpió Liam la escena, llegando con una bolsa de viaje que llevaba en la mano.

—Voy al hotel. —Se levantó y, tras dar un apretón en el hombro del guitarrista, se fue.

—¿Va todo bien? —Era el día previo a su viaje y se notaba que Holland estaba más taciturna de lo habitual.

—¿Has visto a Sean? —Él negó con la cabeza—. Me parece increíble que no vaya a despedirse de mí, jamás ha actuado de esta manera. —Chascó la lengua, enfadada.

—No lo conozco, no me ha dado esa oportunidad como Will, por ejemplo.

—Liam. —El chico se detuvo en guardar la ropa de ella en la bolsa y la miró—. Necesito verlo antes de irme.

—De acuerdo. —Pasaron el resto del día hablando de la casa de los padres del guitarrista, del viaje que los esperaba hasta su llegada, pero todo, cosas superficiales. A ella aún la aterraba contarle lo peor de ella, pues aún no lo había visto.

—¿Y a tus padres no les importa que yo vaya allí?

—El rancho es enorme, no tienes por qué cruzártelos siquiera. A mi madre le encanta tener la casa llena de gente, adora dar fiestas. —Aquello le recordó demasiado a su propia madre y se le encogió el estómago.

—Ya…

—Aunque hace tiempo que no… desde que mi hermano falta —musitó con un halo de tristeza—. Aun así, no suele estar mucho por casa, pues le encanta ir al trabajo con mi padre.

—Mañana antes de irnos vamos al hotel —le pidió, tratando de apartar la imagen de su despótica madre de su mente. Liam asintió y cogió la guitarra que había llevado al hospital para cantar con ella, a capela. Conseguir que la música la ayudase en su recuperación.

—He estado escribiendo una canción, ¿quieres oírla?

—¿Y cuándo no? —bromeó, acomodándose en la cama para escucharlo bien.

A la mañana siguiente, le dieron el alta y Marcus fue a recogerla para llevarla al hotel. No estaba dispuesta a marcharse sin ver al cabezota de Sean por mucho que él se empeñase en que eso sucediera de esa forma tan antinatural para ellos, que lo habían compartido todo.

—Dile a Liam que bajaré enseguida. —Subió en el ascensor y anduvo los pasos que la llevaban hasta la habitación de su amigo, el bajista. Llamó un par de veces hasta que oyó como se acercaba a la puerta, gritando.

—Holland… —Tenía un aspecto demencial, pálido, sudoroso y con los ojos hinchados. Estaba fumando con una botella de vodka en la otra mano.

—Hola, Sean. —Él se dio la vuelta y ella entró en la apestosa habitación, a oscuras, con ropa por todas partes, botellas vacías por el suelo y colillas en todos lados. Ella abrió las cortinas para que entrase la luz y él se quejó.

—¿Quieres dejarme ciego?

—¿Cuándo fue la última vez que comiste? Algo sustancial, quiero decir.

—Mira quien fue a hablar —fue su mordaz comentario, que ella

sintió como un puñetazo en el estómago.

—¿Qué demonios te ocurre? No has ido a verme ningún día, no te has preocupado de mi estado de salud y ahora vengo y te encuentro en estas circunstancias… Estás con el mono, ¿verdad?

—Vete a la mierda y déjame en paz. ¡Dejadme todos en paz!

—Sean, tienes que ingresar en una clínica o, si sigues así, morirás. Al final, lo harás —le dijo, tratando de ser lo más dura posible.

—Seguro que poca gente lo sentiría.

—No digas gilipolleces —contestó ella, muy enfadada.

—Sobre todo tú, que tienes a tu nuevo mejor amigo, ese que te va a llevar a vete tú a saber dónde —escupió, rabioso.

—¿Ese es el problema? ¿Estás celoso de que una persona quiera ayudarme a salir de este infierno?

—A saber qué quiere a cambio.

—Es increíble que pienses eso, de verdad. En fin, solo quería despedirme de ti. Cuídate y no te dejes hundir más, por favor —le rogó ella al borde de las lágrimas.

No obtuvo respuesta y se giró, sintiendo como se le desgarraba un poquito el corazón al ver a uno de sus grandes amigos de aquella manera tan horripilante.

—Lo siento. —Oyó a su espalda.

—¿Cómo? —Se dio la vuelta y lo vio de rodillas en el suelo, envuelto en llanto.

—Si te hubiera pasado algo por mi culpa…, yo… nunca me lo habría perdonado.

—¿Eso es lo que te tiene así? ¿Pensar que ha sido culpa tuya? —Se acercó a él, arrodillándose cerca de él, pero Sean se echó hacia atrás, evitando que lo tocase.

—Lo siento tanto, Hol…

—Mírame, Sean. Por mucho que tú me pasaras la cocaína, yo solita fue quien decidió metérsela y hundirme en ese pozo de mierda. Quítate eso de la cabeza y cúrate, por favor, te lo pido.

—Vete, márchate. —Ella quiso tocarlo, pero se lo impidió.

Finalmente, optó por alejarse, llorando por dentro, con el corazón roto. Si nadie se encargaba de él, acabaría muy mal. Tenía miedo y, por un segundo, pensó en no irse y en quedarse para cuidarlo, pero ella necesitaba también que la cuidasen.

—Ese Liam parece buena gente, dile que te cuide como habría hecho yo mismo.

—Tú siempre me has cuidado, Sean —fue la respuesta de ella antes de marcharse.

—Pero no de la forma en la que me hubiera gustado hacerlo. Veo

cómo te mira, como yo llevo haciéndolo años, solo que tú nunca me has mirado como lo miras a él.

—Sean… —La declaración de su amigo la dejó impactada.

—Intenta ser feliz, Hol. Tú te mereces el mundo. —Y desapareció dentro del baño, a saber si a ducharse o a volver a drogarse.

El corazón de la joven chica no lo pudo soportar más y salió de aquella habitación, llorando de impotencia, de rabia, de pena, de dolor y de miedo. Cuando vio a Marcus, le pidió que, por favor, subiese a atenderlo y que llamaran a una ambulancia, pues tenía miedo de que estuviera drogándose en ese mismo momento. Will, que estaba allí para decirle adiós a la líder de la banda, corrió sin esperar a nadie más, asustado. Y Liam, que acababa de llegar, se la encontró hecha un mar de lágrimas sin comprender nada. Se lanzó a sus brazos y la reconfortó durante unos minutos hasta que se subieron al taxi camino al aeropuerto, para subirse al avión que muy pronto los llevaría al hogar de los Thompson.

21. EL RANCHO

Después de unas cuantas horas en el avión, se subieron a una camioneta que había alquilado Liam días antes. La carretera de asfalto terminaba perdiéndose en un camino de tierra una vez que pasaron el cartel que indicaba que el hogar de los Thompson se bifurcaba. Condujo por el camino de la derecha, ya que el de la izquierda llevaba a lo que parecía una fábrica que la familia debía tener en su poder. Cuando llegaron, Holland se quedó alucinada al ver la inmensidad del lugar.

—¡Caray! —Fue su reacción.

El guitarrista bajó del vehículo, esperando a que ella se uniera a él. El lugar donde habían aparcado el coche tenía azulejos de piedra en el suelo. A la derecha, estaba parte de la casa. Liam se encaminó hacia unas escaleras de peldaños de madera y barandilla de metal oscuro. Las paredes estaban pintadas de naranja y amarillo en esa planta baja de la casa.

—¿Qué te parece? —Llegaron a la planta de arriba, que era una terraza desde donde se vislumbraba el terreno que ocupaba toda la casa.

—Esto es enorme.

—El rancho es inmenso, sí, reconozco que alguna vez mi hermana y yo nos perdimos por aquí. —Ella lo miró, apoyándose en la barandilla.

—Jamás hubiera imaginado que hubieras vivido en un sitio así.

—Bueno, eso es en parte porque no me conoces. —Le guiñó un ojo y bajaron de nuevo la escalera para acceder al interior de la casa.

Cruzaron un patio con una fuente en el centro y, mientras iban andando, Hol admiraba la pared con arcos, enredaderas verdes que cubrían algunos de ellos y los bancos de madera que había en el porche que daba a la casa. Entraron por una gran puerta de hierro forjado negro y el interior la impactó todavía más. Un pequeño *hall* con una lámpara también de hierro colgaba, enorme, del techo. A la derecha, había otra puerta que daba a un jardín y a la izquierda, había un salón grande con dos sofás de terciopelo *beige* con varios cojines, una chimenea grande y una mesa de madera en el centro, cuadrada, en varios tonos, entre ellos, azul y marrón. Más allá del salón, había otra estancia que era un pequeño comedor con una mesa de madera y seis sillas artesanales a su alrededor. Los techos eran

altos y con vigas de madera. No había planta alta, era solamente aquella planta baja.

—¡Liam! —Una mujer cercana a los sesenta años apareció por la puerta por la que ellos habían entrado.

—¡Mamá! —dijo él, dirigiéndose con premura hacia ella. Se abrazaron mientras la madre no dejaba de tocarle la cara.

—Déjame que te vea, hijo mío. Estás muy delgado. —La cantante no comprendía qué estaban hablando, pues era otro idioma; le parecía español.

—Ven, mamá. Esta es Holland. —Se aproximaron a la chica, que se sentía insegura al estar en presencia de la relación tan cercana de una madre con su hijo.

—Encantada. —Ella sonrió tímidamente, tendiéndole la mano, pero la madre le dio un abrazo en forma de saludo.

—Un placer —fue lo que le dijo—. ¿Tenéis hambre?

—Preferiría poder ir a la habitación a dejar las cosas —pidió Holland.

—Por eso no te preocupes. Esteban y los muchachos se encargarán. —Debía ser la gente del servicio.

Condujo a ambos por otra puerta hacia la cocina, donde se sentaron en una mesa pequeña del centro, hecha de azulejos verdes con un filo amarillo.

—¡Señorito! —Una mujer bajita, de piel oscura, y gruesa, se alegró mucho al ver al guitarrista, que le dio un abrazo al verla. Estuvieron hablando unos minutos hasta que volvió junto a ella, sentándose a su lado.

—Te presento a Holland, Luz. Ella es la cocinera de la casa y hace unas comidas para chuparte los dedos. —Quiso sonreír, pero hablar de comida la incomodaba bastante.

—Aquí tienes uno de tus platos favoritos. —La cocinera puso delante de él un plato que ella no reconocía.

—Son tacos, ¿quieres probarlos? —Ella negó con la cabeza.

—¿Limonada? —Le sirvieron un vaso de limonada con hielo que sí aceptó, pero no quiso comer nada por mucho que insistieron.

—¿Podría ir a la habitación?

—Claro, te acompaño. —Liam dejó la comida y fue con ella hasta el que iba a ser su cuarto el tiempo que estuvieran allí.

Era una habitación bastante amplia con una cama de hierro forjado, con sábanas, colcha y cojines blancos. A un lado, una mesita de madera con una lámpara de hierro y a los pies de la cama, una silla de madera. Enfrente, un par de armarios artesanales y a la derecha de la cama, un baño con bañera incluida.

—Esto es grandísimo.

—Espero que estés cómoda aquí. —Las maletas de Hol ya estaban allí, en un extremo de la habitación—. Te dejo descansar un rato. ¿Estás segura de que no quieres comer nada?

—No, de verdad. Necesito más descansar que otra cosa.

—De acuerdo, nos vemos en un rato. —Cerró la puerta y la dejó en aquella habitación de ensueño. Se tumbó sobre la cama tan suave y se quedó dormida al instante.

22. ABRIÉNDOSE A LIAM

Amaneció un nuevo día en un nuevo lugar para Holland. Su estómago rugía, aunque ella no tuviera muchas ganas de ponerse a desayunar delante de nadie. Salió un poco a hurtadillas de su habitación camino a la cocina, rezando para que no hubiera nadie aún, ya que era temprano. Cogió un poco de fruta y zumo y se sentó a tomárselo tranquilamente en la encimera de azulejos de colores. Esa casa le recordaba un poco al hogar de Frida Khalo, el lugar que visitaron en una excursión, tan lleno todo de color que transmitía buenas vibraciones y algo de epilepsia.

—Has madrugado. —Oyó que Liam le decía.

Se quedó con la boca abierta, mirándolo, con la camiseta de tirantes blanca, dejando a la vista de manera más que evidente los tatuajes, con un sencillo pantalón de algodón gris. Se frotaba los ojos aún medio dormido y el pelo lo tenía alborotado también.

—Me dormí muy pronto y la verdad es que estaba agotada.

—Y tanto, has dormido más de once horas. Todo un récord, seguro. —Abrió la nevera de dos puertas y bebió de la botella de zumo de naranja directamente.

—Pensaba que la cocinera ya estaría por aquí. —Él asintió.

—Ha llevado el desayuno a mi madre, que le gusta tomarlo en la cama antes de levantarse y comenzar la jornada laboral. ¿Por qué me miras así?

—Nunca dijiste que eras millonario, porque, ¡guau! Menuda mansión. Y aquello que parece una fábrica en la bifurcación, ¿qué es?

—Para empezar, no soy millonario, mis padres lo son. Yo soy el hijo que nunca quiso estudiar nada relacionado con el negocio familiar, sino que se independizó joven y voló de casa buscando un sueño —contestó.

—La música. —Se sentó en un taburete alto frente a ella.

—Y ahora tú me tienes que contar algo tuyo.

—¿Cómo? —dijo, perpleja.

—Yo te he contado algo mío, pues ahora te toca a ti, además, tienes una voz preciosa y siempre es un placer oírla. —Y se lo dijo, mirándola directamente a los ojos.

—Tengo una hermana, bueno, hermanastra. Se llama Faith y es mi mayor fan. —No supo por qué habló de ella, simplemente, le

salió.

—¿Qué edad tiene?

—Trece.

—Entonces, tus padres la tuvieron cuando tú tenías su misma edad. —Meneó la cabeza de un lado a otro.

—No exactamente, ella es hija de mi madre y de otro hombre con el que se casó.

—Entiendo… —Se quedó esperando a que ella siguiera contándole cosas.

—Por hoy ya no voy a darte más información —musitó, y él se rio.

—¿Qué te parece si vamos a la fábrica de mis padres y seguimos hablando? —Cogió una manzana roja, la lavó y volvió a beber algo de zumo. Holland decidió que empezaría por ser más sociable y agradeció que no mirara su plato para comprobar qué había comido.

Luz apareció y recogió todo mientras ellos salían de la cocina. Liam le dio un beso cariñoso en la mejilla y salió de allí, masticando la fruta. Se dirigieron a un vehículo similar al que los llevó hasta la casa el día anterior, pero en este caso era de color rojo. Se subieron a él y llegaron hasta la fábrica, propiedad de la familia del chico. Bajaron y vieron que en la puerta había un señor alto, bien parecido, hablando con los que, seguro, serían trabajadores.

—Hola, papá —dijo el guitarrista en inglés. Se dieron un corto abrazo y conversaron un poco mientras ella no dejaba de admirar la enorme fábrica ante ella—. Te presento a Holland. —La chica se dio la vuelta al escuchar su nombre y se acercó hasta ellos. Estrechó su mano, asintiendo con la cabeza, y se separó un par de pasos.

—Así que esta es la chica tan guapa que mencionó tu madre. Bienvenida y, cualquier cosa que necesites, estás en tu casa.

—Gracias —sonrió ella tímidamente.

—Voy a enseñarle todo esto. —Le dio una palmada en la espalda y se despidieron afectuosamente.

Accedieron al interior y Liam comenzó a hablarle del negocio familiar.

—La fábrica se construyó en 1940 y desde entonces ha ido pasando de generación en generación hasta llegar a mis padres, bueno, a mi madre exactamente.

—¿Ella es mexicana me dijiste?

—Efectivamente, ella nació en Guadalajara, pero el rancho tiene los mismos años que esta fábrica. Es su herencia y, cuando se casó con mi padre, vinieron a vivir aquí. —Iban caminando mientras él no dejaba de explicarle cosas sobre la empresa de la familia, y todo le

sonaba muy extraño.

—Jamás me hubiera imaginado en una fábrica de tequila —comentó ella. Él se rio y siguieron la ruta por la destilería.

—¿Te ha gustado?

—Ha sido curioso, y entonces, ¿tú renunciaste a todo eso y te largaste? —De nuevo en la salida se acercaron al coche que los había llevado hasta allí.

—No exactamente, mis padres siempre supieron que no me interesaba nada de esto y que la música era realmente lo que me gustaba. Estudié y me preparé para ello, pero en un pueblo mexicano poco iba a poder conseguir, por lo que me fui a Estados Unidos a buscarme un hueco.

—¿Y tus padres? —Se subieron al vehículo mientras continuaban charlando.

—¿Qué pasa con ellos?

—¿Les pareció bien que te fueras?

—Aunque no les hubiese parecido bien, era mi vida. Ellos eligieron su vida y la llevaron hacia delante, no podían meterse en la mía.

—Qué suerte… —se le escapó.

—¿Te apetece que bajemos a la ciudad y demos una vuelta por allí?

—Genial, tampoco tengo mucho más que hacer —bromeó.

En vez de dirigirse al rancho familiar, llegaron al centro de la ciudad, que estaba a veinte minutos en coche. Aparcaron y caminaron, recorriendo las calles empedradas llenas de tradición y cultura. Era algo tan diferente a lo que Holland estaba acostumbrada que le parecía estar metida en una novela mexicana de los años noventa. Se sentaron en el banco de un parque lleno de vegetación y de niños corriendo y saltando sin supervisión adulta, pues era lo normal por aquel lugar.

—Ya sé que me has dicho que no ibas a darme más información, pero sabes que soy cabezota. Tu madre se volvió a casar me has dicho y con él tuvo a tu hermana pequeña, Faith. ¿Qué pasó con tu padre? —Ella sintió como si le hundieran el dedo un poco en la cicatriz que tenía por la pérdida de su adorado progenitor, pero Liam se estaba portando tan bien con ella que en parte sentía que se lo debía.

—Murió.

—Lo lamento, Hol.

—Cometió el error de enamorarse de mi madre y casarse con ella.

—No digas eso porque, de no ser así, tú jamás habrías existido.

—Qué más da —dijo, apenada.

—Pues que nos habríamos perdido a una gran alma, sensible y emocional. —Ella se rio y, sin darse cuenta, prosiguió hablando de su padre, al que siempre adoró.

—Él me compró una Lindell por doscientos dólares cuando meses antes de fallecer. Siempre creyó en mí. Desde pequeñita me gustó cantar y solía garabatear rimas de cosas que me pasaban o me imaginaba en la libreta que me regaló en un cumpleaños.

—Seguro que son un gran tesoro, me gustaría poder leerlas. —Lo miró con tristeza.

—Y a mí, pero mi madre las rompió delante de mí un día que se enfadó conmigo.

—No me lo puedo creer…

—Ella siempre se ha reído de lo que llama un capricho. Jamás me ha apoyado y, cuando mi padre falleció, perdí todo el apoyo con el que contaba —se resignó.

—Seguro que eso cambió en algún momento.

—¿Con ella? Nunca he sido lo suficientemente buena para ella, no me ha gustado asistir a sus fiestas, me he comportado como una niña buena para halagar a sus amigos, jamás me ha gustado vestirme como a ella le parece y un largo etcétera. —Liam entonces empezó a comprender un poco la personalidad tan autodestructiva que se había forjado.

—Debe ser duro.

—Duro es tener tres años y gustarte las manualidades, pero que tu madre considere que es una estupidez y las rompa en tu cara. Duro es que tu madre critique siempre tu forma de vestir porque no va acorde a su estatus social. Duro es que tu madre controle las calorías de lo que comes desde que eres un bebé para que no engordes más de lo que se considera normal —respondió, echando fuera un poco de todo lo que le hacía daño.

—Hol…

Se puso en pie porque no quería que viera sus ojos llenos de lágrimas. Por muchos años que pasasen, seguía doliéndole igual y no conseguía superarlo, pero ¿cómo se podía superar que la propia madre la tratase de esa manera? ¿Sin un ápice de amor? ¿Sin demostrarle que la quería? Comenzó a sentir ansiedad y era entonces cuando necesitaba comer compulsivamente.

—¿Podemos volver al rancho? —Él, que se quedó inmóvil tras aquella primera confesión, asintió y regresaron al coche.

De camino a la casa familiar, apenas hablaron más que para comentar algo sobre el tiempo o lo mal que estaba en algunos tramos

el trazado de la carretera. Al llegar, Liam fue a ver a su madre y Holland se asomó a la cocina a ver si había alguien por allí. Por suerte, Luz, la cocinera, no estaba así que fue hasta el frigorífico y se aprovisionó de comida, que se llevó a la habitación. Estuvo comiendo de todo lo que había cogido, pero, al acabar con todo, se dio cuenta, una vez más, de que no estaba satisfecha ni físicamente ni emocionalmente, que era lo peor. Corrió al baño y, sin necesidad de meterse los dedos, vomitó.

23. LOS COMIENZOS

No volvió a salir del cuarto hasta bien entrada la tarde. Liam comprendió que aquella herida que ella llevaba, entre muchas otras, necesitaba tiempo y espacio al mismo tiempo. Por eso no fue a la habitación a buscarla, sino que dejó que fuera Holland quien saliera por sí misma.

—Buenas tardes, querida.

—Hola —respondió a la madre del guitarrista de su banda de *rock*.

—¿Dónde está Liam?

—Resolviendo unos asuntos con su padre, no tardará. Ven y siéntate aquí conmigo —le ofreció la madre, palmeando el sofá, y ella lo hizo.

—Tiene una casa preciosa.

—Por favor, tutéame. Puedes llamarme Lupe en lugar de Guadalupe o, si te es más cómodo, Mary. Mi nombre completo es María Guadalupe y me han llamado de todas las formas posibles.

—De acuerdo.

—Hija, vas a tener que perdonarme, pero yo no estoy nada al día de vuestra música. Cuando Liam me llamó para decirme que iba a tocar en una importante banda de *rock*, no tenía ni idea de quién erais. Soy más antigua —confesó.

—No importa en absoluto.

—Según mi hijo, tenéis mucho éxito reconocido a nivel internacional, incluso habéis ganado algunos premios.

—Así es.

—Tu madre debe estar muy orgullosa de ti. —Holland permaneció en silencio—. Yo lo estoy del mío, aunque confieso que lo estaría aunque fuera un minero. El amor por los hijos es ciego e incondicional. —Se le hizo un poco un nudo en la boca del estómago, ya que su propia madre jamás hablaría así de ella.

—Yo creo que no va siempre unido a la condición de madre, depende de la persona.

—Me cuesta creerlo, pero no te lo discuto. Yo siempre he estado muy orgullosa de mis tres hijos; hicieran lo que hicieran de pequeños siempre le quitaba importancia. Su padre era más estricto. —Cogió una fotografía que tenía en el salón, donde aparecían tres niños pequeños.

—¿Esos son ellos? —La mujer de tez morena asintió.

—Liam, Mike y Abigail. Mi hija pequeña se enamoró y siguió al hombre de sus sueños a Norteamérica, donde vive feliz con sus mellizos y su esposo. Liam, ya sabes, un alma inquieta, libre, que nunca até por mucho que deseara tenerlo a mi lado.

—No se puede atar a los hijos ni tratar de que sean algo que realmente no son —respondió ella, pensando en su tiránica madre.

—Y mi querido Mike que, debido a las malas compañías, partió con el Señor hace ya unos cuantos años. —El guitarrista con orígenes latinos llegó al salón y vio a las dos mujeres charlando animadamente.

—Hol, ¿qué tal estás? ¿Tienes hambre? —Se suponía que no había ingerido nada desde el desayuno juntos y estaba preocupado. Ella se quedó algo en *shock* al escuchar lo que le dijo su madre, pero no quiso seguir ahondando en ese dolor.

—No te preocupes, ya he comido algo. —Le dolía tener que mentirle, pero aún no estaba lista para contarle todo.

—¿Por qué no te la llevas a ver el atardecer cerca del lago y disfrutáis un poco de la naturaleza? Sé que, cuando estás lejos mucho tiempo, lo extrañas —confesó su madre.

—¿Te apetece? —Ella asintió y salieron camino al lago que se encontraba a unos minutos del rancho.

—¿Y esta moto?

—Es mía y no creas que llevo a cualquiera en ella, ¿eh? —bromeó el chico.

—Oh, vaya. Debo sentirme halagada entonces. —Le dio un casco y él cogió el otro.

—Vamos a conocer lugares de los alrededores estos días, hay sitios a los que quiero llevarte y qué mejor que en mi «chica».

—¿Tu chica? —le preguntó ella irónicamente.

—Es la más fiel de todas, nunca me abandona. —Se rieron y montaron en la moto camino al lago que deseaba enseñarle. Ella se abrazó a su cintura, sintiendo la velocidad recorrerle el cuerpo. Cuando llegaron, y tras aparcar la moto, fueron caminando hasta las preciosas aguas que reflejaban los rayos del sol.

—Guau, es impresionante este lugar —dijo ella al llegar al lago.

—Es el más grande de México. Me encanta este sitio porque me llena de energía. —La chica estaba sorprendida de todo lo que estaba conociéndolo en apenas pocos días.

—Ahora no se ve a mucha gente.

—En esta zona, no, pero por el malecón, allí —le dijo, señalando a lo lejos—, hay muchos turistas. Mis padres nos traían a mi

hermana y a mí cuando éramos pequeños y pasábamos el día.

—Ya entiendo por qué te gusta tanto, este sitio transmite mucha paz. —Se sentaron, esperando a que el sol se pusiera. A un lado del lago, podían observarse pequeñas embarcaciones que, según le estuvo contando él, pertenecían a pescadores que se ganaban la vida faenando por aquel lago.

—Es una verdadera belleza, sin duda. —Se quedaron en silencio una vez que el sol se puso, pues la imagen dejaba sin aliento.

Liam posó su mano sobre la de Holland, que estaba apoyada en el suelo, pero ella no dejó de mirar el horizonte. Poco a poco, enredaron los dedos, acariciándose. A unos metros, había una pareja con un altavoz y de él salía una canción en español que ella no comprendía, pero lo que sí entendía era el ritmo lento y melódico que la hacía estremecer.

—¿Quieres que te cuente lo que dice la canción? —preguntó él, mirándola.

Hol giró la cabeza para encontrarse con sus ojos, sintiendo cómo la traspasaba hasta llegar a su corazón. Acercó su cara a la de él y, como hizo en Austin, juntó sus labios a los de Liam. Fue un beso lento, se besaron muy despacio, con suspiros que se colaban en sus bocas por las ganas que se tenían. Liam llevaba tiempo deseando besarla, pero, si algo sabía de ella, era que necesitaba sus espacios y su propio tiempo.

No supo por qué, pero Holland sentía como su vida estaba dando un vuelco, un giro, sin poder controlarla para ponerla en su correcta posición. Sin embargo, por vez primera, no estaba asustada ni tenía miedo de besar a aquel chico. Con él tenía total confianza y tranquilidad, se sentía segura como con nadie y decidió por una vez dejarse llevar a eso que, seguramente, sería positivo y bueno para ella.

24. CONFIDENCIAS

Ese mismo día por la noche, salieron a pasear por las inmediaciones del rancho, había mucho campo a través para caminar. Iban agarrados de la mano, sin soltarse, hablando de las canciones que ella había compuesto desde pequeña, de sus letras favoritas y de cómo se creó el grupo.

—No sabía que al principio era una banda de amigos. Siempre creí que los chicos entraron a la vez contigo.

—Mi amigo Mathew siempre ha estado conmigo en esto de la música y por eso tocábamos de adolescentes en mi casa, junto a otra amiga, Poppy. Era por diversión hasta que una noche nos ofrecieron tocar en directo en un bar al que solíamos ir a divertirnos. Ahí fue cuando Marcus nos vio y, desde ahí, lo hicimos en serio, solo que ellos se descolgaron porque no era lo que buscaban hacer en la vida.

—Pero tú sí —confirmó él.

—Y entonces fue cuando encontró a los chicos y se crearon los *Dead Souls*.

—Ahí fue cuando conociste a Josh, ¿verdad? —Se pararon en un columpio que colgaba de un árbol y ella se sentó mientras él la mecía.

—Sí.

—No quiero incomodarte, pero… —Holland sabía a qué se refería y Liam se merecía por lo menos sinceridad.

—No tiene sentido no hablar de algo que es pasado y créeme que lo he pasado muy mal, pero nuestra relación siempre fue muy tormentosa, sobre todo, por mi culpa. Es como cuando escribes una canción de esas que te desgarran el alma y que no puedes dejar de escuchar en bucle. —Él asintió—. Así éramos nosotros.

—Pero eso no es nada sano.

—Por supuesto que no lo es, por eso es tan complicado desengancharse. Es como la persona adicta a las drogas. Yo era una adicta a Josh y, por eso, cuando me dejó, sentí que me moría.

—¿Ya no? —Ella se detuvo sola y se bajó del columpio, agarrándose a la cuerda sin dejar de mirarlo.

—Analizándolo desde fuera y con toda la objetividad que mi mente puede albergar, no era una relación sana. Todos los que me lo decían llevaban razón, ¿sabes? —Hizo una pausa—. Hay muchas cosas que no sabes de mí y eso me da un poco de miedo, si te digo la

verdad. Yo no quiero engañarte y quiero contarte todo, absolutamente todo lo que es mi vida.

—Y a mí me encantará conocerla —confesó.

—Pero no me pidas que lo haga todo de golpe, Liam, porque no puedo.

—A tu ritmo siempre, Hol. Me fascinas, desde que te vi por primera vez lo has hecho, y no es mi intención alejarte de mí, sino todo lo contrario. No hay ninguna prisa.

Ella soltó la cuerda y se lanzó a besarlo, emocionada por lo que acababa de decirle. Nunca ningún chico había sido tan dulce con ella, era algo nuevo y se dio cuenta entonces de que la volvía loca. Respiraban entrecortadamente entre beso y beso, él enredó los dedos en su melena larga y ella le acariciaba las mejillas con las manos, agarrándolo bien.

—Como no pares, voy a tener que follarte aquí mismo y no me gustaría que fuera así nuestra primera vez. —Ella entonces se separó y, aun en la oscuridad, pudo vislumbrar como le brillaban los ojos por el deseo.

—Te haré daño, en algún momento haré algo rematadamente mal, siempre lo hago — fue su confesión llena de miedo.

—Cuando llegue ese momento, hablaremos, pero, por ahora, déjame besarte hasta que amanezca.

El día siguiente, la casa seguía igual de tranquila y apacible, era un remanso de paz impresionante. Su cama era tan blanda y se sentía tan bien entre los almohadones que le costaba Dios y ayuda levantarse. Cuando por fin lo hizo, salió y entró a hurtadillas en la cocina para comer algo que la mantuviera en pie, pero sin pasarse.

—¡Hola! —Liam la sorprendió, cogiéndola en volandas y sacándola de la cocina—. Hoy vamos a disfrutar el día entero tú y yo.

—¿Y tus padres? No hay nadie por la casa o andan muy sigilosos.

—Se han ido a visitar a mi hermana unos días, así que la casa es toda para nosotros —le confirmó.

—¿Y el personal de servicio? —Él se rio al oírla hablar así, pues para él cada una de esas personas tenía nombre, una identidad, pues tenía un trato muy afable y cercano con cada una de ellas.

—Les he pedido que se vayan los mismos días a sus casas y así estaremos solitos y tranquilos, aunque a Luz no le ha hecho mucha gracia.

—¿Y eso?

—Lleva con mi familia desde que era una niña, encargándose de todos nosotros, y no se fía que sea muy capaz de ocuparme de mí

mismo. —Ella se rio—. Pero no tienes de qué preocuparte, porque salí de mi casa joven y me he ocupado de mí sin ayuda de nadie, y ahora voy a ocuparme de ti.

Lo abrazó. Abrazó su cintura, llegándole al pecho, aspiró su olor, mezcla de jabón y coco. Lo apretó contra ella con los ojos cerrados, respirando hondo sin creerse que la vida le estaba otorgando un regalo como Liam. Aguantaba las ganas de llorar, manteniendo el nudo de la garganta apretado sin permitir que se escapara una sola lágrima. Se separó de él, fingiendo una sonrisa y él le pidió que se vistiera con ropa cómoda y echara ropa en una maleta para unos días. No le quiso explicar nada más y accedió a sus peticiones, pues estaba allí para encontrar un poco de calma y paz.

De camino al destino para varios días, pararon en un pueblecito pequeño muy colorido, como era todo en México. A ella le llamó la atención una tienda de ropa en la que el color predominante era el blanco, en contraste con el resto del lugar. Vio un vestido blanco hasta los pies, típico de aquella zona, y se animó a comprarlo sin saber si algún día se lo pondría. Tras casi cuatro horas en coche, llegaron a un pueblo mexicano, una ciudad portuaria y turística, según le iba contando Liam. Atravesaron parte del municipio hasta que llegaron a un lujoso hotel. Holland se sintió algo inquieta según iban hasta la recepción, pues debería comer delante de él durante esos días y era algo que la ponía muy nerviosa. Subieron a las habitaciones y dejaron las maletas. Ella en un cuarto y él, en otro, por supuesto. Estuvo más callada que de costumbre, pues demasiados miedos querían aflorar a la superficie y mantenerlos bajo llave era algo complicado.

Desde el hotel, podían bajar a la playa y fue lo primero que hicieron. Hol se puso el vestido blanco largo hasta los pies, pues sentía que era el mejor lugar para llevarlo, aunque la desnudez de sus brazos la hacía sentirse un poco incómoda.

—Te queda precioso —fueron las tres primeras palabras que Liam soltó al encontrarse con ella nada más salir de sus respetivas habitaciones. Ella se sintió un poco cohibida y agachó la cabeza, sonrojada.

Llevaban un buen rato sentados sobre la arena húmeda, relajados, sin pensar demasiado en nada. Él, a su lado, sin la camiseta, exhibiendo los centenares de tatuajes que poblaban su cuerpo. En un momento dado, la pilló mirándolo y le hizo gracia.

—Creo que no tendré tiempo suficiente de explicarte el significado de cada uno de ellos.

—Son muchos, yo tengo algunos, pero no tantos como tú.

—Supongo que es mi vicio confesable. Tengo noventa y cinco…, por ahora. —Sonrió con mirada pícara.

—Mi primer tatuaje fue a los dieciséis. Imagínate la cara de horror de mi madre al saberlo. Lo hice a escondidas con mi amiga Poppy. Me tatué la púa que te dije. —Entonces él recordó la historia de su madre tirando a la basura un tesoro muy preciado para ella, tatuándosela en la piel.

—Muchos son religiosos, pues en mi familia somos muy de creer en la fe. No sé si es por haberme criado donde lo he hecho, pues aquí se cree mucho en Dios y mi madre ha sido la encargada de inculcarnos a mi hermana y a mí esa fe. —Holland desvió la vista hasta su pecho, donde pudo admirar más de cerca cada uno de ellos. Sin ser consciente, se acercó para verlos mejor y rozó con sus dedos algunos de ellos, provocando un escalofrío al guitarrista, que se moría de ganas de besarla.

—Aquí tienes una calavera, pero no la típica.

—No, es una calavera mexicana. No sé si conoces el Día de los Muertos en México. — Ella negó con la cabeza—. Es el día en el que se honra a los seres queridos que ya no están con nosotros, pero, a diferencia de otras culturas, se vive como una fiesta. Esto se llama Catrina —dijo, tocando el tatuaje de la calavera.

—No me suena de nada, la verdad.

—Es una forma alegre y sentida de recordar a un ser querido que ha dejado este mundo. Es símbolo de amor a la familia, de valorar el tiempo que nos fue otorgado sobre la tierra y celebrarlo. —Ella lo miró a los ojos, sintiendo aún más admiración por ese hombre con unos valores familiares tan férreos.

—Creyendo en esa cultura, debió ser un poco menos duro cuando tu hermano falleció — dijo sin pensar. Él suspiró antes de hablar.

—Siempre es duro perder a un ser amado y más si no es su hora, pero se dejó llevar por las amistades erróneas y partió mucho antes de su hora.

—Eso mismo me dijo tu madre un día. —Él tragó saliva.

—¿Sabes por qué no bebo alcohol? —Ella negó con la cabeza—. Porque fue lo que mató a mi hermano. Un conductor ebrio acabó con su vida. Hasta ese día, éramos de esas familias que se reunían en cada festividad, que celebraban cada pequeño cumpleaños de cualquier de sus miembros, incluso de los de la gente que trabajan en la casa y sus hijos.

—Debes haber crecido en una bonita familia —dijo en un lamento.

—Por suerte así ha sido. No soy el arquetipo de estrella del *rock*

con problemas personales y adicciones —soltó sin pensar.

Holland sintió como la hoja de un puñal se abría un poco en su pecho y se levantó, algo molesta. Liam no se dio cuenta de lo que había dicho hasta que ya era tarde. Se puso en pie con rapidez, mordiéndose el labio. Hol miraba el mar y, con paso lento se fue hacia él, mojándose los pies. La gente no tenía por qué protegerla de sus pensamientos o de las ideas que tenían en mente. Ella era básicamente aquello que él negaba ser, era un cúmulo de todo: familia rota, adicciones, autolesiones… Dejó pasar varios minutos, hasta que no le diera vergüenza mirarlo a la cara. Volvió hasta donde estaba Liam y cogió la toalla que llevaba consigo y las sandalias, diciéndole con esos gestos que deseaba regresar al hotel.

—¿Nos vemos en media hora para ir a comer? —le preguntó él en la puerta de la habitación.

—No, necesito un tiempo a solas. Nos veremos por la tarde. —Y cerró la pesada puerta tras ella. No tenía ganas de hablar de ciertas cosas y hubiera sido lo siguiente de continuar en esa playa de las confidencias.

Liam se sintió frustrado como nunca y un auténtico imbécil que tenía que medir mucho sus palabras al estar con ella. Se despistó y no lo hizo, hiriéndola. No había más que ver el cambio en su rostro, de estar iluminado a apagarse en cuestión de milésimas de segundo. Entró en su habitación y se tiró a la cama, odiándose por haber sido tan poco cauteloso y haber tenido tan poco tacto. Con ella, eso era vital.

25. LA LUZ

Era un completo idiota, un jodido gilipollas, sin más. Con Holland tenía que medir las palabras que decía y no me di cuenta en ese instante. Para el resto del mundo, sería un absurdo, pero, conociéndola, había que ser muy precavido y tener cuidado, pues lo que había conseguido en una frase era que ella se metiera hacia dentro y se cerrara. Y eso era lo último que buscaba después de pedirle a mi madre que se marchara a ver a Carol y su familia para poder estar a solas con Hol y conseguir que se abriera por completo a mí, en todos los sentidos. Me fascinaba su ser interior, lo que ocultaba bajo todas esas capas que la protegían, pero también quería follármela, pero así, a nivel general.

Ganas de tenerla debajo o encima de mí, gimiendo, y, sobre todo, verla disfrutar. Era muy complicado verla feliz, aquello que la estuviera matando por dentro era lo suficientemente grande como para no permitirle sonreír, y era lo que más me jodía.

Holland no era de esas chicas que sabían que destilaban luz, que deslumbraban con poner un pie en una habitación. Esa luz que parpadea, que a veces se mantiene fija y otras se apaga por todo lo que lleva dentro. Esa luz que siempre me deslumbraba, llamándome la atención con esa sonrisa que mostraba en contadas ocasiones. Aún no entendía cómo estaba allí, en mi hogar, con ella. Quizá tenía ganas de torturarme o, simplemente, me iban las complicaciones, pero allí estaba. Dispuesto a ayudarla a salir de ese agujero en el que llevaba años metida. O, simplemente, era por tratar de sacar esa luz que llevaba para que no parpadease más, sino para que brillara constantemente.

26. EL SEXO

El día siguiente, Holland sintió deseos de recoger todas sus cosas y marcharse de allí, pero el panorama que tenía en Los Ángeles no era demasiado halagüeño, así que optó por seguir allí. Se encontraron en la cocina y ella lo miró de soslayo, pero sin decirse nada. Él no hizo comentarios de sus ojos hinchados ni ella de sus ojeras. Liam se sentó en la mesa de la cocina a desayunar unas tortitas que se había hecho mientras bebía litros de zumo de naranja. Ella, en cambio, decidió comer unas pocas cerezas y un melocotón.

—No me gusta esta tensión, Hol. No era mi intención herirte con lo que dije. Fue algo que solté sin pensar. —Ella asintió, comprendiéndolo.

—A veces soy demasiado intensa, lo siento —se disculpó.

Él subió la cara del plato y la miró, sonriendo, provocando que ella suspirara, calmada. Terminó de desayunar en silencio y ella hizo lo mismo con la fruta que había elegido. Liam era inmejorablemente guapo; con esos ojos oscuros y el pelo alborotado, la hacía entrar en combustión espontánea. Era demasiado bueno tenerlo a pocos metros de distancia para mirarlo sin que él se diera cuenta, o eso era lo que ella creía. Salieron al jardín y Holland se sentó en uno de los sillones de mimbre, a leer aquel libro que él le regaló en esa excursión a México y que llevaba consigo desde entonces. Por su parte, su compañero en aquella gran mansión se quitó la camiseta que llevaba y se lanzó a la piscina unos metros más allá. Tras dar unos largos, se apoyó en el bordillo y la miraba de vez en cuando, apartaba la vista cuando se encontraba con la de ella y repetían la misma dinámica sin parar. Liam, de un salto, salió del agua, goteando agua a su paso.

Holland miró de reojo, sintiendo que lo había estado llamando a gritos con su silencio y por eso él se estaba acercando a ella. Un deseo cumplido que la hizo sentir temor por unos instantes mientras él se acercaba, despacio, hasta ella. Aguantó la respiración, simulando que leía, pero llevaba en la misma línea más de cinco minutos, incapaz de concentrarse. Cuando llegó hasta ella, se puso tras ella, agachado tras el sillón de mimbre y sus labios húmedos buscaron su cuello, posándose, despacio. Hol se estremeció y se echó hacia delante instintivamente para después ponerse en pie. Se giró y vio como las pequeñas gotas de agua perlaban el torso de Liam, lo que hizo que se mordiera el labio, deseosa de poder tocarlo, para

empezar.

Él fue hasta ella, cerrando su mano sobre su muñeca izquierda. La joven acarició el pecho del guitarrista con la otra mano, a lo que él contestó con un gemido muy erótico. Tenía ganas de besarlo, de lamerlo, de morderlo… Antes de que pudiera hacer nada de eso, él la cogió en brazos y se la llevó a su dormitorio.

Una vez dentro de aquel lugar que ella jamás había visto con anterioridad, la dejó en el suelo muy cerca de él y la agarró por la nuca antes de besarla en un beso que fue, simplemente, brutal. Su lengua acarició los labios de la chica, que temblaba por la expectación, abriéndose paso dentro de su boca. Y fue en ese instante que ella dudó si alguna vez la habían besado de verdad, como lo hacía Liam. Retrocedió un paso para poder mirarla y se maravilló al ver como Hol se quitaba la camiseta, dejando el torso al descubierto, ya que no llevaba sujetador. No consiguió contenerse más y agarró su cara, jadeó en su boca para volver a invadirla con su lengua. Ella lo rodeó con los brazos por su cintura, bajando las manos hasta el culo, que apretó, sintiendo la erección tan potente sobre su pubis. Querían más. Se frotaron uno con otro, gimieron, se mordieron el cuello, los labios… Holland ardía en deseos de tocarlo, descubrir a qué sabía, confirmar que el olor que le llegaba siempre que estaban cerca estaba por todo su cuerpo y cómo sería tenerlo dentro de ella, follándola con toda esa brutalidad que ocultaba bajo esa apariencia de chico perfecto.

Se deshizo del bañador empapado sin dejar de mirarla. Holland no lo pensó y se quitó la parte de abajo sin pensar en que él vería sus lesiones de los muslos. Poco le importaba. La habitación estaba oscura y no parecía que fueran a detenerse mucho uno en el otro.

Desapareció de su visión un momento para ir al baño y regresó al poco con varios condones en la mano.

—Eres muy optimista —bromeó ella.

Se cernió sobre ella, que lo esperaba tumbada en la cama, y la boca de Liam se cerró sobre sus pechos, lamiendo la aureola de sus pezones. A ella se le escaparon varios gemidos y agarró su cabeza para llevarlo hasta su boca, para devorarse. Todo se estaba volviendo sucio, húmedo y muy placentero. Sentía que se le iba la cabeza y decidió que se dejaría llevar por todo el torrente de emociones que estaba sintiendo, iría tras eso que la hacía sentir bien por primera vez sin nada más detrás. Olvidaría todo lo que le hacía daño y no la dejaba respirar en muchas ocasiones. Era el momento y fue a por él.

Se puso de rodillas sobre el colchón, cerniéndose sobre ella. Abrió uno de esos paquetes, desenrollándolo sobre su pene erecto. Holland

observaba, paralizada por el deseo y el miedo, que jamás la abandonaba por mucho que lo intentase. Abrió sus piernas, usando la rodilla, apoyándose en un brazo mientras iba acomodándose antes de empujar, despacio, en su interior. Cerró los ojos, apretando los dientes, gimiendo.

—Ya estoy dentro —susurró él.

Liam se irguió un poco, moviendo las caderas hacia delante y hacia atrás, marcando un suave ritmo. La agarró por las caderas, pero ella cogió sus manos, uniéndolas con las suyas por encima de su cabeza. La penetración era placentera, consiguiendo que ella se arqueara bajo su cuerpo, erizándole la piel. Se limitó a sentir, a dejarse llevar por lo que la hacía sentir en cada roce, con cada mirada… Hay tantas cosas que el sexo aporta que muchas veces suelen olvidarse en el día a día y la velocidad de las vidas. Holland se había ensordecido en ese terreno y era todo buscar el placer inmediato, olvidando la conexión que en ocasiones se siente con la persona con la que se tiene la relación sexual. No era enamoradiza, era realista, pues solo había estado enamorada una vez, pero fue tan enfermizo que casi acabó con los dos. Con Liam todo era diferente, la miraba de forma distinta, la trataba de manera alternativa…, pero a ella le daba pavor contarle toda la verdad que se albergaba en su interior y que la aterraba que él conociera y huyera.

Se movía sobre ella con tanta contundencia que le impedía poder pensar. Bloqueó sus pensamientos y se dejó llevar.

—Sigue, sigue… —Se besaron, mucho y muy húmedo. Aspiraba sus gruñidos, adicta a los sonidos que él emitía. Un placer tan adictivo que era casi narcótico. ¿Estaba cometiendo la absurda tontería de enamorarse de Liam?

Definitivamente, así era.

Abrió más las piernas, dando más profundidad, rozándose con su cuerpo. Todo un amasijo de carne, placer y manos por todas partes. Gotas de sudor, cayéndoles por la espalda y un ardor insoportable entre las piernas que pugnaba por explotar.

—Estoy a punto de correrme… —dijo él en un susurro erótico.

—Sí… —continuó ella también a punto de explosionar.

—Hol… —A ella se le nubló la vista, creyó tocar el cielo. Placer a raudales, por todas partes. En el aire, en sus zonas íntimas, en su piel. Liam también lo sintió y se dejó caer a su lado en la cama, agotado.

—Perfecto, perfecta —fue lo único que consiguió decir mientras recuperaba el aliento a su lado.

27. LA VERDAD

Pasaron los días posteriores entre el dormitorio de él y el de ella. Besándose en la boca, acariciándose, tocándose por todas partes. Comían lo suficiente para recuperar fuerzas y seguían dormitando y haciendo el amor sin descanso. Holland se dormía sobre su pecho tras descubrir que era su postura favorita para conciliar el sueño. Liam la abrazaba por su parte, descubriendo que era algo que también le encantaba.

Al cuarto día, salieron de su encierro para habitar por el resto de la gran casa. Él se bañaba mientras ella leía y lo observaba de vez en cuando, mordiéndose el labio al ver su cuerpo atlético. Él le mostró tanto a través de la piel esos días que se sentía muy abrumada en ocasiones. No hablaron demasiado, a decir verdad, se limitaron a compartir experiencias previas a través de sus cuerpos. Pasada la euforia, que no le permitía más que disfrutar y dejarse llevar, comenzó a preocuparla que pudiera ver las lesiones de sus muslos o que siguiera haciéndole mil preguntas. A veces, entraba en pánico y se quedaba paralizada.

Al ser dos músicos que llevaban muchas melodías por sus venas, llenaron la casa de música. Él cogía la guitarra y, en la semioscuridad de la habitación, cantaba, susurrante, volviéndola loca. Ella se unía a él y puede decirse que por aquel entonces compusieron más canciones de las que jamás serían capaces de cantar el resto de sus vidas.

—Mis padres vuelven en dos días —dijo él una mañana después de haber recorrido sus cuerpos.

—Me caen bien, pero me gustaría tener más tiempo contigo a solas. —Se sumieron en un silencio sonoro.

—A mí también, la verdad. Llevamos aquí casi un mes, ¿has hablado con Marcus? — Ella negó con la cabeza.

—Le pedí antes de venir que no se comunicara conmigo en ningún momento y que me dejase estar tranquila, que confiase en mí, que era capaz de reponerme…, aunque me resulta extraño que no me haya mandado ni un mensaje.

—Si le dices que no te busque, es lo que hace, respetar esa decisión. No puedes pedir una cosa y desear otra, Hol. —La molestó un poco que le dijera eso, aunque llevaba toda la razón.

—Ya, tienes razón.

—Me ha asaltado una duda, pero no sé cómo preguntártelo. —La líder de la banda de *rock* contuvo el aire.

—Di la verdad, sin adornar, es lo mejor siempre.

—Nunca me dejas recrearme en tus muslos y pocas veces puedo hacerte sexo oral, como si no quisieras que explorara esa zona tuya y, cuando voy a hacerlo, tiras de mí. ¿Qué ocurre, Hol?

Estaban cubiertos por la sábana con flores que siempre recordaban al verano y, aunque al principio no le gustaban, había llegado a acostumbrarse a ellas. Se sentó, sosteniendo la tela para taparse al pecho, cosa estúpida, pues ya se habían tocado y visto casi desnudos del todo miles de veces. Liam llevaba razón y ella siempre trataba de ocultar las piernas para que no viera las lesiones, pero entonces se dio cuenta de que, si lo quería todo con él, tenía que abrirse del todo. Se retiró la sábana de la parte de abajo y las cicatrices de los muslos asomaron bajo aquel tejido. El chico miró hacia donde ella miraba sin levantar la cabeza y tragó saliva.

—Pero ¿qué coño…? —Llevó la mano hasta una de las heridas cicatrizadas, pero ella volvió a cubrirse con rapidez, levantándose de la cama.

—No puedo… —Quiso salir corriendo al baño, pero él actuó con más celeridad y la detuvo, abrazándola mientras ella se echaba a llorar.

Volvieron a la cama, donde ella lloró desconsolada, llena de pavor por lo que aquel chico que la consolaba pudiera pensar. Y en aquel instante tan intenso, terminó por cerciorarse de que estaba enamorada de Liam. Demasiado tarde.

—Shhh, calma. No voy a preguntarte nada ni a exigirte. Solo cuéntalo si lo necesitas. —Ella respiró, se limpió la cara y se sentó muy cerquita de él, que no la soltaba.

—Lo sé…, estás muy en la superficie de mi vida, Liam. No sabes nada de mí y todo lo que hay debajo de la estrella de *rock* es…, no sé ni cómo explicarlo.

La tomó de la mano para darle fuerza, apretándola, y asintió con la cabeza, mirándola. Le daba seguridad con ese solo gesto y ella se tiró a la piscina sin flotador.

—Ya sabes que mi padre falleció y mi madre volvió a casarse. Creo que todo se agravó con la muerte de mi padre. Él era la persona que más me comprendía, que más empatizaba conmigo y siempre me protegía de mi madre, que siempre ha sido tan fría conmigo. A pesar de sus reticencias, yo me adentré en el mundo de la música, me refugié ahí y conocí a Marcus. Cada vez que me criticaba, que me vejaba y se reía de mí me iba a llorando a la habitación y un día cogí

unas tijeras y empecé a autolesionarme, porque ese dolor físico me hacía olvidar el daño emocional que ella me infligía a cada rato.

»El grupo se formó y conseguí salir de la mansión donde vivía con mi madre. Ella seguía criticándome, pero ya era mayor de edad y no podía seguir controlándome, al menos económicamente. Me trasladé a mi propio apartamento y evitaba asistir a casa a sus dichosas fiestas, en las que exhibía a mi hermana y a su flamante marido. Cuando he accedido a ir a alguna de ellas, ha sido, precisamente, por Faith, a la que no pienso dejar que sufra lo que yo viví.

—Joder con tu madre, una joya…

—Sí… —respondió, seca, antes de continuar—. Íbamos de gira, de fiesta y empecé a consumir sustancias. Copas mezcladas con alguna raya, anfetaminas para aguantar los últimos días de gira, porque no podía con mi cuerpo. No descansaba apenas y teníamos muchísimos conciertos. Debido a la pésima relación con mi madre, que siempre estaba pendiente de lo que comía desde que nací. Controlaba las calorías y me juzgaba cuando no cabía en una talla treinta y seis, así que todo eso derivó en un trastorno de alimentación llamado bulimia nerviosa. He pasado períodos de tiempo sin apenas comer, escondía comida para luego atiborrarme a comer…

—Dios, Holland.

—Había noches en las que me iba con un tío a la cama que había estado tonteando conmigo en la fiesta tras el concierto y, al día siguiente, me despertaba en una habitación de hotel o de su casa, sobria, con alguien que no conocía. Corría a esconderme al hotel y lloraba, a veces, me lesionaba, otras, me hartaba de comer para después vomitarlo todo y darme aún más asco que antes. —Se le escaparon algunas lágrimas.

—Si no quieres seguir, no pasa nada. —Liam estaba sufriendo mucho con su relato, aunque en el fondo era terapéutico para ella.

—Cuando apareció Josh, todo mejoró. Yo estaba tan locamente enamorada de él que al principio todo fue como la seda. No me drogaba y bebía poco, aunque el trastorno de alimentación seguía ahí, siempre lo está, pero la presión me hizo estallar como una olla y volví a ser la que era. Fiestas, drogas, alcohol, no comer, no descansar, los celos de las chicas que se le acercaban… Aquello fue lo más tóxico que te puedas echar a la cara. Marcus trató muchas veces de convencerme para separarme, pero era un amor enfermizo y ninguno éramos capaces de dejar al otro hasta que él lo hizo finalmente.

—Fue antes de que yo me uniera a la banda. —Ella asintió.

—Mi amigo Matt es amigo suyo y también quiso convencerme de que era lo mejor, pero lo pasé bastante mal. Él necesitaba poder respirar y no seguir consumiéndose en el fuego en el que yo me estaba quemando. Hoy lo entiendo. En todas esas idas y venidas he estado ingresada varias veces en clínicas para rehabilitarme y, al principio, parece que funciona, pero al volver donde está el problema, no consigo borrarlo del todo.

—¿Y dónde está el problema?

—En la relación con mi madre, en esas giras autodestructivas que acaban conmigo en un hospital, en mi trastorno…

—Pero todo eso tendrá una solución, a lo mejor es que no has ido al lugar adecuado o no te han ayudado bien a curarte. —Ella se rio con amargura.

—Una persona adicta jamás se recupera, al igual que los trastornos alimenticios tampoco se van para siempre. Puedes adormecer todo eso, pero siempre está latente.

—Entonces… —Ella le puso el dedo en los labios.

—Por eso, cuando le propusiste a Marcus la alternativa de venir aquí en vez de ingresar en una nueva clínica, no lo dudé. No porque fuera a ser más efectivo, sino porque era algo distinto a lo que suelo hacer y aquí tampoco hay tentaciones, aunque el problema de la comida siempre estará y tenga ganas de tomarme una copa o algo más fuerte de vez en cuando. —Permanecieron en silencio un rato.

—¿Te sientes mejor al habérmelo contado?

—La verdad, sí. ¿Cómo de asustado estás?

—¿Bajo cero te vale? —bromeó Liam, rodeándola con el brazo.

Era muy difícil no enamorarse de alguien como aquel chico de ojos oscuros y piel clara, de sonrisa eterna. Se inclinó sobre ella y la besó antes de envolverla en sus brazos.

—Todo mejorará, confía en mí —le dijo él, deseando que aquello pudiera ser cierto.

—Prefiero no pensar en eso.

—¿Por qué no? ¿Es que no quieres cu… estar mejor? —se autocorrigió él.

—Porque cada vez que pienso que todo se solucionará y seré una persona feliz sin ninguna carga sobre mí nunca más, me hace daño al no cumplirse.

28. LA REVISTA

Se despertó sola en la cama y no le gustó en absoluto lo que se apoderó de ella. Palpó las sábanas floreadas, que estaban frías al otro lado, donde debía estar Liam. Tuvo miedo de que él se hubiera ido después de descubrir todas las verdades que la componían.

—¿Ya estás despierta? —Apareció en la habitación con un zumo de naranja en la mano, que fue bebiendo de camino a la cama.

—Pensaba que te habías ido. —Él frunció el ceño.

—¿Adónde me voy a ir sin ti? Aparte de que esta es mi casa. ¿De verdad creías que me iba a marchar, así, sin más?

—Estoy acostumbrada a que las personas desaparezcan sin rastro o cambien su actitud hacia mí al descubrir ciertas cosas.

—No he tenido el gesto romántico de traerte el desayuno a la cama porque no quiero incomodarte…, aunque tienes que desayunar. —Ella accedió y se lanzó a devorarlo, tirando el vaso por el suelo. Se enredaron en brazos y piernas, besándose entre risas y mordiscos. Confianza, intimidad, amor… que la piel del otro lo significara todo.

—Voy a pegarme una ducha antes de que vuelvas a lanzarte sobre mí y no pueda separarme de ti. —Le sonrió antes de desaparecer tras la puerta del baño.

Holland aprovechó entonces para ir hasta la cocina y tomar algo de fruta y zumo. Volvió al salón con el plato que contenía las cerezas y la bebida, y se sentó en el sofá tirando de la camiseta holgada que llevaba.

—Pero ¿qué coño…? —dijo al ver una revista donde aparecía Liam.

«El nuevo guitarrista de *Dead Souls* arrasa entre las *fans*», decía el titular en portada. Abrió la revista, buscando las páginas en la que salía el reportaje. ¿Había dado una entrevista a una de las revistas internacionales más importantes y no le había dicho nada? Varias fotografías del nuevo integrante y textos sobre él hablando de su carrera profesional y del grupo copaban parte de la publicación.

—Aquí estás, no te encontraba. —Lo miró, cerrando la revista.

—¿Y esto? —Él la cogió, hojeándola.

Holland se levantó y salió al jardín. A ella no le gustaba nada dar entrevistas ni que le hicieran fotografías sin su permiso, aunque era el pan de cada día, desgraciadamente.

—Creo que es la primera vez que hablan de mí en una revista.

—¿No has dado tu consentimiento para todo eso? —preguntó, señalando hacia el salón, donde se quedó el ejemplar.

—Para nada, Hol. Es gracioso.

—¿Gracioso? Espera a que empiecen a difamarte, a inventarse cosas sobre ti y a perseguirte sin descanso. —No tenía una relación demasiado buena con la prensa. Hasta entonces se había controlado mucho o, más bien, Marcus la había controlado y evitado que no hiciera nada que llamase la atención.

—Ven aquí. —Fue hasta ella y la abrazó desde atrás, besándole la coronilla.

—¿Y de lo que dicen sobre mí tampoco tenías ni idea? —Él se separó sin saber a qué se refería.

—¿El qué? —Ella regresó al salón para coger la revista y enseñarle de lo que hablaba.

—«La líder del grupo, Holland Simmons Evans, desaparecida tras el último concierto. Se rumorea que está de nuevo ingresada en una clínica, recuperándose de ciertos problemas». —Tiró la revista al suelo y fue hasta la piscina, metiéndose dentro con la camiseta incluida.

—No tenía ni idea, de hecho, esa parte no la había leído. La releí hace unos días por encima y poco más, Hol.

—¿Por qué te uniste al grupo? ¿Ya me conocías? —le preguntó desde el interior de la piscina, cerca del bordillo.

—Te he dicho muchas veces que estaba muy en mi mundo y no sabía nada acerca de vuestra banda. Holland, yo no he dado ninguna entrevista más allá de las que organizó Marcus estando de gira. Esto, claramente, son fotos que me han hecho sin darme cuenta y han investigado sobre mi vida.

—Odio cuando hacen esas cosas, como si no tuviéramos un corazón que sufre cuando nos difaman o incluso cuando exponen nuestras vulnerabilidades al mundo. Somos humanos como todos, sufrimos, tenemos traumas, heridas…, y por el mero hecho de cantar delante de la gente y triunfar, no les da derecho a tratarnos así —dijo, señalando la revista, que yacía aún en el suelo. Liam la recogió, volviendo a hojearla. Se sentó en el bordillo, metiendo las piernas en el agua.

—Cuando estás de cara al público, ya sea como escritor o cantante, te expones a que te critiquen e incluso inventen sobre ti. Lo que hay que saber controlar es la forma en que te afecta.

—Es fácil decirlo…

—Sé que para ti es difícil porque son muchas cosas, pero esta gente no te conoce. No dejes que te hagan daño. Ya sabes, hiere

quien puede y no quien quiere. —Ella se encogió de hombros.

—Yo solo quiero hacer música, cantar, entregarle todo lo mejor al público que me apoya y que lo demás se desvanezca a mi alrededor. ¿Es tanto lo que pido? —Él se metió en el agua, empapándose la ropa. Se acercó a ella y la abrazó.

—Por desgracia hay gente que quiere mucho más y le gusta llenar de mierda cosas tan bonitas como las que haces. No los dejes que te salpiquen siquiera un poco. Ponte el chubasquero de «me la pela todo absolutamente» y sigue haciendo todo lo que disfrutas de esa manera.

—Esa gente, como tú dices, no me ayuda con toda la mierda que hay en mi vida, Liam.

29. VUELTA A CASA

Los padres de él regresaron de sus días en casa de su hija y su familia y se volcaron en el trabajo. Eran personas enamoradas de su tierra y de su fábrica, siendo una de las principales en todo México. Por otra parte, Marcus llevaba días tratando de contactar con ellos para ver cómo se encontraba ella, pues la gira se había quedado suspendida cuando aún quedaban algunos conciertos y necesitaba saber si podrían retomarla en breve.

—Está mucho mejor, sí…, ya me lo ha contado todo y a lo mejor necesitaría ir a una terapia para poder seguir trabajando en todo lo que le pasa.

—¿Con quién hablas? —quiso saber ella. Liam le pasó el teléfono y se alegró bastante de saber que era Marcus.

—¿La semana que viene? Sí, creo que podríamos estar por Los Ángeles… De acuerdo. Nos vemos. —Colgó y miró al guitarrista.

—Entonces, ¿volvemos con la banda?

—Parece que tenemos unos conciertos pendientes —se resignó.

—Pues habrá que acabarlos —respondió él, algo asustado ahora que sabía todo lo que significaba para ella la presión, los conciertos, volver a su casa, la relación con su madre…

—El lunes tenemos que estar en el estudio, así que habrá que comprar los billetes para volar este fin de semana. —Él la rodeó con el brazo y besó su pelo. Holland alzó la cabeza y unieron sus labios tímidamente.

El resto de la semana transcurrió entre sus respectivas habitaciones, los paseos a caballo por la finca, las comidas con sus padres, donde trataba de disimular que comía algo… Llegó el sábado y tuvieron que despedirse de aquel pequeño rinconcito que se había convertido en su remanso de paz, en su escondite, donde estar juntos sin tener que ocultarse.

—¿Y esa manta? —le preguntó ella la noche anterior a coger el vuelo que los llevaría de regreso a Los Ángeles.

—Vamos a tener un último momento antes de volver. Llevo algo de comida también, por si quieres —respondió, enseñándole una pequeña cesta de mimbre.

—¿Un pícnic? Suena demasiado romántico, ¿no crees? —Él se rio y ella cogió su mano sin dudarlo, no sin antes coger la guitarra de él y llevarla con ellos.

Acamparon cerca del columpio donde habían pasado algunas tardes, ella, balanceándose y él, viéndola disfrutar y hablar durante horas.

—Te va a sonar, como tú dices, «demasiado romántico», pero antes de conocerte no creía en el amor, Hol.

—¿No te has enamorado nunca?

—Yo no he dicho eso, claro que he estado enamorado, pero no de la manera en que lo estoy ahora —dijo antes de beber un trago del botellín de agua que llevaba en la cesta.

—Explícate.

—Siempre tuve miedo a enamorarme y dejar de ser yo, de cometer errores, de dejarlo todo por la otra persona y perderme yo en el proceso, de caer en una relación poco sana, de no saber hacer feliz a la chica en cuestión…

—Caray, eso son demasiadas cosas, Liam —confesó ella.

—No sé, Mike siempre me decía que solamente debía detener a mi cabecita y lanzarme. Parar la razón y dejar funcionar al corazón. Liberarme del miedo y creer.

—Tu hermano era todo un poeta —logró decir ella, aún emocionada de verlo así. Cuando Liam le abría su corazón, arrasaba con todo y sentía una gran ternura.

El guitarrista se rio y le dio un beso en la frente. Agarró la guitarra sin mediar palabra y comenzó a acariciar las cuerdas, pero Holland lo detuvo. Le quitó la guitarra y empezó a afinarla para cantarle ella a él una canción.

—*¿Me llevarás de la mano? En esta maldita noche fría. No sé de qué va esta vida. Solo cógeme de la mano. Llévame contigo. Cógeme de la mano. Estoy a tu lado*.

—Dios santo, Hol. Es preciosa —fue lo único que acertó a decir Liam, aún tocado por la letra de la canción.

—Gracias, la compuse hace poco, pensando en ti —confesó, tímida.

—Impresionante, cuando la escuchen, se van a morir en la discográfica.

—No, no quiero compartirla, quiero que sea solo tuya, si la quieres…

—¿Es en serio? ¿Me la regalas? Joder, Hol… No sé ni qué decir.

—No digas nada —susurró antes de besar sus labios con tanta ternura que podría calentar a cualquiera en una noche gélida.

—¿Sabes? A pesar de todo lo que dices de ti, eres una melodía armoniosa.

—¿Soy una melodía? —le preguntó, haciendo la broma de oler el

botellín de agua por si llevaba algo de alcohol.

—¡No hagas el idiota! —Le quitó la botella y la dejó a un lado.

—Venga, me pongo seria, explícame eso de ser melodía.

—Todos somos una melodía. Las hay ruidosas, de gente que va sin control por la vida, tiernas, de aquellas personas romanticonas que llegan a ser empalagosas, las hay como tú…, armoniosas.

—¿Y eso qué quiere decir, a ver?

—Que eres calmada, introvertida, pero llena de esa magia que es tu talento —susurró él.

—No sé, yo creo que sería más bien una caótica y desordenada.

—No lo creo.

—Así que esa es mi melodía.

—Síp, la melodía de Holland.

Volvieron a besarse, despacio, tumbados sobre la manta en la hierba fresca de la noche, que rozaba la madrugada ya. No se podría contar cuánto tiempo transcurrió hasta que Holland se quedara dormida con la cabeza apoyada en el pecho de Liam. Él la observó en silencio, memorizando cada rasgo de su rostro, sabiendo que cada día mataría por verla despertarse a su lado. Pensó en su casa, donde habían pasado los mejores días de su vida, en los hilos que iba tejiendo el destino con ellos, en los caminos que lo habían llevado hasta aquella banda de fama internacional. Ella se removió, murmurando algo incomprensible, y Liam la abrazó con más fuerza, deseando poder aliviar toda pena de su corazón en un abrazo infinito. Besó su pelo y cerró los ojos él también, recordando la preciosa canción que ella le había dedicado, que le había regalado. Tarareó el ritmo constante que llevaba la melodía y sonrió, pues aquella, sin duda, era ella, la melodía de Holland.

30. LOS ÁNGELES

Tras muchas horas de vuelo, llegaron al aeropuerto de Los Ángeles. Nada más poner un pie en tierra, ella soltó su mano, ya que no quería que nadie les hiciera fotografías juntos y pudieran estropear aquello tan bonito que comenzaba a germinar entre ellos. Holland había sufrido también mucho acoso estando con Josh y su deseo era evitar a toda costa todo lo que pudiera interponerse en su camino a la ansiada felicidad con Liam.

—¿Te vienes a mi apartamento o me voy yo al tuyo? —Y por alguna extraña razón, sintió pánico a estar en alguno de esos lugares junto a él.

Era muy difícil de explicar, pero necesitaba un poco de aire lejos de él. Habituarse a estar con Liam, pero cada uno en su casa. En el fondo, tenía miedo de que todas las cosas maravillosas que habían vivido semanas lejos de aquella ciudad hubieran sido un sueño o si podrían seguir siendo una realidad.

—Hoy quiero dormir todo lo que pueda y deshacer las maletas. ¿Te importa si nos vemos el lunes directamente en el estudio? —Él se quedó un poco sorprendido, pero su intención no era agobiarla, así que asintió con la cabeza.

—Pare aquí —pidió al taxi él—. ¿Te ayudo a bajar tus cosas?

—No, Liam, yo puedo sola. —Él sintió que no se estaba refiriendo únicamente a sus maletas y se asustó un poco, pero calló.

—¿Llevas todo?

—Me faltas tú. —Se inclinó para besarlo y perdieron la cuenta de los besos que se dieron solamente interrumpidos por el carraspeo del taxista. Holland salió del coche, cogió su equipaje y le guiñó el ojo antes de girarse para entrar en el edificio de apartamentos donde vivía.

Holland llegó a su apartamento y se sintió un poco extraña, pues después de tanto tiempo lejos de aquel lugar, al que siempre había llamado hogar, ya no se le parecía tanto.

Dejó el equipaje y echó de menos a su gato, que se había quedado en casa de su amiga Poppy, quien, seguro, lo cuidaría perfectamente, ya que era una amante de los animales. Se sentó en su sitio preferido en la terraza y se dejó acariciar por la brisa nocturna. Cerró los ojos y recordó que era completamente de Liam. Podía romperle el corazón, reírse de tonterías que a ella la fascinaban o incluso no

gustarle las canciones que ella componía… Estaba perdida porque no le importaba.

Ese fue el principio de la palabra «nosotros», imposible dejar de recordar cada momento que habían vivido juntos, cada íntima confesión, cada lágrima que se escapaba, traicionándola. Deseaba poder tener ese futuro con él en aquel rincón del mundo tan lleno de ruido, donde todo ocurría tan deprisa que no daba tiempo a detenerte para ser consciente de lo que sucedía a tu alrededor. Tenía miedo, pero pensaba en que lo vería el lunes en el estudio de grabación y, con tan solo mirarlo a los ojos, respiraría.

A la mañana siguiente, llegó Poppy con su querido Zeppelin, al que había echado mucho de menos y no dejaba de ronronear y pedir ser acariciado.

—¿Cómo estás? —le preguntó, sirviéndose un té, su amiga.

—No sé, han pasado tantas cosas en muy poco tiempo.

—Cuéntame, no pienso irme hasta que me lo cuentes todo con mil detalles.

—He vuelto a casa y siento que ya no pertenezco a este sitio.

—¿Y adónde perteneces, entonces? —Holland se encogió de hombros.

—No lo sé, Poppy. En la casa de Liam fue todo… demasiado genial, ¿sabes?

—¿Y eso? —quiso saber, dejando la taza sobre la mesa, acercándose a su amiga, muy interesada.

—Dios, no sé cómo ha pasado.

—Te has acostado con él y no solo una vez —dijo antes de que Hol pudiera responder.

—No ha sido solo eso, aparte de lo físico, que obviamente está ahí, es algo distinto.

—¿Distinto a Josh? —La cantante sonrió con tristeza.

—Es curioso cómo me he dado cuenta de que lo de Josh no fue nada bueno, sino algo a lo que me agarré como a la vida misma, como al clavo ardiendo. Hoy soy consciente de que aquello fue terrible. Siento no haberlo visto cuando me lo decíais —confesó.

—Guau, y eso en unas semanas únicamente.

—Lo sé —dijo, tapándose la cara con ambas manos. Poppy se las retiró, negando.

—Es algo bueno, darte cuenta de que lo que tenías con él no era sano, sino todo lo contrario, cariño. —La cantante curvó los labios en una sonrisa agradecida—. Y ahora cuenta todo lo de Liam.

—Ay, Poppy, me he enamorado —suspiró.

—No me lo puedo creer, ¿en serio?

—Y no es lo malo. Lo peor es que él se ha convertido en el lugar que me ancla a todo.

—¿Qué quieres decir? —La miró, intrigada.

—Me refiero a que es lo que me sostiene a día de hoy, ese lugar al que quiero volver siempre y me hace sentir en casa es él. Es Liam.

Algo tan sencillo de comprender y a la vez tan aterrador.

31. EL REENCUENTRO DEL GRUPO

Normalmente, la vida no es como se la plantee uno, no importa las vueltas que des, los caminos que tú mismo te traces… Quien decide por ti es ella. Después de estar un rato en casa con Poppy, sus otros amigos la llamaron y estuvieron hablando con ella, preocupándose por su estado de salud y organizando una cena ese mismo fin de semana para verse y ponerse al día unos y otros.

—¿Marcus? —Se sorprendió al ver que la llamaba.

—Peque, hay muchos periodistas y *fans* en la puerta del estudio. No sé cómo se han enterado de que estás aquí en Los Ángeles. Pensaba que la cortina de humo que echamos cuando te fuiste con Liam había surtido efecto, pero ahí están. Te voy a mandar un coche. —Ella asintió con el nudo en el estómago, ya que los *paparazzi* la ponían muy nerviosa.

Quince minutos más tarde, un coche estaba en el edificio, esperándola. Bajó, inquieta pero decidida a dar la cara y a sonreír sin parar. Parapetada tras sus gafas y un sombrero negro con su nombre bordado en blanco en un lado, salió, decidida. A los veinte minutos, ya estaba en la puerta del estudio, inspiró con fuerza y empezó a ver como coreaban su nombre y miles de *flashes* empezaban a parpadear sin haberse bajado del vehículo.

El conductor se apeó del coche y le abrió la puerta, dándole la mano para salir. Holland iluminó con su sonrisa la calle y saludó con la mano.

—¡Holland! ¿Una foto? —Los *fans* apostados allí, que la miraban como si fuera una auténtica diosa, le pedían hacerse fotos o que les firmara un autógrafo, y ella, que era muy generosa y se preocupaba mucho por ellos, se paró con los que pudo.

—¡Holland, aquí! —le pedían los fotógrafos sin dejar de hacerle instantáneas mientras atendía a los *fans*.

—¡Qué guapa eres! ¡Te quiero! —Oyó que alguna gente le decía.

—¿Qué hay de los rumores de que has estado en una clínica? —Los periodistas no respetaban nada. Decidió hacer oídos sordos y, ayudada por personal de seguridad de la compañía, fue caminando hasta el edificio donde la esperaban sus compañeros, entre ellos, Liam.

Marcus la recibió en la puerta con un abrazo.

—Lo has logrado —le dijo, y ella le dio un beso en la mejilla, sonriendo.

—Mis *fans* lo son todo para mí —respondió, agradecida.

—Lo sé, pero esos malditos… —mencionaba a los *paparazzi* y ella se encogió de hombros.

—Al fin la estrella está aquí. —Vio a Will, sonriéndole, y se lanzó a abrazarlo.

—Te he echado de menos. —Ambos amigos se alegraron mucho de verse. Quien tenía una cara bastante seria era Sean, que no se acercó a ella. Tenía algo de mejor aspecto que la última vez que se vieron y se alegró por ello.

—Liam —lo saludó muy seria, pues no quería despertar rumores por el momento.

—Bueno, creo que lo mejor que podemos hacer antes de nada es ver cómo sonáis, nos metemos en el estudio y cantáis unas cuantas canciones. Esta tarde tenéis una rueda de prensa para hablar de este parón en la gira y el lunes que viene retomamos. Nos quedan pocas ciudades ya, chicos. Un último empujón y lo tenemos. ¿Eso te parece bien, Hol? —preguntó uno de los productores, y ella asintió con la cabeza.

Fueron hasta el estudio y la energía que irradiaron podría haber apagado una ciudad entera. Holland estaba bastante recuperada, sobre todo, emocionalmente. Ese descanso en mitad de la gira le había venido muy bien y tenía ganas de volver a salir a darlo todo, sobre todo por sus *fans*, que la adoraban sin importar lo que ella hiciera. No la juzgaban nunca ni la criticaban, tenía un apoyo incondicional y, a pesar de encontrarse con comentarios bastantes desagradables en ocasiones, pocas veces venían de ellos. Eso era más cosa de los periodistas que querían sacar todas las vísceras, los que la desangraban y la rompían en pedazos.

—¿Y esto? —preguntó al ver una revista donde aparecía ella en una actitud muy *sexy*. Ya no recordaba cuándo hizo aquella sesión de fotos, pero el titular ya la dejó destrozada.

«Holland, ¿acabada tras su última ruptura?».

Liam, que andaba cerca, le quitó la publicación de las manos, pero ya había visto la portada y el nudo se le puso en la garganta. Ella intentaba por todos los medios evitar esas publicaciones que solo buscaban carnaza y apenas se preocupaban por su carrera musical.

Volvió al estudio y se sentó delante del piano, como tantas veces había hecho, y sorprendió a todos con una nueva canción. Sus compañeros de banda, incluido Liam, no sabían cuándo la había

compuesto, pero era desgarradora. Hablaba de que buscaba razones para continuar, para no abandonar y echar todo por la borda, quizá, solamente, necesitaba una pequeña razón para quedarse y no desaparecer.

Cuando terminó, tenía lágrimas empapándole las mejillas, pero apenas había sido consciente de ello, pues estaba totalmente enfrascada en la nueva canción que había compuesto semanas atrás.

—Dios santo… —dijo uno de los productores.

Holland se limpió la cara y salió del estudio, poniéndose su sombrero. Todos la miraban en silencio.

—Esta tarde estaré lista para la rueda de prensa —fue lo único que dijo, y salió de allí acompañada de los guardaespaldas que en ocasiones iban con ella, aunque Marcus le insistía que debía ir siempre protegida por ellos.

Volvió a salir a la calle y los *fans* y los periodistas seguían allí, esperándola. Se hizo fotos con *fans* y firmó autógrafos, ignorando las preguntas insidiosas de los periodistas de la prensa rosa. El conductor del coche continuaba aguardándola. Le abrió la puerta y a los pocos metros se hizo el silencio absoluto.

—Cuanto silencio —musitó.

—¿Perdone, señorita?

—Digo que paso de que el ruido no cese y que me hablen constantemente sin dejarme pensar al más absoluto de los silencios.

—A veces es bueno. Yo, que tengo tres hijos, lo echo mucho de menos —bromeó.

Una vez en casa, se dio una ducha y lloró en el baño largo rato. Todo la abrumaba demasiado y no podía evitar romperse en mil pedazos en la intimidad de su hogar. Una hora más tarde llamaron a su puerta y se alegró de ver que era Liam.

—Hey, chico nuevo.

—Hey, estrella del *rock*. —Le dio un abrazo inmenso y ella se cobijó en su pecho.

Se sentaron el sofá, ella con su albornoz blanco, recién salida del baño que se había dado para relajar los músculos, que a veces cogían tanta tensión que le dolía todo el cuerpo. El guitarrista llevaba la misma ropa, por lo que dedujo que salió directo del estudio de grabación a su casa.

—¿Y esa canción que has tocado al piano, Hol? —Ella se encogió de hombros.

—La compuse en tu casa, pero no me atrevía a cantarla hasta hoy. No me preguntes el porqué, pues no lo sé.

—Es preciosa, como todas las que compones —le dijo con tono de

enamorado.

—Tienes que ahondar en el dolor de tu corazón para componer canciones. Componer es una operación a corazón abierto —murmuró ella, mirando al vacío.

Liam la cogió de la barbilla para que lo mirase, sonriéndole, a lo que ella respondió esbozando una sonrisa. Él se dio cuenta entonces de que se había enamorado de su alma torturada, de sus claroscuros, sin los que no podría vivir.

32. LA RUEDA DE PRENSA

Llegó la tarde de ese mismo día y la banda llegó puntual a la discográfica, donde tenían que dar la rueda de prensa y responder a todas las preguntas que quisieran hacerles. Liam se fue a casa a darse una ducha rápida antes de asistir a la reunión con los periodistas.

Holland estaba nerviosa, pero trataba de disimularlo. No hizo lo correcto, como le sucedía varias veces, y bebió antes de llegar allí. Por suerte, no fue tanto como para ir ebria, aunque estaba mucho más relajada tras beberse media botella de un tequila que se trajo de México sin que el guitarrista fuera consciente de ello. Debía evitar ese tipo de consumiciones, pero deseaba probar el líquido que fabricaba la familia de Liam y cogió una de la casa con el permiso de la madre, que desconocía por completo los problemas de adicción de la joven chica.

Flashes iluminaban la sala sin parar junto a sus clics, fotografiando a los componentes del grupo, que entraron, decididos, saludando a los periodistas que los aguardaban. Sean, que normalmente se sentaba al lado del líder de la banda, le cambió el sitio a Will y Liam no dudó un instante en sentarse junto a Hol.

—Holland, el público os apoya, eso se nota.

—Bueno, los *fans* son lo más importante para nosotros, son parte de nuestro corazón —contestó.

—¿Qué ha pasado para este parón en mitad de una gira que estaba siendo de lo más exitosa? El mundo está a vuestros pies, lo ha estado desde que empezasteis hace años, pero los *fans*, los críticos…, todos llevamos notando que algo sucede desde hace tiempo. —Y entonces decidió que iba a comenzar a quitarse la careta y a ser sincera.

—Miedo, traumas, alcohol, drogas… —Marcus se quedó pálido.

—¿Todavía?

—Todavía… —hizo una pausa—, pero estamos en camino de solucionarlo todo para volver con fuerza.

—Se dijo que Josh se marchó de la banda y por eso entró Liam, porque vuestra relación se fue al traste —siguió preguntando el mismo periodista.

—Nunca he sido partidaria de hablar de nuestras relaciones interpersonales —comentó, señalando a todos los miembros del grupo—, pero hoy haré una excepción. Seré sincera. Efectivamente,

nuestra relación se acabó y optó por seguir su camino lejos de los *Dead Souls*. ¿Fue doloroso? Por supuesto. ¿Fue el fin de la banda? Por supuesto que no. A decir verdad, no me ha gustado tener que leer por ahí que era el fin del grupo solamente porque una persona de la banda se marchara, porque eligiera hacer su propia carrera musical. —Esa misma mañana, en la revista que vio en el estudio de grabación, leyó esa información y le dolió mucho.

—¿Lo consideras prescindible, entonces?

—Nadie de este grupo jamás ha sido prescindible, pero no podemos forzar a alguien a estar donde no lo desea. Ya es doloroso que una relación no funcione como para que salgas a la calle y la gente no deje de perseguirte, preguntándote por ello. —Sus compañeros no podían creerse que se estuviera abriendo de esa forma.

—¿Y ahora estás bien? —fue una pregunta de otro periodista allí congregado.

—¿No la veis, muchachos? —dijo el mánager, interviniendo para evitar que ella siguiera exponiéndose.

—Todo pasa, ya sabéis, la vida es una montaña rusa en la que subes y bajas. Nunca es lineal —apostilló Will, tratando de ayudarla. Holland lo miró, agradecida, y él asintió con un leve movimiento de cabeza.

—En cuanto a la gira, ¿la terminaréis?

—Así es chicos, los *Dead Souls* están deseando poder seguir con las ciudades que les quedan y darlo todo. —Will dio un grito y todos aplaudieron, emocionados.

Las preguntas se enfocaron a partir de entonces a temas más profesionales y Marcus intervenía si volvían al tema personal de los chicos. Terminaron por pedirles cantar algo y se animaron a cantar a capela un par de temas. Una hora más tarde desde su comienzo, abandonaron la sala tal cual entraron, con cientos de *flashes* cegándolos.

Saludaron y regresaron al despacho de Marcus, donde estuvieron un largo rato.

—¿Se puede saber por qué coño has tenido que hablar de nuestra puta vida personal? Habla de ti lo que te dé la puta gana, joder, pero no nos metas a los demás en tu saco porque no nos mola ese rollo de ir contándolo todo —la increpó Sean, bastante enfurecido.

—Ya has visto la publicación que había en el estudio. Se están rumoreando cosas sobre nosotros que debemos aclarar. Selo debemos a nuestros *fans*, se lo debes.

—Que te jodan, Hol.

—Ya vale, Sean. Ella ha pensado que era lo mejor y así ha actuado. Deberíamos apoyarla y no echarle más mierda encima.

—Muy amiguitos os habéis hecho vosotros estas semanas, me parece a mí —comentó, molesto, el bajo del grupo.

—¿Y a ti eso qué demonios te importa? —siguió Liam, defendiéndola.

Sean fue hacia él y todos se tensaron al ver que se avecinaba de nuevo una pelea entre ellos, pero Marcus estuvo rápido y empujó a Sean para que no se acercara más al guitarrista.

—Calmémonos todos y, por favor, Hol, cuéntanos a qué ha obedecido semejante acto de sinceridad porque yo tampoco lo comprendo, peque.

—Seguro que será el alcohol que corre por su sangre —murmuró el bajo.

—¡Quieres dejarla en paz de una jodida vez! —estalló Will.

Holland se hizo un ovillo en el sofá, pues la conocía muy bien y estaba bebida. No tanto como para que se le notara, pero estaba algo ebria.

—Tiene razón, he bebido, pero solo porque estaba muy nerviosa y necesitaba esa fuerza que me da el alcohol para ser valiente y de una vez por todas sacar a la luz lo que me lleva pasando años. —Liam no podía creerlo.

—Yo… pensaba que estabas…

—¿Curada? —La chica se rio con pena—. A ver cuándo te enteras de que las personas adictas jamás nos curamos, Liam. Podemos mejorar, pero nunca dejaremos de serlo, ¿verdad Sean?

El chico no aguantó más y, tras tirar todo lo que el mánager tenía sobre la mesa, salió dando un portazo, hecho una furia.

—Will, por favor… —le rogó Holland, preocupada.

El batería le dio un beso en la mejilla y echó a correr para ir tras su compañero y amigo de aventuras.

—Con vosotros no hay quien se aburra. —Marcus empezó a recogerlo todo con la ayuda de Liam, momento en el que ella aprovechó para irse.

—Holland. —La agarró el guitarrista por el brazo antes de que se fuera.

—Hoy no, Liam, hoy no.

33. LA ESPINA DE LIAM

Holland iba vestida con un traje negro con lentejuelas que las estilistas habían decidido para ese *show*. Tenía una capucha que le pusieron minutos antes de salir a escena. Iba maquillada con tonos claros, subida a unas botas negras bajas, pues se negaba a llevar tacones. Tras subir la escalera que la llevaría al escenario, se subió a una plataforma que los operarios empujaban y así ella salía como flotando, envuelta en humo.

—¿Preparados? —gritó, haciendo estallar al público.

Llamaron al timbre del apartamento y apagó la televisión, donde estaba visionando uno de sus conciertos de los primeros tiempos.

—¿Liam?

El chico entró con una caja de *pizza*, unos zumos y unas cervezas, muy a la americana, y ella le sonrió. Fueron hasta el salón, donde se sentaron.

—Ya sé que quieres estar sola, pero no podía dejarte sola después de la rueda de prensa.

Holland encendió de nuevo el televisor y apareció en pantalla la escena que estaba viendo del concierto. Él se quedó viéndolo y lo extrañó la ropa que ella llevaba, demasiado brillo y maquillaje, que no pegaba con la líder de la banda.

—Estaban felices viéndome —comentó.

—No pareces tú.

—Me convertí en la persona que todos esperaban y querían que fuera —fue su dura respuesta.

—Se nota.

Vieron el vídeo del concierto donde se veía a una Holland completamente diferente a la que era. Zeppelin se subió al sofá con ellos y estuvieron acariciándola, encontrándose sus manos a veces, rozándose.

—Hubo un momento en el que se me pedía que hiciera música sin parar, mejorando lo anterior o sería un fracaso colosal. —Tragó saliva, decidida a seguir contándole muchas cosas de esas que le rasgaban el alma.

—Debió ser muy duro.

—Aún lo es… Fue la primera vez que consumí sustancias cuando no pude con toda esa presión y en una fiesta, entre el coqueteo con las drogas y evadirme de mis problemas de ansiedad, empecé a tocar

fondo.

—¿Y las veces que has ingresado en una clínica te han ayudado? —Ella asintió.

—Por supuesto, te tienen supercontrolada y vigilada y poco a poco te vas acostumbrando a pesar del síndrome de abstinencia y todo el dolor que pasas en el proceso. Te rehabilitas una temporada, pero, cuando sigues en ese mismo ambiente, moviéndote en él, la recaída está asegurada. —A él se le puso un nudo en la garganta.

—Entonces, quizá lo que debas hacer es abandonar esta vida.

—Eso no lo puedo hacer, se lo debo a mis *fans*, me lo debo a mí misma y a mis ganas de algún día salir de los infiernos y mantenerme, como he hecho estas semanas.

—Hol…

—Tres discos consecutivos siendo el número uno durante ocho semanas, creo que cincuenta nominaciones en todos estos años y diez premios, entre ellos varios Grammy y discos de platino. Lo hice, lo conseguí todo y fue entonces la segunda vez que toqué fondo. Me ingresaron en una clínica y en la siguiente gira apareció Josh. Ya sabes el resto —apostilló ella.

Permanecieron en silencio hasta que él se atrevió a sacar otro tema bastante preocupante, pues no había más que verla. Cada día estaba más delgada y demacrada. Lo escondía poniéndose ropa ancha y oscura, así como se maquillaba, pero cuando estaba en la intimidad de su casa, con la cara lavada y su pijama, se notaba claramente.

—Me parece que no eres del todo consciente lo que haces porque lo llevas haciendo mucho tiempo poco a poco. —Ella lo miró interrogativa.

—¿A qué te refieres?

—A la comida, Holland. Siempre habrá un modelo de belleza al que no conseguirás aspirar porque cada vez serás más y más estricta en alcanzar un prototipo. Haces una lista de lo que comes, especificando las calorías, no te gusta que nadie te vea comer. Así no acabarás bien, no te llevará a un buen lugar. ¿No crees que es mejor parecer gorda que enferma?

—Puede que tengas razón —fue su única respuesta, acompañada de un largo silencio.

Alargó la mano hacia la caja y la abrió, cogiendo un pedazo de *pizza* sin mirarlo. Él hizo lo mismo y se abrió una cerveza, pero para ella optó por abrirle uno de esos zumos tropicales a los que tanto se había aficionado en México. No hablaron mientras comían, de nuevo encendieron el televisor y acabaron por ver el concierto de *Dead Souls* en sus comienzos.

—Ahora necesito dormir un siglo al menos —dijo ella en tomo casi de súplica.

Liam lo comprendió y se fue, dejándola sola. Para él era demasiado complicado, los problemas de la chica de la que se había enamorado se habían convertido en esa espina que se te clava y no consigues sacar del todo. A veces, consigues partir un trozo, pero solamente logras que se te hinque más y más afilada.

34. VOLVEMOS A LA GIRA

Bien, solamente quedaban cuatro conciertos y todo volvería a la normalidad. Philadelphia, Tennessee, Alabama y Florida. Si conseguía que en estos quince días estuviera alejada de Sean, que no recibiera llamadas impertinentes de la loca de su madre y que no se fuera de fiesta, a lo mejor lograba mantenerla sobria y libre de drogas.

—¡Liam! —Mi compañero Will me gritó a lo lejos, pues estaba sumido en mis pensamientos y no me di cuenta de que todos habían empezado a subirse al autobús que nos llevaba al avión privado del grupo.

El vuelo fue tranquilo, la mayor parte del tiempo lo hicieron durmiendo, aunque yo no dejaba de observar a Holland y cómo charlaba con Sean casi todo el rato. Conmigo apenas estuvo, entendía que quería mantener al margen nuestra relación, pero echaba tanto de menos estar a su lado…

—¡Te pillé! —me dijo ella en un susurro mientras casi me atragantaba con un refresco que estaba bebiendo a ver si conseguía mantenerme despierto.

—Joder, casi me ahogo.

—Llevas toda la noche sin dejar de apartar la vista de mí y me parece que ese no era el trato, chico nuevo.

—Podría ser otro el trato, solo que no estás por la labor. Al parecer, tu amigo Sean es más entretenido que yo —dije, mirando de reojo al chico en cuestión.

—No empieces con celos tontos.

—Para nada, pero entenderás que, después de tantos días juntos, me apetece poder estar un poquito contigo, no sé, hablando o tú leyendo y yo admirándote… —A ella se le escapó esa risa que era magia para Liam.

Holland miró, traviesa, a todos lados y tiró de mí para meternos en el baño. Cerramos y, bastante apretujados, reímos, tapándonos la boca uno a otro, tratando de evitar que se nos escuchara. Nos besamos y abrazamos largo rato sin llegar a mayores, aunque fue bastante difícil. De hecho, ella tuvo que salir antes para que a mí se me bajara el bulto del pantalón tras el momento de excitación.

Cuando salí del baño, la vi echada en su cama con el antifaz puesto para que las luces no la molestasen y los tapones en los oídos.

Yo hice lo mismo, ya que nos quedaban aún horas para llegar a nuestro destino.

—Eh, tú. —Oí que alguien decía a mi lado.

—¿Sí? —fue mi respuesta al chulo de Sean. Dios, es que no lo soportaba.

—Ella ha vuelto a mí y esta vez no voy a desperdiciar la oportunidad.

—¿Es una amenaza? —Su risa llenó el espacio y me dejó allí, mirándolo con furia.

Hol emitió ese sonido que hacía a veces al dormir sin llegar a ser un ronquido y más parecido a un ronroneo y me calmé. La miré y me juré que haría lo que hiciera falta por protegerla, de todos, de Sean e incluso de ella misma.

Finalmente, llegamos a Philadelphia y nos arrastramos, literalmente, a nuestro hotel. El *jet lag* era horrible y siempre lo había llevado fatal.

—Pufff, menos mal que tenemos unas cuantas horas para descansar — comentó Will bostezando.

Vi a Holland mirar su móvil, cambiando su semblante al segundo. Volvió a guardarlo en la mochila negra que llevaba siempre con ella y caminó deprisa con la maleta hacia la recepción.

—¿Todo bien, nena? —le dijo Sean, adelantándoseme.

Ella suspiró y echó la cabeza en su hombro. Cuando le dieron las llaves de las habitaciones, se fueron juntos en el ascensor y después fue el turno de los demás. No estaba celoso, sabía que Holland estaba enamorada de mí, pero esa cercanía a la mala influencia de aquel tío no me gustaba un pelo.

—Tú no lo entiendes. —Escuché a Hol hablar al salir del ascensor. Estaba al fondo del pasillo con Sean enfrente.

—Pues explícamelo, nena.

—Anhelo cosas malas como la droga, claro que lo hago. La ansiedad es terrible, me acompaña a diario y trato de controlarla, pero no me ayudan nada mensajes como este.

Sean se acercó a ella para calmarla, pues estaba muy nerviosa.

—Shhh, ya, nena… —Y a mí me estaba hirviendo la sangre al ver como un tipo que bebía y se metía de todo abrazaba a mi chica, consolándola.

Él me vio a lo lejos y le dijo algo al oído, pero mi chica se separó. ¡Jódete! Abrió con la tarjeta su habitación y entró en ella con la maleta. El subnormal enamorado de ella se fue unas puertas más allá y entró en la suya, momento en el que aproveché para ir hasta el cuarto donde se alojaba Holland, y llamé.

—Liam. —Entré con la maleta y la dejé tras la puerta.

—Hol…

—¿Te gusta escuchar la lluvia? A mí sí, siempre, e incluso quedarme bajo la lluvia, mojándome —me interrumpió, mirándome, y me preocupó que hablara de cosas que no comprendía.

—¿Va todo bien?

—Está lloviendo. —Fue hasta el gran ventanal para descorrer las cortinas y tuve un miedo inmenso de golpe.

—Holland, ¿quién te ha escrito?

—Mi madre. —Se sentó en la cama, mirando hacia la ventana. Yo bufé, imaginando que le habría dicho de todo.

—Entonces, ¿eres de las que creen que el mundo se ve distinto bajo la lluvia? —continué la conversación, sentándome a su lado. Echó la cabeza en mi hombro, agarrándome del brazo, asintiendo.

Vergüenza te debería dar comportarte de esa manera, ¿ese es el ejemplo que quieres darle a tu hermana? Ojalá acabes la gira y no mueras en el intento, que no me extrañaría.

—Pero ¿qué coño es esto? —pregunté cuando me enseñó el teléfono y leí el mensaje ponzoñoso de su madre.

—¿Te puedes quedar aquí hasta que nos vayamos al estadio? —Me serené, besé su pelo y nos tumbamos, abrazados, en la cama. Ella, sobre mi pecho y yo, rodeándola con mi brazo.

—Recuerda, eres una melodía y las melodías nunca cesan —le dije, y ella suspiró.

—No me sueltes, Liam. Si lo haces, sé que me caeré. —Me rompió en mil pedazos.

—Te tengo agarrada bien fuerte, antes me caería yo que dejarte a ti caer.

—A día de hoy estoy convencida de que no hay tres palabras mejores que «te quiero».

—Yo creo que sí… «Me quieres» —Volví a besarla en el pelo y cerró un poquito los ojos. Lo supe por su respiración calmada.

Podría haberme quedado en esa cama para siempre, alejados de todo, de las personas que la hacían daño, de las adicciones, de ella misma. Incluso bajo la lluvia, que no me gustaba mucho, a decir verdad. Abrazaba a la mujer de mi vida, la única capaz de emocionarme entonando un par de notas. Algo debía haber hecho muy bien en otra vida para recibir semejante regalo en esta vida. Me sentí un hombre afortunado y feliz, a pesar de todo lo que se estaba comenzando a desmoronar a mi alrededor. Yo aún no lo sabía, pero aquella segunda parte de la gira era el comienzo del fin. El caos más absoluto y el dolor más lacerante que una persona puede soportar.

35. EMPIEZAN LOS PROBLEMAS

—Vuelves a tener el pelo de colores, lo habías ido perdiendo estas semanas.

—Es una peluca que se han empeñado las chicas en que debo llevar para que no se note el salto en la gira o gilipolleces de esas — le respondió a Liam minutos antes de subirse al escenario.

—¿Alguno ha visto a Sean?

—No, lo dejé camino a su habitación hace horas —dijo Holland, angustiada.

—Vale, Keith, vas a salir mientras seguimos en la jodida búsqueda del mamonazo ese — espetó uno de los productores a uno de los músicos que nos acompañaban.

—¿Le habrá pasado algo? —preguntó la líder de la banda en voz alta.

—Seguro que se ha sobado —apuntilló Will.

—¡Es la hora, chicos! ¡Vamos, vamos, vamos! —los apremiaron a salir, pero Hol estaba nerviosa al darse cuenta de que Sean no estaba con ellos y sin saber qué habría sido de él. Aun así, era una profesional y se debía al público de Philadelphia, por lo que puso su mejor sonrisa y salió a darlo todo junto al resto de sus compañeros.

—¿Se sabe algo? —fue lo primero que quiso saber en el descanso mientras se cambiaba de ropa, pero nadie sabía responder a eso.

—Cálmate. Hol. Estoy seguro de que anda por ahí, zorreando o durmiendo —trató de tranquilizarla su amigo Will.

Volvieron a subirse al escenario para la segunda parte del concierto y, cuando las luces se apagaron entre clamores del público y aplausos, Holland voló hasta el camerino, buscando su móvil con la esperanza de que Sean le hubiera escrito algún mensaje.

—Hol, peque. ¡Has estado brillante! —la felicitó Marcus, más que emocionado.

—¿Dónde está? Dime la verdad, que me estoy muriendo de la angustia.

—No te preocupes, localizado y con seguridad en la puerta de su habitación del hotel. — Ella suspiró, aliviada, tirándose en el sofá de su camerino.

—¿Qué coño ha pasado? —El mánager hizo un gesto a la gente que estaba allí para que los dejasen a solas.

—Ha tomado algo adulterado. Cuando lo hemos encontrado,

creía que no lo contaba. Perlado en sudor y con las pupilas dilatadas, no reaccionaba. Por desgracia, esta vez no hemos podido controlar a la prensa.

—¡A la mierda la prensa! ¿Cómo está? —chilló, furiosa y muerta de miedo.

—Una ambulancia fue al hotel y lo han estabilizado. Les he rogado que, si no era muy urgente, que no lo sacaran de allí y, como ha empezado a reaccionar, me han hecho caso.

—Debería estar en un hospital y no en la habitación de un hotel con guardas en la puerta como si fuera un puto asesino.

—Lo sé, Hol. Solo quiero esperar a que nos vayamos de esta ciudad y, entonces, en el avión, nos acompañarán los médicos sin dejar de vigilarlo —se defendió.

—Esta vez la has cagado, no lo has protegido. Te ha importado más qué dirán los periodistas que la propia salud de uno de tus chicos.

—¡No me jodas, Hol! Si estamos aquí y ahora es por tu culpa. Si no te hubieras dejado llevar tanto como él, la gira ya habría acabado. ¡Estoy harto! Os cubro de todo absolutamente y os defiendo y protejo, incluso cuando vosotros solos os exponéis. ¿Y hoy soy el malo de la película porque pido un poco de secretismo? —estalló.

—Sal de aquí, voy a cambiarme —fue lo único que le dijo, dolida.

Cuando quien era para ella alguien como su padre le echó en cara todas esas cosas, se sintió herida, como si miles de dagas se le clavaran por todas partes. Se metió en el baño y lloró, muy nerviosa.

—No, Hol, aguanta, no lo hagas… —Pero sabía que en su neceser siempre llevaba algo de droga en un bolsillo pequeño.

No pudo con esa presión que sentía en el pecho y se metió un par de rayas de cocaína antes de beberse un par de botellitas de *whisky* que habían dejado las chicas para brindar por el concierto.

Salió de nuevo con su ropa, algo mareada, pero se puso las gafas de sol, como acostumbraba a hacer antes de subirse al coche que los llevaría al hotel. Saludaron a *fans* y periodistas, y viajaron todos en silencio al enterarse de lo sucedido con el bajo.

Intentó ver a su amigo, pero los guardas de la puerta tenían notificación expresa de no dejar entrar a nadie.

—Señorita, hay un médico con él, cuidándolo. No se preocupe, está en buenas manos — le dijo uno de los gorilas.

—¿Qué ocurre?

—¡Liam! Mi salvador, diles a estos tipos malos que quiero ver a Sean. —El guitarrista le agarró la cara con ambas manos y, al ver sus pupilas dilatadas, maldijo en voz alta.

Como pudo se la llevó a su habitación y le dio una ducha a regañadientes, empapándose él con ella. Le dio a beber agua. Actuaba sin saber exactamente cómo debía hacerlo con alguien que se había drogado, pero eran los únicos recursos que se le ocurrían.

—Voy a vomitar. —Y salió disparada, tambaleándose, al baño.

El chico, completamente perdido, le sujetaba el pelo mientras ella devolvía en el váter, agarrada a la taza, de rodillas. Sudaba mucho y tenía calor. Cuando consiguió dejar de vomitar, volvieron a la cama.

—¿Por qué haces esto?

—Esta tarde antes del concierto te lo he dicho, quizá con otras palabras, pero lo sabes, Hol. Es el amor, el sentimiento que no decides buscar, sino que aparece sin más. El amor que yo siento por ti es el que me lleva a verte así, destrozada, y a querer cuidarte.

—Lo siento, Liam, soy un desastre absoluto…

—Shhh, calla. —La acunó en sus brazos en la cama y poco a poco ella se fue durmiendo.

Entonces, Liam se fue al baño, donde lloró y gritó, poniéndose el puño en la boca, desesperado. No conseguiría sacarla solo de ese abismo en el que ella misma se estaba lanzando. No supo si era lo más correcto, pero telefoneó a Marcus para que fuera a la habitación. En principio se negó, pues ambos habían discutido en el camerino, pero una vez le dijo lo sucedido, le faltó tiempo para llegar hasta allí.

—¿Está ahí dentro? —Liam lo esperaba en el pasillo con la puerta a medio cerrar. Asintió.

—No sabía qué debía hacer, así que le he dado una ducha y ha vomitado. Imagino que ha echado toda la mierda que se haya metido —dijo, compungido.

—Tranquilo, muchacho. —Le tocó con fuerza en el hombro.

Las puertas del ascensor se abrieron y salieron un par de paramédicos del mismo. El mánager los llamó y fueron hasta la habitación, pues los había llamado para que le echaran un vistazo a la chica. Entraron y salieron al rato, dándoles buenas noticias.

—No parece que haya sido mucha la dosis y haber vomitado es algo bueno, ya que el organismo lo desecha. Aun así, hay que vigilarla. ¿Desean ustedes trasladarla a un hospital?

—No, mañana mismo volamos para Tennessee y, si no ha sido tan grave, confío en que podamos tenerlo todo bajo control. Además, va a venir con nosotros un equipo médico.

Los médicos se marcharon entonces y Liam regresó al interior de la habitación para permanecer a su lado, pendiente de cualquier mínimo movimiento que Holland hiciera. La chica se removió un poco a lo largo de la noche y él, que estuvo en un constante

duermevela, se alarmaba cuando eso sucedía.

—¿Liam? —preguntó ella con la voz pegajosa por la mañana temprano.

—Buenos días, Hol.

—¿Te has quedado toda la noche? —Él se lo confirmó.

—No tenía mejor sitio al que ir.

—Tengo todo un poco borroso…

—Ya…, lo importante es desayunar fuerte y darse una ducha antes de ir al aeropuerto. Voy a pedir que nos traigan algo para comer, ¿vale? —Los ojos de ella aún estaban apagados.

—No tengo mucha hambre, la verdad, noto como el estómago revuelto.

—No me jodas, Holland, vas a comer, aunque tenga que meterte yo mismo la comida a la fuerza. ¿Me has entendido? —bramó, furioso.

—Anoche… me drogué, ¿verdad? —Él le dijo que así fue.

No hablaron hasta que el desayuno les llegó y comenzaron a ingerirlo. Hol sentía la bilis en la garganta aún, pero lo vio tan enfadado que hizo un gran esfuerzo, comiendo un poquito.

—Lo siento…, no quería que me vieras así —se disculpó.

—No me apetece hablar de eso ahora. Desayunemos y duchémonos, pues en dos horas tenemos que estar cogiendo un vuelo.

Llegó la hora de viajar hasta el nuevo lugar donde esa misma noche daban el concierto y donde permanecerían unos días más, ya que darían más de un *show*. Cuando Holland vio subir a Sean al avión, casi le dio algo al corazón. Dos médicos lo ayudaban a subir las escaleras, pues se lo veía muy debilitado.

—Impresiona, ¿verdad? Pues imagínate que fueras tú. No me gustaría verte así, Hol. Me niego a hacerlo —le dijo en el oído Liam antes de adelantarla para subir la escalera.

Estaba cabreado, tenía todo el derecho del mundo a estarlo, pero entre el mensaje de su madre y la angustia de no encontrar al bajo de su grupo, pensando que, efectivamente, estaría drogado en alguna parte, pudieron con ella. Era débil y así lo había demostrado.

Quizá la solución sería desaparecer del mundo, borrarse del mapa y dejar a todos vivir en paz. Ella, la primera.

36. EL FINAL SE PRESIENTE

Tendemos a idealizar muchas cosas y lo hacemos cuando no vemos más allá. Liam estaba tan enamorado de Holland que no veía el problema tan grande en el que se estaba metiendo voluntariamente.

—Hemos llegado, chicos —dijo uno de los productores que iba con ellos en el avión.

Sean se encontraba mejor y pudo llegar a la furgoneta por su propio pie. Los médicos le aconsejaron no participar en los conciertos que tenían por delante, pero se negó en rotundo. Discutió con Marcus, con los productores y hasta con Will. En el hotel los esperaban las *fans* y algunos periodistas que deseaban averiguar por qué el bajista de la banda no había estado en el concierto de Philadelphia. Saludaron, enseñando los dientes, como si no pasase nada, y entraron en el interior de su alojamiento durante tres días.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Holland.

—Sí.

Subieron cada uno a sus habitaciones y descansaron hasta la hora del almuerzo, que se reunieron en un salón privado donde les llevaron toda clase de comida. A Sean se lo veía mucho mejor, pero Liam no estaba muy receptivo con Hol.

—¿Te apetece fruta?

—No, gracias —respondió, esquivo.

Comieron sin dejar de hablar del próximo concierto que tendría lugar esa misma noche. Charlaron sobre el *show* y los arreglos musicales que habían preparado. Holland miraba a Sean, que estaba más taciturno de lo habitual, y después miraba de reojo al guitarrista, que no estaba muy comunicativo. Una vez comió, se disculpó, marchándose a su habitación. La cantante del grupo hizo lo mismo minutos después, notando en la nuca como unos ojos se clavaban en ella. Al girarse, descubrió que su amigo Sean no le quitaba la vista de encima.

—¿Puedo pasar? —Holland estaba en la puerta de Liam, rogándole que la dejase entrar. El chico se apartó y ella accedió al interior.

—¿Qué quieres, Hol?

—No soporto que tengas esa actitud distante conmigo, como si te diera igual.

—¿En serio? —bufó, restregándose la cara.

No sabía dónde sentarse y estaba parada en mitad de la habitación, aguardando a que él diera algún paso. Finalmente, tiró de ella, tomándola de la mano, y se sentaron en la cama.

—Hay tres momentos importantes en la vida, Holland. Tres momentos que marcarán tu vida para siempre. ¿Sabes cuáles son los míos? —Ella afirmó con la cabeza, queriendo saberlo.

—¿Cuáles?

—El primero fue cuando mi hermano murió y la mitad de mi vida se quedó apagada. El segundo fue cuando canté contigo por primera vez en aquel estudio y el tercero fue anoche cuando te vi drogada y descontrolada —confesó.

—Yo… lo siento.

—No quiero que me pidas perdón más veces. Solo quiero que estés bien y no sé cómo ayudarte…

—Liam. —Lo agarró de la mano y notó que algo humedecía el dorso de la mano.

Permanecieron en silencio unos minutos mientras él se desahogaba, llorando. Era la primera vez que se enfrentaba a algo así, tan desconocido para él que se había asustado muchísimo.

—Mi primer momento fue cuando toqué en el *pub* por primera vez y Marcus me vio cantar. El segundo cuando falleció mi padre y el último cuando nació mi hermana Faith, a la que adoro —terminó por decir ella, rompiendo el hielo.

Se miraron y, durante unos segundos muy largos, pareció que iba a echarse a llorar nuevamente. Pero no lo hizo, simplemente, la miró, entre serio y asustado.

—Te quiero, Hol.

—Yo también te quiero a ti. —Suspiró sobre la frente de ella con los ojos cerrados.

—No deberías desaprovechar tu vida así. Hay tanta gente que muere sin quererlo, es muy egoísta de tu parte matarte poco a poco…

—Ojalá consiguiera controlarlo, dejar de sufrir, pararlo todo…

—La vida es sufrimiento, Holland —le dijo—, pero tú decides cuánto te afecta a diario. Siempre he pensado que, si se quiere, se puede, y, de hecho, he llegado a pensar que sería suficiente que lo dejaras, que todos tus problemas desaparecieran, como si fuera sencillo.

—Será mejor que me vaya a preparar las cosas para ir al estadio. —Se levantó, separándose de él a cámara lenta, evitando hablar.

Recluida en su habitación, volvió a sentirse débil, pero se negó a

meterle mano a la cocaína de su neceser. En su lugar, optó por ir a ver a Sean a su habitación.

—¿Holland? —La dejó pasar y se sorprendió de lo limpio que estaba todo y ordenado.

—¿Te molesto?

—Tú nunca me molestas, preciosa. —Cogió un cigarrillo y se lo encendió mientras repasaba algunas melodías con su bajo.

—¿Estás bien? —Él se encogió de hombros.

—Hoy sí, quien sabe qué pasará mañana —fue su respuesta.

—Sean…

—Me alegro de que Liam te cuide, él sí que está hecho a tu medida —confesó, recordando aquella conversación breve en la que le dijo con pocas palabras que siempre la había querido en la distancia.

—No digas esas cosas, por favor —le rogó, y se unió a las notas que salían del instrumento, cantando, desgarrándose, echando hacia fuera todo ese dolor que la partía en dos.

Cuando dejaron de cantar, hablaron de muchas cosas y de nada en realidad. Ella quería evitar hablar de los sentimientos de él, que la incomodaban, y él era feliz con ella cerca. Cada uno en su habitación se arregló para ir al concierto y aparecieron en el *hall* para reunirse con sus compañeros. El *show* fue todo un éxito, como todos los que daban, y volvieron al hotel, exhaustos pero orgullosos de un trabajo bien hecho.

—¿Quieres venirte de fiesta? —preguntó Sean a Holland.

—Como se entere Marcus, te mata. —Él puso el dedo en los labios.

—Vamos a la habitación como chicos buenos y en una hora quedamos abajo para quemar la ciudad. Vega, Hol, disfruta y olvídate de todo. Sé que, cuando olvidas, nada te duele.

Ella dudó, sobre todo, al ver a Liam a lo lejos, mirándola con tristeza. Eso tampoco lo soportaba, ya era bastante el veneno de su madre, la angustia con su trastorno alimentario, las drogas a las que huía…

—¿Quieres que durmamos juntos? —Y lo que hizo a continuación le dolió más de lo que pensaba.

—No, estoy cansada. Quiero dormir sin ninguna molestia.

—No sabía que te molestaba —se quejó, algo ofendido.

Holland le sonrió y le dio un beso en la mejilla antes de subirse a la habitación para fingir que dormía antes de escaparse del hotel con Sean, para pegarse la fiesta del siglo.

37. EL INFIERNO A TUS PIES

«Que algo sea difícil, no significa que no debas hacerlo». Las palabras de mi madre me taladraban la cabeza desde que hablé con ella tras el concierto. La llamé, agobiado por toda la situación con Holland y, como siempre, hizo lo que mejor sabía hacer: levantarme del suelo. Estaba viendo cómo me alejaba de ella, pero es que no lo podía soportar.

—Chicos, ¿listos para el ensayo de hoy?

Will estaba entusiasmado esa mañana y no dejaba de decir que estábamos en el hogar de su familia, esa que había acudido en masa a verlo y los siguientes días más miembros de la familia irían a visitarlo.

—¿Alguien ha visto a Holland o a Sean? —preguntó uno de los músicos.

Me quedé congelado en ese instante, no podía articular palabra. Miré al batería, que se encogió de hombros, miré a la estilista y peluquera de Hol, que también negaron con la cabeza. Nadie los había visto y algo me olía muy mal. Me levanté y salí en su busca, decidido a encontrarlos.

Aporreé, literalmente, la puerta de la habitación donde se alojaba Holland, pero no hubo manera de que me abriera. Intenté echarla abajo, pero el ruido alertó a otros clientes, que se asomaron a sus puertas. Cuando vi a una doncella, vi mi oportunidad y le expliqué que mi mujer estaba en su interior y no me contestaba al teléfono. Debí darle pena a la chica joven y me abrió. Cama hecha y todo impoluto. Solo me quedaba una opción.

Me hice el tonto como si me hubiera confundido de puerta y fuimos hasta la de Sean. Y allí estaban los dos. En el suelo, estaba el bajista, boca abajo, desnudo, con unas cuantas botellas de alcohol vacías a su alrededor. En la mesita de noche, una tarjeta de crédito y restos de cocaína sobre una bandeja pequeña de plata. La bilis me subió a la garganta y me puse histérico al no ver a Holland por ninguna parte. Me giré para echar de allí a la doncella, que no dejaba de farfullar cosas sin sentido. Tras cerrar la puerta, busqué por el resto de la *suite* y en la sala contigua, sobre la cama, vi a Hol. Si digo que sufrí un ataque de pánico sería quedarme corto. Estaba de lado, con las bragas puestas, pero nada más. Me acerqué, asustado, pensando que quizá no le encontraría el pulso, pero por

suerte lo hice. Simplemente, estaba de resaca y, a juzgar por el aspecto de la *suite*, se habían corrido una buena juerga.

—Holland, despierta, Holland… —Empecé a moverla, pero ella se quejaba, moviéndose de un lado a otro.

—Déjame… —me dijo, claramente borracha.

Busqué algo con lo que cubrirla y sacarla de aquella habitación del infierno. Encontré una sábana y la envolví en ella, la cogí en brazos y me fui a mi habitación con ella. Sean seguía en la misma posición cuando salimos de allí y no me molesté en despertarlo.

Ya en mi habitación, la metí en la ducha entre quejidos y chillidos, aparte de golpes que tuve que esquivar. Estaba agresiva, fuera de sí… No la reconocía. Pedí el desayuno y, cuando le puse el albornoz, la obligué a tomarse un café bien cargado que vomitó en el suelo del baño sin llegar a tiempo al váter.

—Joder… —rezongué sin comprender nada.

—¿Liam? —Oí que decían mi nombre al otro lado de la puerta. Era Will.

—Vete a la habitación de Sean y trata de despertarlo, que se duche, se tome un café y se le pase el efecto de la borrachera y las drogas. —El chico miró hacia la cama, donde tumbada de lado estaba Hol, y lo comprendió al segundo.

Marcus me llamaba y yo lo evitaba, pero tendría que contarle lo ocurrido, así como al resto del equipo. Observaba a Hol, adormilada, con los restos del pelo de colores a mechones, cayendo sobre el hombro, cubriéndole parte de la cara. La noche anterior todo iba bien, ¿qué coño fue mal cuando se fue a dormir?

No tuve más remedio que avisar a todos para cancelar el ensayo, explicando que la líder del grupo se encontraba indispuesta. Con los músicos coló, pero con los productores y con Marcus, no. Llegaron a mi habitación hechos una furia y, cuando la vieron en la cama, no podían creer lo que veían.

—Estamos acabados, Marcus. Ya no lo aguantamos más, o se va a rehabilitación y se lo toma completamente en serio, o abandonamos a los *Dead Souls*.

El mánager del grupo fue tras ellos, pero no consiguió aplacarlos. Yo estaba concentrado en hacer que se espabilara y me diera algunas respuestas.

—Ya no sé qué podemos hacer. Llevártela lejos no solucionó nada. Ha vuelto y está igual que siempre —se lamentó Marcus.

—Es ese Sean, es una pésima influencia para ella. Lo sé.

—¿Crees que no lo sé? Llevo años tratando de sacar a ese jodido yonqui de la banda, pero ella nunca me lo ha permitido —suspiró—. En fin, voy a ver a ese hijo de puta.

—Hmmm… ¿Sean? —Exhalé y me acerqué a ella.

—¿Ya estás despierta?

—¿Liam? ¿Dónde estamos? ¿Y Sean?

—En su habitación, con Will tratando de despertarlo y convertirlo en lo más parecido a una persona. —Consiguió sentarse en la cama, llevándose las manos a las sienes.

—Me explota la cabeza.

—Lógico después de la fiesta que tuviste que darte anoche.

—¿Anoche? —De pronto se le abrieron los ojos, como cuando no te acuerdas de algo y se enciende esa bombilla que comienza a iluminarlo todo—. Dios… —Me miró entre horrorizada y culpable—. Yo solo quería hacer que se sintiera mejor, como en los viejos tiempos en los que disfrutábamos junto a Will de una buena juerga… y olvidar.

—Pues lo has hecho de puta madre si no te acuerdas. —Me levanté porque en ese momento no podía estar sentado a su lado.

—Lo siento…

—Hazme un favor y deja de pedir disculpas constantemente, porque llega un momento que no puedo creerme nada, Hol —contesté, lleno de pena.

—No quería que se fuera de las manos de esa manera, pero entre el alcohol y…

—Las drogas, Holland, dilo. Las drogas que debiste meterte anoche. Menudo cóctel explosivo, joder…

—Sean me dijo de irnos a tomarnos algo como solíamos hacerlo, pero todo se descontroló.

—Eso ya lo has dicho, no quiero oírlo más —le pedí.

—Ojalá no me hubieras visto así. —Cerré los ojos, apretándolos con fuerza. Esas imágenes me costaría desecharlas de mi mente.

—No sabía lo que era el infierno hasta hoy. Cuando te vi tendida sobre la cama, pensaba que estabas muerta y ni siquiera me importaba que te hubieras acostado con ese tipejo… Es patético —espeté, dolido.

—Liam, no sé cómo pasó… Solo sé que estábamos de fiesta, bebiendo, y todo se vuelve borroso —dijo ella entre sollozos.

Se me disparó el corazón en ese momento al imaginarlos en esa

sórdida habitación, follando como animales, sin siquiera ser conscientes del cuerpo del otro. Comprendí entonces por qué Josh abandonó el grupo, por qué tuvo esa necesidad de dejarla a ella. Necesitaba tomar aire y no ahogarse en cada puta respiración.

Quizá todo esto siempre estuviera abocado al fracaso, al más absoluto desastre. Seguramente, los tres momentos que marcaron mi vida cambiaron y ese se convirtió en el peor de todos. Si me pinchaban, no me salía sangre, como solía rezar el dicho. Estaba como paralizado, congelado, en un estado vegetativo del que me costaba salir. Me di cuenta de que tras Holland todo sería diferente, pues lo que tenía claro era que aquello había que ponerle fin de una vez por todas.

38. ES BUENO LLORAR

No sabía cómo iba a ser capaz de enfrentarme a un concierto esa misma noche, pero no podía volver a decepcionar a más gente. Me estaba ganando a pulso el primer puesto en ello. Cuando Sean me dijo que nos corriéramos una juerga, nunca pensé que se desmadraría tantísimo. ¿A quién quiero engañar? Con él las fiestas siempre eran así: drogas, alcohol, sexo, descontrol… Me fui a mi habitación mintiendo a todos, sobre todo, a Liam, a quien, me había dado cuenta, no merecía. A la una de la mañana, el bajo de la banda me mandó un mensaje para bajar al *hall* y allí encontrarnos. Nos subimos a un taxi y fuimos a los locales más *cool* de Tennessee. Él los conocía porque nuestro amigo Will era de aquella zona y había estado con él en anteriores ocasiones.

Jamás pensé que una noche podría dar tanto de sí, de verdad. Al día siguiente, me arrepentí de todo. Seguramente, algunos *paparazzi* habrían grabado escenas o la propia gente del lugar al ver cómo dos tipos alocados cantaban sobre la barra, se besaban y bebían delante de todos sin control alguno. El primer beso fue… Poco a poco las imágenes se iban formando en mi cabeza. Me llevé las manos a la frente, como si pudiera borrar todo lo que hice, pero ya era misión imposible.

La noche anterior…

—¡Guau, nena! Tú siempre tan espectacular, como siempre —fue el cumplido que recibí de Sean al verme llegar al hall del hotel. Yo di una vuelta a modo de pirueta y nos reímos.

Era agradable volver a reírme con él, verlo relajado y tranquilo. Me había asustado tanto por aquella sobredosis, que por suerte le controlaron, que tenía hasta ganas de llorar, inclusive.

—Vamos a quemar la ciudad, nena. ¿Estás lista?

—Bueno, pero tampoco tenemos que desfasar mucho. Nos tomamos unas copas, echamos unos bailes y al hotel de vuelta en un par de horas. —Él asintió con cara pícara y ahí comencé a adivinar que su plan era

otro completamente diferente.

Llegamos a la primera parada, donde los chupitos empezaron a correr más rápido que la pólvora. Nuestras canciones sonaron y, aún demasiado sobrios, disimulamos mientras sonreíamos al ver el éxito que producían y como mucha gente del local las bailaba y cantaba sin parar. Brindamos no sé cuántas veces y bailamos como posesos. En la segunda parada, el alcohol continuó corriendo como la espuma. Me subí a la barra a cantar en plan karaoke, jaleada por los cientos de personas allí congregadas, aplaudiéndome y coreándome. Una vez que decidí bajarme entre aplausos por el fantástico espectáculo que había dado, Sean tiró de mi mano y nos metió a ambos en el baño para esnifarse unas rayas.

—No deberías —le dije, mareada por tanto alcohol que llevaba ya en la sangre.

—Vamos, nena, diviértete un poco —fue su respuesta tras meterse un par de rayas de cocaína.

Y ocurrió lo que siempre pasaba con él, que me dejaba llevar y me metí una y luego otra. Se rascó la nariz, aspirando aún más, y se lanzó a mis labios. Yo, que aún estaba algo cuerda, lo aparté.

—¿Qué haces?

—Perdona, no quería molestarte. —De nuevo tiró de mí y actuó como si nada hubiese sucedido en ese baño.

Volvimos al pub, pero duró poco tiempo, ya que quería ir a otro, y a otro, y a otro, así hasta que perdí la cuenta. No recordaba beber tanto en mucho tiempo y drogarme tampoco. Siempre imaginaba que así sería mi muerte, debido a una sobredosis de todo, a un exceso bestial que mi cuerpo no resistiría, pero ese no era mi día. Rozando el alba, nos sentamos muy borrachos y drogados a las afueras del último pub con una botella de vodka en las manos.

—¿Por qué me has besado? —acerté a decir.

—Ya lo sabes. —Negué con la cabeza antes de beber a morro de la botella medio vacía que sujetaba entre mis manos—. Porque te quiero, Holland.

Creo que ese segundo beso que fue el desencadenante de todo fue lo más repulsivo que he vivido en la vida. Me lancé a su boca, esta vez yo, en una mezcla de lengua, saliva e inconsciencia. Él me correspondió y nos subimos en un taxi, manoseándonos tanto que el taxista casi nos bajó del vehículo por desorden público. Llegamos a su habitación medio desnudos, sin importarnos que la gente nos mirara, horrorizada.

—Holland, joder, no quería morirme sin probar esto… —Lo escuché decir mientras no dejaba de sobarme por todas partes en el suelo de su suite.

Sé que no es excusa, pero yo estaba tan borracha y tan drogada que

realmente creía que quien empujaba entre mis piernas, gimiendo y jadeando, era Liam. De hecho, creo que dije su nombre en repetidas ocasiones mientras el sexo duró…

Ya nada era borroso y recordaba todo a la perfección: el alcohol, los bailes, las drogas, el sexo con Sean… Se sintió tan miserable que en la soledad de su *suite* cogió unas tijeras y empezó a hacerse cortes por los brazos sin importarle que se le vieran.

Liam abandonó la habitación tras llamar a Marcus para que se ocupase de ella, pues él estaba tan roto que no podía en ese momento. Necesitaba un momento para asimilar lo ocurrido y para respirar, aunque el pecho le dolía tanto que cada inhalación le partía el alma.

—Está ahí dentro. —Le abrió con su tarjeta y se alejó por el pasillo.

El mánager frunció el ceño y entró casi chillando al ver lo que la chica estaba haciendo sobre el suelo del baño.

—¡Holland, basta!

El guitarrista escuchó los gritos y se giró, corriendo, temiéndose lo peor. ¡Solo la había dejado unos minutos a solas! Esos segundos también le quitaron años de vida, pensando que había cometido una locura. Marcus había dejado la puerta abierta y, cuando llegó al marco de la puerta, tuvo miedo de entrar.

—¡Para, para! —Oía las voces desde el baño.

—¡No, déjame! —Y aquella voz desgarrada, presa del dolor más absoluto, le dio las fuerzas para llegar hasta el baño.

Lo que se encontró fue horrible, sangre por todas partes, y es que ya se sabe que suele ser muy escandalosa, pero es que Hol se había preparado una carnicería. El hombre que era como un padre para la chica puso toallas sobre las heridas en ambos brazos, taponándolas.

—¡Llama a emergencias! —le chilló a Liam, que estaba paralizado —. ¡Vamos, corre!

Holland se desmayó mientras Marcus trataba de despertarla sin dejar de taponar los cortes que se había hecho. Liam temblaba mientras llamaba a la ambulancia, que apenas tardó diez minutos en llegar. Sacaron al chico joven y al grandullón con las manos ensangrentadas de la habitación mientras se encargaban de ella.

—Solo la he dejado unos minutos sola… —susurró Liam.

—Tengo que llamar a los productores para anular el concierto de esta noche.

Los médicos salieron al rato, buscando a alguien con quien hablar.

—¿Es usted familia?

—Soy su novio —aseguró en un hilo de voz.

—Bien, está estable. Por suerte, los cortes no son profundos, pero, a juzgar por lo que hemos visto, no son los únicos que se ha hecho…

—Lo sé. ¿Ha sido un intento de suicidio? —se animó a decir con mucho miedo, esperando su respuesta.

—No, señor, de ser así, se habría cortado las venas y los cortes están más arriba. A pesar de toda la sangre, ha sido algo leve. —Liam tragó saliva, aliviado—. Ahora está descansando en la cama. Le hemos dado un calmante porque estaba muy nerviosa.

—¿Pero está consciente?

—Sí, ha perdido la consciencia apenas un minuto, pero, como le digo, está muy inquieta, así que, para que descanse, debe dormir. Los cortes deben curarse, pero hasta dentro de dos días no le quiten los apósitos que les hemos puesto. —Le dio unos papeles sobre el calmante que le podían administrar si a la noche seguía tan agitada y tenía dolores.

—¿Puedo entrar? —Afirmó el doctor y, tras salir sus compañeros, le tocó a él.

Al verla tendida sobre la cama, con las vendas en los brazos, se desplomó sobre la pared, apoyándose en ella, y lloró. Siempre se ha dicho que llorar reconforta, pero no era ese el caso. Por más que derramó lágrimas, no llegaba la calma. Recordó la angustia que vivió cuando su hermano Mike falleció y todo el dolor que aún estaba cicatrizando. No podía soportar entonces ese dolor añadido, aunque en el fondo sabía que haría lo posible por soportarlo, pues haría lo que fuera por la chica que yacía en aquella cama malherida y rota en mil pedazos.

—¿Marcus? —Liam se quedó dormido en el sillón junto a la cama de Holland. Se removió al oír su voz. Abrió los ojos, se los restregó y la vio despierta.

—¿Hol? —le preguntó, acercándose a ella.

La chica lo miró, sorprendida de verlo allí, junto a ella.

—¿Liam?

—Hola… —Se sentó en el borde de la cama, agarrando su mano con delicadeza para que las heridas no le doliesen.

Deseaba poder hacer todo lo posible por ayudarla, pero si ella misma no quería curarse, no había nada que hacer. Se apenó, sintió lástima, compasión y un gran dolor en el pecho. Holland empezó a llorar como una niña y él la abrazó, consolándola.

—Shhh… calma, Hol.

—Lo siento —sollozaba—, perdóname.

—No pasa nada, todo se arreglará —se decía, convenciéndose en

voz alta más a él que a ella.

—Deberías irte, seguro que con el talento que tienes en cualquier grupo te acogerán con los brazos abiertos o crear tu carrera musical en solitario. Yo… no te merezco.

—Basta de decir tonterías y no llores más —le pidió.

—No puedo, ya no puedo más —lloraba, y él entendió que no se refería a ese momento, sino a toda una vida plagada de daño, traumas, enfermedad, presiones, dolor…

—Todo se arreglará, tranquila…

—Solo quiero morirme y que todo se acabe de una vez. No hacer más sufrir a los que me quieren, dejar de cometer errores, que nada me duela, estar en paz, Liam…

Él se tragó el nudo de la garganta mientras le acariciaba el pelo y ella temblaba sin dejar de sollozar. La animó a cerrar los ojos para dormir un poco más, algo que él también necesitaba. Recordó a su madre y lo religiosa que era, añorando ser la mitad de creyente que ella, pues rezaría, rogando porque ocurriera un milagro y Holland deseara curarse.

Amor del de verdad era ese, aquel en el que desearías cambiarte por la persona que amas para estar tú en su lugar.

39. HOY NO, PERO MAÑANA, SÍ

—Esta vez, juro que lo haré.

—No jures en falso, pequeña —dijo Marcus, malhumorado y decepcionado.

—Hoy no puedo, pero mañana haré lo que esté en mi mano para estar decente para el concierto que hemos anulado hoy por supuestas «molestias gastrointestinales de algunos componentes de la banda».

—No sé qué querías que dijera, ¿la verdad acaso? Sabes que eso es la muerte del grupo, valga la redundancia —dijo, haciendo alusión al título del grupo.

—Voy a cumplir con mi trabajo y con los contratos para que no nos demanden. Mañana daremos ese concierto, volaremos al siguiente destino a cantar y se terminó. Me iré a una clínica de rehabilitación y no saldré hasta que toda esa mierda que corre por mis venas desaparezca. Confía en mí —le pidió ella en tono lastimero.

—Ese es el problema, que ya no puedo hacerlo.

—Lo haré por ti, por Liam, ¡por quien coño quieras!

—Ese ha sido siempre tu error, Hol, hacerlo por los demás cuando únicamente tienes que hacerlo por ti misma.

—¿Crees que mañana estarás bien para dar ese concierto? —El guitarrista entró en la habitación de la chica y a ella se le paró el corazón al verlo demacrado y con ojeras.

—No lo sé, Liam, pero tengo que hacerlo. Es mi trabajo. —Se encendió un cigarrillo para poder calmar un poco la crisis por el síndrome de abstinencia que empezaba a pasarle factura. Marcus abandonó la estancia y se quedaron solos.

—¿Tienes hambre?

—Sí —confirmó ella.

Liam llamó al servicio de habitaciones para que le trajeran algo para comer.

—Es una de las fases del mono, no creas que he superado mi trastorno de alimentación así tan rápido —bromeó cruelmente Holland.

Siguió fumando, taciturna, mirando por la ventana las vistas de la ciudad. Cuando llegó la comida, ambos malcomieron de los platos sin mirarse, en un tenso silencio. Ella volvió a encenderse otro cigarro sin dejar de pensar en lo jodida que estaba.

—La música siempre ha sido mi refugio y ahora se ha convertido en la trampa de la que no consigo salir.

—¿A qué te refieres? —le preguntó él, sentándose cerca de ella y acariciándole el cabello.

—Cuando me sentía mal, cantaba, tocaba la guitarra y sentía como volaba y dejaba todos los problemas en la tierra, pero ahora siento que es una obligación hacer eso. Tocar delante de gente cuando lo único que quiero es morirme y que me recuerden como a esas estrellas de la música fallecidas antes de tiempo a las que se les perdona todo por el mero hecho de morir. —Se frotaba la cara con fuerza sin parar.

—Alguna vez hemos cantado juntos y te ha aliviado, ¿quieres que probemos? —Ella negó.

—¿Sabes de qué me estoy acordando ahora? El año pasado, cuando sacamos el disco, el día de antes se vendió y se montó una buena. Al parecer, lo empezaron a vender en una tienda sin darse cuenta y Marcus montó en cólera, al igual que los productores. Creo que no lo he visto tan cabreado como entonces hasta hoy.

Liam le cogió la cara con las manos antes de darle un beso en los labios. Le costó más que nunca tras saber lo que ella había hecho con Sean, pero sabía que no estaba en sus cabales y que era una persona enferma. Procuró darle confianza y seguridad, diciéndole que la quería, aunque ella rehuía su mirada, aún avergonzada por lo ocurrido.

—Cuando acabemos en Florida, volveré a Los Ángeles y me internaré en una clínica sin un tiempo establecido.

—¿Estás segura de que es lo que quieres hacer? —Se encogió de hombros.

—Es lo que debo hacer o acabaré muerta.

Él la abrazó fuerte y en ese abrazo sintió tantas cosas a la vez: perdón, amor, felicidad… No sentía que mereciese a alguien como Liam, pero allí estaba, al pie del cañón siempre. Por muchos errores que cometía, nunca la dejaba apartada y siempre tiraba de ella para sacarla a flote, a intentar que no se hundiese sola.

Pasaron el resto del día recluidos en la habitación, aunque la mayor parte del tiempo Holland estuvo durmiendo y descansando, después de todo lo ocurrido necesitaba más que nunca precisamente eso.

—Hola, mamá —murmuró en voz baja él, saliendo de la *suite*.

—¿Cómo estás, cariño?

—Mejor, Holland está descansando ahora y mañana volvemos a los conciertos.

—¿No es demasiado pronto después de todo lo que me has contado? —quiso saber, preocupada.

—Los contratos hay que cumplirlos, pero, tranquila, que me estoy encargando personalmente de que ella esté bien.

—Eso es lo que más me preocupa, hijo. Tú sabes que las adicciones tienen recaídas. Recuerda lo que le pasó a Mike —le dijo su madre, evocando el recuerdo de su hijo que cayó en el mundo de las drogas antes de que un coche se lo llevara por delante.

—Lo sé, mamá, y por eso sé que necesita a alguien que sea su apoyo y con el que pueda contar en todo momento, sin importar qué haga ella. —La madre empezó a llorar sin poder dejar de recordar a su hijo fallecido, por el sufrimiento que estaba padeciendo su otro hijo y todo lo que esa vida le estaba trayendo de vuelta de su pasado, y por no poder hacer nada para ayudarlo. Colgaron al poco y él se quedó en el pasillo del hotel.

No dejaba de repetirles a todos y a sí mismo aquello, como si se tratara de un mantra. «Sé que necesita a alguien que sea su apoyo y con el que pueda contar en todo momento, sin importar qué haga ella». Se lo decía mil veces. «Todo estará bien. Holland se recuperará, saldrá de ese mundo tan turbio en el que se encuentra y seremos felices comiendo perdices».

Sin embargo, era humano y no podía dejar de preguntarse que aquello quizá no sería una realidad porque no sería posible. No era solamente el tema de las drogas, estaba su trastorno de alimentación y la relación tan venenosa y complicada con su propia madre que la afectaba más que nada. «Piensa en ti y, cuando te deje de importar lo que esa señora diga, serás mucho más feliz e incluso ella te aceptará más, porque sabrá que sus opiniones no te afectan lo más mínimo», le había dicho a Holland en multitud de ocasiones. A lo mejor era todo demasiado complejo y por mucha intención que él pusiera no era algo posible de llevar a cabo. Quizá ella estaba abocada a vivir esa vida de aquella manera, sufriendo, preocupada por las críticas, por la presión mediática, por las adicciones, etc. Solo el tiempo diría la última palabra.

40. UNA PAUSA

Amaneció un nuevo día y Holland se sentía con más fuerzas para hacerle frente. Liam, abrazado a ella aún dormido, era la mejor estampa con la que una persona podía levantarse. Lo observaba mientras él no se daba cuenta y, con la yema de los dedos, rozaba las facciones de su cara, sonriendo. Pensó entonces que nunca se puede amar más a una persona que cuando la observas dormida. A lo mejor porque parece que no está, que se ha marchado, como si el subconsciente para amar de manera profunda necesitase de ese vacío. Perderlo por unas horas, dormido, para constatar que no quieres perderlo jamás.

Fue hasta el baño para llenar la bañera y echar algunos de esos aceites y sales que dejaban entre los *amenities* en cada habitación, y así dar una sorpresa al chico que dormía sobre su cama. Vio su neceser donde siempre guardaba algo de droga y no pudo resistirse a la tentación, aunque después de esnifar una raya se sintió culpable por ello.

Fue hasta la cama y, con lentos besos por la cara y el cuello, él abrió los ojos, medio sonriendo. Holland se fijó en las ojeras de su cara; a pesar de haber descansado, se le marcaban mucho.

—Buenos días. —Tiró de su mano y lo llevó hasta el cuarto de baño, donde medio adormilado todavía vio la bañera con las sales y los pétalos rojos tiñendo el agua en un color sangre que no presagiaba nada bueno.

—¿Y este despliegue? —Ella se encogió de hombros y se quitaron la ropa para entrar en el agua antes de que se enfriara.

Estuvieron inmersos en el agua, cogiendo los pétalos y lanzándolos sobre sus cuerpos disfrutando del oloroso baño gracias a las sales y de los abrazos y los besos que se repartieron sin ton ni son.

—Hay un concierto que preparar —dijo él, viendo las heridas de ella que comenzaban a cicatrizar—. ¿Te duele?

—Hay heridas que duelen más que estas —confesó.

Salieron de la bañera y se secaron con rapidez para poder desayunar algo que pidió Liam al servicio de habitaciones. Ya preparados para ir al ensayo, él la detuvo en el marco de la puerta y, agarrándola de la muñeca, tiró de ella hacia él, estrechándola por la cintura. Hol lo miró, confundida.

—Confío en ti, sé que todo saldrá bien. —Ella asintió, sintiéndose culpable por haberse drogado ya esa mañana.

Le dio un beso en la boca y salieron a la sala donde debían ensayar. Ella no había visto a Sean desde la otra noche y se encontraba entre nerviosa y enfadada por todo lo ocurrido. Entró, inquieta, escoltada por el guitarrista, que se lanzó a por su guitarra para evitar ir por el hijo de puta del bajista, al que deseaba matar con sus propias manos. Hizo un ejercicio de autocontrol muy fuerte.

—Holland, nena… —Se le acercó, pero ella lo ignoró, yéndose al micrófono.

—Empecemos, muchachos. —Todos ocuparon sus puestos y los productores respiraron aliviados al verlos allí.

La líder de la banda llevaba una sudadera para ocultar los cortes de los brazos, vendados, pues no quería que su equipo viera nada, aunque por supuesto todos sabían lo que había pasado. Se dio cuenta por la pena con la que la miraban y cómo apartaban la vista de ella en cuanto Holland hacía contacto visual con ellos. Se concentró en su música, agarraba el micrófono y cantaba, olvidándose de toda la mierda que la rodeaba.

—Holland, tienes una llamada —le dijo una de las chicas del equipo que cuidaba sus cosas mientras ensayaba.

—¿Dígame?

—¡Por fin, joder! Ya era puta hora que nos contestaras el teléfono a alguno. —Oyó a Poppy superenfadada y fue entonces cuando se percató de que llevaba semanas sin dar señales de vida.

—¿Cómo estáis? Os tengo que contar tantas cosas…

—Imagino, sobre todo, por qué no diste aquel concierto en Tennessee y lo dais hoy.

—¿Cómo están Matt y Jocelyn?

—Supongo que bien, otros que no dan señales de vida y no comprendo nada. Todo está muy raro aquí, Hol, y yo te echo tanto de menos —confesó su amiga, provocando que el nudo de la garganta aumentara de tamaño.

—Ahora me pillas en mitad de un ensayo y no puedo pararme a contarte nada, pero Poppy, han pasado tantísimas cosas que no sabría por dónde empezar…

—Vale, buscaremos el momento, pero solo necesito que me digas si estás bien, Holland.

Por un momento se paró a pensar qué responder a esa pregunta. ¿Se encontraba bien? Ni por asomo, pero preocupar a su mejor amiga en ese instante no era lo que pasaba por su mente. Necesitaba algo de tranquilidad para afrontar el concierto de esa noche, por lo

que optó por mentir, una vez más, como tantas veces hacía.

—Sí, no te preocupes. Tengo que colgar. Hablamos pronto, te quiero. —Y no dejó que ella respondiera con las mismas palabras o se habría echado a llorar, desconsolada.

—¿Todo bien? —Se acercó Liam al verla con los ojos aguados. Holland asintió y regresó al ensayo sin parar de cantar y acordar arreglos de última hora, evadiendo su mente.

—Holland, ¿podemos hablar? —Al terminar toda sudada, oyó como Sean se acercaba a ella.

—No me parece que tengamos mucho de lo que hablar. Esta noche tenemos un *show* que dar, así que enfócate en eso y procura no drogarte hasta que pase —fueron las duras palabras de la cantante. Él la agarró por la muñeca y ella se zafó, frunciendo el ceño.

—Déjame explicarte…

—¡No vuelvas a tocarme jamás! ¿De qué quieres hablar? ¿De cómo has colaborado en mi adicción a las drogas, ayudándome a drogarme para después aprovecharte de mi estado y acostarte conmigo? Esa era tu intención todo el tiempo, ¿no es cierto? —contestó, furiosa.

—¡Dios, no! ¿Cómo se te ocurre?

—Vete a la mierda, céntrate en hacer tu trabajo y a mí no vuelvas a dirigirte en tu puta vida.

—No puedes hablarme así, no después de todo lo que hemos pasado… —Ella se rio irónicamente.

—De veras que no entiendo el grado de cinismo que alcanzas, joder. Me ha quedado claro que has estado enamorado de mí desde siempre, pero llevarme a la cama de la manera en la que lo has hecho no es mejor que esos tíos que me follaban en un baño de una discoteca cutre. ¿No te das cuenta de que lo has jodido todo? No quiero volver a tener ningún tipo de contacto personal contigo, ¡nada! Y en cuanto volvamos a Los Ángeles, ya te puedes ir buscando banda porque en la mía no vas a estar más.

Con esas palabras sentenció su relación, fuera la que fuera, y salió de la sala de ensayo dejando al bajista de su grupo cabizbajo, sintiéndose impotente y desgraciado. Ella se fue a encerrar en su habitación sin querer ver a nadie antes del concierto, ni siquiera a Liam, que no podía evitar sentirse rechazado y herido.

Llegada la hora del *show*, todos estaban más que preparados. Holland lucía un *look* distinto esa noche debido a los cortes que nadie del público debía ver. Había más periodistas que los de costumbre debido a la cancelación del concierto, pues se olían que algo había sucedido, aunque no se había esclarecido. Mayas a rayas

negras y rojas con las zapatillas Vans negras y, en la parte de arriba, una sudadera de las suyas gris y desaliñada. El maquillaje a juego era completamente oscuro y el pelo tenía aún rastros de mechones de colores, pero en su totalidad era rubio casi castaño.

—Menos mal que mis *fans* me quieren por mi música porque, si fueran como mi madre, saldrían espantados al verme así —comentó, poniendo la nota de humor antes de subir las escaleras que daban al escenario.

—Estás preciosa —le susurró el guitarrista, guiñándole un ojo.

El estadio estaba lleno, era abrumador, pero para ellos era lo habitual. Incluso Liam, que era el recién llegado, se había acostumbrado ya a ver tantísima gente en los conciertos. No cabía ni una sola persona más, los *flashes* de los periodistas y las luces de los móviles de los allí congregados iluminaban igual que una noche estrellada. Se oía a la gente gritar, cantar, aplaudir enfervorecida y eso generaba en el grupo más adrenalina aún. Holland sabía cómo hacerlos estallar y comenzó dándoles lo que ellos pedían: música en estado puro. Parecía que las gradas llegaban a caerse, era espectacular, magnífico espectáculo.

Pronto, el sudor se convirtió en una capa más de la piel de los integrantes de la banda, lo estaban dando todo y un poco más. Las canciones se sucedían, intercalando melódicas con otras llenas de ruidos estridentes y, sobre todo, mucha energía en el ambiente. Los músicos sonaban igual de bien que los chicos, todos en excelente armonía. Las notas de la última canción antes del descanso se extinguieron y las luces se apagaron, consiguiendo un clamor que no dejaba de vociferar, como si estuvieran poseídos.

El grupo bajó del escenario camino al camerino a asearse un poco y cambiarse de ropa antes de regresar a darlo todo. Durante esos minutos, nadie habló con nadie, seguían concentrados en su trabajo y, cuando volvieron a cantar, fue igual de maravilloso. Los productores estuvieron de acuerdo al igual que Marcus en decir que lo habían entregado todo, como si esa noche les fuera la vida en ello. Se redimieron, tratando de justificar la cancelación de la noche previa. Cuando las luces se apagaron y no hubo tiempo de más canciones, el equipo al completo estaba en éxtasis; felices, sonriendo, sudados, orgullosos de un buen trabajo realizado.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Holland, aún empapada en sudor en su camerino a Liam, con el que se quedó a solas unos momentos.

—La puta mayor maravilla del mundo. Cuando te veo así, sé que lo eres, junto a las otras siete —bromeó.

—Eres un exagerado, pero me vale.

—Tienes un don, has nacido para hacer exactamente esto cada noche, Hol.

Ella no contestó a eso, pues esas cosas que a veces le decían suponían demasiada presión, de esa que te ahoga en el pecho y no permite respirar. Apretó los dientes y respiró. Se la veía feliz, aunque algo preocupada.

—¿Has hablado con Sean? —Ella asintió.

—No quiero que se me vuelva a acercar en lo que queda de gira y, en cuanto pisemos Los Ángeles, está fuera de la banda. Ya se lo he dicho a Marcus y a los productores.

—¿Y les ha parecido bien?

—A ellos, no mucho, pero nuestro mánager es lo que lleva años buscando, así que imagínate su felicidad —respondió, limpiándose el sudor.

Esa noche celebraron su éxito entre las sábanas sin dejar de tocarse. Holland y Liam, dos personas y no dos integrantes de una de las bandas más reconocidas internacionalmente. Él, embistiendo entre sus muslos con toda su pasión y veneración por esa chica, ella, retorciéndose y deshaciéndose.

—Nunca dejes de mirarme así —rogaba Holland entre gemidos.

Y él no quería dejar de hacerlo jamás, teniendo junto a ella una vida larga y feliz, sin separarse nunca, quizá en un piso en Los Ángeles o en un país remoto en algún lugar. No necesitaban un destino fijo, pues pertenecían al mundo, se pertenecían uno al otro y con eso bastaba.

41. ESA NOCHE, AÑOS MÁS TARDE

Alabama era la penúltima parada de aquella gira infernal que Holland estaba deseando terminar. La mañana del concierto se había despertado con varios mensajes de Mathew, Jocelyn y Poppy, expresándole sus deseos de volver a verse cuanto antes. Por desgracia, cada uno estaba muy liado con sus propias historias y ella, precisamente, debido a eso no quería molestarlos.

Matt era un enfermo del trabajo, lo que se decía un obseso. De pequeño, sus padres se habían sacrificado mucho para poder darle todo lo que necesitaba y de adulto compensaba, o al menos trataba de hacerlo, a sus progenitores, pagándoles vacaciones de ensueño y hasta les compró una gran casa. Su madre no paraba de repetirle que no necesitaba nada de aquello, sino verlo feliz, pues, a pesar de todos esos lujos, no veía en su semblante un ápice de alegría. Sentimentalmente hablando, no había tenido suerte en el amor, aunque Hol sospechaba que en el fondo de su corazón un latido intermitente era para Jocelyn. Ambos se conocieron gracias a Holland y formaron parte de la primera banda de ella de forma fugaz, podría decirse. Eran jóvenes y ellos no estaban predestinados a eso. Sin embargo, desde el principio, Jocelyn había manifestado un especial interés por el chico del grupo y, años después, en una noche de borrachera, los dos acabaron en una cama, retozando como si estuvieran hechos el uno para el otro. Así fue cómo la propia amiga de Hol se lo confesó al día siguiente. El problema vino cuando Mathew se arrepintió sobremanera y así también se lo reveló a Holland sin saber que la misma Jocelyn estaba escondida, escuchando, pues había llegado a casa de su mejor amiga antes que él. Cuando él se fue, la chica con la que había compartido sábanas la noche anterior salió de su escondite con lágrimas en los ojos. No hizo falta confesarle a Holland su amor secreto por él, se limpió la cara, se abrazó a su amiga y le pidió que no lo contara nunca a nadie. Aquello no tenía un destino, se autoconvenció de que fue un error y regresó a su apartamento, donde lloró desconsolada, deshecha, al saber de los sentimientos de Matt.

Lo que esa chica nunca supo fue que el miedo a que todo fuese demasiado complicado fue lo que le hizo a él echarse atrás, sepultar

lo que sentía por ella bajo mil capas de cemento y centrarse en trabajar sin parar. Pero lo que ninguno podía imaginarse fue que, en otra noche, años más tarde, esos sentimientos volverían a asomar a sus corazones.

Esa noche de años después…

Jocelyn no estaba muy convencida de acudir a esa fiesta, pero su jefe se lo había implorado por activa y por pasiva, así que no tuvo más remedio que rebuscar en su armario lo más glamuroso que tenía, que no era mucho, y asistir junto a él. Poppy la ayudó a elegir vestuario, pues era la simple excusa para reunirse en casa de la primera con una botella de vino blanco mientras ella le explicaba por qué no quería acudir, bebiendo copa tras copa. Muy sorprendida, un mensajero llegó a su casa y le entregó un paquete que contenía un vestido y una nota de la secretaria del jefe, exigiéndole que se pusiera aquella pieza tan provocadora.

—Pero ¡te puedes creer que me voy a poner esto! ¿Qué es esto, *Pretty Woman*? Yo no soy la prostituta de nadie, aunque trabaje más horas que una —se quejó a Poppy, que se quedó helada al ver el vestido que iba envuelto entre papeles blancos.

—Joder, desde luego a tu jefe se le tiene que poner muy dura si quiere que vayas con tanto ahínco.

—¿Qué dices? Si está casado y tiene tres hijos.

—Pues, nena, no creo que envíe a todas sus empleadas vestidos como este. ¿Tú lo has visto? Debe costar una millonada —le dijo, sacándolo de la caja con delicadeza.

—Dios, ¿crees que ese es su objetivo? La verdad, me pareció raro que su esposa no fuera con él a la fiesta, pero ¡yo qué coño voy a pensar que le gusto! —gritó sin entender nada.

—Aquí pone que es de un diseñador internacional.

—Déjame ver eso —le dijo, quitándole la tarjeta—. ¿Y ahora qué hago? ¿Pensará que me voy a acostar con él?

—Quien sabe, pero no tienes mucha más elección, nena, que en dos horas tienes que estar en la fiesta. —Jocelyn miró el vestido rojo de encaje con una abertura desde el muslo y suspiró.

—Dios, si me pongo eso, voy a parecer su puta, y qué narices, tengo mis principios. Vuelve a meterlo en la caja, que me voy a

poner el mío, Poppy.
—¿Estás segura? Ojalá entrara yo en algo así, seguro que estás divina. Es más, yo me lo pondría, es muy de loba total, y le dejaría claritas las cosas a mi jefe.
—¿Aun a riesgo de que te despidan? Sabes que necesito el dinero… —Se encargaba de su madre enferma y los gastos médicos eran muy altos.
—Lo sé, pero todo tiene un límite y ya es hora de que un tío se entere de que no por tener más poder puede controlarnos.
—Está bien, Dios la que se va a liar cuando me vean aparecer con el traje de zorra…
—Tus compañeras son todas unas arpías, tú misma me lo dices. Que se mueran de envidia ellas una noche. Tú póntelo, entra en esa fiesta divina y acaba con ese tío — apostilló su amiga, haciendo referencia a su jefe.
Pidió un taxi y se subió a él con el bolso metálico en la mano, recogiéndose el vestido con la otra. Poppy la ayudó a maquillarse acorde al vestuario que llevaba y la melena rubia la llevaba echada a un lado. Cuando llegó a la fiesta, dio su nombre en la puerta a un tipo de seguridad que comprobaba en una lista si estaba invitada o no. Inspiró hondo al darle paso y accedió al interior. Como era de esperar, acaparó todas las miradas, incluidas las mujeres, y se detuvo al sentirse observada por tanta gente. Miró a su alrededor, pero no había rastro de su jefe. Se mordió el interior del cachete, nerviosa, y avanzó con la cabeza alta, recordando las palabras de Poppy. La banda que cantaba en ese momento en el escenario también la miró, echándole algunas miradas que, si hablasen, ya sabríamos qué dirían.
—¿Jocelyn?
—¿Mathew? —preguntó, perpleja al verlo allí.
—Dios santo… —Ella entreabrió los labios, exhalando el aire que se quedó contenido en sus pulmones al verlo. No solamente debido a su presencia, sino a lo guapo que iba de traje oscuro con el pelo oscuro bien peinado, pues si por algo se caracterizaba él, era por ir siempre con el pelo alborotado.
—¡Caray, Jocelyn! —Oyó a su jefe a su espalda.
Se giró y a Matt se le abrió la boca al ver la abertura de la parte de atrás del vestido, que le llegaba a la cintura, teniendo toda la espalda al aire. Su jefe estaba perplejo al verla e iba acompañado de su mujer, que no la miraba con buenos ojos.
—¿Se puede saber por qué una de tus empleadas lleva mi vestido? —dijo su mujer, enfadada.
—¿Perdone? —Aquella era de esas situaciones de «tierra,

trágame».

—No lo sé, cariño. Le pedí a Rita que te enviara el vestido a ti. Ahora sabemos por qué no ha llegado a su destinataria.

—Oh, Dios mío, qué vergüenza, señor. Yo pensaba… Bueno, diga lo que diga no va a parecer muy creíble. —La esposa tiró de su marido, llevándoselo lejos mientras el color del vestido se le había subido a la cara.

—Joder, Jocelyn, tú sí que sabes animar una fiesta —bromeó Matt.

—¿Y se puede saber qué demonios haces tú aquí?

—Tu empresa me lleva las finanzas y tu amable jefe, que no te manda vestidos, me ha invitado. Soy de sus mejores clientes —respondió con tono irónico.

—Es verdad, se me había olvidado. Dios mío, tengo que irme de aquí ahora mismo, Matt. —Se dio la vuelta para marcharse y él la paró.

—Pero ¿a dónde vas?

—A mi casa —continuó andando sin que las miradas se apartasen de ella.

—Con el vestido de la mujer de tu jefe —siguió bromeando él.

—Oh, cállate ya, Mathew. No es culpa mía que la secretaria de mi jefe sea una estúpida y no sepa dónde enviar los vestidos, maldita sea.

—Venga, Joce —la llamó como a veces hacía cariñosamente—. Disfruta de llevar un vestido así de impresionante y de cómo te miran las envidiosas de tus compañeras, recibiendo la admiración de los hombres, incluida la mía.

—¿Me estás vacilando?

—Vamos a conseguirte una copa, anda.

Fueron hasta una de las mesas donde servían las bebidas y cogió una de champán, rechazando la de vino tinto que le ofrecía su amigo. Se la bebió de un trago y fue a por otra.

—Joce, con calma o acabarás bebiéndote hasta el agua de los floreros.

—Déjame en paz, ¿quieres? La gente no para de mirarme.

—Joder, porque estás impresionante, yo tampoco puedo dejar de hacerlo —confesó, y a ella se le subió el estómago a la garganta.

—Anda y deja de burlarte de mí.

—No lo hago, Joce. —Se quedaron callados mientras bebían. Ella apartó la vista de él, pero Matt no dejaba de mirarla.

—¿Y cómo va el trabajo? —Comenzaron a charlar y se les pasaron las horas rápidamente.

Comieron y bebieron, pero sin dejar de ser conscientes en ningún momento de lo que hacían. El jefe de ella dio un discurso celebrando que la empresa un año más se mantenía firme en el sector y agradecía el trabajo de todos sus empleados.

—Joder, ahora viene lo peor —mencionó ella—. Tengo que subir con él a dar un discurso.

—Pues a por ellos, chica —le dijo antes de darle un beso en la mejilla que la desconcertó.

—… y para ello contamos con profesionales de la talla de mi querida Jocelyn, que, como representante de su departamento, va a decir unas palabras. —Subió las escaleras, acompañada de Matt, que no la soltó desde que se levantó de la silla, cerciorándose de que subía sin peligro. Ella se quedó un poco desconcertada por aquel gesto, el tímido beso en la cara…

Allí arriba se sintió intimidada, sobre todo, por la mirada de la esposa de su jefe, que estaba indignada por el error con el vestido y apartó la vista durante su discurso. Sin embargo, cuando miró hacia Mathew, que asintió con la cabeza indicándole que ella podía hacerlo, que estaba ahí, apoyándola, sonrió y se lanzó a decir sus palabras. Los aplausos que se escucharon al terminar de hablar reverberaron en toda la sala.

—Has estado impresionante.

—Esta noche estás muy repetitivo —contestó la chica, orgullosa, sin dejar de sonreír. Compañeros de trabajo se acercaron a felicitarla y a comentar algunas cosas que había dicho en el discurso, felicitándola.

—¿Ves? Has estado…

—¿Impresionante? —se adelantó a él con una sonrisa pícara.

—Vamos a bailar, Joce. —La agarró de la mano, llevándola a la pista.

En ese justo instante, sonaba una canción melódica que hablaba de volver a quererse, de que había visto a la chica llorar por un chico, que no podía negarlo. Quien cantaba la canción le decía que él la iba a querer mucho más.

—¿Y qué tal con Kyle?

—¿Kyle? Estás muy desinformado. Claro que con todo lo que trabajas es imposible que te enteres bien de lo que les sucede a tus amigas —contestó ella, uniendo su mano derecha a la izquierda de él mientras la sujetaba por la cintura, y ella apoyaba la otra mano donde llevaba el pequeño bolso metálico en su hombro.

—Entonces, como dice la canción, ¿ya no lloras por él?

—Nunca lo he hecho, Matt. Yo solo he llorado por una persona,

lo que se dice llorar de verdad, con el corazón agrietado, roto…

—¿Y cómo es que yo no sé nada de eso? —Ella se sonrió antes de mirarlo, muy seria.

—Porque precisamente tú no podías saberlo.

Y en el clímax de la canción él le devolvió la mirada con el semblante igual de serio, comprendiéndolo todo. Entreabrió la boca para hablar, pero se contuvo. No era momento de palabras, sino de hechos. Acercó su cara a la de ella, deteniendo el suave vaivén en el que se mecían y rozó sus labios sin apenas tocarlos para después besarla con pasión, acariciándose con las lenguas, y no fue nada sorprendente. Ambos sintieron como si ese beso estuviera esperándolos hacía mucho tiempo. No se sintieron incómodos ni asustados, tampoco sorprendidos y, cuando se marcharon de la fiesta de la mano, sabían que esos pasos serían los primeros de un largo camino juntos.

42. ALABAMA

Tras el último concierto, Holland estaba más demacrada y cansada que nunca. Creía que no podría hacerlo, por lo que el consumo se había disparado y ya no se limitaba a cocaína, sino a las anfetaminas, que la ayudaban a mantenerse despierta, según ella. La misma noche del *show* se tomó algunas, con los consiguientes efectos secundarios, que no tardaron en aparecer por mucho que quiso disimularlos.

—¿Hol? ¿Estás bien? —Will fue el primero en percatarse de su estado.

—¡William! —Se lanzó a sus brazos y se puso a bailar como si estuvieran escuchando música.

—Pero ¿qué demonios te has metido? Joder, como te vean así, se nos cae el pelo.

—¿Todavía no te has cambiado, Holland? —dijo Lilly, llegando hasta ellos con varios modelos en las manos—. Seguro que la vaga de Susan anda por ahí, enrollándose con algún músico. Cuando la pille…

—Yo la acompaño al camerino.

—¿Qué dices si tú estás igual? ¡A vestirte, Will! Deja de ponerme caritas como siempre y espabila. —Tiró de la cantante, pero el batería también hizo lo mismo.

—Mírala, Lilly, está drogada y como la vean así, nos cuelgan.

—Pero ¿qué coño…? Joder, Holland, menuda pinta tienes. —Ambos fueron hasta su camerino, esquivando a todo el equipo, sonriendo, y trataron de espabilarla, echándole agua por la cara, pero estaba fuera de sí, excitada, en un estado de plenitud máxima.

—¿Y ahora qué se supone que vamos a hacer, William?

—¡William! ¡Mi amigo! —Saltó, agarrando un cepillo y cantando la canción que se oía de fondo y que los teloneros de los *Dead Souls* estaban en ese momento interpretando en el escenario.

Susan llegó con los labios hinchados, por lo que las suposiciones de la estilista eran ciertas. Se quedó petrificada al ver la estampa y dio un pequeño saltito al ver como Hol se tiró a ella, abrazándola sin dejar de cantar.

—¿Qué sucede aquí?

—¿Y tú dónde coño estabas? Vaya pinta, ¿no tenías otro día para enrollarte con algún tío? Ya puede ocurrírsete algo bueno para que la

pongamos decente. —Trataban de agarrarla para que se sentase y empezar a prepararla, pero la sobreexcitación que llevaba en el cuerpo no era fácil de controlar.

—Voy a por refuerzos mientras me visto y vuelvo.

La imagen era vergonzosa. A las chicas les daban ganas de abofetearla y traerla de nuevo a la realidad. Ellas pocas veces habían visto esa estampa de Holland, aunque todos en el equipo sabían de sus problemas con las adicciones.

—¡Ohh! Esa canción es brutal. Vamos a cantarla, chicas —dijo, levantándose mientras la maquillaban.

—No, no, Holland, céntrate. Joder, deberían pagarnos más por esto —se quejó Susan.

—¿Holland? —A Liam casi le dio un infarto al entrar antes de Will y verla en ese estado.

—¡Guitarrista! —Se tiró a él, subiéndose a horcajadas, casi tirándolo al suelo.

—¿Qué ha pasado aquí? —quiso saber, mirando a su alrededor. Las chicas se encogieron de hombros y el batería se frotaba la nuca sin saber responder.

—Nos la encontramos así por el pasillo.

—Pero si la dejé hace un par de horas y estaba perfecta. —Se soltó de su cuello y bailaba por toda la estancia, transportada por una música que nadie más oía.

—A nosotras no nos mires —se defendió Lilly.

—Hol, ven aquí, mírame. —La agarró por las mejillas, tratando de centrar su mirada, pero no era posible. Estaba fuera de la realidad.

—Este concierto va a ser recordado para siempre —dijo Will entre bufidos.

—Aquí hay algo raro, nunca la había visto así. Necesito saber qué se ha metido y me temo que sé quién se lo ha dado. Busca al maldito de Sean y me lo traes inmediatamente. —El batería asintió—. Y si alguien te ve por el camino, te haces el loco. No te enrolles y corres hasta aquí. ¿Me has entendido? ¡Mueve el culo!

Liam hizo lo posible por ayudar a las chicas a prepararla, disimulando lo drogada que estaba, aunque no fue tarea fácil. Holland no dejaba de bailar y cantar, moviéndose con movimientos rápidos a veces y otras lentos y delicados, como si fuera una bailarina.

—Pero ¿qué coño pasa? —Sean entró, quejándose, casi arrastrado por Will.

—Serás hijo de perra —fue lo que dijo Liam antes de pegarle un

puñetazo en la boca.

—¿Estás loco o qué demonios te pasa, guitarrista de mierda? —contestó, limpiándose la sangre del labio.

—¿Me quieres explicar qué clase de mierda le has dado que está así?

El bajista miraba a Hol, que parecía estar abstraída de todo sin dejar de bailar y cantar. Cuando consiguieron pararla, lo miró y le sonrió antes de lanzarse a darle un abrazo que en otras circunstancias hubiera agradecido.

—Gracias, Sean —susurró en su oído.

—Yo no le he dado nada, como mucho puedo deciros que me lo ha robado.

—¿En serio?

—Hace un rato he visto que habían removido mis cosas de aseo personales del baño, y es donde guardo las drogas. Ella lo sabe.

—¿Y cómo se supone que ha abierto la puerta, listo? —preguntó Will, molesto.

—Yo qué coño sé. Lo que tenía ahí era éxtasis. Han pasado dos horas más o menos, que fue cuando me encontré todo en el baño, por lo que ahora mismo está en la fase de meseta, la más intensa, la de estar fuera de ti mismo.

—Genial, esto es simplemente genial —rezongó Liam, bastante superado por la situación.

—Esto es lo que vamos a hacer, la escoltamos hasta el escenario, intentando que el menor número de gente la vea así…

—Va a subirse a un escenario con miles de personas, tío —exclamó Sean, preocupado.

—Eso no tiene remedio, pero, sobre todo, que los productores o Marcus se den cuenta de lo que sucede una vez esté arriba, cantando. Y rezad para que no se desmadre mucho la cosa.

Llegado el momento, salieron del camerino, rodeándola, apenas era visible para el resto del equipo que andaba por los pasillos. La ayudaron a subir las escaleras y, cuando las luces prendieron, salió al escenario, abriendo los brazos mientras echaba la cabeza hacia atrás. El concierto empezó bien, quizá demasiado desmedida pero pletórica y a sus *fans* les encantaba. Lo podrían achacar a la emoción de estar en Alabama, pero sus movimientos no eran nada los habituales. Se retorcía bailando, acercándose a los músicos de manera sugerente mientras los chicos sonreían sin saber muy bien qué estaba ocurriendo. Movía la boca, nerviosa, se imaginaba que había alguien allí con quien bailaba de manera tan *sexy* que el público se volvía loco, aplaudiendo más que nunca. Liam entonces decidió intervenir y

se acercó a ella para distraerla de la alucinación. Holland lo miró con lascivia, mordiéndose el labio y, cuando fue a darle un beso, él tuvo que darse la vuelta con discreción, marcándose un solo.

En los errores que cometía cantando obtenía risas del público y ella se disculpaba, encogiéndose de hombros. El equipo no entendía qué demonios le pasaba y Marcus estaba deseando que llegara el descanso para agarrarla de los pelos. Por suerte, los productores se habían ido a cenar con otros compromisos profesionales y no vieron en directo nada del *show*. Cuando se apagaron las luces, el público, enfervorecido, aplaudió, chillando, y ella se bajó del escenario con la ayuda de algunos músicos.

—¡Se puede saber qué coño está pasando ahí arriba! —gritó el mánager nada más verla bajar.

—Vamos al camerino —pidió Liam, llevándola con él, protegiéndola.

Una vez allí reunidos, Holland empezaba a sentirse algo temerosa y asustada. Según Sean, el pico máximo de tomar ese tipo de pastillas. El guitarrista la abrazaba tratando de calmarla mientras Marcus vociferaba, hecho un energúmeno.

—¡Mañana vamos a salir en todos los periódicos! Joder, pero ¡qué coño tienes en el cerebro!

Las chicas la ayudaron a cambiarse de vestuario, pues ella estaba torpe y no acertaba con los movimientos. Liam trató de tranquilizar al mánager y lo sacó del camerino, resoplando.

—Liam… —susurró ella con los ojos enrojecidos.

—Todo va a salir bien —le dijo, besándole la frente antes de darle la mano y salir de nuevo al escenario.

La segunda parte del *show* fue muy distinta, pues Holland seguía bajo los efectos de las anfetaminas, pero estaba más temerosa que otra cosa. Apenas se movía y cantaba de manera irregular. Sean, Liam y algunos músicos procuraban despistar a la gente, acercándose a ella y marcándose más solos de los esperados.

Por fin acabó el concierto y tras los aplausos y bises finales se despidieron del público de Alabama. Cuando salieron del estadio, ignoraron a los periodistas que los acosaban a preguntas sobre el estado de la cantante esa noche, lanzando miles de *flashes*. Una vez llegaron al hotel, cada uno se fue a su respectiva *suite*. No hubo celebraciones ni ganas después del trago por el que habían pasado. Holland se duchó y comió, obligada por Liam, algo de fruta y un sándwich. Se metió entre las sábanas y poco a poco el cansancio la fue venciendo. Las horas habían ido pasando y los efectos de la sustancia iban desapareciendo.

—Liam, yo…

—Shhh…, mañana hablaremos. Ahora, descansa. —Y él se quedó inmóvil en esa cama junto a ella, deseando y rezando que algún día su querida Hol fuera capaz de dejar de pisar ese abismo al que estaba cayendo sin poder agarrarse a nada, ni siquiera a él.

43. EXPLICACIONES

Al día siguiente, Holland se encontraba fatal y fue directa a vomitar al baño. Allí, apoyada en la bañera, sudando y sin parar de devolver todo lo que había ingerido la noche anterior, se quedó medio mareada. Liam se había mantenido en medio duermevela, preocupado por ella, y no se había despertado con el ruido de ella en el aseo. Estaba agotado. Hol pudo, finalmente, salir del baño y se acercó a la cama, donde yacía la persona a la que más había querido en su vida y a quien más daño estaba infligiendo.

—¿Holland? —Se incorporó, sobresaltado al notar el vacío en el otro lado de la cama.

—Tranquilo, estoy aquí. He ido al baño —respondió ella en tomo calmado.

—Ven, túmbate a mi lado. —Le hizo caso con el nudo en el estómago al saber que tenían una conversación pendiente.

—Lo siento —murmuró.

—¿Por qué?

—Tenía miedo, la presión de hacerlo bien. Recibí un mensaje de mis amigos, a los que echo mucho de menos, y pensé lo que dirían si supieran cómo estoy… —Se frotaba los ojos, nerviosa—. Y no pude con todo, Liam.

—¿Qué tomaste?

—¿Acaso importa?

—Lo hace si has llegado a robarlo de otra persona, Holland. —Se hizo un ovillo, sabiéndose pillada.

—¿Te lo dijo Sean? —Él asintió.

—Dime que no es verdad y no hemos llegado a ese punto, por favor.

—Sabía que él tenía y a mí la cocaína se me acabó. —El guitarrista tragaba el dolor que esas palabras le provocaban. La mujer que más había querido estaba tan hundida y dominada por las adicciones que la única solución era internarla cuanto antes.

—¿Y cómo entraste en su *suite*?

—Había una camarera por allí con el carrito de limpieza y se dejó las llaves colgadas al entrar en otra habitación, así que…, ya sabes.

—Cancelamos Florida y volvemos a Los Ángeles de inmediato.

—No —respondió ella, separándose de él.

—Holland, ¿tú te ves? —Ella negó, aunque sabía perfectamente

cómo estaba. No hacía falta más que alzar la vista frente al espejo.

—Acabamos Florida y me ingreso en la clínica que digáis, pero debo terminar antes mi trabajo. —Oyó a Liam exhalar un suspiro de derrota.

—Voy a darme una ducha. —Fue al baño sin siquiera darle un beso, una caricia o rozarla con los dedos. Se le notaba demasiado herido, aquello estaba pudiendo con él.

Ya en el interior del baño se oía el agua correr y Holland se imaginaba al chico bajo el grifo con la cabeza cabizbaja, quizá derramando algunas lágrimas o maldiciendo. Sonó el teléfono de Liam y no pudo evitar acercarse a ver quién era y qué decía, aunque sabía que aquello no estaba bien.

Déjalo ya, no quiere curarse. Coge el próximo vuelo y vuelve a casa a sanar tus heridas, hijo. No va a terminar bien, lo sabes. Se está matando y no quiero que tú te vayas con ella.

Se sorprendió al leer esas palabras que firmaba la madre del guitarrista, quien había sido tan agradable con ella. Cuando reflexionó, se dio cuenta de que lo único que trataba de hacer era proteger a su criatura y evitarle todo el sufrimiento que ella misma le provocaba. Se odiaba por eso también. Eran tantas cosas que a lo mejor la madre tenía razón y lo mejor sería ponerle fin a una vida entera de sufrimiento y de infligir dolor a los demás. Lo superarían, seguirían adelante con sus vidas y con el tiempo la herida cerraría.

Cada vez que viajaban, solían pedir ciertas cosas en sus respectivas habitaciones y ella, solamente, solicitaba una, tener un piano en la *suite*. Se sentó en la banqueta forrada de terciopelo y comenzó a acariciar las teclas de aquel instrumento. Sin darse cuenta, las lágrimas empezaron a aparecer, empapándole las mejillas. Cantó aquella canción que le compuso a Liam como regalo.

—*¿Me llevarás de la mano? En esta maldita noche fría. No sé de qué va esta vida. Solo cógeme de la mano. Llévame contigo. Cógeme de la mano. Estoy a tu lado*.

—Mi canción… —susurró él al salir del baño con la toalla enroscada en la cintura, aún goteando el agua de la ducha que se acababa de dar.

—Me hace sentir bien. No sé por qué…

—Eso está bien, que te haga sentir así. —Fue hasta su móvil y lo cogió. Estaría leyendo el mensaje de su madre a juzgar por su cara.

—Ha sonado antes, ¿algo importante? —quiso saber ella, fingiendo que no sabía nada.

—Nada especial. —Se sentó junto a ella y comenzó a tocar el piano.

A Holland le encantaba verlo inventarse melodías, letras sueltas que después unía creando una canción. Entornaba tanto los ojos que a veces llegaba a cerrarlos, se dejaba llevar por la música. Eran dos apasionados de ella.

—Recuerdo que el día que te regalé la canción me dijiste que yo era una melodía, una calmada. Apuesto lo que sea a que ya no piensas igual —dijo ella en tono jocoso.

—Para nada, sigo pensándolo —afirmó, muy serio.

—Yo creo que soy más una caótica y desordenada.

—No, esa es solo la que está en la superficie. En el fondo, tu melodía es calmada. La melodía de mi Holland. —La rodeó con el brazo, sonriéndole para después besar su pelo rubio casi castaño.

Y en ese abrazo ella se sentía en casa, segura, protegida, amada con sus defectos. Por desgracia, solo era cuestión de tiempo que aquella realidad se desmoronara. Era cuestión de tiempo.

44. DISCUSIONES

Esa mañana, Holland se subió a la azotea a admirar el paisaje de la ciudad de Alabama, que abandonaban por la tarde para trasladarse a Florida. Última parada. Sentía estar al límite de las fuerzas, su cuerpo estaba al límite. Solo tenía que aguantar un poco más.

—¿Puedo sentarme? —le preguntó Sean.

—Es un país libre —murmuró mientras se fumaba un cigarro.

—Estás muy guapa. Ese sombrero siempre me gustó —dijo él, haciendo referencia al sombrero oscuro que llevaba para cubrirse del intenso sol.

—Deja de mentir —le suplicó ella—. Lo siento, no debí robarte las anfetaminas. Menudo concierto di.

—¿Por eso has querido esconderte aquí? ¿Para que Marcus no te encuentre y te mate con sus propias manos?

—Yo no me escondo —respondió a la defensiva.

—Tú siempre te escondes, Holland.

El ruido de la ciudad a sus pies era lo único que se escuchó durante unos segundos en los que ella fumaba, mirando hacia delante mientras él la observaba a ella.

—Podías habérmelas pedido, así de sencillo.

—Después de lo que pasó, no quería volver a acercarme a ti. —Él se tapó la cara con una mano por un momento.

—Hol…

—No digas nada, ya te he dicho que lo siento. Era todo lo que me quedaba por decirte, Sean. —Siguió fumándose el pitillo en silencio.

—A veces siento que yo te he metido en toda esta mierda.

—No digas eso, nunca me has puesto una pistola en la sien para consumir. Sabes que ya estaba rota de antes. —Se levantó con intención de marcharse—. De todas maneras, no es algo que debamos hablar. Solo quiero tratar contigo temas profesionales hasta que acabemos en Florida y, después, cada uno por su lado. En eso quedamos.

—No, Hol, no quedamos en eso. Fue lo que tú dijiste, pero no me preguntaste mi opinión. —Ella cerró los ojos y tiró la colilla al suelo.

—Sean, basta ya. —Empezó a dar pasos.

—Yo te quiero, Holland. Eres lo único bueno que he tenido en la vida… —No terminó la frase al ver que se giraba y lo miraba.

—No deberías haber subido aquí ni haberme buscado para hablar ni nada. Lo siento, Sean, pero, si quiero curarme, no eres bueno para mí.

—Auch, eso duele. —Cogió aire, resignándose.

—No te hagas más daño. —Volvió a darse la vuelta para bajar a la sala donde ensayaban para tocar un poco el piano, ya que la ayudaba a calmarse.

—Te quiero, no puedo evitarlo ni tampoco quiero. —Pero esa vez ella ni se detuvo ni se paró. Abrió la puerta metálica de la azotea y la cerró tras de sí, dejándolo con sus sentimientos flotando en el aire.

Estuvo cantando con el piano más de dos horas sin descanso. Aquello la hacía sentir mejor y era en lo que deseaba concentrarse, en olvidar un poco todo lo feo de su vida, todo el dolor latente en la piel. Por supuesto que quería a Sean, había sido uno de sus mejores amigos, pero ella no le correspondía. Jamás podría hacerlo.

—Por fin te encuentro. —Al ver a Liam, su cara se iluminó.

Ella volvió a acariciar las teclas, tarareando una melodía que había volado hasta su cabeza, susurrando unas letras que habían llegado a ella desde lo más profundo de su ser. El guitarrista permaneció en un segundo plano, respetando que ese era su momento mientras la observaba, cerrando los ojos y cantando con esa voz tan melodiosa que tenía. Cuando acabó, la aplaudió y ella se rio.

—Podías haberte sentado junto a mí. —En ese instante, lo hizo.

—Es una canción preciosa.

—Solo era un estribillo —murmuró, tocando algunas teclas—. Ha llegado de repente cuando me he sentado, y necesitaba sacarla fuera.

—Aunque lo que dice es muy triste.

—Como casi todo lo que compongo, Liam —contestó tras encogerse de hombros.

—En eso llevas razón, pero es tan precioso… —Le besó el hombro y ella se removió, complacida.

El teléfono del chico volvió a sonar con un pitido, indicando que le llegaba un mensaje y ella no pudo evitar recordar el mensaje de su madre.

—¿No lo miras?

—Después —musitó, volviendo a besar su hombro.

—Puede ser algo importante como el del otro día de tu madre.

—¿Y tú como sabes que me escribió? —Frunció el ceño, confundido.

—Porque lo leí. —Inmediatamente, se echó hacia atrás, separándose de ella.

—¿Ahora me lees los mensajes?

—Yo no te leo nada, pero si dejas el teléfono tirado en cualquier parte…

—No lo dejo tirado, Holland. Lo dejo en alguna parte porque tengo la confianza suficiente de que nadie va a estar cotilleándome nada. —Estaba enfadado.

—¿Por qué no respondes a la pregunta?

—Porque me interesa saber en qué puto punto de confianza estamos si tienes que leer mis mensajes. —Se levantó, airado.

—Solamente, evades la pregunta porque no quieres responderla. No se trata de mierdas de confianza, Liam. Se trata de que tu madre quiera que te alejes de mí y, seguramente, lleve razón. Deberías hacerlo.

—Pero ¿qué demonios está pasando, Hol? ¿A qué viene todo esto?

Pero ella, en vez de enfrentarse al conflicto, se puso a tocar de nuevo el piano, irritándolo tanto que le apartó las manos de las teclas, cogiéndola por los antebrazos.

—Mírame y habla conmigo, no trates de huir como haces siempre que hay un problema porque en la vida tienes que enfrentarte a cosas que no te gustan. ¡Eso es vivir!

—¡Suéltame! Me haces daño —se quejó, zafándose de él.

—No sé cómo demonios hemos llegado a esto. Joder, con todo lo que estoy soportando…

—Eso es, échamelo en la cara. Es lo mejor que puedes hacer. —Él suspiró, derrotado.

—Estoy cansado. —El corazón le galopó en el pecho a ella, temiéndose lo peor.

—¿Estás… cansado? ¿Eso qué quiere decir?

—Quiere decir que yo te quiero mucho, Hol, pero a lo mejor llevas razón y no debamos continuar con esto más.

Una lágrima solitaria asomó a los ojos de ella, cruzándole la mejilla. No podía dejar de observarlo y, por primera vez, se daba cuenta del aspecto tan terrible que tenía. Estaba más que pálido y por mucho que sonriera no era la misma sonrisa de aquel chico que conoció en el primer ensayo, donde todo le daba igual y solamente quería cumplir con su papel para poder marcharse.

—¿Quieres decir que me dejas? —dijo ella con un hilo de voz.

—Te da igual todo. No te importa dar un concierto, completamente drogada, robar sustancias a otra persona, acostarte con otro… No sé si puedo seguir luchando en una guerra en la que tú no pones de tu parte.

—Liam…

—Mírate al espejo, pero hazlo de verdad. Sé que tienes muchos problemas, que muchos necesitan terapia y que necesitas alejarte de todo lo que te recuerde el sórdido mundo de la música, el mundo en el que te has metido sola.

—¡Eres un cobarde! —chilló, muerta de miedo.

—Un cobarde no habría aguantado todo lo que yo, créeme.

—¿Qué hago yo si me dejas? Moriré, yo sola no puedo. No…

—Holland, esto no trata de mí, sino de ti. Joder, eres casi un despojo. No te pareces ni por asomo a la chica de la que me enamoré y, seguramente, acabaré muriendo junto a ti si sigo a tu lado. De verdad, no me quedan fuerzas, Hol.

La impresionó mucho como, tras dar en el resorte adecuado, había obtenido lo que más temía, la sinceridad de Liam. El chico se echó a llorar, sentándose en el suelo mientras ella no podía evitar sollozar.

—No sientes nada por mí…

—Te he dicho que te quiero, joder, pero no sé si a costa de mi propia vida. —Chascó la lengua contra el paladar y se puso en pie, limpiándose las lágrimas.

Un hilo de esperanza asomó, quizá tendría alguna esperanza si dejara las drogas, si consiguiera comer con normalidad o si dejara de autolesionarse para sacar el dolor afuera. Demasiado complicado en ese momento, no, no sería capaz de hacerlo.

—Liam… —Estaba como congelada, no le salían las palabras.

—En cuanto acabemos en Florida, regresaremos a Los Ángeles y me iré del grupo. Tú deberías ingresarte en una clínica o ir a terapia, dejar todo esto que te está matando poco a poco.

Salió de la sala sin volver a mirarla, sin un gesto cariñoso con ella. Quizá ese tipo de cosas se habían acabado. Ella no pudo más con tanto dolor y empezó a tirar cosas, chillando. Liam, al otro lado de la puerta, lo escuchó, pero no pudo más que volver a llorar, mordiéndose el puño. No pudo entrar de nuevo a calmarla, se había terminado. Hasta ese instante en el que salió todo a flote, no había sido consciente del dolor que llevaba padeciendo meses. Estaba muy oculto bajo mil capas de «no pasa nada, todo se arreglará». Por desgracia, no lo hacía, sino que iba a peor, y estaba agotado. Era el fin de todo aquello.

45. CÓMO DUELE

—Te quiero.

—Lo sé —le dije, hecho un mar de lágrimas.

—No quiero que llores más, coge un avión y vuelve a casa, por favor.

—Mamá, tengo que terminar mi trabajo. En cuanto pise el suelo de Los Ángeles, buscaré billete para ir a casa, al menos un tiempo… —Todo se estaba desmoronando a mi alrededor y no sabía ponerle solución. No quería hacerlo, más bien.

—Esa vida no es la que deseas, Liam. —Permanecí en silencio porque no quería darle la razón a mi madre, pero llevaba toda la razón.

Siempre había sido una persona acostumbrada a volar libre, a ser independiente, no a depender emocionalmente de nadie, ni siquiera de mi propia familia. Me había convertido en todo lo que no quería, una persona que vivía gracias a otra, gracias a que el otro se sintiera bien y feliz, y eso no podía ser.

—¿Cuándo es el último concierto?

—Esta tarde volamos a Florida y mañana es el concierto. Después regresamos a Los Ángeles y se acabó. Ya he hablado con Marcus y le he dicho que no hay vuelta atrás. —Sentí como el aire me faltaba en los pulmones al ser plenamente consciente de que el fin estaba cerca.

—¿Y lo ha entendido?

—A la primera. Él lleva viviendo esta pesadilla junto a Holland toda su vida y sabe bien de lo que hablo.

—Cariño, pasará. La herida sanará. Si hay dolores más grandes con los que se termina una acostumbrando a vivir, tú podrás vivir con ese —me dijo mi madre, refiriéndose sin duda a la pérdida de un hijo, que no era comparable a lo que yo padecía, aunque me pareció bastante frívolo querer quitarme esa pena que me estaba consumiendo. Sentía como si estuviera de duelo por alguien con una larga enfermedad acercándose a su final. Aún ella estaba ahí y esperaba que siguiera estándolo una vez me marchase.

—Yo la quiero, mamá…, tanto. Cómo duele, joder.

—Te mereces a alguien mejor, hijo. Quereros no es bueno, ella no te hace bien. Date cuenta. —Mi madre solo trataba de defenderme, pero sentir cómo la definía me hería mortalmente. No podía permitírselo, por mucho que fuese mi madre.

—No está bien, mamá. Necesita mucha ayuda, mucho apoyo y, por desgracia, no soy lo suficientemente fuerte para estar ahí para ella. Esta vez no, pero no se trata de merecer o no —contesté con los labios empapados en las lágrimas que llevaba rato derramando.

Era muy complicado poder explicarle a alguien aquello. Era un querer y no poder, pero en ningún momento se trataba de merecer o no hacerlo. El amor nunca tiene que ver con eso, desafortunadamente. Pero me había dado cuenta, sobre todo, desde la muerte de Mike, que no estamos en esta vida para desperdiciarla, sino para vivirla al máximo. Debemos disfrutarla siendo felices con lo que hacemos, con la gente que nos rodea, que nos quiere y a la que queremos, pero a veces hay sueños que no se cumplen. El mío de formar parte de algo grande como una banda de *rock* de fama internacional se cumplió. Por desgracia, el de encontrar a la persona que me diera la mano y me acompañase en el camino el resto de mi vida no pudo ser, pues sabía perfectamente que, aunque encontrara otros brazos, jamás serían como los de Holland. Por las experiencias vividas, por los sentimientos que sentimos y porque era «ella», sin lugar a dudas. Pero para ser feliz debía diferenciar entre lo que quería y lo que no, y esa vida junto a Hol no era una de esas cosas que deseaba para ser feliz.

46. CUANDO EL FINAL SE ACERCA

—¿Has comido algo? —le preguntó Marcus a Holland sin un previo «hola» nada más verla.

—Sí, ¿por qué?

—Porque tienes más pinta de haber estado fumando mínimo una caja de cigarrillos. ¿Te has mirado en el espejo últimamente?

—¿Es necesario esta conversación ahora mismo?

—Pareces una drogadicta. Nunca me he metido con tu forma de vestirte, pero, joder, con esa ropa holgada y la cara de pálida con esas ojeras… Dios, Hol, ¿por qué te estás haciendo esto? —quiso saber, sintiéndose completamente derrotado con ella.

—¿A qué hora sale el avión?

—Hasta dentro de tres horas nada, pero deberías ir haciendo las maletas. —Se levantó, apagando el cigarro, y bajó de la azotea camino a su *suite*.

Saliendo del ascensor, vio a lo lejos a Liam pegado al teléfono en una de las terrazas que había en cada planta. Con mucho cuidado, se acercó a escuchar la conversación telefónica que mantenía, escondida tras un carrito donde almacenaba el servicio los platos sucios que estarían recogiendo de cada habitación.

—Mamá, tengo que terminar mi trabajo. En cuanto pise el suelo de Los Ángeles, buscaré billete para ir a casa, al menos un tiempo… —Oyó que decía él—. Esta tarde volamos a Florida y mañana es el concierto. Después regresamos a Los Ángeles y se acabó. Ya he hablado con Marcus y le he dicho que no hay vuelta atrás… A la primera. Él lleva viviendo esa pesadilla junto a Holland toda su vida y sabe bien de lo que hablo.

El corazón parecía que se le iba a detener al escuchar aquellas palabras tan hirientes. Ella comprendía perfectamente lo mal que lo pasaba la gente de su alrededor, pero había caído en un bucle del que no conseguía salir. No le quedaban fuerzas. Iba en caída libre y sin paracaídas.

—Yo la quiero, mamá… tanto. Cómo duele, joder… No está bien, mamá. Necesita mucha ayuda, mucho apoyo y, por desgracia, no soy lo suficientemente fuerte para estar ahí para ella. Esta vez no, pero no se trata de merecer o no. —Holland se llevó la mano a la boca

para evitar que se oyeran los gemidos desgarradores que la estaban matando al oír eso en boca del amor de su vida—. Pensé que mi amor sería suficiente para que lo dejara, como si fuera sencillo. Al verla, cuando recae, te sientes no solo impotente, sientes que no eres lo suficiente fuerte por los dos, todo te supera…

No pudo seguir escuchando y corrió hasta su habitación creando un gran ruido al mover el carrito. Liam se dio la vuelta para ver de dónde procedía ese estrépito, pero no pudo alcanzar a ver nada.

—Mamá, tengo que dejarte. Aún me queda hacer la maleta antes de volar a Florida. Gracias por estar siempre ahí…, a pesar de todo. Te quiero. —Y colgó, limpiándose el rostro, mojado por el llanto.

Se tiró a la cama envuelta en lágrimas, odiándose a sí misma por haberle hecho eso a Liam, a alguien que quiso sacarla del pozo con tanta fuerza que se había agotado en el proceso. Durante años había pasado por miles de psicólogos a los que hacía caso durante un tiempo hasta que dejaba de creerse sus mierdas y recaía, negándose la realidad: que ella no estaba enferma ni era una adicta a nada. Entonces abandonaba las terapias, se mantenía cuerda algunas semanas, a veces meses, hasta que algo la volvía a desestabilizar, destruyéndose de nuevo, y recaía de manera más profunda que la anterior.

A lo largo de los años, había leído mucho sobre enfermedades mentales, pues después de que uno de esos médicos le diagnosticara bulimia nerviosa, se puso histérica y lo negó mil millones de veces. Recordaba el artículo que leyó en el blog ITA, especialistas en Salud mental: «La bulimia se caracteriza por la presencia de atracones alimentarios. Se considera que un atracón es la ingesta de una gran cantidad de comida en un período muy breve de tiempo, acompañada de una importante sensación de pérdida de control. En la bulimia, después de cada episodio de sobreingesta, la persona se ve asaltada por un intenso sentimiento de culpa que, junto con el miedo a engordar, precipita maniobras compensatorias como el vómito, la restricción alimentaria o el ejercicio compulsivo. Mediante estas conductas, se consigue mantener el peso, lo que dificulta su detección por parte de familia, profesores y profesionales de la salud».

Bulimia nerviosa: dos palabras que le complicaron la vida y que eran clave para entender por todo lo que estaba sufriendo. Con el paso del tiempo, sumado a eso vinieron las autolesiones que ella misma se provocaba para paliar el dolor emocional que sufría. Hubo terapias que parecían que iban a funcionar, pero se trataba de simples espejismos que desaparecían cuando ella se cansaba de estar

encerrada en un sitio al que no pertenecía. Nunca estaba tan mal como las otras personas del centro de rehabilitación y firmaba su alta voluntaria con la férrea oposición de sus médicos. La escala de grises no existía para ella, todo era o blanco o negro. La adicción a ciertas sustancias, el alcohol…, todo eso era un cóctel explosivo, era una bomba de relojería a punto de estallar. Por ende, mantener una relación sentimental era una tarea titánica. Josh lo intentó, pero tuvo la suerte de escapar antes de quemarse. Por desgracia, Liam ya estaba más que en llamas. Todo era muy intenso alrededor de Holland, incluso llegaba a convertirse dependiente emocionalmente del otro y, si desaparecía, ella se hundía. Tenía muchos miedos en su interior: miedo a ser ella misma y dejarse llevar, tanto que acababa tal y como se encontraba en ese momento; miedo a perder el autocontrol, por lo tanto, miedo a esa violencia hacia sí misma y con los objetos de su alrededor, liberando la rabia que la consumía; pánico a ser ella, fuera como fuera, provocado por los comentarios de su madre desde que era una niña. Miedo a decepcionar a los que la querían, como Faith. Pensó en ella y se derrumbó más. Si su hermanita la viera en ese estado, ¿qué diría?

«No me gusta cuando te marchas…, aparte de querer estar contigo en la misma habitación, no quiero que vuelvas como siempre», aquellas palabras de su hermana rebotaban en su cabeza, atormentándola. Por desgracia, llevaba razón y siempre que se iba de gira no regresaba la misma Holland. Un pedacito de ella se quedaba en esa gira y nunca más era capaz de volver a verla.

Recordó a uno de los doctores que le dijo que era proclive a la autodestrucción y por eso jugueteaba con las drogas y el alcohol. Aquello la enfadó muchísimo y abandonó su consulta dando un portazo. Cuando reflexionó en casa sobre lo que había sucedido, se dio cuenta de que lo era. Quizá porque no soportó oír la verdad o porque recibió una llamada de su madre, soltando una vez más veneno por su boca, pero esa fue la primera vez que agarró un cuchillo y se hizo cortes en los muslos. El dolor era tan intenso que no podía concentrarse en lo que le dolía: el corazón. El dolor emocional entonces pasaba a un segundo plano.

Los psicólogos hicieron siempre todo lo que estuvo en sus manos, pero, cuando el propio paciente se niega la realidad y no desea mejorar su estado, poco se puede hacer pues la bulimia nerviosa es una enfermedad sumamente compleja que a veces no termina de irse jamás. Ellos contaban con las herramientas necesarias para ayudar a Holland en el largo proceso de rehabilitación, pero en todas y cada una de las ocasiones se negaba a sí misma esa posibilidad.

Llamaron a su puerta y se arrastró hasta ella con los ojos llorosos, encogida y triste. Se sorprendió al ver a Will en el umbral con su maleta en la mano. Entró y se lanzó a abrazarla con fuerza, dejando que ella se desahogara con él un largo rato.

—No sé qué es lo que te traes con Liam, pero algo raro hay. Lo he visto y parece un trapo. No voy a preguntarte qué ha sucedido, solo estoy aquí para hacer tus maletas y marcharnos a Florida a dar el último empujón antes de que toda esta pesadilla termine.

—Yo solo quiero que todo esto pare, por favor. Will, haz que pare —le dijo ella en un llanto descorazonador.

Solo quería desaparecer, que el dolor dejara de latir a cada maldito segundo. Quizá tener el valor suficiente para quitarse de en medio ella sola, o mejor, que la propia vida se encargara de ello en un accidente, por ejemplo. Deseaba que algo así sucediera a veces y, no solo para zanjar una vida llena de fracasos y errores, sino también para dejar vivir a los que la querían y estaban cavando el hoyo junto a ella.

47. FLORIDA

El vuelo transcurrió tranquilo y sin incidencias. Liam intentó alejarse lo más posible de ella y estuvo charlando con el equipo de músicos sin prestarle apenas atención a Holland. Por otra parte, Sean hizo lo posible por estar cerca de la cantante, pero ella lo evitaba, hablando siempre con Will o las chicas, que hablaban de sus ligues en diferentes ciudades, como esos marinos que dejan un amor en cada puerto.

—A veces pienso que no he nacido para ser feliz, que habré hecho algo en otra vida y el castigo en esta es ser infeliz —le dijo al compañero de su grupo.

—No digas tonterías —respondió William—, no hay un plan establecido para nadie. Simplemente, vienes a la vida a intentar ser feliz como tú quieras serlo. Otra cosa es que en el camino cometas errores o haya obstáculos grandes que te lo impidan.

Ella lo miró, resignada, como con pena. Él, al igual que ella, era un tipo al que el amor se le resistía. Quizá era porque de la mano de Sean siempre andaban flirteando y tirándose a todas las chicas que les gustaban, pero jamás llegaba a enamorarse.

—Yo también estoy cansado de esta puta vida a veces, pero no me vengo abajo. —La infancia de su amigo no había sido sencilla con un padre maltratador y una madre alcohólica que respondía a los bofetones de su marido pegando ella también.

—¿Nunca te has enamorado?

—El amor es un cuento chino, Hol. —Chascó la lengua antes de hablar y, tras hacerlo, le dio un beso en la frente con cariño.

Seguramente, tras vivir esa relación de sus padres tan tóxica, en la que ambos se trataban fatal para a los cinco minutos darse el lote incluso delante de su hijo, lo había marcado y tenía ese pensamiento tan triste sobre el amor.

—Estoy convencida de que un día te enamorarás de una tía preciosa con cuerpazo, de las que te gustan a ti, y nos reiremos de esto.

—No lo creo. —Le palmeó la pierna antes de levantarse para ir al lavabo.

El resto del vuelo transcurrió sin grandes incidentes. Cuando llegaron al aeropuerto de Florida, miles de *fans* los esperaban para recibirlos, aun siendo las tantas de la noche.

Holland, con la gorra y las gafas de sol, saludaba sin mirar a nadie en particular, fingiendo una gran sonrisa. Se subieron a la furgoneta y llegaron al hotel a los pocos minutos.

—Si quieres, duermo contigo hoy —se ofreció el chico con el que había viajado todo el vuelo filosofando sobre la vida.

—Tranquilo, Will. Estoy bien. —Esa fue una de las muchas mentiras que le dijo a su amigo a lo largo de su trayectoria juntos. Él supo que ella no le decía la verdad. Insistió un par de veces y la dejó irse a su *suite*.

No fue una noche apacible ni calmada. Tuvo pesadillas y el síndrome de abstinencia hizo aparición. Se bebió todo el alcohol que había en el minibar y encontró en su neceser unas anfetaminas de aquellas que robó a Sean. Después de eso, se puso a cantar con el piano, vio la televisión, pidió comida al servicio de habitaciones para vomitarla horas después y cayó rendida, rozando el alba.

Llamaron a su puerta sobre las doce, ya que no se había presentado al ensayo. Era la hora de irse al estadio y tenía que estar presentable, al menos. Marcus estaba en el umbral, horrorizado al ver el estado en el que se encontraba. La metió en la ducha, a pesar de sus quejas, y la ayudó a vestirse para poder subirse a la furgoneta que los llevaría al estadio. Cuando apareció con las gafas de sol y la gorra en el *hall* del hotel, nadie se dio cuenta de su mal aspecto a excepción de Liam, que sabía que la noche debería haber sido movidita.

—Ven, Holland —la llamó Will, y la abrazó, llevándosela con él al coche.

Él también estaba pendiente de ella y sabía que se habría metido de todo la noche anterior. Todo el trayecto estuvo cantándole en el oído mientras los celos de Sean despertaban por no ser él quien hacia aquello. Durante años, ese había sido su papel en esa relación a tres bandas y estaba histérico.

—¡Qué coño haces, tío! —fue el grito que dio el batería de la banda cuando todos se adelantaron en el pasillo camino al escenario. Sean lo cogió por el cuello, furioso.

—¡Deja de tocarla, deja de hacer eso!

—Pero ¿de qué mierda vas? ¿Ya te has metido algo? Joder, me das asco —fue su respuesta, zafándose del bajista, que era evidente que iba colocado.

—¿Will? —Oyeron como Holland lo llamaba y el chico, tras echarle una mirada furibunda a quien él consideraba uno de sus mejores amigos, anduvo hacia el escenario para el ensayo.

Estuvieron un par de horas haciendo arreglos musicales,

ensayando posiciones y canciones hasta que descansaron un poco. Todos veían a Sean actuar de manera extraña, pero algunos músicos lo achacaban a la situación vivida semanas atrás. Holland, sin embargo, sabía que se había metido algo, como ella la noche anterior, y no era nadie por ello para juzgarlo.

—¿Estás bien? —Liam no aguantó más y tuvo que acercarse a ella para ver cómo se encontraba.

—No es algo que ya te incumba. Haz tu trabajo y lárgate cuanto antes —fue su airada respuesta, llena de dolor.

—Holland, por favor… —Pero ella se alejó, pues se le rompía el corazón, estando tan cerca de él y no poder abrazarlo, olerlo…

Llegada la hora del concierto, las chicas la ayudaron a arreglarse, poniéndole de nuevo la peluca del pelo a colores que tanto fascinaba al público. Ese día ella quería un *look* oscuro y a regañadientes cumplieron su deseo. Cuando salió al escenario, dio igual si iba vestida con colores oscuros, pues la algarabía, los gritos, los aplausos… dejaron claro que la querían por ser Holland en su esencia, sin disfraces.

—Joder, estás más espléndida que nunca —le dijo Will en el descanso.

—Anda, deja de halagarme, tonto. —Y, en ese instante, Sean aplastó una lata de cerveza que se estaba bebiendo, desparramando su contenido antes de tirarla al suelo para dar un grito, caminando hacia su amigo.

—¡Sean! ¡Para! ¡Detente, idiota! —respondió, asustada, la cantante mientras los chicos de seguridad que los acompañaban se lanzaron a separarlos.

—Pero ¿qué pasa aquí? —preguntó el guitarrista, alarmado por los gritos.

—¡Eso! ¡Y ahora el chico ideal viene a salvar a la princesa! ¡Hijos de puta! ¡Ella es mía! ¡Fui el primero en llegar! —estalló más que colocado el bajista de la banda.

Hol no podía creer lo que estaba oyendo y un escalofrío de puro terror iluminó su rostro. Liam se puso delante de ella, protegiéndola, también asustado.

—O te calmas, o no vuelves a salir al escenario. Tú verás, cabrón —contestó Liam, muy enfurecido.

Los tipos grandes de seguridad se lo llevaron fuera de la sala donde estaban tras un movimiento de cabeza del guitarrista y él se giró para mirar a Holland, que seguía aterrorizada.

—¿Estás bien? ¿Holland? ¿Me oyes?

—Sssssí… estoy… bien. —Él asintió con la cabeza y se dio la

vuelta para ver las heridas de Will que ya estaban curándole.

Tras el altercado, regresaron al escenario a seguir con la segunda parte del *show*. Will tenía tal cantidad de maquillaje para cubrir las heridas producidas por Sean que parecía más un maniquí. Se quedó en un segundo plano tras el incidente para que las luces no le dieran directamente y se notara que algo había cambiado en su cara. Marcus estaba fuera de sí al enterarse de lo sucedido y, a pesar de desear matar con sus manos al bajista, se contuvo para disimular. Tras los aplausos finales, saludaron de lejos sin darse la mano como hacían en cada concierto y bajaron las escaleras camino al *backstage*.

—Se acabó, peque —le dijo el mánager, que consideraba a la líder de la banda casi como una hija, mientras la abrazaba. Ella no pudo evitarlo y se echó a llorar, aliviada. Lo había conseguido. Sin duda la peor gira de su vida, pero había podido acabarla sin que se levantaran sospechas en los medios de comunicación.

—Hol…

—¡Como te acerques un solo paso a ella, te juro que te mato! Ganas no me faltan, yonqui de los cojones —le chilló al bajista, a quien se le estaba pasando el efecto de las drogas y se sentía muy culpable por lo sucedido.

—Ya le he pedido perdón a Will. Solo quería hacer lo mismo con ella —dijo, cabizbajo.

—No sé cómo te atreves a decirme eso, ¿ahora quieres pedirme perdón? Joder, Sean, se te ha ido la puta olla de una manera terrorífica. No vuelvas a acercarte a mí en lo que te queda de mi vida, ¿me comprendes? —fue la respuesta de Holland en el regazo de Marcus.

Liam no andaba lejos, pero no quería involucrarse. Ella sola era capaz de defenderse y así lo hizo. William se acercó a ella, tocándole el hombro, y ella se abrazó a él mientras veían como Sean abandonaba la sala. Al poco, se subieron a la furgoneta y cada uno fue hasta su habitación a descansar, pues estaban extenuados.

La cantante pudo dormir esa noche tras tomarse unos somníferos que Lilly le dio, y se quedó con ella esa noche en su *suite*. El guitarrista se quedó más tranquilo al ver que eso ocurría, idea suya, por cierto, ya que él ya no podía acompañarla.

A la mañana siguiente, se levantaron relativamente pronto y desayunaron juntas en la habitación mientras la estilista le contaba las andanzas de su última relación intermitente con un vecino de su edificio de Los Ángeles. Tras pasar un rato agradable, se vistieron tras recoger todas sus cosas. Holland oyó jaleo en el pasillo y se asomó, sorprendiéndose al ver a sanitarios corriendo por él.

—¿Marcus? —dijo ella al creer verlo a lo lejos.

—¿Qué pasa, Hol? —Se asomó Lilly a la puerta, viendo cómo el último médico entraba en una de las habitaciones—. ¿No es esa la *suite* de Sean?

La respiración empezó a ser entrecortada y se asustó como la otra vez que sufrió una sobredosis. No podía volver a suceder aquello. Salió corriendo descalza hacia aquel lugar, bastante asustada. Al entrar, vio a Marcus en el saloncito, mordiéndose las uñas.

—¡Holland! ¡No, no, no! —Trató de sujetarla, pero no pudo hacerlo. A pesar de ser menuda, tenía mucha fuerza y saber que le podía haber pasado algo a su amigo le dio fuerzas para zafarse de él.

Entró en el baño y se encontró a los médicos con un Sean completamente empapado en el suelo, al lado de la bañera. No se levantaba su pecho, ¿acaso no respiraba? Lo pusieron sobre una camilla, haciéndole las compresiones para ver si respiraba.

—Una, dos, tres… —Ese contar de números no cesaba mientras le ponían oxígeno con uno de esos respiradores artificiales, bombeando, pero Sean no respondía.

Dos paramédicos sacaron cosas de la enorme maleta que llevaban con ellos, moviéndose apresuradamente. Lo monitorizaron en ese mismo sitio sin dejar de hacer las compresiones y maldecían en voz alta.

—Joder, no —murmuró uno de ellos.

Sean seguía sin responder a nada, no parecía que aquello fuera a tener final feliz y Holland solo deseaba que aquello fuera como en Alabama. Falsa alarma, levantarse del suelo, quizá vomitando y abrazando a su amiga, perdonándole por lo ocurrido la noche anterior. Los paramédicos le inyectaban cosas sin dejar de hacerle las compresiones para ver si respiraba. Era un tiempo eterno que nunca llegaba a su fin. Cuando conectaron una máquina, un pitido largo y agudo llenó la habitación. Holland se tapó los oídos, pero fue absurdo hacerlo. No dejaba de escucharlo.

—Sean, por favor…

—Señora, salga de aquí —le dijo uno de ellos sin dejar de ayudar a su amigo a salir del trance.

Holland estaba paralizada sin poder moverse o hablar. Los médicos seguían presionando su pecho, intentando recuperar a Sean, pero él ya estaba muy lejos de allí. Masaje de reanimación, descargas eléctricas y el pitido incesante.

—Déjalo —le dijo uno de los paramédicos al otro—. Hora de la muerte, once y treinta.

Sean se había marchado, quién podía saber si voluntariamente o

no. Su final estaba escrito tiempo atrás con esa vida que llevaba. Holland entonces recordó los momentos felices que vivieron juntos, como él la subía a su espalda y ella abría los brazos, gritando de emoción, riendo ambos sin parar. Aquellos instantes parecían ya tan lejanos. ¿Por qué no pudo agarrarse a la vida y vivir? ¿Por qué no le bastó con tener a su amiga Holland como siempre?

—Holland, sal de aquí. —Era Liam, que acudió en su busca, moviéndola como si fuera un bloque de cemento.

Al salir del baño, no podía quitarse la imagen de su amigo Sean, muerto en el suelo, y se derrumbó. El guitarrista no tuvo tiempo de cogerla y se cayó a los pies de Marcus, que estaba tan en *shock* como ella. Sollozaba, aullaba de dolor, rasgando sus cuerdas vocales. Se iba a quedar sin voz.

—¡Sean! ¡Sean! ¡Sean! —Era lo único que acertaba a decir, gritando.

—Shhh…, venga, vamos a levantarnos. Salgamos de aquí, Hol —le rogaba Liam con lágrimas en los ojos.

Los paramédicos salieron del baño, comunicando el fallecimiento del bajista del grupo, y fue cuando Liam aprovechó para sacar en brazos a su chica fuera de allí. Se sentó con ella en brazos en el pasillo mientras ambos lloraban, desesperados. Ella, por la pérdida de su querido amigo y él, porque no salía del asombro de todo lo que estaba sucediendo.

Holland no dejaba de gritar, llamando a su amigo, quería volver a entrar en la habitación, pero Liam la retenía con fuerza, evitándolo. ¿Por qué? ¿Por qué? ¿Por qué? No dejaba de decirlo en voz alta. Su último recuerdo fue el rostro de Sean, cabizbajo, pidiéndole perdón y ella siendo ruin con él, sin perdonar a alguien tan enfermo como él. Lo único que estaba haciendo era implorar ayuda en voz alta, desgañitándose, de la peor manera posible con sus modos. Ayuda, al fin y al cabo.

Sean ya no pertenecía a ese mundo. Se había ido tras una vida llena de excesos, de momentos de éxtasis y bajones tremendos, pero se había ido con una cosa buena en su vida: Holland. Enamorarse de ella, quererla… fue gran parte de lo que lo mantenía vivo. Era a lo que se agarraba cuando el mundo se le desplomaba y, al haberla herido, ya no quedaba esperanza alguna ni luz al final del túnel. Por eso, ese mismo día encontraron una nota en el lavabo que decía:

Lo siento, mundo, pero ya no lo soportaba más. Comprendedme y no lloréis por mí. Mejor, correos una buena juerga a mi salud. Hol, no sabes cuánto lo siento. No lo hice siempre mal, quédate con eso. Siempre te querré. Sean.

A ella no se la enseñaron hasta pasados varios días. Liam fue quien lo hizo para poder tomarla en brazos cuando volviera a romperse entre sus brazos, llorando desconsolada, sintiéndose culpable.

—Es como si perdiera a todos los que quiero, como si les echara una maldición y se fueran, abandonándome —musitó ella entre sollozos e hipidos.

Aquella noche en la que Sean se marchó, fue el comienzo del declive de Holland.

48. VOLVER A LA NORMALIDAD

Volvía a estar en su casa de Los Ángeles y no le gustaba nada. Tras el fallecimiento de su amigo Sean, todo se volvió oscuro. El bajista no tenía familia más que la propia banda, por lo que fue Marcus y los productores, entre ellos Christopher, que no podía creerse lo que había sucedido, quienes se encargaron de todos los trámites para llevarse el cuerpo de vuelta al que fue su hogar. Liam recordó los amargos momentos cuando falleció su hermano Mike, pero, aun así, estuvo al lado de Hol todo el tiempo. Al principio, estaba como en *shock* hasta que poco a poco fue volviendo en sí. Sentía que estaba en un universo paralelo, viviendo otra vida que no era la suya, como si no fuese real. Era una Holland distinta, como si en su mismo cuerpo habitaran dos chicas distintas, una soñadora, enamorada de la música que componía y era feliz en un escenario, y otra, vieja y agotada, que no tenía interés por seguir viviendo.

Estar con Liam la ayudó a poder romperse del todo, ya habría tiempo para recomponer todos esos fragmentos que Sean había despedazado con su cobarde decisión. Cuando pudieron regresar a Los Ángeles, prepararon un discreto funeral dentro de las posibilidades, ya que para el público en general fue una gran conmoción. A las puertas del edificio donde vivía el chico, miles de *fans* lo llenaron de flores, velas y mensajes con fotos del joven bajista.

—Me siento como si hubiera vivido una vida entera y hubiese vuelto a un sitio al que no pertenezco —confesó a Poppy el día que llegó a su apartamento.

—Poco a poco, cariño —contestó.

Llamaron al timbre y a los pocos segundos parecieron Jocelyn y Matt por la puerta, con el rostro aún desencajado. Ninguno de sus amigos sabía nada de lo que había sucedido en la gira, más que la muerte de Sean, que aún no podían creerse.

—Dios, Hol. —Su amiga, recién llegada, se lanzó a sus brazos.

Se sentaron en el sofá de nuevo mientras Mathew le acariciaba la rodilla con cariño. Poppy acariciaba a Zeppelin, que buscaba mimos en cualquier momento.

—Ahora estarás bien —le decían sus amigos para animarla, pero

estaban muy alejados de la realidad.

—Lo echo de menos. Últimamente, nos habíamos peleado y apenas hablábamos. Yo lo trataba mal, ha muerto por mi culpa —dijo entre sollozos la joven líder de los *Dead Souls*.

—Vamos, no digas eso, cariño —le pidió Mathew.

Lo siento, mundo, pero ya no lo soportaba más. Comprendedme y no lloréis por mí. Mejor, correos una buena juerga a mi salud. Hol, no sabes cuánto lo siento. No lo hice siempre mal, quédate con eso. Siempre te querré. Sean.

Les enseñó la nota que le dieron manuscrita por Sean y que no dejaba de tener en la mano, pues de aquella triste forma se sentía un poco cerca de él.

—Seguro que él sabía que lo querías. Esas cosas se saben —dijo Poppy.

—Pasaron muchas cosas en la gira… Si vosotros supierais.

—Cuéntanoslo. Expresa todo lo que necesites y lo que quieras, Hol. Las cosas hay que echarlas fuera y no dejártelas nunca dentro porque te envenenan.

Comprendía a la perfección de sus amigos, pero ella solo quería echarse a dormir y que, al despertar, nada de aquello hubiera sido real, sino más bien una pesadilla. Pidió ir a dormir y lo respetaron, turnándose para quedarse con ella en casa varios días. No se sentían tranquilos al dejarla sola entre aquellas cuatro paredes. La primera noche en la que se quedó Poppy a dormir, apenas durmieron, ya que Holland no hacía más que tener pesadillas y sueños extraños con Sean en las que él le pedía una nueva oportunidad que ella le negaba. Estaba tan pálida y cansada que estaban realmente preocupados por ella. La mañana siguiente, un médico fue a su apartamento a verla y le exigió que se alimentase y tomara unas pastillas para poder dormir. A la siguiente noche, se quedó Jocelyn, observándola sin descanso, tratando de que ella quisiera comer algo y dosificándole los somníferos que el médico le había recetado.

—Vamos a ver una película, o a intentarlo por lo menos… Sí… No te preocupes, estoy descansada. Mañana también me quedaré… Ya te quedarás tú, tranquilo… De acuerdo, yo también. Adiós.

—¿Quién era? —le preguntó a su amiga tras darse una ducha.

—Era Matt, está muy preocupado por ti, como todos.

—¿Ha pasado algo? —La miró, frunciendo el ceño, viendo como su amiga le esquivaba la mirada.

—Te voy a preparar algo de cenar y vemos una peli, si quieres una de las tuyas, de miedo. Fíjate si te quiero que voy a sufrir por darte el gusto.

—Jocelyn, ¿qué me estás escondiendo? —La paró, agarrándola de la mano.

—No es momento para hablar de eso, Hol. Ya habrá tiempo.

—Si puedes colaborar a que evada la mente y piense en otra cosa, te lo agradecería. — Fueron al sofá a sentarse y allí charlaron sobre lo que la cantante no tenía ni idea.

—Mathew y yo… estamos juntos —confesó con las mejillas arreboladas.

—¿De verdad? —Le dio un abrazo, esbozando una media sonrisa —. No sabes cuánto me alegro por vosotros, sobre todo, por ti que llevas media vida enamorada de él.

—Estoy como en una nube, Hol, no sé… mil cosas podrían salir mal y terminarse mañana, pero no quiero pensar en eso. Solo soy capaz de sonreír y de disfrutar junto a él.

—Eso es lo mejor. —Hizo una pausa—. Yo… me he enamorado, ¿sabes? Durante la gira han pasado muchas cosas que no os he contado.

—Quizá deberíamos hacer un aquelarre de los nuestros con mucho alcohol y hablar tranquilamente los cuatro. —Pero Hol negó.

—No tengo ganas ahora mismo, lo siento. Solo puedo decirte que es una persona como nadie. Jamás he conocido a alguien como él, no sé…

—¡Eso es fenomenal, cariño! —Empezó a llorar.

—No, Jocelyn, lo he vuelto a estropear, pero esta vez no es como con Josh. Me duele tanto el alma, le he hecho tanto daño que nunca podré perdonármelo.

—Seguro que hay una solución, Hol…

—No lo creo. —Se limpió el llanto con las manos.

—Bueno, pues entonces habrá que superarlo como hiciste con Josh.

—Es que no se ha parecido en nada a eso. Liam…

—¿Ese es él? —Asintió.

—Nunca se ha unido a mi autodestrucción, sino que la ha evitado a toda costa. Le he hecho tanto daño, Jocelyn… —Su amiga la abrazó, tratando de consolarla.

—Vamos a hacer una cosa. Vas a recuperarte, a ponerte fuerte y volver a ser tú. Y después hablarás con ese tal Liam y veremos si hay solución. —Por desgracia, no había mucho que solucionar.

En cuanto el guitarrista supo que ella estaba bien atendida por sus amigos, cogió un avión y se fue a su casa, a México. A recargarse, a esconderse en los brazos de su madre, que siempre lo había comprendido y entendido. A estar con su familia, pues haría una

parada en el hogar de su hermana para pasar unos días con ella y sus sobrinos. «Poco a poco», como le decía su madre. «Poco a poco».

49. ENFRENTAMIENTOS QUE LLEVAN AL FIN

—Estamos todos contigo, Holland. Hoy mismo he estado hablando con varias clínicas para ingresarte en un programa de rehabilitación. Por favor, esta vez sí que sí, coge la mano de los que te queremos, haremos todo lo que sea necesario, pero tienes que poner de tu parte. —Marcus estaba cambiado. Ella no sabía si era por algo que hubiese sucedido tras la vuelta o quizá sería que estaba harto de ella.

—¿La familia bien? —Él asintió con la cabeza—. ¿Ha pasado algo?

—Las cosas no van bien, Hol —dijo tras un largo suspiro.

—¿A qué te refieres exactamente?

—Los productores se han cansado y han roto los contratos que teníamos con ellos.

—No pueden hacer eso. ¿Pueden? —Cogió un cigarro para encendérselo mientras se mordía las uñas.

—Holland, esta gira ha sido demasiado y después de lo de Sean… —Escuchar mencionar su nombre seguía produciéndole mucho dolor.

—Te preguntarás por qué no he ido al funeral o al cementerio.

—Nadie cuestiona cuánto lo querías. —Hablar de él en pasado aún era difícil para ella.

—Marcus, simplemente, no puedo más… Ir a su funeral hubiera sido la estocada final. No he podido despedirme bien y jamás podré hacerlo… —Él se acercó a ella y la medio abrazó, pues ella no se dejaba del todo.

—Shhh… calma, peque. Todo se arreglará. —Cuantísimas veces había oído esa frase. Ya no creía en ella. Era el final de su banda y no le importaba. Estaba tan sumamente destrozada que nada más que respirar le preocupaba.

—¿Puedes llevarme a casa de Faith? Necesito verla.

El mánager le dijo que sí con rotundidad y se fueron a casa de la madre de Holland para poder ver a su querida hermana.

—Espérame aquí.

La cantante entró en la casa, pero esta vez iba con las gafas de sol y la gorra sin querer abrazar a nadie. Subió las escaleras camino a la habitación de su hermana sin siquiera preguntar por su madre, pues

sabía que de hacerlo la tormenta sería tan horrorosa que acabaría destrozándolo todo.

—Hola, bonita —susurró al entrar en el cuarto de la hermana.

—¿Hol? —preguntó la menor, que no la reconocía, pues había adelgazado mucho y estaba muy cambiada: pálida, escondida tras las gafas y la gorra, con ese aspecto tan terrible que Faith jamás había visto.

—¿Cómo estás? —Se deshizo de la gorra y de las gafas y se sentó en la cama de su hermana, que no dejaba de mirarla sin reconocerla.

—Bien… ¿qué te ha pasado? Mamá chilló un día muy fuerte diciendo tu nombre y papá tuvo que sujetarla porque se estaba poniendo histérica, pero nadie me cuenta nada. Mamá me dijo que habías hecho cosas muy malas, ¿es verdad eso? —Y, entonces, sucedió. Lo que Holland temía más en el mundo: ver la decepción en los ojos de su amada hermanita.

—Ven aquí. —Le tendió la mano y ella fue hasta ella, sentándose a su lado. Se abrazaron y por unos segundos la líder de los *Dead Souls* sintió que regresaba a los tiempos en los que estar con ella la evadía de la realidad y la hacía sentir feliz, sin más.

—Holland, ¿qué ha pasado?

—La vida a veces es complicada, pequeña, pero te doy un consejo. No escuches siempre a mamá, a veces no lleva la razón.

—Eso es, dile a la niña que no escuche a su madre. Muy sabio consejo. —Oyó la voz de su madre y suspiró. Besó a su hermana y se levantó, poniéndose la gorra y las gafas.

Solo quería salir de aquel cuarto, de aquella casa y esquivar a su progenitora, sobre todo.

—¡Holland! ¡Holland, detente! —Bajó la escalinata a toda velocidad, pero antes de llegar a la puerta vio a Duke, que se interponía en su camino.

—Hola, Hol. —Le abrió los brazos y ella se refugió en ellos.

—Di que sí, tú trátala como una niña pequeña, sigue alimentando sus tonterías y después nos quejaremos de cómo está la niña —refunfuñaba la señora de la casa, que bajaba las escaleras tras ella.

—¿Qué demonios quieres de mí? —le chilló su hija, cansada.

—¿Cómo te atreves a levantarme la voz, Holland Marie Evans Dokens?

—No te preocupes, que ya me voy. —Abrazó al esposo de su madre, pero, cuando fue a abrir la puerta, sintió que tiraban de su brazo, retorciéndoselo.

—Ahhh, ¡me haces daño!

—No será cierto… —Le remangó las mangas de la camisa gris

que llevaba y, efectivamente, comprobó, horrorizada, las cicatrices de los cortes que se había producido semanas antes.

—¿Qué? ¿Te escandaliza que tu hija se autolesione? —Su madre tenía la mano en la boca, negando con la cabeza. Duke se puso a su lado para cogerla, pues se estaba mareando.

—Pero qué… ¿quién demonios eres tú y dónde está mi hija? ¡No puedo creer que todo lo que se rumorea sobe ti sea cierto! Dios santo, ¿qué he hecho yo para merecer a una hija como tú?

—¿Merecer? ¿Hablas de merecer? —Se rio con ironía—. ¿Tú, precisamente? ¿La persona que más me ha odiado toda mi vida y que más daño me ha hecho? ¿Cómo te atreves? —contestó, andando hacia ella, mientras la señora Schuller retrocedía.

—¿De qué estás hablando? ¡Te has vuelto loca! Tantas drogas, alcohol y perversión te han convertido en un monstruo —le chilló, impotente, parándose en el sitio.

—¿Un monstruo, dices? ¡Tú eres el monstruo! ¡Tú eres quien nunca ha aceptado a su hija tal y como es! ¿Ves esto? Estas marcas que yo misma me he hecho, y más que tengo en el cuerpo, me las he provocado por todo el dolor que me has ido causando durante toda mi jodida vida.

—Vete de mi casa.

—No te gusta escuchar la verdad, ¿no?

—Hol, por favor, ya basta —le pidió Duke, acercándose a ellas.

—¡No, no basta! Llevo años callándome todo y ya no puedo más. Jamás me has querido, no me has aceptado nunca. Siempre has estado limitándome, avergonzándote de mí, como si yo fuera la peor hija del mundo. Eso por no hablar de cómo has controlado desde que nací todo lo que comía. ¿Sabes que tengo bulimia nerviosa? Por tu culpa, querida madre, porque me has odiado tanto y me has criticado tantísimo que no me he querido nunca a mí misma —le confesó con lágrimas en los ojos—. ¡Si soy lo que soy, es por tu maldita culpa! —Cogió un jarrón que había en la entrada y lo tiró mientras gritaba.

—¡Basta, Holland! —chilló Faith desde la escalera, llorando.

Su padre fue hasta ella para abrazarla y la adolescente ocultó la vista en su regazo. Aquello fue el mazazo que la dejó en *shock*. Marcus llamó a la puerta y el mayordomo, algo acobardado, pues habían escuchado los gritos desde la cocina, salió a abrir.

—¿Hol, estás bien? —No podía dejar de mirar hacia donde se encontraba su hermana.

—Te pido que te marches de esta casa y que no vuelvas a ella hasta que me pidas perdón —fue la respuesta de su madre antes de desaparecer por el salón.

—Vamos, Holland. —Tiró de ella, que no podía articular palabra.

Llegaron al coche del mánager y tuvo que ponerle inclusive el cinturón de seguridad. No respondía a nada, estaba tan impresionada por lo que acababa de ocurrir que no podía hablar. Marcus llamó a sus amigos de camino al apartamento de la joven, pues él tenía asuntos que atender y le era imposible poder estar con ella. Cuando llegaron Poppy y Jocelyn, estaban allí, esperándolos. Entre las dos la subieron a su casa y hablaron brevemente con el mánager, que estaba tan aterrado como ellas. Jamás habían visto así a su amiga y no sabían cómo ayudarla. Hol oyó cosas como «clínica de rehabilitación» o «urgente», pero nadie fue a preguntarle a ella. En el fondo, lo comprendía, estaban cansados de su actitud y de que no fuera capaz de comportarse como todos esperaban.

Arrastrando los pies, fue al baño que estaba dentro de su habitación después de cerrar la puerta con mucho cuidado. No quería que la escucharan. En uno de los armarios del baño, tenía pastillas de todo tipo: calmantes, antiinflamatorios, antidepresivos, barbitúricos, etc. Cogió una mezcla de estos últimos con pastillas que le habían recetado varios terapeutas para la depresión y se las llevó a la boca, bebiendo vodka con ellas.

Siempre tenía alcohol escondido en el baño para «situaciones de emergencia». Quería que todo acabase con rapidez, cuanto antes. Se fue de nuevo a la cama y esperó mientras recordaba las cosas que dejaba allí: a Liam, todo lo bonito que habían vivido y que había merecido la pena esa vida después de todo, las risas de su hermana Faith, las borracheras con sus amigos que la adoraban, Marcus y todo lo que se había esforzado siempre en cuidarla, sus éxitos, las sombras…, pero antes de cerrar los ojos, sobre todo, se quedó con la voz del guitarrista y cómo susurraba su nombre cuando hacían el amor.

La vista se le nubló, sintiendo cómo los párpados le pesaban. No era capaz de mantenerlos abiertos por más fuerza que hacía. Tantas veces anhelaba haberle puesto fin a su vida y estaba llena de miedo al sentir que se apagaba lentamente. Lamentaba profundamente en esos instantes, en los que la vida le pendía de un hilo, haber destruido la vida de mucha gente comportándose así, en especial a Liam. Cuánto le dolía saber que a partir de entonces debería seguir solo adelante, avanzar, crecer, madurar, enamorarse de nuevo, crear su propia familia, conseguir sus sueños… Mientras ella se hundía más y más en la oscuridad.

—¿Hol? ¿Holland? Algo no va bien. —Oyó a lo lejos una voz, quizá una de sus amigas antes de escuchar gritos y sentir cómo la

zarandeaban.

No era capaz de decir el tiempo, pero mientras ella sentía cómo se hundía y se alejaba de la vida otras personas trataban de retenerla. Oyó un pitido, gritos y sollozos. Y, después, por fin, la nada.

50. UN ENCUENTRO INESPERADO

Afortunadamente, la sobredosis no fue muy severa y consiguieron estabilizarla. Los paramédicos que acudieron al apartamento de Holland tras la llamada histérica de Jocelyn fueron quienes consiguieron que el pitido incesante que marcaba el final de su vida dejara de sonar en soledad y fue acompañado de varios sonidos que alentaban la esperanza. Pasó esa noche intubada en la UCI, sedada y sin ser consciente del dolor que había provocado a su alrededor.

Mathew llegó al hospital nada más escuchar a su novia llorando al teléfono. Al verla sentada en una de las sillas de la mano de Poppy, se lanzó a abrazarlas, fusionándose los tres en un intenso abrazo lleno de pena, angustia y sufrimiento.

—No me puedo creer que haya hecho eso.

—¿No la estabais controlando? —se quejó el chico, que se tragaba el llanto.

—Por supuesto que sí, pero, según nos contó Marcus, tuvo una bronca bestial en casa de su madre con ella y fue el detonante de todo. La llevamos a la cama porque estaba como ida y nos fuimos al salón a hablar sobre qué hacer.

—No fue tanto tiempo, creíamos que estaba descansando en la cama —explicó Poppy.

—Y ahora a saber dónde está mientras cree que se ha marchado y ya no puede hacer sufrir a nadie más con su comportamiento.

—No digas eso, Jocelyn —la regañó Matt.

—Vamos, ¿acaso no es lo que todos estamos pensando? Joder, si llegamos a tardar un poco más, se habría muerto. Es como un milagro que esté viva con la cantidad de mierdas que se ha metido.

—¿Eso os han dicho los médicos?

—No con esas palabras, pero casi, Matt —contestó Poppy, algo más entera.

—¿Habéis llamado a su madre?

—Nosotras no, creo que se iba a encargar Marcus, aunque, después de la pelea que tuvieron, no sé si vendrá.

—Jocelyn, es su madre, ¿cómo no va a venir? —replicó Mathew.

Se sentaron en las sillas de la sala de espera, pues aún querían quedarse un rato más, aunque los doctores ya no iban a pasar a

hablar con ellos hasta el día siguiente. Sumidos en un silencio eterno, solamente, se oían algunos sollozos. Entonces, se tomaban de las manos y sentían el apoyo del otro ahí, latente, casi se podía tocar.

—Yo mañana tengo que ir a trabajar, pero, en cuanto salga, me vengo al hospital —dijo Jocelyn, limpiándose las lágrimas vertidas.

—De acuerdo, yo podré venir hasta mediodía. Os iré informando de lo que me vayan diciendo —respondió Poppy.

Dio dos besos a sus amigos y se fue a casa a ducharse, cenar algo y poder dormir, aunque le era difícil conciliar el sueño. No podía dejar de repasar mentalmente cualquier señal que la hubiese hecho percatarse de que Holland deseaba acabar con su vida, pero no la palabrería, sino conversaciones profundas que solían tener y donde aparecería esa intención.

Tras dormir unas cuantas horas, al día siguiente fue a casa de su amiga para ver a Zeppelin. Aún había restos del trabajo de los paramédicos en la habitación principal y sintió un escalofrío que le recorrió todo el cuerpo. El sonido del timbre la distrajo y fue hasta la puerta para ver de quién se trataba.

—¿Eres Will? —El chico asintió antes de pasar al interior del apartamento.

—Perdona, pero yo no sé quién eres.

—Claro, qué tonta soy. Soy Poppy, amiga de Hol. —Le tendió la mano, que él estrechó, esbozando una sonrisa.

—Disculpa que me presente aquí de esta manera, pero desde ayer estoy llamándola y no me lo coge, así que me he animado a venir a verla. —A la chica se le empañaron los ojos, pues aún acumulaba mucha tensión.

—Lo siento, no suelo llorar y menos delante de desconocidos, ¿sabes? —Intentó sonreír.

—No te preocupes, ¿ha pasado algo, Poppy? —Ella confirmó con la cabeza, limpiándose los ojos con un pañuelo que él le dio.

—Ayer estábamos aquí con ella y con vuestro mánager… Bueno, Holland estaba en su habitación mientras charlábamos aquí sobre cómo ayudarla y ella… intentó suicidarse.

—¿Cómo…? —Se quedó más blanco que la pared al oír eso.

—Sí, está en la UCI. Hoy nos dirán algo más los médicos. De hecho, ahora mismo voy allí, he venido solo a ver a Zep y a ponerle de comer.

—Voy contigo —respondió, rápidamente, poniéndose de pie.

—A lo mejor deberíamos llevarle ropa o algo así, ¿no crees?

—Si está en cuidados intensivos, no creo que lo necesite —contestó el chico.

—Ah, claro. Tienes razón, qué tonta soy.

—Ya te has llamado tonta dos veces en muy poco tiempo. No creo que sea sano hablar así de uno mismo —le dijo sin parar de sonreír.

—Bueno, yo soy así conmigo misma —disimuló, bromeando.

—¿Vamos, Poppy?

—Ay, espera. Me parece que Zeppelin se ha quedado en su habitación y no quiero que esté allí encerrado.

—Yo voy. —Fue hasta allí y abrió la puerta, buscando al gato. Vio al igual que la amiga de Holland el resto del trabajo de los médicos y se le subió el estómago a la garganta. Rebuscó con la mirada, queriendo salir de allí cuanto antes, y vio a Zep escondido entre las sábanas. Lo cogió y lo echó al suelo, saliendo el gatito del cuarto. Antes de salir, él vio que en una de las mesitas blancas había un sobre con el nombre de Liam. Se atrevió a tomarlo y se lo enseñó a Poppy, que lo guardó en el bolso. Más tarde se preocuparían de eso.

Al llegar al hospital, los médicos que atendían a su amiga les dijeron que en unas horas seguramente despertaría. Había pasado buena noche, sin complicaciones, y eso era algo muy positivo a tener en cuenta. Saldría de aquella situación, sin lugar a dudas. Ella se puso tan contenta que se lanzó a abrazar a William sin miramientos.

—Lo siento…, es que he pasado una noche horrible con muchas pesadillas, pensando en cosas tremendas y…

—Poppy, lo entiendo —contestó él, cogiéndola por las manos tras separarse.

—Liam es un integrante del grupo, ¿verdad? —Él asintió y ella le enseñó el sobre.

—Quizá deberíamos llamarlo —propuso Will, a lo que ella contestó que se encargase él, pues no tenía su contacto.

Poppy se retiró a llamar a sus amigos para darles las buenas noticias mientras William buscaba en el móvil el número de su compañero de banda para hacer lo mismo. Antes de hacerlo, alzó la vista para ver a la chica que acababa de conocer y que físicamente era tan distinta a las mujeres que solían atraerle. No obstante, la amiga de Holland le llamó la atención. La observó hacer muecas de felicidad e incluso dar algún saltito mientras charlaba por teléfono sin prestar atención al batería, tan acostumbrado a que las chicas supiesen quién era y acto seguido se lanzasen a su cuello. Se concentró en hacer aquella llamada que le rompería más el corazón al guitarrista sin darse cuenta de que Poppy hizo lo mismo que él segundos antes. Ella sabía perfectamente quién era al verlo aparecer en la puerta, pero optó por hacerse la loca para que él no se creyera

más de lo que ya se creía. Hol le había hablado, además, mucho de sus compañeros de grupo y sabía que era un ligón empedernido, lo que no evitó que, al conocerlo, le gustara. Ella, que se sentía tan poquita cosa, pues, amorosamente, su vida era un desastre y él, tan acostumbrado a mujeres delgadas y poco cerebro no podía dejar de mirarla de reojo.

—Hola, Liam. Soy Will…

51. LA DESPEDIDA DE LIAM

Suele decirse que tu vida pasa por delante de tus ojos en momentos críticos y así fue como yo lo viví el día que Will me llamó para contarme el intento de suicidio de Holland. Por un momento, el teléfono se me escurrió de entre las manos. Por suerte, estaba en la cama y no se precipitó al suelo. A pesar de haber solamente dos horas de diferencia horaria, eran las once de la mañana y yo seguía metido en la cama. Desde que había vuelto, apenas me quedaban ganas para hacer nada. Mi hermana se asombró al verme cuando llegué a la puerta de su casa. Simplemente, me abrazó y me dejó entrar. Mis sobrinos se lanzaron a mi cuello y ahí tragué un poco, aplacando el nudo que se me puso desde que vi a mi hermanita. Cuando ya estuvimos a solas, derramé todas y cada una de las malditas lágrimas que llevaba conteniendo tanto tiempo. Estar con ellos esos días me revitalizó un poco, me dio energía para poder subirme a otro avión y llegar a mi casa en México.

Mi madre, por su parte, hizo lo propio de una madre, escucharme, darme la mano y abrazarme cuando lloraba e infundirme valor y coraje. Parte del que ella había tenido que buscar cuando su hijo falleció. Estaba desconectado de todo: televisión, periódicos, radio, etc. Tras asistir al funeral de Sean, desaparecí. Recordaba esos aciagos días en los que los periodistas se nos echaban encima a la mínima oportunidad que tenían al vernos. El mundo lloró la pérdida del integrante del grupo. Las noticias no dejaron de hacer programas especiales dedicados al grupo y en especial al bajista fallecido por una sobredosis en un hotel de Florida. Los *fans* no dejaban de crear altares en la puerta de su casa y en la discográfica. Todo sucedió muy deprisa y apenas me dio tiempo a ser consciente por todo lo que habíamos pasado en poco tiempo.

No conseguí despedirme de Hol, simplemente, es que mi cuerpo no podía hacerlo. La última vez que la vi, le di la nota de su amigo en la que se despedía. Ese día me quedé a pasar la noche con ella, la abracé tanto que siempre me quedarán esos recuerdos en la memoria: ella, escondida en mis brazos, yo, acariciando su cabello, dándole cortos besos en la cabeza para calmarla… Cuando por fin se durmió, alcanzó algo de paz. Esa misma noche me di cuenta de que no podía seguir soportando aquello, había podido conmigo, por lo que llamé a Marcus y le dije que la cuidara y se encargara de ella.

Nunca pensé que recibiría una llamada como la que me hizo William.

Mientras volaba a Los Ángeles, me iba llenando cada vez de más y más culpa. Seguramente, de haber estado allí con ella eso no habría llegado a suceder, pero ¿a qué precio? El de mi propia salud mental, que estaba por los suelos. Mi madre insistió en acompañarme, pero le dije que era asunto mío y que necesitaba hacerlo solo. Aún no sabía si iba a querer verla o si, únicamente, iba a espiar a hurtadillas sin que se diera cuenta de mi presencia. No me sentía preparado para afrontar sus ojos, pues la debilidad me podría y caería de nuevo en esa espiral tan destructiva que estaba acabando conmigo.

—Liam, ¿qué tal estás, tío? —Ese fue el recibimiento en el hospital por parte de mi excompañero de banda, Will.

—Cansado, ¿cómo está? —El chico no estaba solo, pero a mí en ese instante me importaba todo una mierda. Lo único que necesitaba saber era que Holland estaba a salvo, al menos, físicamente.

—Bien, hoy la han subido a planta. Está en la habitación 312.

—¿Tú eres Liam? —me preguntó una chica alta y morena. Yo asentí y ella me dio la mano.

—¿Y tú eres…?

—Jocelyn, amiga de Hol.

—Ah, sí. Ella me ha hablado de ti y de tus amigos.

—Entonces, aunque sea de nombre, a mí me conoces —dijo una chica gordita a su lado que también me tendió la mano—. Yo soy Poppy. —Se la notaba risueña y yo no entendí a qué venía esa actitud cuando su amiga acababa de intentar poner fin a su vida.

—Encantado —carraspeé, disimulando mi nerviosismo.

—¿Quieres subir a verla? Mathew está ahora con ella. No la dejamos sola un segundo desde que está en la planta —volvió a hablar la chica morena.

—No sé si estoy preparado. —Will me cogió por el hombro y salimos del hospital.

—Ninguno estamos listos para cuando viene lo peor y, aun así, debemos enfrentarnos a ello.

—Es fácil decirlo —le respondí.

—¿Fácil? —Me miró con una expresión de tristeza que antes no le había visto—. ¿Crees que para mí es sencillo ver a mi mejor amiga en esa cama, tumbada y con mil goteros puestos en los brazos? Nunca es fácil enfrentarte a lo peor de las enfermedades, pero ella no se merece estar sola. Nos necesita y nos necesita fuertes a su lado. Te voy a pedir un pequeño favor, Liam.

—Dime.

—Si vas a estar a su lado, apoyándola y siendo fuerte, sube a su habitación, la ves y hablas con ella. Pero, si, por otro lado, te va a poder el dolor y no encuentras la suficiente fuerza para lidiar con esto, mejor no subas.

—No es tan sencillo, Will.

—Lo dejo a tu elección. —Y se dio la vuelta para marcharse—. Ah, casi se me olvida. —Me dio un sobre pequeño que tenía mi nombre escrito. Después se fue y yo me senté en un banco cercano a ver qué demonios era eso. Era una carta de despedida de Holland. Lo supe nada más ver la letra de mi nombre, sin duda eran sus trazos. La abrí con cuidado e inspiré antes de comenzar a leerla.

Liam:
Lo he intentado, a conciencia, he deseado salir, escapar, volver a ser la persona que te mereces, pero he fracasado. Sé que piensas que soy una cobarde, aunque no me lo digas, que no he tenido el suficiente coraje ni el valor, ese que a ti te sobra, porque para estar con alguien como yo se necesita ser muy valiente. Pero la realidad es que estoy rota, podrida, enferma… Muchas veces te dije que saldría de esto, por ti, por mí, por nuestro futuro. Y sé que lo he hecho mal, que he tratado de alejarte de mi vida, que me odiaras, me repudiaras y te dieses la oportunidad con esa mujer que anda por ahí, esperándote. A ella le diría tantas cosas, pero me queda poco tiempo ya. Le explicaría cómo sonríes cuando tocas las cuerdas de la Harley Benton, como cobijas a la gente bajo los abrazos que te encantan dar, como eres responsable y, cuando te comprometes con alguien, luchas hasta el final, incluso cuando te quedas sin fuerzas. Tantas veces he escuchado eso de «el amor lo puede todo» que se me revuelven las tripas, porque no es verdad. Y no es que no fuera suficiente, es que a mí no me bastó porque estoy destrozada, inservible.
Quizá no entiendas esto que te digo, yo misma a veces no me comprendo. No me merezco tu perdón ni tus lágrimas, ni siquiera que me despidas. Y sé que es mucho pedir, pero quisiera que me recordaras en mis momentos de lucidez, en esos días que viajábamos en tu moto conociendo lugares nuevos, en esas locuras que cometíamos locos de felicidad al sentir al otro al lado, en esos instantes en los que tocabas el piano y yo me unía a ti, acariciando tu pelo y tu cuello, observándote, rozando las teclas contigo… Ya no me aferraré más a ti como si tú pudieras salvarme, porque nadie puede. Ya no te arrastraré más al infierno y te haré quedarte a ver cómo me desintegro sin remedio. Percibo el camino que me queda por recorrer, y a ese, no puedes acompañarme.

Adiós, Liam, mi bastón, mi amigo, mi cómplice, mi Lindell particular, mi sueño, mi amante, mi aliento…, todo mi ser. Aunque no tenga derecho, te pido perdón. Siempre te voy a llevar dentro, llenando esos espacios rotos y vacíos en la piel. Siempre estuviste ahí. Te amaré con el alma toda la eternidad,

Holland

Aquella carta fue el remate, lo que terminó por destrozarme por entero. Lloré tanto o más que cuando llegué a la casa de Abigail o a la de mi madre. La gente que pasaba cerca se extrañaba al ver a un tío tan grande lleno de tatuajes, llorando en un banco, pero me importaba una mierda. Me limpié el llanto y aún con los ojos hinchados caminé hasta el hospital. No había rastro de los amigos o del propio Will, así que subí en el ascensor a la planta. En el camino ascendente, iba pensado qué le iba a decir, pero estaba todo tan enmarañado en mi cabeza que no sabía con certeza encontrar las palabras adecuadas. Inspiré antes de abrir la puerta y entonces la vi, tendida sobre la cama con varias vías puestas en sus pequeños brazos. Tenía los ojos cerrados y parecía estar en calma.

—Disculpa, te has confundido de habitación —me dijo un tipo que me sacó de allí.

—Eh, eh, ¿qué demonios crees que haces?

—¿Liam? —William venía, con un café en vaso de plástico, hacia mí con Poppy a su lado.

—Al parecer, me he equivocado de habitación —contesté con sorna.

—Mathew, este es Liam. Es amigo de Holland, déjalo pasar.

—Ah, perdona, tío, es que han intentado colarse haciéndose pasar por gente de la discográfica y eran periodistas de esos que solo buscan carroña. Perdón, soy Matt. —Me dio la mano y acepté las disculpas. Se me quedaron mirando, pues no entraba de nuevo a ver a Hol y no entendían a qué esperaba.

—¿Está dormida?

—Sí, suele dormir a ratos a lo largo del día —respondió la amiga.

—Bien. —Volví a inspirar con fuerza y abrí la puerta.

Me acerqué con cuidado hasta ella y rocé despacio uno de sus brazos, pero ella estaba completamente dormida y no reaccionó. Lloré en silencio, tapándome la boca para que no me escuchara.

—Ay, Hol, amor mío…, prefiero que no estés despierta, pues, si lo estuvieras, abrirías esos preciosos ojos y me harías quedarme con una simple mirada. Sería incapaz de marcharme de tu lado, aunque

eso significase hundirme aún más en la oscuridad. No puedo hacerlo, tú tienes que recuperarte sola y por ti misma. Te espera un largo camino que espero que sepas aprovechar. Solo te pido que, por favor, lo hagas, que salgas de ahí; tú brillas, siempre lo has hecho, cariño. Quiérete, ámate sin medida, como nosotros hemos hecho, y cuídate por encima de todo. Ojalá algún día consigas volver a ser esa chica de la que me hablabas, la que cantó en ese *pub* cuando conoció a Marcus. Yo sé que puedes volver a serlo. Sé feliz, encuentra gente con quien serlo todavía más y disfruta la vida, que te ha dado una segunda oportunidad. Siempre te querré, Hol. —Le di un beso en la frente y, tras despedirme de ella con el corazón hecho añicos, salí de aquella habitación, de aquel hospital y jamás volví a mirar atrás.

52. DESPIDIÉNDOSE

Holland se fue recuperando de aquel intento de suicidio poco a poco y a la semana pudo volver a su apartamento. Desde entonces, no dejó de estar acompañada en todo momento. Duke acudió al hospital en cuanto se enteraron gracias a Mathew, que llamó a casa de su madre. Por desgracia, ella no apareció por allí en ningún momento, pues, según decía, estaba demasiado afectada y avergonzada como para ir al centro hospitalario. Faith fue a verla a casa en cuanto su padre se lo permitió cuando estuvo algo más recuperada, para que no se llevara una impresión muy grande de su hermana, a la que adoraba sin medida.

—Holland.

—Pequeñita, ¿cómo estás? —Poppy les dejó intimidad, retirándose a la cocina mientras chateaba con Will con una sonrisa tonta en la cara.

—Eso debería preguntarte yo. Papá me dijo que te pusiste mala y tuviste que estar en el hospital unos días. —Decidieron no contarle la verdad y optaron porque fuera su propia hermana que le contase lo que ella quisiese.

—Perfectamente bien. Siéntate a mi lado.

—Siento mucho lo que pasó cuando viniste a casa… Yo no debo meterme en las cosas que tengas con mamá —le confesó con la cabeza baja.

—No te preocupes, Faith. —La adolescente se echó sobre ella y se abrazaron en silencio.

Charlaron sobre la gira sin contarle los detalles más escabrosos y, cuando le preguntó por lo que le pasó a Sean, no pudo evitar el nudo en la garganta. Le explicó que era una persona enferma que no se encontraba bien y que su final había sido precipitado por todo eso.

—¿Y ahora qué va a pasar con los *Dead Souls*? —Fue la primera vez que Holland pensó en ello.

—No lo sé —fue lo único que le respondió, pues no había hablado con William sobre ello.

A mediodía, Duke se pasó a recogerla y vio a su hijastra, a la que quería mucho. Volvió a pedirle perdón por su madre, que no había acudido a verla tras el incidente, pero ella, simplemente, se encogió de hombros, agradeciéndole su preocupación y haberle llevado a su hermana a casa para estar con ella un rato al menos.

—¿Ya se han ido? —le preguntó Poppy, dejando el teléfono en la mesa.

—Es increíble, jamás pensé que mi madre no viniera a verme tras algo… así, aunque no es la única —se quejó, acordándose de Liam.

—¿Lo dices por él?

—Imagino que alguien le dijo lo que me ha pasado y no se ha molestado en venir a verme ni siquiera, aunque en el fondo lo entiendo. Le he hecho sufrir tanto…

—A decir verdad, Will lo llamó y vino, pero estabas dormida y no te diste cuenta. —Abrió mucho los ojos, incorporándose en el sofá.

—¿Qué?

—Entró a verte cuando estabas en planta ya, pero estabas dormida. No sabemos qué ocurrió dentro, pero, al salir, se despidió y se fue. No sé si habrá vuelto a hablar con Will.

No sabía cómo era capaz de mantener una conversación, pues se sentía completamente rota. Como cuando tienes el corazón tan destrozado que te duele cada movimiento, con los músculos tan entumecidos que apenas podía caminar sin estar encogida, sin poder reconocerse en el reflejo que le devolvía el espejo.

—Tengo que ponerle fin a esto. —Su amiga se asustó, pensando que hablaba de nuevo de quitarse de en medio.

—Holland, hay muchas cosas por las que vivir…

—Lo sé. —La miró, tomándola de la mano—. Por eso he decidido ingresarme en una clínica sin fecha de salida. Hasta que no vuelva a reconocer a la Holland que un día fui, no la abandonaré.

—No sabes lo mucho que me alegra el oírte decir eso, Hol. —Le besó la mano y se abrazaron, llorando.

Esa misma tarde acudieron sus amigos y William para estar un rato con ella mientras intentaban disimular su extrema preocupación. La líder de una de las bandas más famosas internacionalmente les expuso la misma idea que comentó con Poppy en la mañana. Todos se sorprendieron, sintiendo un gran regocijo y alivio, pues lo que único que deseaban era su recuperación. Al día siguiente, habló con Marcus y le pidió que la ayudase a internarse en alguna clínica. Por desgracia, los medios de comunicación se hicieron eco de su intento de suicidio y de su próximo ingreso en un centro y no dejaban de publicarlo en todas las publicaciones del país, aparte de confirmar que la banda había llegado a su fin.

—Will. —Estaban en la terraza, fumando en absoluto silencio.

—Dime, Hol.

—Siento haber acabado con el grupo.

—No te preocupes por eso ahora. Necesitas cuidar de ti misma y

salir del hoyo, peque. Lo demás da igual. —Le sonrió y ella se sintió más tranquila, pero al verlo no podía evitar acordarse de Sean.

—¿Fue bonito?

—¿El qué?

—El funeral, ¿lo fue? —El chico se acercó a la barandilla, aferrándose a ella.

—Todo lo bonito que puede ser un acto como ese. Acudió mucha gente, más los miles de *fans* que se agolpaban en los alrededores. Su apartamento aún está lleno de flores y mensajes. Tocaron una de nuestras canciones y muchas personas se emocionaron con todo ese rollo. —Hizo una pausa para coger aire—. Marcus dijo unas palabras y, después, en estricta intimidad, fuimos hasta una zona donde lo enterramos después de tirar unas cuantas rosas al féretro mientras lo bajaban los trabajadores al hueco donde descansará.

—¿Y su guitarra? El bajo, quiero decir. —Su amigo suspiró.

—Se lo di a los de la funeraria para que se lo pusieran entre las manos y así lo hicieron.

—Siento mucho no haber estado, Will. —El chico se giró, acercándose a su amiga.

—Tienes que dejar de pedir perdón por todo, Hol. Vuelvo a repetírtelo, céntrate en ti y nada más. —Ella asintió, entristecida.

—Me ha dicho Poppy que Liam vino a verme, ¿por qué no me lo dijiste?

—Cuando salió de tu habitación, me pidió que no te lo dijera. Al parecer, tu amiga se ha ido de la lengua.

—Sí, esa amiga a la que te gustaría meterle la tuya por lo que veo. —Ambos rieron.

—Déjate de lenguas, anda.

—William —el chico la miró—, no le hagas daño. Si es solo uno de tus rollos que te atraen por cualquier cosa, déjala en paz. Ha sufrido mucho y no quiero que uno de mis mejores amigos la joda más de lo que ya está, ¿vale?

—No puedo asegurarte de que sea el amor de mi vida, Hol, pero tiene algo que nadie más ha tenido y quiero averiguar de qué se trata. —Ella lo entendió.

—Solo pórtate bien, por favor.

—Lo haré… por cierto, Hol, le di la carta a Liam.

—¿Qué carta? —Y entonces ella recordó que días antes de su intento de suicidio escribió una para que alguien se la diera al guitarrista.

—Espero que no te moleste…

—No pasa nada, hiciste bien, Will. —Se quedó sumida en sus

pensamientos recordando cada sensación al escribir aquellas palabras de su puño y letra y cómo algunas partes estaban emborronadas por las lágrimas que se le cayeron al hacerlo. No se habían vuelto a ver en persona y esa, de alguna manera, había sido su despedida.

—Entonces, ¿tengo tu permiso para salir con tu amiga? —quiso saber el batería del grupo. Holland se rio y, tras amenazarlo un par de veces más por si le hacía daño, se despidió de él hasta… A saber hasta cuándo.

Marcus fue rápido y encontró la clínica ideal para Holland. Los últimos días previos a su ingreso compartió todo su tiempo con su querido Zeppelin, que pasaría a vivir con Poppy a partir del día que ella se marchara. Jocelyn y Matt también estuvieron con ella, así como Will y su hermana, Faith. La sorpresa fue mayúscula el día que llegó junto a su madre. Altiva como siempre, mirando por encima del hombro.

—¿Mamá?

—Me ha dicho tu hermana que vas a ingresarte en una clínica — le dijo sin saludarla.

—Ven conmigo, Faith, que vamos a ver algunos vídeos del grupo —le dijo Will, llevándosela del salón, pues podrían explotar bombas entre aquellas dos mujeres.

—Así es…, por fin te dignas a venir a verme. A lo mejor hubieras preferido que mi intento fructificara y de ese modo todos tus males se habrían disipado.

—Ya sabía yo que era imposible venir, te compartas como siempre… con lo que he sufrido yo.

—¿Tú?

—Qué vergüenza que todo el mundo sepa lo que has hecho, aunque con la vida que llevas era de esperar. Tarde o temprano iba a suceder.

—De acuerdo, mamá —resignada, suspiró.

—Volverá Duke a recoger a la niña en una hora. Cuídate. —Se acercó a darle un abrazo al que ella no supo responder. Se giró sobre sus tacones y abandonó el apartamento de Holland, que detestaba. Iba a costar mucho, pero tenía que llegar el día que asumiera que su madre era como era y nadie iba a poder cambiarla.

Llegado el día de ingresar en la clínica, sus amigos acudieron a verla, pero no a acompañarla, ya que ella misma se lo había pedido.

—Pero ¿qué hacéis aquí? Os dije que no vinieseis hoy, que Marcus me llevaba — rezongó.

—¿Y tú crees que íbamos a hacerte caso, Hol? —ironizó Matt antes de fundirse con ella en un inmenso abrazo.

Poppy también le dio varios abrazos y besos antes de coger a Zep en brazos. Jocelyn fue la tercera en despedirse, pidiéndole que hiciera caso a todo lo que los médicos le pidieran. Por último, Will la estrechó con fuerza, besando su pelo con cariño. Lilly y Susan le mandaron mensajes, pues estaban de vacaciones en Maldivas, disfrutando junto a un par de músicos del equipo.

—Holland, es la hora —dijo Marcus, cogiendo su maleta.

La dueña del apartamento en el que se encontraban les lanzó besos con la mano con los ojos húmedos, al igual que los allí congregados. Entendían que era la mejor medida que tomar para su recuperación, pero no por ello dejaba de doler. No iba a ser sencillo tampoco y todos lo sabían. Salió de allí, limpiándose las mejillas calientes por el llanto, y se metió en el coche. De camino al centro hospitalario, miraba por la ventana cómo la vida sucedía afuera, cómo seguía ocurriendo todo, aunque para ella se detuviera por un tiempo.

En la radio sonó una de sus canciones y el mánager quiso apagarla, pero Hol le rogó que no lo hiciera. No sabría cuándo iba a volver a escuchar música o incluso una de sus canciones. Entonces se acordó de Liam y de todo lo que habían vivido juntos. Recordó como él a veces le decía que ella era una melodía y esbozó una sonrisa al hacerlo.

Llegaron a la clínica y fue el momento de despedirse de Marcus, el que fuera su segundo padre.

—Gracias por todo lo que has hecho siempre por mí, quizá no me merecía tanto.

—No digas eso nunca más, tú siempre te lo merecerás todo, peque. —Se dieron un abrazo, conteniendo ambos el llanto, y ella caminó hasta su próximo destino, a un nuevo día en el que sus amigos no estarían. Un nuevo camino en el que Liam no amanecería junto a ella. Otro recorrido distinto al de él que esperaba que la salvara de ella misma. Una nueva ruta sin él.

53. UN AÑO MÁS TARDE

La vida de Holland cambió mucho en esos trescientos sesenta y seis días. Ya no se trataba de vivirla a largo plazo, sino de hacerlo día a día, etapa por etapa, siendo un maratón que hacer a lo largo de los días. Al principio, todo fue horrible, echaba de menos a sus amigos, a su hermana, a Liam… Las cicatrices de las heridas que se provocó durante años le recordaban lo que no debería volver a ser. Recibió muchísimas horas de terapia, de charlas intensivas mientras la obligaban a comer y pasaba el síndrome de abstinencia, chillando y gritando entre cuatro paredes. Aprendió que no podía basar su felicidad en otra persona, sino en la suya propia. Encontrar el equilibrio, mantener una higiene mental saludable, verle el sentido a la vida.

Tras su ingreso de varios meses muy largos, que casi acabaron con ella incluso más que las drogas, volvió a casa. Jocelyn, Poppy y Mathew no dejaron de estar a su lado en ningún momento. Se llevaban las manos a la cabeza cuando les decía que la terapia fue peor que meterse una raya de coca, y es que fue tan desgarrador que casi la partió en mitades. A veces dudaba de volver a poder ensamblar todas las partes divididas por tantos años de sufrimiento. Sin embargo, también reconocía que fue liberador y prometedor, porque le aseguró un futuro.

Lo primero que hizo al llegar a casa fue pagarle a Louisa, la asistenta que sus amigos contrataron durante su ausencia y a la que quiso mantener para que le echase una mano en la casa y, al mismo tiempo, sentirse acompañada. Tras muchos meses ingresada en la clínica, se dio cuenta de lo importante que era estar sola y con gente. Por el momento, no se sentía muy fuerte para estar sola todo el día, así que esa fue la mejor opción. Mientras la asistenta hacía las labores de la casa, Hol se dedicaba a pintar. Durante su estancia en el centro, encontró que esa era su vía de escape, lo que la ayudaba a relajarse y a no pensar en nada más que en crear algo en el lienzo. Sus amigos veían a una persona completamente diferente y a veces parpadeaban un par de veces al verla frente al cuadro que creaba con diferentes colores a brochazos. Con aquel *hobby* llegó a ser como con las composiciones de las letras, perdía la noción del tiempo, se concentraba tanto en la tarea que se olvidaba del resto de cosas, incluso por un instante no le dolía tanto no saber nada de Liam. Aún

pensar en él le provocaba un escozor que se expandía por su cuerpo y, aunque Jensen, su tutor del centro, la forzó en muchas ocasiones a hablar de él, fue a lo único que se negó, hasta que un día empezó a nombrarlo de pasada, sin ser muy consciente de que por fin estaba abriendo ese capítulo de su vida ante él.

Se sentía muy afortunada de contar con la gente que la rodeaba: Zeppelin cerca de ella cada segundo, agobiándola, sus amigos, yendo a visitarla cada día para asegurarse de que se encontraba bien, Louisa, que la vigilaba creyendo que ella no se daba cuenta con toda su buena intención… Y, aunque quería decirles que no era necesario, que no iba a volver a drogarse, ni iba a dejar de comer ni a romperse otra vez, no lo hizo. Ellos pasaron tanto por su culpa que no se merecían menos que estar allí, acompañándola, viéndola cocinar como una gran *chef* gracias a su estancia en la clínica, viendo películas todos revueltos en el sofá, celebrando el amor empalagoso de Jocelyn y Mathew, la relación de Poppy y Will, que había sido una gran revelación para el batería, y tantas y tantas cosas nuevas que llegaron a su vida. Y así fue como, paso a paso, fue llenado su vida de objetivos que cumplir a corto plazo. Nada demasiado arriesgado, sino pequeñas metas que llevar a cabo día a día.

La banda había terminado para siempre, pues así fue lo que deseaban William y ella. Sin embargo, al celebrarse un año de la muerte de Sean, la discográfica quiso sacar un CD recopilatorio y hacer una entrevista a los chicos para que hablasen de sus años locos, de sus grandes éxitos y de las idas y venidas. A Holland le costó mucho decir que sí, pero sabía que en el fondo se lo debía al sello discográfico, a Marcus, que se desvivió durante años por esos chicos, a los productores y, sobre todo, a la memoria del bajista del grupo.

Llegó el día de reunirse todos y ella no quiso preguntar si Liam se uniría a la entrevista que se grabaría en su apartamento. Cuando llegó el equipo de rodaje, Louisa se volvió loca con tanto cachivache, impidiéndoles la entrada a la cocina, que era como su territorio privado. William acudió a la hora indicada, más guapo que nunca y con la sonrisa de tranquilidad en la cara que tenía desde que Poppy había aterrizado en su vida. El mánager también se pasó por allí y, al final, lo convencieron para aparecer en el documental al igual que a los productores, que también iban a hablar para el reportaje.

Holland miraba las fotografías del pasillo donde concentraba sus mejores momentos: conciertos, sus amigos abrazándola, los *Dead Souls* al completo, y su favorita, una de Will, Sean y ella haciendo muecas y poniendo los dedos en señal de *rock and roll*.

—Hol, vamos a empezar ya. —El batería de la banda le ofreció la mano y ella la estrechó con fuerza, sosteniéndose en ella.

Cuando aparecieron en el salón, solamente estaban Marcus, el cámara y el periodista que iba a hacerles las preguntas. Holland había cedido a hacerlo en su casa, pero no quería a demasiada gente a la hora de hablar, prefería mantener un poco la intimidad. Lo que no se esperaba era ver a aquel que fue el guitarrista de su banda, apoyado sobre una estantería de libros en una esquina. Tenía el pelo revuelto, cayéndole por un lado, los tatuajes que tantas veces tocó y acarició se veían a través de la camiseta blanca, los vaqueros grises y las Vans a juego. El corazón se le salió por la boca y lo demostró, apretando la mano de William. Cuando Liam hizo contacto visual con ella, le enseñó una media sonrisa. Se sentaron en el sofá con el miedo de que los latidos fueran escuchados por todos.

—Holland, ¿puedes ponerte en el medio, entre los dos chicos? —le pidió el periodista y ella inspiró con fuerza antes de hacerlo.

—Hola… —susurró él cerca de su oído, estremeciéndola. Hol giró la cabeza y se encontró con sus ojos, sintiendo como perdía el aliento.

—Hola, Liam. —Él sonrió y volvió a mirar al periodista, que ya había comenzado con la rueda de preguntas a los chicos.

—Hablemos ahora de Sean, el bajista de su banda. —A ella se le puso el nudo en la garganta, pero su amigo no se merecía menos, por lo que tragó saliva y asintió con la cabeza.

—Él era pura energía —mencionó Will, emocionado, recordando a su gran amigo.

—¿Algo hacía prever su final?

—¿Quién puede prever el fin de su vida? ¿Acaso usted puede? —se atrevió ella a responder.

Charlaron durante un rato del bajo del grupo, recordando los conciertos, los ensayos, las juergas que se pegaban…, y ninguno de los allí presentes pudo evitar emocionarse al hablar del chico fallecido.

—Estás muy cambiada desde la última vez que te vimos, Holland.

—Nada de… —Interrumpió la chica al mánager, parándolo con la mano.

—Afortunadamente, estoy mucho mejor, tanto física como emocionalmente. Estoy más fuerte. —No iba a evitar ningún tema. Sus *fans*, que serían, sobre todo, quienes verían ese documental, se merecían saber toda la verdad. Estaba preparada para ello.

—Durante mucho tiempo se ha rumoreado que ha habido casos de drogas, alcohol, enfermedades entre vosotros —dijo, señalándolos

—, y creo que es buen momento para confirmarlo o negarlo. —Holland cogió aire.

—Sí, alcohol, drogas, ansiedad… Con la muerte de nuestro querido amigo Sean, todo se desdibujó y fue como un «hasta aquí», en especial para mí. No lo soporté y decidí un día quitarme la vida.

—¿Confirmas entonces lo del intento de suicidio?

—Absolutamente, aquello ocurrió en un momento de mi vida demasiado doloroso. No podía lidiar con nada más y opté por la vía más fácil, que era no enfrentarme a nada —dijo sincerándose.

—Comprendo.

—Esa era mi vida, totalmente caótica, destructiva…, pero ya no soy esa persona. Me ha costado mucha terapia, mucho tiempo ingresada en una clínica, recuperándome y, a pesar de todo, jamás dejaré de ser una adicta ni una persona enferma, pero hay grados, ¿sabes? No es lo mismo la persona enferma que se deja llevar por todo el tema de las drogas y los comportamientos autodestructivos, que la persona enferma que convive con sus adicciones y sus trastornos. —Todos permanecían en silencio mientras ella estaba abriéndose en canal para el público.

—Suena muy duro y complicado.

—Lo es, sin ninguna duda, pero es mi pasado. Ese que siempre puede acompañarme para recordarme donde no quiero volver. Dejar atrás todo eso. —Exhaló aire tras terminar de hablar y Liam le apretó la mano con fuerza, entrelazando sus dedos con los de ella. Con un acto así de simple, sentía que la esperanza se abría hueco.

Continuaron hablando de las canciones de la banda, de las anécdotas de los conciertos, de cómo empezaron a ser lo que llegaron a ser, hasta que hicieron un descanso y Holland se refugió en la cocina junto a Louisa, que andaba preparando la comida.

—¿Va todo bien? —quiso saber su asistenta, con quien había entablado una muy buena relación. La chica disimuló, sonriéndole, pero no era cierto. Sentir el contacto de los dedos de Liam la habían bloqueado.

—¿Se puede? —El rey de Roma apareció entonces allí. La asistenta dio permiso con un leve movimiento de cabeza y salió de allí, dejándolos solos.

—¿Quieres beber algo? Yo estoy sedienta. —Abrió el grifo y llenó un vaso alto de agua, que se bebió en cuestión de segundos.

—Estás muy cambiada, has ganado peso. Me alegro mucho. —Ella hizo una mueca, tratando de decirle que aún no estaba acostumbrada a subir de peso y no obsesionarse.

—Gracias…, no sabía si ibas a venir.

—Claro que sí, no podía negarme.

—Siento mucho todo lo que sucedió…, ya sabes —se animó al decir al final.

—Cuando leí tu nota… Dios, se me cayó el mundo, y cuando te vi en esa cama… supe que era como debía terminar todo. Tú necesitabas esto —la señaló—, y yo sanarme en parte, también.

—Lo imagino.

—Es increíble que haya pasado un año y estés tan recuperada.

—Bueno, no fue fácil. La verdad es que fue duro. Me ha costado sentirme a gusto en esta nueva piel, ¿sabes?

—Entiendo…, ¿cómo está Faith?

—Genial, parece que le gusta la música. Ha comenzado a escribir algunas letras y me las enseña a veces. —Sonrió al hablar de su hermana.

—¿Y tu madre?

—Igual que siempre. Ahora que mi hermana se decanta por la música me echa la culpa de todo, pero ¿sabes qué? Ya no me afecta de aquella manera tan terrible. Gracias a muchas horas de terapia, he aprendido a aceptarla como es. No voy a poder cambiar su carácter ni su actitud conmigo. El cambio siempre ha estado en mí.

—Me satisface ver que te lo tomas así, Hol. —Escucharlo decir su nombre de esa manera la estremeció.

—Fueron muchos meses en la clínica y, al salir, era otra persona. Otra a la que he conocido y he aceptado con sus virtudes y con sus defectos. He cambiado mucho, Liam.

—Ya veo, ya. —Se alegró al escucharla hablar así de ella misma —. ¿Y este cuadro?

—Lo pinté yo. En el centro me animé a dar algunos brochazos y ahora soy artista —bromeó.

—Tú siempre has sido una artista. —A ella se le escapó una risita nerviosa.

—Liam, no quiero perder la ocasión para pedirte perdón por todo a lo que te arrastré. No soy aquella chica más. —Él dejó de observar la pintura para mirarla a los ojos.

—Eras una persona muy enferma —dijo.

—Siempre estaré en parte enferma, pero ahora sé que puedo trabajar en ello y salir adelante —musitó.

—Te he echado mucho de menos —gimió él, acercándose a ella.

—Yo también a ti. —Estaban tan cerca que pudieron abrazarse, volviendo a olerlo, calmándose de inmediato, como siempre hacía—. No quiero llorar…

—Hol… —susurró él, mirando su boca.

Y, en ese preciso instante, Holland se dio cuenta de que el amor se duerme, pero no desaparece. Se besaron, deslizando los labios uno sobre el otro, atrapándolos con fuerza. Gimió, aliviada, dándose cuenta de que llevaba un año sin saber lo que era sentirse querida de verdad. Se abrazaron, aferrándose uno al otro con pura desesperación, acariciándose por todo el cuerpo. No podían asegurar el tiempo que transcurrió en ese beso, pero para ellos supo a eternidad y, cuando se separaron, los dos sonreían con los ojos llenos de humedad y felicidad. Holland se abrazó a su pecho, escondiéndose en él y fue entonces cuando de pronto supo que estaba en casa.

EPÍLOGO

Holland

Después de una vida tan convulsa, conseguí la paz y la tranquilidad que llevaba desde pequeña buscando. Día a día, volví a reencontrarme con la chica que me miraba en el espejo con las ojeras perennes, el vacío de la mirada constante y a la que volví a reconocer en esa mirada que antes no hacía más que gritarme y suplicarme que hiciera algo. Por fin pude volver a ser su amiga, a no juzgarla ni criticarla y hasta empecé a quererla. Según he ido mejorando, las cicatrices han ido sanando, aunque no desaparecerán nunca y es algo que agradezco, pues ellas me harán recordar donde no debo volver.

Liam y yo nos mudamos de Los Ángeles, dejamos ese ambiente tan perjudicial para mí, para ambos. No nos podíamos ir a otro lugar más que aquel donde fuimos felices, a la ciudad de México. Exactamente, nos trasladamos a vivir cerca de aquel lago donde nos encontramos las primeras veces, donde nos vimos de verdad y, sobre todo, donde yo me dejé ver. Nos compramos una casita con vistas a ese maravilloso paisaje. Cuando estaba en el salón, veía como las cortinas blancas ondeaban y olía a calor. Había mucha luz, esa que siempre faltó en mi vida. Había días en los que bajábamos al lago al atardecer cuando poquita gente se concentraba allí. Nos sentábamos con un refresco, pues el alcohol estaba prohibido para mí y a él no le gustaba, y disfrutábamos de una tarde de playa en calma.

Echaba de menos a mi hermana, pero aprendí a vivir lejos de ella. Duke venía algunos días con Faith a pasar tiempo con nosotros y entonces sentía que no me faltaba nada para hacer la vida todo lo perfecta que podía llegar a ser. Mi madre solo vino una vez, pues no le parecía que estaba llevando una vida adecuada, la que ella quería, pero no me importaba. Me enfrentaba a ella con el respaldo siempre de Liam a mi lado y trataba de que no me afectase como antes. Por suerte, no lo hacía. Llegué a entender que mi madre era así y no podía cambiarla.

Abigail, la hermana de mi guitarrista, también venía a pasar días a casa y bajábamos con los niños a la playa a disfrutar. Cuando veía a Liam con sus sobrinos, las ganas de ser madre se me activaban, pero aún era un territorio que no iba a pisar. Ya habría tiempo.

Jocelyn y Mathew también venían con frecuencia y la última vez

nos dijeron que iban a ser padres. Nunca me imaginé a mis dos mejores amigos, juntos, viviendo aquella felicidad que se les salía por los poros de la piel. Me abracé a mi amiga y sollozamos como dos bobas, pero es que habíamos pasado por mucho y parecía que, al fin, la alegría se instalaba en la vida de todos.

Poppy siguió con su idilio de amor con mi amigo Will y eran los que menos se dejaban ver. Liam me decía que era el amor, que los tenía presos en su cápsula y que los dejara ser felices. Nos sorprendieron un sábado cuando llegaron a casa para decirnos que se habían casado en un viaje a Las Vegas, pero que no habían formalizado en Los Ángeles porque, según ellos, no lo necesitaban. Se querían, eran todo el uno para el otro y les daba igual lo que el resto del mundo opinara sobre ellos.

—¿Otra vez estás viendo eso? —me preguntó Liam al ver que estaba viendo aquel documental que grabamos en mi apartamento de Los Ángeles un año atrás.

—Me encanta esta parte —le dije, agarrándome a su brazo según se sentó en el sofá a mi lado.

—Todos somos una melodía. Las hay ruidosas, de gente que va sin control por la vida, tiernas, de aquellas personas romanticonas que llegan a ser empalagosas, las hay como es ella…, armoniosas.

—Perdón, pero me he perdido. ¿Eso qué quiere decir, a ver? —preguntó el periodista, anonadado.

—Que, a pesar de todo lo que ve por fuera, Holland es calmada, introvertida, pero llena de esa magia que es su talento. No es caótica ni desordenada, a pesar de pensarlo. —Me echó una mirada en la imagen de la pantalla y yo sonreí.

—Al parecer, soy así —me confesé frente al periodista.

—La melodía de Holland —dijo Liam antes de que el periodista cambiara de tema.

Se quedaron en silencio tras ver ese fragmento hasta que él concentró su mirada en ella.

—Siempre te lo he dicho, eres una melodía, Hol. —Ella se rio y le dio un beso en los labios.

Apagaron la televisión para bajar a la playa en su momento favorito del día. Hol se peinó el cabello castaño, nada de tintes de colores desde hacía tiempo. Se descalzó, dejando las chanclas en la terraza que daba a la zona del lago con parte de arena. Liam cogió su guitarra como hacía muchas tardes para cantar con ella mientras miraban al lago, reflejado con los rayos brillantes del sol de la tarde. Me gustaba pensar cómo la gente que me quería tenía la vida que siempre habían deseado tener. Lucharon por ello y lo consiguieron.

—¿Quieres que cantemos? —me preguntó él, afinando su querida Lindell, y yo le sonreí, afirmando con la cabeza.

Comenzamos a tararear melodías, calentando, hasta que entonamos la melodía de la canción que le compuse y le regalé un día hacía ya mucho tiempo, o al menos, eso es lo que nos parecía. Nos venimos arriba y cantamos varias canciones, atrayendo la atención de mucha gente, sobre todo, de algunos vecinos que, por suerte, ya nos conocían y sabían que nos encantaba hacer eso muchas tardes. A veces se unían a nosotros, pero en otras ocasiones intuía que veían lo que había en el aire entre nosotros y nos dejaban ese rato de intimidad, observándonos desde lejos con una sonrisa en el rostro.

Muchas veces, los días que peor me encontraba, veía a Liam mirarme y sabía que estaba preocupado, pero entonces me dejaba plasmar todas las emociones y sentimientos que se apoderaban de mí en los lienzos que llenaban nuestro garaje, convertido en un estudio de pintura. Él entendía que había momentos en los que, simplemente, necesitaba eso al igual que otras necesitaba componer en nuestra habitación, a solas. Nunca dejaría de estar enferma, de sentirme melancólica y de recordar los momentos duros. Nunca podría olvidar la muerte de mi padre a edad bastante temprana, el maltrato al que estuve sometida años por parte de mi madre, el suicido de mi mejor amigo, las giras descontroladas que solo ayudaban a empeorar mi estado de salud, mi intento de suicidio para quitarme de en medio y no enfrentarme a nada…, pero cada día me sentía afortunada de estar viva y de tener a mucha gente que me quería, como Liam, que siempre estaba a mi lado.

Los psicólogos siempre me lo habían dicho, que, debido a mi bulimia nerviosa y a mis adicciones, siempre tendría que estar bajo vigilancia, en tratamiento. Yo tenía mis días, había algunos buenos y otros eran terribles. Seguía teniendo un terapeuta con el que hablar una vez al mes. Estaba muy bien cuidada, pero tener esos bajones era normal. Y, aun así, era feliz, con todo eso que a veces caía como una losa sobre mí, conseguimos serlo. Felices. Acepté que mi vida no iba a ser fácil nunca más y dejé de luchar contra mí misma. Los días gloriosos existían, como aquel en la playa, al atardecer, cantando junto al amor de mi vida, mirándonos a los ojos después de conocer lo peor el uno del otro, y resistiendo. Cumplimos la promesa de no hacernos daño, esa que nos hicimos en silencio al mirarnos a los ojos en mi cocina de Los Ángeles cuando el grupo volvió a reunirse para hacer el documental, que, por cierto, fue todo un éxito. La vida no era fácil, pero decidí que estaba para vivirla y disfrutarla, con sus

momentos buenos y con los malos también, pues de eso iba el juego de nacer y morir. Había días que no me quería nada, pero entonces Liam me abrazaba y amaba por los dos.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Esta novela empezó a fraguarse hace muchos años y nunca era capaz de seguirla por la dureza y la explosión de sentimientos dejándome la piel en carne viva en muchas ocasiones. No es una historia bonita y sencilla sino que tiene muchos altibajos y mucho dolor entre sus páginas, pero la vida no siempre es divertida ni agradable. Tengo a gente cercana con problemas como los de Holland y he querido, de alguna manera, hacerles un homenaje con su personaje. Por eso comienzo dándole las gracias a ellos, por luchar, por ser valientes y no optar jamás por rendirse.

Gracias por la absoluta confianza, por animarme, por enseñarme a ser escritora, por esos «me he leído el libro en dos días», «espero con ansia la próxima novela», «no quería que se terminase» y ese «no me ha podido gustar más».

A todos los que me acompañáis por las redes sociales compartiendo risas y ayudándome en los días más grises. Gracias por ser mis chicas Butler, por la paciencia, las risas, los consejos, todo ese tiempo que invertís leyéndome.

Millones de gracias a Ediciones Kiwi por apostar por esa historia tan complicada y por la inmensa paciencia con todas las dudas que os he planteado desde el principio.

Especialmente a mis sobrinas que me inundan los días de alegría y «te quieros» cuando los abrazos no son cercanos.

A Víctor, quien soporta mis idas y venidas, mis rabietas, enfados, explosiones de llanto, por mimarme, cuidarme, completando mi vida y ayudándome a ser más fuete cada día. Gracias por decirme aquel día que te cogiese de la mano con valentía, nunca pienso soltártela. De nuevo gracias, Víctor, por construir una vida a mi lado.